











**LIBRERÍA**  
**RELIGIOSA.**

—  
**TOMO XXII.**

ALMIRANTE

ALFONSO DE

ALFONSO





MARIA, MÈRE DE DIEU.

**LA VÍRGEN.**  
**HISTORIA**  
**DE MARÍA MADRE DE DIOS,**  
**COMPLETADA**

POR LAS TRADICIONES DE ORIENTE, LOS ESCRITOS DE  
LOS SANTOS PADRES Y LAS COSTUMBRAS DE  
LOS HEBREOS

**por el abate Orsini.**

Traducido de la segunda edición francesa

por

***D. Ramon Munz y Serliú.***

SEGUNDA EDICION.

*Sebastian de Urreola*

TOMO I.

*Con aprobacion del Ordinario.*

**LIBRERÍA RELIGIONA.**

*Octubre de 1853.*

LA VIDA DE  
JESUS  
DE SU VIDA Y MUERTE  
EN LA TIERRA

---

Esta traducción es propiedad de Pablo Riera

---

Traducción de Pablo Riera

**ADVERTENCIA**  
**DE LA PRIMERA EDICION PUBLICADA EN**  
**1842.**

---

Hace tiempo que estaba concluida la traduccion que ofrecemos al público, cuando se anunció otra en Valencia bajo circunstancias que desde luego nos hicieron creer que el traductor solo habia tenido á la vista la primera edicion francesa de la obra del Sr. Oesiní, quien aumentó y enriqueció la segunda con capítulos muy interesantes, de que no es justo defraudar á los lectores españoles. Suspendimos no obstante la publicacion de la presente hasta ver y examinar el desempeño de la indicada, por cuanto no teniendo en nuestro trabajo otro estímulo ni deseo que los de contribuir al mayor culto de la santísima Virgen María, nada nos importaba el perder nuestras vigilias con tal que se lograse por otro medio el unico fin que nos habiamos propuesto.

Observando empero por la lectura de la traduccion de Valencia que su autor se habia tomado la libertad, que el mismo confiesa, de variar y suprimir en muchísimos puntos el texto de la Obra, de manera que no parece la misma, y deseando igualmente que no carezca el público de los importantes capítulos que enriquecen, como se ha dicho, la segunda edicion francesa, hemos creído conveniente



ceder á las instancias de algunos amigos que nos han excitado á publicar esta version; la cual, si no aventaja á la ya citada de Valencia y á otra que recientemente se ha anunciado en Madrid, en salidas literarias, reunirá á lo menos la doble circunstancia de ser una fiel reproducción del texto original, y de darse á un precio muy inferior al de las dos traducciones referidas.

Así se pondrá al alcance de las personas menos acomodadas, en lo que no llevan los editores otra mira que la de propagar todo lo posible el afecto y devoción á nuestra celestial Abogada, y aficionar á toda clase de gentes, y singularmente la juventud, á la lectura de una Obra, que, emulando las bellezas incomparables de algunos escritores de nuestra época, presenta en la magia del estilo, brillantez de las imágenes, viveza de las descripciones, ternura y delicadeza de los sentimientos y en las demás prendas de una prosa verdaderamente poética un conjunto de atractivos capaces de hacerles olvidar y aborrecer las venenosas leyendas que corrompen su espíritu e inficionan sus inocentes corazones. Un solo fruto de esta especie indemnizaría plenamente al traductor y editores de todo el trabajo y dispendio que les ha ocasionado esta publicación. Dignese bendecirla la misma Reina de los Angeles, y no será dudoso el resultado.

## PRÓLOGO

DE LA SEGUNDA EDICION.

---

*Este libro, que el público se ha dignado acoger con indulgencia, no es una pretension ambiciosa a la celebridad; es una obra de paciencia y de fe, una flor depositada sobre el altar de Maria con la sencillez de corazón de un peregrino de los antiguos tiempos. La santa Virgen merecia sin duda mejor historiador; pero no podia hallar uno que mas sinceramente anhelase el ver glorificado su nombre y extendido su culto.*

*La historia de la Reina de los Angeles, de la rosa misteriosa de la nueva ley, es un tema tan poético por si mismo, que excitaba naturalmente todas las ideas patéticas y bellas, así como tambien todas las expresiones nobles del idioma. Es una narracion del Oriente que refleja las costumbres, las pompas y los paisajes mas pintorescos del Asia; ¿será, pues, extraño que el estilo esté impregnado de un color oriental?*

*Hemos estudiado bastante á los Padres de la Iglesia para saber que no han desdenado las gracias de la dicción, y que han combatido bajo este respecto al paganismo con armas iguales. Esto es lo que el grande Geronimo llamaba en su lenguaje figurado cortar la cabeza de Goliat con su propia espada. ¿Qué cosa hay mas elevada ni mas poética que ciertas descripciones de san Juan Crisóstomo? Este orador sagrado rivaliza con frecuencia con los poetas orientales, y en una de sus homilias se encuentra la comparacion de la tierra embalsamada con los perfumes de las rosas, comparacion que Saadi reprodujo mas tarde en su Gulistan.*

*Para convertir á los pueblos es preciso ante todo hacerse escuchar de los miseros; para cimentar en la fe romana á las masas largo tiempo agitadas por las convulsiones sucesivas de las revoluciones, sacudidas por el viento de los sistemas, indiferentes por cansancio, y expuestas á los ataques de una secta atrevida que levanta la cabeza hoy mas alto que nunca, es necesario comenzar por hacerse oír de ellas. El predicador que despojara á la palabra santa de todos los adornos de una buena elocuencia, haria bien pronto desertar nuestras iglesias, y podria de-*

cir como aquel músico griego que se quedó solo en la plaza pública: templos, escuchadme! El escritor religioso que se valiera de formas pesadas y áridas en medio de una nación que se precia de gusto y de conocimientos literarios, su leudría mejor fortuna; caería absolutamente en el olvido en que todo se hunde, y su libro, por mas que tuviese el calor intrínseco del oro y de las perlas, no por esto dejaría de ser la cosa del mundo mas inútil, porque de nadie sería leído. San Basilio estaba tan penetrado de esta verdad, como que aconsejaba vivamente á los jóvenes oradores de su tiempo el estudio profundo de las letras humanas, á fin de aprovechar sus bellezas en las escritas católicas. «Las «letras humanas (dice este gran Doctor) son «como unas hojas que nos sirven para cubrir «y adornar las palabras de la ciencia y de la «verdad. Moisés y Daniel no fueron los dos as- «tros mas brillantes de la Sinagoga, sino por- «que habian agotado todas las artes de las Egi- «pcias.» San Jerónimo hecho el blanco de las atá- ques anti-literarias del presbítero Rufino que le acusaba de mezclar las inmundicias del pa- ganismo á la palabra del Señor, le contesta- ba friamente que siendo ciego como un to-

po, no debía burlarse de aquellos que tenían ojos de cabra.

Y en efecto, cuando se ha mirado siempre, y eso aun en los siglos mas misteriosos de la Iglesia, la decoracion suntuosa de los altares y de los tabernáculos como una práctica buena, laudable y propia para realzar la majestad del culto cristiano, ¿por qué se haría de la literatura religiosa un páramo triste e inculto, en que nadie se atreveria á entrar por el miedo de morir de fastidio durante el viaje? ¿Así es, pues, como fueron concebidas las santas Escrituras que el Crisóstomo declaraba llenas de perlas y de diamantes? Todos los géneros de composicion desde la égloga hasta la epopeya ¿no se encuentran acaso en la Biblia? Los Santos de esos tiempos remotos, que nos hemos complacido en llamar bárbaros, estaban distantes de querer despojar á las obras religiosas de todo valor literario: « ¿Y qué / dice un autor ilustre del siglo nono / rodeanse de oro y de piedras preciosas las cenizas de los Santos, y sus acciones « no serian recetadas mas que de palabras retóricas y bárbaras? ¿Embellécense con todas las « gracias del estilo unos cuentos obscenos, y se « escribirán tambien con desahño los hechos in-

« mortales? *¿Es preciso, pues, que la elegancia  
 » del estilo no sirva á otra cosa que á exornar  
 » la torpeza de la iniquidad?* » « Yo quisiera  
 » (dice por otra lado un sabio y piadoso autor  
 » que dedicaba en 1622 la vida de un santo per-  
 » sonaje al obispo de Blois): yo quisiera que  
 » los católicos consagrasen á las acciones in-  
 » mortales de los Santos los adornos que consa-  
 » gran los pecadores á sus criminales pasiones;  
 » y que hiciesen ver que saben adornar la virtud  
 » mucho mejor que los profanos saben adornar  
 » el vicio. »

Escribiendo para las personas del mundo no  
 menos que para las piadosas, hemos ensayado  
 el poner en práctica los consejos de escritores que  
 erremos juiciosos. No nos toca juzgar hasta qué  
 punto hemos acertado; pero el público, arre-  
 batando casi espontáneamente 5000 ejemplares  
 de nuestra obra, nos ha probado á lo menos  
 que habíamos adivinado su gusto y no habia-  
 mos sembrado sobre piedra.

Este libro ha sido juzgado sin intrigas ni re-  
 commendaciones de ninguna especie: la prensa lo  
 ha tratado como ha querido, y en general se ha  
 mostrado tan benévola, que solo tenemos que  
 rendirle acciones de gracias. Por una casuali-

*dad toda de Providencia ha sucedido que la mayor parte de los literatos que han tenido á bien suspender sus importantes trabajos para dar cuenta de nuestro libro, eran personas de co-razon, de saber y de genio, y por esto han sido mas generosas, pues que comunmente los talentos superiores son benévolos y tratables. Los leones que tienen el sentimiento de su fuerza perdonan con frecuencia por nobleza de alma á una débil presa, al revés de las ciboras que silban y muerden en el fango de su charco nativo para descarga de su conciencia.*

*Feliz el autor que cae en manos de hombres capaces de apreciar un libro y de examinarlo al abrigo de toda influencia con la probidad que conviene á la magistratura del pensamiento; porque juzgar es un oficio que muchos emprenden, pero que pocos saben desempeñar, pues que para ello es preciso poseer la ciencia, el gusto y la conciencia, cosas que no todos poseen. Reciban aquí la expresion de nuestro sincero reconocimiento el Sr. Chantal que sabe penetrar en el fondo de las ideas de un autor y que las embellece desarrollándolas; el Sr. Donhaire, cuya profunda probidad crítica ha sido justamente apreciada en Francia, en Italia y en otras*



partes: el Sr. Pouloulat, cuya reputacion es europea: el Sr. Bonnetti, cuyos anales son tal vez una de nuestras mejores colecciones de filosofía católica: el Sr. Amadeo de Quesnel, cuya pluma elegante ofrece estímulos á todo lo que tiende á civilizar y santificar las costumbres; y por fin los literatos de París, de las provincias y del extranjero que se han sustraído á nuestra gratitud bajo iniciales que nos ha sido imposible adivinar. Sus elogios prodigados con tanta indulgencia no han sido del todo exentos de crítica; gracias á los unos y á la otra. La crítica hecha en obsequio de los progresos del arte, y no para satisfacer en la vanidad una envidia odiosa ó una baja malignidad, es con frecuencia útil y siempre respetable.

Un periodista, que no tenemos la fortuna de conocer, ha dicho de nosotros: «el señor abate Orsini es uno de los escritores de nuestra época, que mejor conoce sus exigencias, y que mejor ha aprendido su lenguaje; él habla como un verdadero discípulo del Sr. de Chateaubriand....» Es mucho honor el que con esto se nos hace, aunque poco merecido. ¿Dios nos libre de tener tanta vanidad! y si por acaso nuestro estilo se parece un poco al del ilustro

Vicende, podemos decir á eso lo que decia en ocasión semejante un humilde poeta del Kurdistán:

« Yo he salido, lo mismo que Antar, ese poeta famoso, del jardín de Nischabur; pero Antar era la rosa de ese jardín, y yo no soy mas que un espino. »

Se nos ha dirigido una observacion, á la que debemos responder, y es relativa al uso que hemos hecho de las costumbres de los Hebreos para ilustrar la historia de la santa Virgen. Toda viajero que haya visitado el Oriente, todo literato que esté versado en el conocimiento de la historia y de las costumbres del Asia, verá claramente que nuestro trabajo es el fruto de largas y laboriosas investigaciones, y que en él no entra por nada la imaginacion; ni aun siquiera hemos tomado á nuestro cargo el inventar las fórmulas ordinarias de adios y los descos de buen viaje: todo se ha tomado de fuentes respetables, que hemos escrupulosamente indicado siempre que lo hemos tenido por conveniente. Nuestra obra por otra parte ha sido leída de sabios orientalistas, que la han encontrado de una buena erudicion. Exigese hoy, así del historiador como del pintor, un estudio

profunda del color local. Si un artista se permitiera el introducir nuestros trajes occidentales y los paisajes del Norte en un asunto sacado de los fastos de la antigua Asia, no se libraria de la censura ni de los sarcasmos de los conocedores; una obra literaria es tambien un cuadro que debe tomar el color del cielo, la configuración del terreno, los trajes históricos, los hábitos y las costumbres de los grupos que en sus páginas figuran.

Al trazar la historia de la *Hija de los reyes de Judá* nos hemos sometido á las exigencias de nuestro tema, y creído que no se trataba de modelar las costumbres del Oriente sobre las nuestras, sino de pintarlas tales, cuales existían en la época en que vivió María. Y este era el único medio de acertar con la verdad al llenar los vacíos sin número de una historia que está en contacto en muchos puntos con el de la vida privada de los Israelitas del tiempo de Herodes. Recorriendo el Evangelio con toda atención encontramos á cada página las costumbres y los usos nacionales, á los que se dignó conformarse el mismo Jesucristo; y no es dudoso que la Virgen se anticipó al ejemplo de su divino Hijo,

*Las costumbres hebreas tenían por base la Escritura y la tradición, lo que las convertía en cosas santas á los ojos de la nación entera, y se hubiera mirado como una falta grave el apartarse de los usos recibidos. Nada había, hasta el vestido de los recién desposados, que no fuese una reminiscencia de los hechos bíblicos y de las tradiciones anti-diluvianas de la Sinagoga.*

*A más de la prensa, hemos recibido testimonios de aprecio que nos han venido de muy alto, como dones de la Providencia. El señor Principe Orsini, que se ha dignado aceptar la dedicatoria de nuestra obra dando con esto una muestra de ser un verdadero Principe romano y amigo de la literatura, nos ha hecho el honor de escribir, después de haber leído la historia de la santa Virgen:*

*« Una obra tan notable y santa, como es la  
« vuestra, merecia ciertamente un protector mas  
« elevado que yo; estoy penetrado de la mas viva  
« gratitud, y todas mis expresiones no podrian  
« jamás demostrar con bastante viveza los sen-  
« timientos de justa obligacion, de que me ha  
« llenado un testimonio de tanta bondad y esti-  
« macion de parte vuestra. Roma aplaude los*

«elogios de vuestra obra, y la gloria que habeis procurado dar á la Madre de Dios, refleja ya sobre vuestra persona.»

Si nosotros citamos estas palabras lisonjeras, en las que respira toda la urbanidad de la alta nobleza de Italia, no es porque nos juzguemos dignos de ellas, sino que las recibimos como un estímulo generoso para trabajar con mas fruto en lo suesino, y las ponemos respetuosamente á los pies de la Virgen santa, sabiendo plenamente que ese honorario y benévolo sufragio de un Príncipe tan eminente por su piedad como por sus luets procede de ella y le pertenece.

No pretendemos cansar al lector con la relación de todos los testimonios de simpatía que han caído como flores en el sendero erizado de espinas que hemos recorrido; pero incurriríamos en la tacha de ingratitud, si pasásemos en silencio el del señor Comendador Mouzinho-Lima, ministro plenipotenciario del Brasil, que reune á talentos diplomáticos de primer orden un gusto ilustrado hácia las bellas letras que el mismo cultiva con mucha ventaja:

«La nueva edición que vais á dar de vuestra historia de la santa Virgen algunos meses solamente después de su aparición / nos escribo

« S. E. ) manifiesta bastante el interés que el  
« público ha tomado por ese libro. Permitidme  
« con motivo de esta reimpression, que una mi-  
« humilde voto al de vuestros numerosos lec-  
« tores.

« Vuestra obra habrá contribuido y contri-  
« buirá sin duda aun á extender en Francia el  
« culto amoroso de Maria; que san Bernardo  
« propagó en ella en otras tiempos con tanto ex-  
« plendor. Estoy persuadido de que en todas par-  
« tes en que la Iglesia cuente hijos, la historia  
« de la Madre de Dios producirá el mismo  
« efecto: sirvase mi nombre como de prenda de  
« este anuncio.»

Esta prenda es de un valor inapreciable para  
nosotros. Y en efecto ¿qué mejor garantía de  
buen éxito podríamos desear que la que nos ofre-  
ce un ilustre sabio, de cuya posesión se ruan-  
necen todas las Academias de la península ita-  
liana, apreciado de la corte de Roma, recetado  
de la confianza del Brasil para sus mas caras  
intereses, y que no teme en este siglo, en que se  
disuelven las erecciones, enarbolat la religiosa  
y caballeresca dicisa: *Spes in Deo!* Honor al  
patria que se hace representar por hombres de  
corazon y de fe, honor á los diplomáticos que

*hucen respectur a su país dándole ejemplo de todas las virtudes públicas y privadas.*

*Nuestra historia no solamente ha hallado gracia a los ojos de los Grandes del mundo, si que tambien podriamos mencionar aqui mas de un honroso sufragio procedente de los Principes de la Iglesia; pero nos limitaremos al que nos toca mas de cerca que los demás, al de nuestro propio Obispo, uno de los mas celosos y mas ilustres prelados de Francia. Vamos a tomarnos la libertad de ingerir en nuestras humildes páginas un precioso fragmento de la amable carta de Monseñor Casanelli d'Istria como aquellas perlas que los religiosos de los tiempos antiguos engastaban en las cubiertas de marfil de sus misales. Si este libro está destinado a alguna duracion, pueden esos varios fragmentos enseñar a los libreros de las edades futuras que en una época en que las letras religiosas se hallaban en Francia sin apoyo de especie alguna, hubo Principes romanos, Embajadores de países distantes, y grandes Obispos que las protegieron. Hé aqui el fragmento de la carta del señor Obispo de Ajaccio, fragmento que vale cien veces mas que el pobre libro a quien decora:*

*« Mucho he tardado en daros gracias del bello*



« presente que me habeis hecho con vuestra apreciable obra y del placer que me ha causado la lectura de una Vida doblemente interesante para mí, tanto por la naturaleza del objeto, como por el atractivo de la dición con que la habeis embellecido; y yo aprecio tanto mas este regalo, cuanto me ha sido ofrecido por el autor, y que este es á la vez uno de mis compañeros patriotas y uno de mis presbíteros. No he sido yo el solo en apreciar el mérito de vuestra obra. Los sufragios de los lectores á quienes la he prestado, se han hallado acordes con el elogio que habian hecho del mismo los diarios de París.

« He visto con la mayor satisfacción las primicias de vuestros trabajos literarios consagrados á la Reina de los Angeles: un tal preludio os puede presagiar los mas prósperos sucesos en la carrera, en que os habeis anunciado de un modo tan distinguido, »

La favorable acogida que el público se ha dignado hacer á este libro, nos ha impuesto nuevas obligaciones. Siguiendo los consejos de Boileau hemos puesto otra vez esta obra sobre el bufete, la hemos repasado con cuidado, corregido y aumentado considerablemente: la hemos

también sometido al examen de eclesiásticos respetables que gozan de una grande reputacion de saber y de piedad : basta citar al señor Abate Morel canónigo y vicario general de la diócesis de Paris y autor de un tratado muy apreciable sobre el modo de anunciar la palabra de Dios. Una correccion notable se ha hecho en vista de una observacion de alta teologia de uno de los eclesiásticos mas distinguidos , sabios y piadosos de la Capital , el Señor Abate Hamelin , cura párroco de l'Abbaye-aux-Bois. Permítasenos igualmente , aun á riesgo de ser prolijos , el concluir dando gracias al docto y venerable Abate Remard , cura de Saint Jacques-Du-Haut-Pas que nos ama paternalmente y se honra ( segun nos escribe ) con nuestro porvenir.

Ofrecemos por la segunda vez al público este libro con un temor respetuoso y un verdadero deseo de serle útil ; si es imperfecto , no hay que admirarlo , porque este es el defecto ordinario de las obras humanas ; la perfeccion es la montaña del talizman , á cuya cima no ha podido subir mortal alguno , y el autor menos que nadie.

Paris 10 de mayo de 1838.

THE HISTORY OF THE  
LIFE OF  
JAMES OGLETHORPE  
BY  
JOHN STURGES  
IN TWO VOLUMES.  
VOL. II.  
LONDON: PRINTED BY J. JOHNSON, ST. PAULS CHURCH-YARD, 1784.  
[The text of the page is extremely faint and largely illegible. It appears to be the title page of a book, with the title 'THE HISTORY OF THE LIFE OF JAMES OGLETHORPE' and the author 'JOHN STURGES'. It also mentions 'IN TWO VOLUMES. VOL. II.' and 'LONDON: PRINTED BY J. JOHNSON, ST. PAULS CHURCH-YARD, 1784.']

---

## LIBRO I.

---

### EXPECTACION UNIVERSAL.

### DE LA VÍRGEN Y DEL MESÍAS.

---

En aquellos antiguos tiempos que tocan á la cuna del mundo, cuando nuestros primeros padres fuera de sí y temblorosos escuchaban debajo las sombras majestuosas de Eden la voz aterradora de Jehová que los condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte en castigo de su loca desobediencia; una prediccion misteriosa en que la bondad del Criador despuntaba al través de la ira de un Dios irritado, vino á reanimar el abatido espíritu de aquellas dos frágiles criaturas que habian pecado por orgullo como Lucifer. Una hija de Eva, una mujer de ánimo varonil debia aplastar bajo sus piés la cabeza de la serpiente y rege-

nerar para siempre una raza culpable: esta mujer era *Maria* <sup>1</sup>.

Desde entonces corrió una tradicion entre las generaciones antediluvianas que una virgen hermosa y pura como la luz repararia con su divino alambramiento el mal que habia hecho la primera mujer. Esa tradicion consoladora que sostuvo las esperanzas de una raza decaida no se borró de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersion en las llanuras de Sennaar, y con ellos se llevaron mas alla de los montes y de los mares tan dulce, si bien lejana idea. Mas tarde, cuando la religion primitiva empezó á debilitarse y las antiguas tradiciones se rodearon de nubes, la de la Virgen y del Mesias resistió casi sola á la accion del tiempo y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias perdidas entre las fábulas del politeismo como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que fue en otro tiempo la grande Babilonia <sup>2</sup>.

Recórranse en efecto desde el norte al mediodia y desde el poniente á la aurora las diversas regiones del globo; registren-

se los anales religiosos de los pueblos desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que crece el girasol, y se encontrará á la Virgen madre en el fondo de casi todas las teogonias.

En el Thibet, en el Japon y en una parte de la península oriental de la India es el dios Fò, quien para salvar á los hombres se encarna en el seno de la jóven prometida de un rey, la ninfa *Dhamoghini*, mujer la mas santa y hermosa. En la China es *Sching-Mou* la mas popular de las diosas, quien concibe por el simple contacto de una flor de las aguas. Su hijo criado bajo el pobre techo de un pescador llega á ser un grande hombre y obra prodigios. Los Lamas dicen que *Bouddah* nació de la virgen \* *Maha-Mahai, Sammanokhodam*, principe, legislador y dios de Siam debe igualmente el ser á una virgen, á la que fecundizaron los rayos del sol. *Lao-Tseu* se encarna en el seno de una virgen negra maravillosa y bella como el jaype. La *Isis* zodiacal de los Egipcios es una virgen madre. La de los Dróidas debe dar á luz al futuro salvador \*. Los Brahmas enseñan que cuando un dios se en-

carua, nace en las entrañas de una virgen por operacion divina. Tambien *Jagrenat* el redentor mutilado del mundo\*, *Cherichua* nacido en una gruta donde fueron á adorarlo en la cuna ángeles y pastores, han tenido ambos una virgen por madre. La babilónica *Dogdo* ve en sueños á un brillante mensajero de Oromazo que deponc á sus pies magníficos vestidos; una luz celestial cae sobre el rostro de la dormida que se vuelve hermosa como la *estrella del dia*; *Zerdascht*, *Zoroastro*, ó mas bien *Ebrahim-Zer-Atoucht*\*, el famoso profeta de los magos, es el fruto de aquella vision nocturna. El tirano *Nemroud*, avisado por sus astrólogos que un niño, cuyo nacimiento estaba cercano, amenazaba á sus dioses y á su trono, hace perecer todas las mujeres en cinta que se hallan en sus Estados; pero *Zerdascht* queda salvo por la astucia y la prudencia de su madre\*. Los Macénicos que habitan en el Paraguay las orillas del lago Zarayas, cuentan que en una época muy atrasada una mujer de una rara belleza se hizo madre y permaneció virgen; su hijo, después de haber obrado insignes maravillas, se elevó un dia por



los aires en presencia de sus discípulos, y se convirtió en sol.

Reunanse los trozos esparcidos de esas creencias adulteradas, y se compondrá, casi en todos sus pormenores, la historia de la Virgen y de Jesucristo. A pesar de su real origen María es de una condicion oscura como la madre de Zoroastro; á la par de esta recibe la visita de un Ángel encargado de un mensaje celestial: el tirano Nemroud, cuya existencia es muy contestable, puede pasar por el tipo de Herodes, y procura la muerte del joven mago con un furor igual al que anima al cruel esposo de Mariamne contra el niño Jesús: entrambos dejan escapar su presa. Nacido de una virgen como Bouddah, nuestro divino Salvador vive en medio de las clases pobres, á semejanza del hijo de la diosa de la China; Angeles y pastores van á rendirle homenaje, como á Chrichna, en la noche misma de su nacimiento; mas adelante, despues de haber calmado las borrascas, andado sobre las aguas, arrojado los demonios, resucitado los muertos, verifica su triunfante ascension en presencia de quinientos discípulos;

cuyos ojos deslumbrados le pierden de vista en las nubes, precisamente como lo refieren las hordas salvajes del Paraguay.

Es muy singular que esas leyendas maravillosas, que no han sido trazadas sobre los hechos evangélicos, pues que son incontestablemente mas antiguas, formen con su encadenamiento la vida real del Hijo de Dios. ¿Puede acaso la verdad nacer del error? ¿Y qué pensar de unas semejanzas tan chocantes? ¿Se dirá tal vez con los últimos solistas del paganismo y los pretendidos pensadores de nuestro siglo, incrédulos del mismo temple y bien dignos de fraternizar encima de los bancos de la escuela materialista, que los Apóstoles tomaron sus fábulas de las diferentes creencias del Asia? Pero ¿cómo unos hombres del vulgo, cuya ciencia toda se limitaba á conducir un barquichuelo sobre las olas del lago de Tiberíades y cuyas redes destilaban todavía sus aguas cuando fueron promovidos al apostolado; cómo unos laboriosos artesanos obligados á trabajar entre sus predicaciones para ganar el pan diario, hubieran compulsado los libros sagrados de los indios, de los

chinos y de los persas? ¿Cómo es posible que Simon-Pedro, los hijos del Zebedeo, ó aquel sabio pero austero discípulo de Gamaliel que decia en alta voz en Corinto, la rica y orgullosa ciudad de la Grecia: *En cuanto á mí, yo no sé mas que una cosa, Jesús y Jesús crucificado!* hayan arrancado á la idolatria cuya destruccion era el blanco de su mision sublime, algunos de sus viejos retazos para coserlos fraudulentamente á la vida tan sencilla y tan grande de Cristo? Además, no se trataba solamente del Asia; esos puntos luminosos que se escapan del seno de las tinieblas para formar la aureola de un Dios hecho hombre, salen de todas las partes del mundo. Sin hablar de las Grandes Indias tan imperfectamente conocidas bajo el reinado de Tiberio, de esta Sérica con sus torres de porcelana, cuyas lejanas provincias no provocaron siquiera la codicia de los Romanos, ¿cómo lo hubieran hecho los Apóstoles para comunicar con la desconocida América, separada del antiguo continente por su verde cintura de aguas y perdida como una perla en medio de las olas?

Pero yo quiero que los Apostoles hayan tenido, no importa por qué medio, algun conocimiento de esas tradiciones oscuras; yo concedo, poniendo á un lado la sencillez nativa, la elevada santidad y el testimonio sellado con la sangre de esos hombres divinos, que hayan concebido el asombroso proyecto de hordar algunas circunstancias fabulosas sobre el tejido evangélico: no hubieran podido hacerlo. ¿Con qué cara, por ejemplo, hubieran atribuido á aquel Herodes que todo Jerusalem habia conocido, cuyo reinado glorioso pero trágico era sabido de todo el mundo, un hecho atroz é inverosímil renovado de un cierto rey de Persia, de quien la historia ha conservado únicamente vagos recuerdos anegados en un mar de fábulas, y que acaso no existió jamás sino en los sueños de los Guebros? ¿Quién creerá que esos fariseos sutiles que tan insidiosamente habían tratado de sorprender á Jesús en sus palabras, fuesen gente capaz de pagarse con un cuento antiguo persa, ó bien que los partidarios de Herodes hubiesen tolerado con paciencia que se calumniase así, bajo el pórtico mismo de su

palacio, á un príncipe que ellos habían divinizado<sup>16</sup>, y que les había colmado de bienes y de honores? Y no se hubiera levantado sola en favor del Idumeo la voz de aquella secta de cortesanos. Hombre de pasiones y tormentas, pero susceptible de recibir y de inspirar una afección verdadera; político sanguinario pero hábil; capitán valiente, príncipe liberal y protector ilustre de las artes, Herodes, á pesar de su instinto de tigre y su origen extranjero, había dejado después de su muerte amigos dispuestos á vengar su memoria en el caso de verla ultrajada por una imputación calumniosa. Pero la matanza de los inocentes no era uno de aquellos actos vulgares que se pierden en la muchedumbre de los crímenes políticos; había locura, igualmente que barbarie, en aquella medida abominable. El ser hombre de sangre podía disimularse al amigo de Antonio y de Augusto, pero loco!... Si los Herodianos callaron, fue porque la cosa era harto reconocida, harto pública, demasiado reciente aun para dejar el campo libre á las denegaciones; fue porque á dos horas de marcha de Jerusalem estaban

las madres de los mártires que habían pagado con sus tiernas vidas el honor de nacer con Cristo; fue porque pueblos enteros habían visto brillar los puñales y oído los gritos de muerte; fue porque á la primera desmentida que se hubiese hecho á los cristianos, todo un pueblo se habría levantado para exclamar: *Pero nosotros estábamos allí!*

Lo mismo puede decirse de la virginidad de María, de su divino alumbramiento, de la visita de los pastores enviados por los Angeles, de la resurreccion gloriosa, y en fin de todos los prodigios que señalaron la venida de Cristo. Los Apostoles escribieron viviendo todavía aquellos que habían figurado en las escenas de su narracion, y la vida de Nuestro Señor fue tan corta que los pastores bethleemitas que le adoraron en el pesebre pudieron conversar con los discipulos que fueron testigos de su ascension. San Pedro y san Juan, esos apostoles tan susceptibles de intimidacion durante la vida de Jesús, declaran friamente á los senadores y á los principes de los sacerdotes, que los reputan por delcidas, y lo prueban con los milagros del nacimiento, de la vi-

da y de la muerte de Cristo. Los judíos, á quienes fatiga é irrita semejante acusación, ¿califican acaso de impostura esos hechos maravillosos? De ningún modo, *jama*s los han negado; solamente, para justificar el extraño endurecimiento de sus corazones, los atribuyen á encantamientos aprendidos entre los egipcios.

De lo que se sigue que los Apóstoles no deben figurar en las conformidades que se observan entre los hechos evangélicos y las tradiciones, mas ó menos mezcladas de fábulas, de los pueblos antiguos.

Pero entonces ¿cómo explicar esas analogías? ¿Es esto un juego de la casualidad, un encuentro fortuito?

No es ciertamente por un efecto casual que el misterio de la encarnación de un dios en el casto seno de una virgen sea una de las creencias fundamentales del Asia; no es un efecto casual que las mujeres privilegiadas que llevan en su vientre esta emanación de la divinidad sean siempre puras, hermosas, santas y tan semejantes entre sí, que podría creérselas vaciadas sobre un tipo remoto que nos oculta la noche de los

tiempos; no es un efecto casual que un rayo de luz una la naturaleza divina á la humana naturaleza.

Esas nociones que llevan el sello de las épocas primitivas se remontan evidentemente al nacimiento del mundo. Los patriarcas antediluvianos, esa cadena de ancianos que vivían la edad de los cedros, queriendo formarse una idea de la mujer entre todas bendita, cuyo alumbramiento prodigioso debía salvar al género humano, se la retrataron bajo la imagen de Eva antes de su caída: ellos le atribuyeron una belleza majestuosa y santa que no podía producir en el alma de los hijos de los hombres otro sentimiento que el de una religiosa veneración: la convirtieron en una amable estrella de una luz dulce, misteriosa, casta y velada, cuya aparición debía preceder á la del Sol de justicia. Los medios por los cuales Dios hace descender la fecundidad en este seno virginal, concuerdan de una manera chocante con las ideas madres que dominan en las teogonías de los diferentes pueblos del mundo. Echad una ojeada sobre las religiones antiguas, en todas veréis el fue-



go sagrado; y el fuego era, según la opinión de los magos, el emblema terrestre del sol, y el sol mismo no era otra cosa que la morada del Altísimo y la tienda de Adonai-Jehová, decían los hebreos que habían conservado esta idea primitiva<sup>24</sup> con el depósito de la fe de Abel.

La Escritura nos enseña que en las primeras edades del mundo Jehová conversaba familiarmente con los Patriarcas. ¿De qué modo les aparecía, pues que ningún hombre puede ver á Dios y vivir? Moisés que le hablaba á solas y como á un amigo, no veía sin embargo más que el *Schekina*, esto es, la presencia divina en forma de nube sobre el oro del propiciatorio. Seguramente era así como el Señor se manifestaba á la raza de Seth antes de que se dejase corromper. Privados de tan gloriosa ventaja que parecía el último reflejo de las brillantes prerogativas del paraíso, los pueblos oriundos de Noé buscaron en las obras de la creación alguna cosa radiante y pura que tuviese una especie de analogía con la presencia del Todopoderoso. El sol, ese astro gigante que obliga al hombre á hajar los

ojos, les pareció el mejor *Nebekia* terrestre, y como que Dios les confirmase en esta idea apareciéndoles bajo la forma de una viva llama en la zarza de Horeb y sobre la cumbre del monte Sinai. Se consideró, pues, al sol como la sombra de la luz increada, y de aquí dimanó sin duda esa opinión de los pueblos del Asia de que un rayo luminoso debía llevar el Salvador esperado al seno de la Virgen-reparadora.

El culto, ese pensamiento de amor y de gratitud que se manifiesta con los actos religiosos, es tan antiguo como el mundo, y los altares son tan antiguos como el culto <sup>19</sup>. Las ofrendas de Adán y de Eva en el estado de inocencia fueron sin duda frutos y flores <sup>20</sup>; pero cuando el pecado introdujo la muerte en la senda de los hombres, cuando el jefe de nuestra raza perdió, con la sombra sagrada del árbol de la vida, su talisman de inmortalidad <sup>21</sup>, añadió á los frutos y flores salvajes que producía la tierra del destierro las primicias de sus rebaños: esto merece ser considerado. Adán que unia á la perfección de las formas una alma inteligente y sublime en que el Señor había echa-

do el germen de todas las virtudes y de todos los conocimientos, no podía estar privado de humanidad. Su fatal condescendencia por Eva nos le muestra amante hasta la debilidad y al mismo tiempo susceptible en el mas alto grado de afecciones dulces y benévolas. ¿Cómo le vino al pensamiento que el Criador pudiese complacerse en la muerte de su criatura y que un acto de destrucción lo fuese de piedad?

La inmolacion de los animales que no tiene la menor relacion con los afectos intelectuales del hombre, y que el alimento enteramente vegetal de los pueblos primitivos dejaba sin otro objeto que su destruccion, debió suscitar en el ánimo del padre del linaje humano mil repugnancias naturales. Por largo tiempo esos pobres seres, privados de razon pero capaces de apego, habian formado en Eden la corte de ese Rey solitario <sup>19</sup>. Sentábase el entonces á la misma mesa, refrescaba su sed en la misma fuente, dormia sobre la yerba de la misma colina, y su oracion sobia por la tarde hácia el Autor de la naturaleza con el débil grito de los insectos ocultos bajo la yerba,

el mugido lejano de los huéspedes de las selvas y el gorjeo de los pajarillos. Envueltos en el infortunio del hombre y solidarios de su falta, los inocentes compañeros de su vida dichosa compartieron también su destierro. Unos, cediendo á los instintos de ferocidad que habían ignorado en el paraíso, huyéronse al fondo de los desiertos y á las cavernas secretas de las montañas, desde donde hicieron al hombre una guerra á muerte. Otros, pacíficos y dulces criaturas, siguieron la fortuna de su Señor, se establecieron al rededor de su cueva, y le ofrecieron benignamente su leche, su trabajo, sus conciertos, sus blandas lanas... Y bien, entre esos esclavos afectuosos y humildemente colocados bajo su obediencia debió el hombre escoger y señalar sus víctimas; y en la garganta del tímido corderillo que le lamia dulcemente la mano, fuele preciso sepultar el cuchillo. ¡ Ah! la primera vez que el hombre extendió á sus pies un ser sin defensa y que le vió revolcarse entre las convulsiones de la agonía, debió quedar pálido y azorado como un asesino! Esta idea no salió de él: no fue un acto de su elección,

sino de sumision penosa; fue la expiacion imperfecta de una culpa que pedia sangre. ¿Quién la impuso?

El solo que dispone soberanamente de la vida y de la muerte: Dios.

Desde el momento en que el hombre primordial hubo transgredido el precepto divino, de solo Dios dependia el romperle como un vaso de arcilla y de aniquilar en él toda la humana especie, maldita y corrompida en su origen. No lo quiso; sus entrañas se conmovieron á favor de ese miserable rebelde que estaba á su disposicion, y conmutando en destierro la sentencia de muerte que habia merecido la rebelion de nuestros primeros padres, les abrió desde entonces, por un puro efecto de su misericordia, una nueva y gloriosa perspectiva de inmortalidad. Segun san Bernardino, esta gracia insigne que Jesucristo debia sellar con su sangre sobre la cruz, fue concedida en favor de Maria, y el Altisimo perdonó á la Eva pecadora y á toda su posteridad para salvar de la nada á la santa Virgen comprendida en la futura suerte de su linaje. Si nosotros no adoptamos esta opinion piado-

sa aunque demasiado exclusiva, no vacilamos sin embargo en pensar que cuando el Eterno pesó el destino de los hombres contra la sangre de su divino Hijo, los méritos y virtudes de Aquella que debía ser un día la Reina de los Angeles y la consoladora de los afligidos, hicieron inclinarse el platillo fatal del lado de la misericordia.

Sea lo que fuere, hubo entonces una revelacion misteriosa acerca de un profeta, nacido de una mujer, que debía rescatar los pecados del mundo muriendo por todos; revelacion, que segun la tradicion hebrea un ángel del Señor repitió después á la madre de Abel y de Seth.

Una profecia que encerraba la salud de los hombres parece que debiera grabarse con caracteres indelebiles en su memoria; pero el Criador conocia el espíritu inquieto de su criatura: sabia que las pasiones, esas tempestades del alma, borrarían de su corazón el recuerdo de las amenazas y de las promesas divinas tan fácilmente como las olas de la mar encrepada borran los pasos del navegante. Por esto quiso que la gran promesa del Mesías estuviese entazada á

un espectáculo de terror que impresionase fuertemente esa naturaleza variable y olvidadiza. El instituyó los sacrificios, y estas ceremonias religiosas fueron á la vez conmemorativas, expiatorias y simbólicas.

Cuando tuvo lugar la division de la tierra y la dispersion de la gran familia patriarcal que el Señor habia conservado para repoblar el mundo, cada colonia viajante se llevó á las comarcas vírgenes, en que iba á levantar sus tiendas, los restos de las ciencias y de las artes salvados del naufragio<sup>10</sup> y el culto tal como le habian fundado Enoch y los Patriarcas. Añadió Noé, aquel fervoroso servidor de Dios, las tradiciones históricas y religiosas que su larga existencia antes del diluvio le habia proporcionado recoger. El refirió la primera formacion del hombre, su rebelion, su castigo y su reparacion futura que deberia el mundo al prodigioso alumbramiento de una segunda Eva. A la vista de los sacrificios sangrientos ofrecidos para expiar la culpa de sus primeros padres el enseñó á sus descendientes á levantar los ojos hacia una Víctima mas augusta sentada á la derecha de

Jehová en las brillantes profundidades del cielo, víctima de la que era solamente figura la oblacion de las terneras y de los corderos, y única que podia absorber la muerte y vencer al infierno.

Los pueblos conservaron fielmente al principio esas nociones primitivas que se encuentran en el fondo de todas las creencias <sup>17</sup>. Eleváronse altares en la confluencia de los rios, en la cima de los montes, en las orillas del Océano, y sobre los arenosos peñascos en que el ajeno despliega sus hojas con el viento del desierto. La luz azulada de la luna iluminó desde el principio esos templos silvestres que no tenían otros límites que el horizonte ni otra techumbre que el cielo con todos sus astros. En esa época remota Dios fue adorado dignamente y con unas ideas tan claras, tan sublimes, tan uniformes y tan sencillas, que sin duda se remontaban hasta Él mismo.

Sin embargo, un elemento de una trascendencia inmensa, un elemento de terror supersticioso fundado en el recuerdo espantoso y reciente de la sumersion del globo, se habia ingerido en el culto postdiluviano.



Explorando las ruinas silenciosas de las altas torres<sup>2</sup> que no habían podido preservar del naufragio á los gigantes de las razas extinguidas; descubriendo sobre el picacho mas escarpado de las montañas los despojos del Océano en la region de las nubes, sintióse el hombre bajo la mano vengadora de un Dios irritado, y esta idea siniestra heló su valor. Haciendo una amarga reflexion sobre si mismo y reconociéndose tal como era, esto es, un átomo en presencia del Eterno, preguntóse con timidez si sus oraciones y votos, salidos de un pobre gusanillo confundido en la multitud de los seres, podian llegar hasta el trono del Anciano de los dias. ¡Tan vil se hallaba y á Dios tan alto! No osando pronunciarse por la afirmativa, creyó que debia asegurarse algun mediador poderoso, por cuya proteccion pudiese manifestar sus necesidades y ofrecer sus acciones de gracias. Escogiólo entre los astros que encantaban sus veladas solitarias, y á quienes suponía gobernados por celestiales Inteligencias. He aquí el origen del sabeismo que produjo la idolatria.

Con el tiempo espesáronse las tinieblas,

las religiones se cargaron de ritos, el culto del verdadero Dios se mezcló gradualmente al de los astros y de los elementos; el descubrimiento de los jeroglíficos completó la confusión, y el corto número de verdades que se libraron del trastorno general de las creencias, sepultáronse misteriosamente en el fondo de los santuarios idolátricos como aquellas lámparas sepulcrales que solo arden para los difuntos. Se las ocultó cuidadosamente á la multitud<sup>22</sup>, que prodigó sus adoraciones insensatas á los tigres, á los leones, á los cocodrilos y hasta á los vegetales, y que colocó sus vicios y sus pasiones en el cielo. Entonces unos impostores especulando sobre la credulidad humana embrollaron ó rompieron premeditadamente los hilos ya bastante sueltos de las tradiciones patriarcales. Sustituyendo con audacia el recuerdo á la esperanza, agruparon al rededor de la nebulosa cuna de sus falsos profetas ó de sus fabulosas divinidades las maravillas de la encarnación del Verbo, y las reminiscencias primitivas de su elevado y trágico destino.

Así se explican, según nuestro sentir,

ciertas analogías que al principio parecen incomprensibles.

Sin embargo, todas las naciones del politeísmo no tomaron el misterio del Mesías como un hecho realizado. Los druidas un poco antes de la era cristiana alzaban aun en los negros bosques de la Galia un altar á la *Virgen que habia de parir*. Los chinos, instruidos por Confucio que habia encontrado ese oráculo en las antiguas tradiciones, esperaban al Sastro que habia de comparecer en las regiones occidentales del Asia, y lo enviaban á buscar con una solemne embajada cerca de medio siglo despues de la muerte del Hombre-Dios. Los magos, siguiendo las predicciones de Zerdascht, estudiaban las constelaciones del firmamento para encontrar en él la estrella de Jacob que debia guiarles á la cuna de Cristo <sup>26</sup>. Los Brahmas suspiraban por el glorioso *avator* <sup>27</sup> de aquel que debia purgar al mundo del pecado, y lo pedían á Wichnou deponiendo al mismo tiempo sobre un altar resplandeciente de pedrería copos odoríferos de albahaca, planta amada del dios indio. Los fieros hijos de

Rómulo, esos idolatras por excelencia que habian creado legiones enteras de dioses, leian en los libros con tanto rigor y política guardados de la Sibila Cumea, contemporánea de Aquiles y de Hector, *la Virgen, el divino Hijo, la adoracion de los pastores, la serpiente vencida, y la edad de oro restituida á la tierra*. En fin, hácia los tiempos del Mesias, todos los pueblos del Oriente estaban en la expectacion de un Salvador futuro, y Boulanger que tuvo mejores inspiraciones en su lecho de muerte, después de haber demostrado cuán general era esta esperanza, la denomina ilógicamente una quimera universal <sup>22</sup>.

Pero si Dios permitió que en medio de sus extravíos las naciones infieles conservasen una creencia que era el unico hilo que les habia quedado para salir de un laberinto de errores; si el obligó al padre mismo de la mentira á glorificar á Cristo y á su Madre y á trazar el nombre de Maria sobre las hojas de árbol de la Sibila <sup>23</sup>, á fin de que la encarnacion del Verbo fuese el objeto de la expectacion de todos, ¿qué era sin embargo

esa luz pálida y vacilante al lado del magnífico conjunto de resplandores que iluminaba á los hijos de Abraham?

Quédase el hombre pasmado de asombro á la vista de esa cadena profética, cuyo primer eslabon toca á la cuna del mundo y el último al sepulcro de Cristo <sup>45</sup>. La amenaza de Jehová á la serpiente hemos dicho ya que encierra el primer oráculo del Mesias, y este oráculo tiene de singular que al tiempo que descubre el poder del Hijo, reserva á la Madre el puesto de honor: *la que nacerá de la mujer te romperá la cabeza*, dijo el Eterno. Estas palabras misteriosas, explicadas después mas claramente á los proscritos de Eden <sup>46</sup>, fueron transmitidas á Sem por Noé que fue instituido por Dios heredero de la fe, y Sem cuya larga vida igualó casi á la de sus antepasados, pudo referirlas al Padre de los creyentes. Entonces una bendicion misteriosa en que estaba envuelta la promesa del Mesias, hizo conocer que el gérmen bendito prometido á Eva seria tambien el gérmen y el vástago de Abraham. A las tradiciones primitivas sucedió bien pronto la grande prediccion de Jacob, El Patriarca

moribundo que había visto en espíritu el estado de las doce tribus cuando se hallarian en la Palestina, anunció á sus hijos reünidos en torno de su lecho de muerte que Judá había sido escogido entre todos sus hermanos para ser el tronco de los reyes de Israel y el padre de aquel *Schilo* tantas veces prometido que debía ser el rey de reyes y el señor de los señores. La venida de Cristo está marcada de un modo preciso: «El  
«se levantará de en medio de las ruinas de  
«su patria, cuando el *schebet* (el cetro, la  
«autoridad legislativa) estará en manos del  
«extranjero ».

El Profeta salvado de las aguas que fue llamado por Dios para recoger y consignar por escrito la historia de los primeros siglos y las antiguas tradiciones del género humano, tradiciones cuya memoria estaba aun viva entre los pueblos, no deja de prestar su poderoso apoyo á la profecía de Jacob: «Adonai-Jehová (dice hablando al pueblo  
«de Dios) levantará en medio de tu nacion  
«y en el número de tus hermanos un profeta  
«semejante á mi: escuchadle. El te traerá  
«las órdenes del cielo, y el Señor se ven-

«gará de cualquiera que rehusare oírle ».

La Sinagoga entendió siempre aplicable al Mesías un texto tan claro; san Felipe no titubeó en aplicarlo á nuestro divino Redentor, cuando dijo á Nathanaél: «Nosotros hemos hallado á Aquel que han anunciado los Profetas y del que Moisés ha hablado en la ley, *Jesús de Nazareth.* »

Hacia el fin de la misión de Moisés y cuando Israel se acampaba todavía en el desierto, Balaam cuyas maldiciones se había granjeado un príncipe moabita en el valle de los sauces <sup>2</sup>, vino á su vez á fortificar la expectacion del Mesías, y señalar de una manera clara y precisa la grande época de su venida. De pie sobre la cima escarpada del Phegor, rodeado de víctimas degolladas para un holocausto de odio, á la vista del lago maldito y de las estériles montañas de la Arabia, el adivino de las orillas del Eufrates, agitado por el espíritu de Dios, descubre, como con ojos de uno que sueña <sup>3</sup>, una admirable vision. *Tu le veré... pero no todavía. Tu la contemplaré... pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob... un castigo se elevará de Israel. El dominará sobre muchos pueblos.*

A las palabras incoherentes sucede un cuadro magnífico pero sombrío de las conquistas del pueblo-rey. No es sin designio que la visión profética muestra á Roma en el apogeo de su poder colosal: entonces será cuando el Cristo debe visitar la tierra y morir por nosotros sobre el árbol de infamia. El Profeta pinta con grandes rasgos esa época de sangre: diríase que las ciudades y los imperios que estaban aun por nacer se le representan en el espejo del desierto. Él ve la armada de los Césares dejar los puertos de Italia y dirigir sus proas favoritas de la victoria hácia las costas bajas de la Siria. Él ve la ruina de esa Judea que no existirá sino mucho tiempo después y en que el pueblo de Dios no poseía entonces como propios sino algunos sepulcros; en fin, él sigue con la vista la caída de la águila romana, setecientos años antes del nacimiento de los hijos de Hija, y mientras que las cabras salvajes del Lácio triscan todavía en paz por los herbosos declives de las siete colinas.

Pasan siglos y mas siglos sin otras promesas de Jehová, pero los oráculos mesiánicos están confiados á la tradicion que fiel-



mente los conserva, ó consignados en la ley santa. Israel sostiene una lucha oscura, pero continua y encarnizada contra los pueblos idólatras que rodean y oprimen a sus tribus; algunas veces cede á la inclinacion perversa que le arrastra á la idolatría, y entonces la espada fatal del Amorreo y del Moabita se desenvaina sin saberlo en la causa del Señor, y venga sin querer las injurias del Dios de Jacob. Pero durante esas fluctuaciones de fortuna el pueblo no olvida la venida de Cristo; vive en la fe del Mesías; á falta de nuevas revelaciones su misma vida se convierte en profética. Instituciones políticas y religiosas, usos locales y costumbres particulares, todo tiende al mismo fin; todo deriva del mismo origen; todo se refiere á la generacion del Salvador, nacido de una Virgen de Judá. A la expectation del Mesías se refiere aquella ley del Deuteronomio que previene que el hermano proporcione un heredero á su hermano muerto sin hijos á fin de que su nombre se perpetúe en Israel. La esperanza perdida de pertenecer un día de cerca ó de lejos al Enviado celestial es la que hace llorar sobre las

montañas de la Juden á la joven y dulce virgen de Galnad que lleva solo este pesar á la tumba sangrienta en que acaba de espirar la raza de su padre <sup>20</sup>. A esta creencia tan general entre los Hebreos hace alusion la mujer de Thóena, cuando denunciando al rey David las tramas secretas que se urden contra el hijo único que le habia quedado, ella poetiza sus alarmas de madre y de matrona judia al mismo tiempo con esta exclamacion penetrante: *¡Señor, ellos quieren apagar mi última centella!*

Solo la presente incredulidad de los Judios es la que puede igualar la fe de sus mayores. El grande negocio de esos hombres de la antigüedad era la venida del Mesias; los que morian en una época todavía distante de aquella en que debian cumplirse las promesas divinas, morian en la firme persuasion de que en algun tiempo se ejecutarian. Colocados en el umbral de la eternidad, saludaban de lejos la esperanza de ese dia, como Moises, el gran profeta, saludaba con sus suspiros aquella tierra de leche y de miel, cuyo ingreso le habia prohibido el Señor.

En el tiempo de David y de los reyes sus sucesores añádase el hilo de la profecía, y el misterio de la Virgen y del Mesías se declara nuevamente con profecias magnificas y mas luminosas que el sol.

El santo Rey, á quien el Dios de Israel habia preferido á la raza de Saúl, contempla la virginidad de María y el nacimiento extraordinario del Hijo de Dios: *Tu nacimiento, dice, no manchado como el de los hijos de los hombres, será puro como el rocío de la aurora*. Después, elevando mas sus ojos, ve á Aquel, que Dios le ha dado por Hijo segun la carne, sentado á la diestra de Jehová sobre un trono mas duradero que el cielo y los astros.

Desde el gran oráculo de Eden hasta el perfecto establecimiento de los Hebreos en la Palestina, la Virgen habia sido mas bien comprendida que revelada en las predicciones de los Patriarcas y Profetas; pero desde los dias de David la figura radiante de María no ofrece ya tan vagos contornos, y Aquella que debia hacer circular en las venas del Hombre-Dios la sangre de Abraham, de Jacob y de Jese el Justo, se perfila con

mayor midez. David había hablado de su nacimiento virginal; Salomon se complació en trazar su imagen con tal suavidad de pincel que deja muy atrás las graciosas descripciones de las *Peria* de Oriente, esas alegres y vaporosas deidades que ocupan los ensueños del pastor de la Arabia. Él la ve elevarse en medio de las hijas de Judá como un lirio entre las espinas; sus ojos son dulces y azulados como los de la paloma; sus labios semejantes á una cinta de escarlata, con un panal que destila miel; su andar es ligero como el humo de los perfumes, y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte. Sus gustos son sencillos y llenos de poesía; se complace en divagar por los sombríos valles, cuando las viñas florecen, y los higos se anudan, como esmeraldas, á los ramos deshojados; sus miradas buscan las rosas encarnadas del granado, el árbol del paraíso<sup>21</sup>, y se deleita en escuchar el canto plañidero de la tortolita. Silenciosa y recogida se oculta de la vista de todos y se encierra en su morada como la paloma que hace su nido en el hueco de las peñas. Es escogida para un himeneo místico con preferencia á las

virgenes y reinas de todos los pueblos; hásele prometido una corona por aquel *que es amado de su alma*, y el lazo feliz que la une á su real esposo *es mas duro que la muerte*". Elias, orando en el Carmelo para alcanzar el fin de la larga sequia que por espacio de tres años abre la tierra y agota las fuentes, descubrió la Virgen prometida bajo la forma de una nube trasparente que se eleva del seno de las aguas para anunciar la vuelta de la lluvia. Las bendiciones del pueblo saludan tan favorable agüero", y el Profeta que penetra los divinos arcanos, edifica un oratorio á la futura Reina del cielo". Isaia declara á la casa de David, cuyo jefe, Acab, tiembla por las amenazas del extranjero *como una selva azotada por el huracan*, que Dios le dará una señal de seguridad sobre el porvenir de la Judea, porvenir que seria duradero y glorioso. « Una Virgen concebirá", y dará á luz un hijo por nombre « Emanuel, esto es, Dios con nosotros... Este « hijo dado milagrosamente al mundo, será « un renuevo del tronco de Jesé, una flor « nacida de su ruz ". Será llamado el Dios « fuerte, el padre del siglo venidero, el prin-

«cipe de la paz. Será levantado como un estandarte á la vista de los pueblos, las naciones vendrán á ofrecerle sus homenajes, y su sepulcro será glorioso.»

El misterio del Mesías se ha desplegado enteramente á los Profetas: los unos ven á Belen ilustrada por su nacimiento; los otros predicen su entrada triunfante en Jerusalem, y señalan hasta su pacífica y lenta cabalgadura. Ellos ven entrar en su templo á ese Pontífice sagrado según el orden de Melquisedec; saben el número de las piezas de moneda que los verdugos de la Sinagoga dejarán caer en la mano del infame que les vende á su maestro; contemplan el suplicio de los esclavos, el brebaje de hiel ofrecido con insolencia á un Dios agonizante, y la vestidura, tejida por las manos de una madre, echada en suerte por bárbaros soldados; ellos oyen el ruido de los clavos que despedazan las carnes chorreantes de sangre, y penetran con ronco sonido el leño maldito. Y después cambia la escena, como aquellos cuadros de Rafael, en que el objeto que empieza en la tierra se continúa mas allá de las nubes. El hombre de dolores, el

humilde Mesías, que sus parientes han despreciado, que su pueblo no ha conocido arroja desde lo mas alto de los cielos su triunfante mirada sobre sus enemigos confundidos; ¡todas las naciones de la tierra se acuerdan de su Dios, olvidado por tantos siglos!... los pueblos se juntan en derredor del estandarte de la cruz, y el imperio de Cristo no conocerá otros límites que los del mundo. Nada falta al conjunto de las profecias: Jacob ha designado la venida del *Schilo* para el momento preciso en que los Judíos dejarán de gobernarse por sus propias leyes, lo que equivale á la ruina de un Estado; Balaam añade que esta ruina será la obra de un pueblo venido de Italia, y el sátropa Daniel cuenta exactamente las semanas que han de pasar hasta entonces.

« Todo lo que sucede en este mundo tiene una señal que le precede: ha dicho un hombre de gran talento que permanece ahora solo y temido en su tienda; cuando el sol está inmediato á su nacimiento, el horizonte se colora de mil rayos y el oriente se nos presenta como un volcan de fuego. Cuando amenaza la tempestad, oye-

«se en la ribera un sordo murmullo, y como que las olas se agitan por si mismas.» Las figuras del antiguo Testamento, segun el testimonio de los Padres de la Iglesia, son las señales que anuncian la salida del *Sol de justicia* y de la *Estrella del mar*. A Jesucristo Hijo de Dios pertenece la fuerza; a Maria la gracia y la misericordiosa bondad. Ella es el árbol de vida, vuelto a plantar en la morada de los hombres por las manos del mismo Dios, y garante de una felicidad preferible á la de que disfrutaron en Eden nuestros primeros padres: la paloma del arca que lleva á la tierra el ramo de olivo; la fuente sellada, cuyas aguas nada impuro ha contaminado; el vellocino que ha recibido el rocío del cielo; la montaña santa, de la que se desprende, sin humano contacto, la piedra que desmenuza los idolos, etc.

Semejante á aquella embelesadora figura que un pintor de la antigüedad compuso en otro tiempo tomando rasgos esparcidos en las mas hermosas mujeres de la Grecia, la casta Esposa del Espíritu Santo reunió y reflejó en su sola persona todo lo que las mujeres mas célebres de la antigua ley habian



ofrecido á la admiracion de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo juntar la prudencia de Abigail á la resolucion valerosa de Ester. Susana, casta como la flor cuyo nombre traia <sup>10</sup>; Judith, cuya corona de lirios fue manchada por la sangre de Holofernes <sup>11</sup>; Aza, cuya mano fue el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan desventurada que vió morir á todos sus hijos por la Ley, no fueron mas que pálidos retratos de Aquella que debia reunir todas las gracias y perfecciones de la mujer y del ángel.

Después de una expectacion de cuatro mil años llega finalmente el tiempo marcado por tantas profecias; desaparecen las sombras de la antigua ley, y Maria se levanta sobre el horizonte de la Judea, como la estrella que precede al dia.

## NOTAS AL LIBRO I.

<sup>1</sup> Pág. 24.—Segun los rabíes el sol se ocultó de hervor en el momento del pecado de Eva. En memoria de este funesto fenómeno las mujeres estahau obligadas á encender las lámparas en todas las casas judías durante la noche del sábado. (Boufanger, antigüedades explicadas).

<sup>2</sup> Pág. 24.—No se halla mas que un solo árbol en ruinas de las ruinas de Babilonia: los perses le dan el nombre de *Allele*: segun ellos este árbol existia en la antigua ciudad y fue conservado milagrosamente á fin de que su profeta Ali yerno de Mahoma pudiese atar su caballo después de la batalla de Hilla. Es un arbusto sicompre verde y tan raro en estos países, que solo se halla otro de la misma especie en Basora. (Memorias de Rich's).

<sup>3</sup> Pág. 25.—*Hinc Deus in statuam in infimis penetralibus crexerunt, Isidi seu virgini hanc dedicantes, ex quo filius ille proditurus erat (utrope generis humani Redemptor).*—(Elias Schardius, de Dios Germanis, cap. xii).

<sup>4</sup> Pág. 26.—Jagrenat, la séptima encarnacion de Brahma, está representado en forma de pirámide sin pies ni manos que la perdido, segun dicen los brahmas, queriendo sustentar al mundo para salvarle. (Véase Kircher).

<sup>5</sup> Pág. 26.—*Zer-Atouchi* significa lavado en plata: este renombre fue dado á Zoroastro porque, segun dicen los guetos, él probó su misloq á su prin-

cipe sabea que le perseguía, sumergiéndose en un baño de pluma derretida. (Tavernier, tom. 2, pág. 32).

\* Pág. 28. — Véase Tavernier, lugar citado.

\* Pág. 27. — Véase Muratori.

\* Pág. 27. — Este Nemroud que Tavernier llama Neubroul, es según unos Nemrod el famoso cazador; según otros el tirano Zandac de los persas, rey de la primera dinastía de los príncipes que han reinado inmediatamente después del diluvio. Según el autor del *Metabih el-doun*, Nemroud sería el mismo que Caicaus segundo rey de la segunda dinastía de Persia llamada de los Caianides; los historiadores persas le atribuyen cerca de dos siglos de reinado, lo que parece demasiado largo. Unos le pintan como un impío que tuvo la extraña vanidad de querer subir al cielo en un carro tirado por cuatro de aquellas aves monstruosas llamadas *Kerfas*, de que hacen mención en sus romances los indios antiguos de Oriente, añadiendo que después de haber volado algun tiempo por los aires cayó sobre una montaña de la Persia (dicen los erráticos historiadores) con tan fiero golpe que fue consumida hasta sus cimientos. Según otros, este Neubroul hizo arrojar á Zerdascht, que confundien con Ahura, en un horno ardiente, y no falta quien supone que Neubroul era de religión sabea, y que fue el primero que introdujo el culto del fuego. (Herbelot, *bibliotheca oriental*, tom. 3, pág. 33).

\* Pág. 29. — Bajo el reinado de Augusto fue cuando el pueblo romano recibió la primera embajada de los Sers que hoy llamamos chinos; sus embajadores pretendieron que habían gastado tres años en hacer el viaje.

<sup>12</sup> Pág. 31. — Los aduladores de Herodes I deslumbrados por la grandeza y magnificencia de este príncipe sostuvieron que era el Mesías. Esto dio lugar á la secta de los herodianos de que tanto se habla en el Evangelio, y que los mismos paganos han reconocido, pues que Persio y su escoliador nos enseñan que todavía en tiempo de Nerón el nacimiento del rey Herodes era celebrado por sus secuaces como la solemnidad del sábado.

<sup>13</sup> Pág. 32. — Véase el salmo xvm, 2. — Los persas tenían la misma idea: ellos exponen que el trono de David está en el sol, según dice Hanway; y de aquí viene su veneración á ese astro.

<sup>14</sup> Pág. 32. — Es verosímil que los sacrificios de Abel fueron ofrecidos sobre algún montón de piedra ó de yerba, y de aquí proviene el nombre de altar.... La palabra latina *altare* parece venir de la céltica *Astala* y de *Ar* piedra. (Introduc. á la historia celta. de Bret. tom. 1, l. 2, pág. 375).

<sup>15</sup> Pág. 32. — Según una tradición pagana referida por Porfiro (tratado de la Abst. lib. 2) los primeros hombres no ofrecían sobre los altares de los dioses más que flores, frutos y manojos de yerba.

<sup>16</sup> Pág. 32. — El hombre no ha sido jamás inmortal en este mundo en el sentido de los puros espíritus, porque un cuerpo formado de polvo debe naturalmente volverse en polvo: él lo era por un favor sin ejemplo y condicionalmente concedido, que le elevaba y mantenía en una situación muy superior á su propia esfera. El hombre no adquirió la inmortalidad en la tierra por derecho de nacimiento: todo cuerpo terrenal debe perecer por la disolución de sus partes, á menos que lo impida una voluntad particular

del Criador, la cual se ostentó en favor de nuestros primeros padres. Dios plantó en el jardín delicioso, en donde había colocado al hombre mortal, el árbol de la vida, planta de celestial origen que tenía la propiedad de rechazar la muerte, así como el laurel en sentir de sus antiguos rechazaba el rayo: de este árbol misterioso dependía la inmortalidad de la humana especie: hijos de su abrigo protector, la muerte volvía á imposibilitarse de su presa y el hombre venía desde las alturas del cielo en su miserable cubierta de barro. (August. quest. vet., et nov. Test., q. 19, pág. 438). — Nadie pondrá en duda, según creo, que Dios no usase de su derecho arrojando á Adán del paraíso después de su desobediencia; si el diablo llevaba consigo la sentencia de muerte para el hombre y su posteridad; sin el árbol de la vida no era más que una existencia frágil y perecedera sujeta á las leyes que rigen los cuerpos criados. Cuando el antidoto no obra su efecto, es muy natural que el veneno mate. Vuelto Adán á la condición de mortal engendró hijos mortales como él, los cuales debieron seguir la suerte de su padre. En esto Dios no hizo agravio alguno á la raza humana; nosotros somos mortales por nuestra naturaleza; él nos ha dejado tales como creamos; retirar un favor gratuito, cuando el objeto de esta favor desgarró con sus manos el acto que se le confiere, no es dureza sino justicia.

— Pág. 37. — No se sabe exactamente el tiempo que Adán y Eva permanecieron en el paraíso terrenal; sin embargo esta permanencia debió ser de alguna duración, y así lo ha comprendido Milton, que citamos aquí no en su calidad de poeta, sino de profundo orientalista. Si además se recuerda que fue en

Edén donde Adán aprendió á distinguir y llamar por sus nombres todas las aves del cielo, todas las bestias de la tierra y todos los peces que nadan en las aguas; que allí aprendió las virtudes de las plantas y lo que le plugo á Dios enseñarle acerca el curso de los astros, se concluirá que toda esta su obra de un día. Los persas y los chinos hacen permanecer al primer hombre en el paraíso durante un espacio de muchos siglos; segun el sentir de los árabes y de los rabíes él no permaneció mas que la mitad de un día, pero esta mitad equivale á quinientos años, segun los mismas, porque un día del paraíso corresponde á mil años: este espacio de tiempo es demasiado largo á nuestro entender. Créese comunmente que Cain el fraticida, cuyo nacimiento se liga estrechamente con el Génesis á la expulsión de sus padres, nació el año 13 de la creación, lo que haria á corta diferencia en doce años la permanencia en el paraíso. Este término, aunque algo corto, bastaria sin embargo bastado al primer hombre para establecer sólidamente su autoridad sobre los animales sometidos á su rezo y unirlo á sus humildes súbditos con los lazos de la costumbre.

— Pag. 11. — Es cierto que la raza de los hombres primitivos, que fue agresiva pero no salvaje, conoció desde un principio las artes necesarias á sus necesidades y á sus placeres. Apenas los hijos de Adán forman pequeñas agregaciones de hombres, les vemos establecer un culto público, fabricar tiendas, construir ciudades, forjar el hierro, derretir el bronce, inventar los instrumentos de música y seguir el curso de los astros. La historia de la astronomía debe remontar, segun Bailly, á un pueblo antedilu-

viano cuya memoria se ha perdido, habiéndose no obstante salvado de la destrucción general algunos restos de sus conocimientos astronómicos. Lalande que temía que esta asercion no probase demasiado en favor de los libros sagrados, atribuye únicamente á los egipcios el origen de esta ciencia; pero los hebreos que á título de vecinos, de contemporáneos, y de antiguos huéspedes del Egipto, Omen derecho de arbitrar esta disputa, deciden á favor de Bailly contra su adversario, enseñándonos que los egipcios deben sus primeros conocimientos astronómicos á las tradiciones salvadas del diluvio. (Véase Josué, Antigüedades judaicas).

<sup>17</sup> Pág. 42.— Los indios, los chinos, los peruanos\* y hasta los hurones reconocen que el primer hombre fue formado de la tierra. Los brahmas, que hacen una pintura encantadora de su chorcum ó paraíso, ponen en él un árbol cuyos frutos si fuese permitido comerlos darían la inmortalidad. Los persas tuvieron que Ahriman, el genio del mal, sedujo á nuestros primeros padres bajo la forma de una culebra. La historia de la mujer seducida al pie de un árbol, de la cólera de Dios y del primer fratricidio era tradicional entre los iraquenes. Los tártaros atribuyen nuestra raza á una planta dulce como la miel y de una hermosura maravillosa; los tibetanos á la falta de haber gustado de la peligrosa planta llamada *schoné* dulce y blanca como el arñer: por este fruto fue revelado el conocimiento del estado de desouder. La tradición de la mujer y de la serpiente era igualmente conocida en Méjico, etc. (Véase Roselli de Longues en su obra: *Crato delante el xiglo*, cap. IX).

<sup>18</sup> Pág. 43.— La torre de Babel tan cercana al gran

cataclismo puede dar una idea de la arquitectura antitibetiana; en ella se empleó el ladrillo y el betón. Si, como todo induce á creerlo, esa torre inmensa se parecía á la antigua y famosa torre de Bel en Babilonia, estaría rodeada de una escalinata exterior de un tramo suave que se elevaba en espiral hasta la plataforma y daba á este edificio el aspecto de siete torres sobrepuestas unas encima de otras.

<sup>18</sup> Pág. 44.—Platon hablando del Dios que ha formado el universo dice que está prohibido hacerlo conocer al pueblo. Los libros de Numa escritos sobre cortezas de álamo blanco y hallados en su tumba después de muchos siglos fueron quemados en secreto como perniciosos al politeísmo. Los brahmanes, que al decir de los viajeros tienen de la divinidad una idea sublime, no por esto dejan de ofrecer á la adoración de los indios los ídolos mas vergonzosos que existieron jamás. Solo la verdadera religion ha tratado á los hombres como á criaturas inmortales y razonables.

<sup>19</sup> Pág. 45.—Abulfatze (*Abulíra dynastiarum*) dice que Zerfascit predijo á los Magos el nacimiento del Mesías del seno de una virgen, y añadió que en el tiempo de su nacimiento aparecería una estrella desconocida que les guiaría hácia su cuna, y les mandó que le llevasen presentes. Sharistani, autor musulmán, refiere igualmente una predicción de Zerfascit relativa á un profeta que debía reformar el mundo tanto bajo el respecto de la religion como el de la justicia; y al que se someterían los reyes y príncipes de la tierra.

<sup>20</sup> Pág. 45.—*Asvatar*, encarnacion fabulosa de una divinidad india.



<sup>10</sup> Pág. 46. — Un testimonio unánime es del mayor peso, dice Bernandino de Saint-Pierre, porque no puede existir sobre la tierra un error universal. (Estudios de la Natur. Estu. 8, pag. 309).

<sup>11</sup> Pág. 46. — *El dicoto de María* del Padre Paulo Segneri, parte prima.

<sup>12</sup> Pág. 47. — Es una tradición enseñada en la Sinagoga y reconocida por verdadera en la Iglesia, que todos los profetas sin excepción no han profetizado más que para los tiempos del Mesías. (Véase san Cipriano de la vaud. de los idol.).

<sup>13</sup> Pág. 47. — Según la tradición hebrea, viendo Dios á Adán desesperado por las consecuencias terribles de su culpa, le hizo decir por un Angel que calmase su dolor, porque naceria de su posteridad un libertador que asiguillaria el pecado original, y que seria la salvacion de todos los que esperarían en él. (Haugse, tomo 4, libro 7, capítulo 25.).

<sup>14</sup> Pág. 48. — Los cristianos aplican esta revelacion al Mesías, y arguyen con ella á los incrédulos judíos que es necesario que haya venido largo tiempo há, pues que hace diez y ocho siglos que sus tribus están mercedas, sus sacrificios abolidos, su gobierno extinguido; que ellos no tienen ni territorio ni príncipes de su nación, y que en todos los lugares en que se hallan dispersos están sujetos á las leyes de las naciones extranjeras. Para eludir la fuerza de este argumento los judíos pretenden en la actualidad que la palabra *schefet*, que nosotros traducimos por *cebro*, significa igualmente la vaca que castiga al esclavo; y parten de aquí para sostener que aun cuando este oráculo fuese aplicable al Mesías, todo lo más que de él podria inferirse es que su cas-

tiga duraría hasta su venida que debe librarnos de él; en fin, ellos niegan que la palabra *Schilo* pueda traducirse por Mesías. Pero sus antiguos libros los desmienten; esta preferia se entiende del Mesías en el Talmud, y he aquí como la paráfrasis de Onkelos explica este pasaje: «Judas no estará sin un jefe revestido de la autoridad suprema, ni sin escritos «de los hijos de sus hijos hasta tanto que venga el «Mesías. «Jonathan, á quien los judíos señalan el primer lugar entre los discípulos de Hillel y á quien reverencian casi al igual de Moisés, traduce igualmente *schiloh* por principado y *Schilo* por Mesías, y sigue también esta opinión la paráfrasis de Jerusalem. Así los comentaristas mas antiguos, mas auténticos y mas respetados entre ellos suministran armas victoriosas para combatirlos.

<sup>27</sup> Pág. 49. — De allí viene esa esperanza de una ley nueva que los judíos aguardan con el Mesías: ley que suponen muy superior á la de Moisés. La ley que el hombre estudia en este mundo no es más que vanidad, dicen sus doctores, en comparación de la del Mesías. (Medrusch-Balsha, sobre el Eclesiástico XI, 8).

<sup>28</sup> Pág. 49. — La llanura de Babilonia cortada por rios y por canales, y por lo mismo muy pantanosa, abundaba en sauces. De aquí viene el ser llamada en la Escritura el valle de los sauces.

<sup>29</sup> Pág. 49. — Aun cuando se ignorase que la profecía de Balaam es muy antigua, lo indicaría bastante el modo con que está hecha. Balaam astrólogo caldeo no profetiza como los que ven de Judá: necesita de un vasto horizonte desde el cual descubra á la vez la tierra, el mar y el cielo; y se expresa como hom-

bre que se detalla á sí mismo las cosas que ve en el momento en que habla, y que le impresionan en el mas alto grado. Este género de profecía se parece algo á lo que los montañeses de Escocia llaman una *segunda vista*.

<sup>37</sup> Pág. 53.—Algunos rabinos pretenden que la hija de Jeshé no fue inmolada sino tan solo condenada á un exilio perpetuo. Esta asercion está desmentida por el texto de la Escritura que dice: *Que todas las hijas de Israel se juntan una vez al año para llorar á la hija de Jeshé de Galaad durante cuatro dias.* (Jud. cap. xi, 39). Mas no se llora á una persona viva. Flavio Josefo afirma igualmente que la hija de Jeshé fue sacrificada. (Antig. jud., l. 9, l. 2, c. 9).

<sup>38</sup> Pág. 54.—Los orientales dan á la granada el nombre de *fruta del parnaso*.

<sup>39</sup> Pág. 55.—Los Santos Padres observan que el *Contra de los cánticos* no es mas que una alegoría continua de la Madre de Dios.

<sup>40</sup> Pág. 55.—Cuando cae la lluvia en Palestina, produce una alegría general en el pueblo que se junta en las calles, canta, se agita y grita á todo gritar: ¡ó Dios! ¡ó bendito! ¡Volad, viaje á la Siria!.

<sup>41</sup> Pág. 55.—El oratorio que Elías edificó sobre el monte Carmelo fue dedicado por él á la Virgen que debia parir, *Virgini parituro*. Esta capilla se llamaba *Somnorum* que significa lugar consagrado á una *emperatriz* (emperatriz), que no puede ser otra que Maria, *emperatriz* de cielos y tierra. (Historia del monte Carmelo, sucesion del santo Profeta, cap. 31).

<sup>42</sup> Pág. 55.—Esta grande profecía ha sido el objeto de una larga y espinosa controversia entre los judíos y los cristianos. Los rabinos que han comentado el

todo después de Jesucristo, queriendo desfigurar las pruebas que les condenan, y oscurecer las palabras del Profeta, han pretendido que la palabra *kalma* que se encuentra en el texto hebreo significa simplemente una mujer joven, aunque los Setenta la hayan traducido por *Virgen*. Los Santos Padres han refutado victoriosamente esta objeción. « Los setenta intérpretes (dice san Juan Crisóstomo) son los que merecen mayor crédito. Ellos han hecho su versión mas de un siglo antes de la venida de Jesucristo: eran muchos reunidos; su nombre y su union a los hacen mucho mas dignos de fe que a los judíos de nuestros dias, que han corrompido maliciosamente muchos pasajes de las santas Escrituras. » (Sermón 4, cap. 1). — San Jerónimo, el mas profundo hebraizante de todos los intérpretes y comentadores de la Escritura, pronuncia sin temor (dice) de ser desmentido por los judíos que *kalma* en todos los pasajes en que se halla de las santas Escrituras significa únicamente una Virgen en toda su inocencia, y en ninguna parte una mujer desposada. (Comentarios sobre Isaías, lib. 3). — Lutero, que hizo tan deplorable uso de una ciencia efectiva, exclama con el fuego y vehemencia que se le conocen: « Si jamás un judío ó un hebraizante puede demostrar que *kalma* signifique en alguna parte una mujer cualquiera y no una Virgen, le daré cien florines, si á Dios place ó que yo los halle. » (Obras de Lutero, tom. 8, pag. 122). — El mismo Mahoma ha rendido homenaje á la virginidad de la Madre de Dios. « Y Maria, hija de Imram, la cual ha conservado su virginidad, y nosotros hemos enviado en ella una parte de nuestro espíritu, y ella ha cri- »

«du á las palabras de su Señor y á sus Escrituras.»  
(Alcofan, Surate 66).

<sup>27</sup> Pág. 33. — Jesé llamado también Isaias, era hijo de Obed y padre de David. Su memoria está en grande veneracion entre los hebreos que le miran como á un justo perfecto.

<sup>28</sup> Pág. 39. — El nombre de Susana significa *lirio* ó *azucena*. (Favyn, libro 2).

<sup>29</sup> Pág. 39. — Los antiguos atribuian á los lirios el poder de neutralizar los encantamientos y apartar los peligros. Judith ciñó su frente con una corona de lirios para penetrar sin riesgo en la tienda de Holofernes. (Coment. de los Ecl. véase el lib. de Judith).

---

## **LIBRO II.**

---

### **LA CONCEPCION INMACULADA.**

---

Una mujer destinada desde la eternidad á salvar el mundo divinizando nuestra naturaleza, y á encerrar en su casto seno á Aquel á quien la tierra, los cielos y el vasto mar contener no pueden; una mujer esperada desde el principio de la creación, revelada por el mismo Dios en el paraíso, y el blanco reconocido de todas las generaciones santas que se sucedieron desde el tiempo de los Patriarcas <sup>1</sup>, no puede ser una mujer ordinaria, y debe gozar de prerogativas superiores á la humanidad. La piadosa creencia de la concepcion inmaculada de María deriva de esta idea de respeto. Herederos de un jefe desgraciado, degradados en nuestro Padre rebelde, manchados por la sentencia que le condena, en lugar

de recibir de él la vida de la gracia hemos recibido la muerte del pecado, y por una fatalidad espantosa somos condenados antes de nacer. Esa desgracia inherente á la humana especie, maldita en su origen como un solo hombre, es comun á todos, y la Escritura no ha hecho excepcion alguna en favor de ningun hijo de Adán; pero la piedad de los fieles no ha podido soportar la idea de que la Madre de Dios estuviese sujeta á la sentencia infame que nos marca con el sello del infierno en las entrañas de nuestras madres: ellos han creído que el soberano Juez debió suspender el efecto general de su ley rigurosa en favor de Aquella que no vino al mundo sino para contribuir al cumplimiento del mas secreto, del mas incomprensible de los consejos divinos, la encarnacion del Mesias. Á pesar del silencio del Evangelio se ha pensado generalmente que la Virgen en vista de su maternidad milagrosa fue detenida, para decirlo así, á la orilla del abismo que la fatal desobediencia de nuestros primeros Padres abrió bajo nuestros pasos, y que su Concepcion fue immaculada como su vida \*.

Sin embargo, esta opinion tan honrosa a la Virgen-madre ha encontrado poderosos contradictores; porque san Anselmo, san Bernardo, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande y otros muchos sabios escritores, todos grandes teólogos y además devotos de Maria, han defendido que ella fue concebida en pecado y sometida a la ley general, aunque luego después hubiese sido enteramente purificada por una gracia *especial y excelente* que empezó su glorioso estado de Madre de Dios.

Pero la devocion a la Virgen, de que los Griegos tomaron la iniciativa, prevaleció sobre la opinion de los grandes Doctores de la edad media; lo que no divisaron las águilas de las escuelas fue descubierto á los espíritus sencillos.

Consultáronse nuevamente los escritos de los Apóstoles y antiguos Maestros; se examinó con mayor escrupulosidad lo que nos han transmitido de siglo en siglo acerca las grandezas de Maria, y esa investigacion hizo brotar vivos resplandores sobre ese punto nebuloso de la historia de la Madre de Cristo.



En efecto, remontándonos hasta los Apóstoles se ve ya el título de *santísima e inmaculada* aplicado á María <sup>1</sup>. El apóstol san Andres citado por el Babilonio Abdias se expresa en estos términos: «Así como el  
«primer Adán fue hecho de la tierra antes  
«que fuese maldecida, así el segundo Adán  
«ha sido formado de una tierra virgen y que  
«no fue malidita jamás.»

Los Santos y los Mártires que vivían en el tercer siglo, san Hipólito, san Gregorio obispo de Neocesarea, Orígenes, san Dionisio de Alejandria dan á la santa Virgen la calificación de *pura* y de *inmaculada*. San Cipriano es mas preciso y dice claramente: «Que hay una grande diferencia entre el  
«resto de los mortales y la Virgen, y que  
«ella no tiene de comun con los mismos  
«mas que la naturaleza, pero no la culpa.»

En el cuarto siglo san Basilio y san Epifanio rinden el mismo homenaje á María; san Ambrosio la compara «á un tronco recto y brillante en que no se encontró jamás ni el nudo del pecado original ni la  
«corteza del pecado actual. *Virgo, in qua  
«nec nodus originalis, nec cortex actualis culpa*

«*fuít*;» y san Gerónimo «al esplendor de  
«un día que nunca ha conocido las tinie-  
«blas<sup>1</sup>:» un sacerdote de Jerusalem, Eri-  
sipo, autor muy antiguo, después de haber  
dado á Maria el título de *inmaculada* añade  
que: «nada tiene de comun con su pueblo  
«perverso Aquella que por su naturaleza  
«sin tacha y sin pecado se parece á la rosa  
«plantada en un terreno erizado de es-  
«pinas.»

San Juan Crisóstomo llama á la Virgen  
santísima *inmaculada*, bendita sobre todas  
las criaturas y gloriosa Madre de Dios.

En el siglo quinto san Agustín no puede  
sufrir que se mencione solamente el nom-  
bre de Maria, cuando se trata de pecado<sup>2</sup>;  
y san Grisólogo afirma que todo ha sido sal-  
vo en la Virgen: *merito ergo Virgini salu-  
ant omnia*.

San Fulgencio que vivia al principio del  
siglo sexto dice que «la santa Virgen fue  
«excluida enteramente de la primera sen-  
«tencia.» San Ildefonso arzobispo de To-  
ledo que florecia hácia la mitad del séptimo  
siglo dice: «erradamente se quiere sujetar  
«á la Madre de Dios á las leyes de la na-

« pureza, pues consta que ha sido libre y  
« exenta de todo pecado original, y que ha  
« levantado la maldición de Eva. » Este san-  
to Obispo no se limitó á exponer su opinion  
sobre la Concepcion inmaculada de la santa  
Virgen: en su vida escrita por los Benedic-  
tinos se ve que mandó celebrar solemne-  
mente en toda la España la fiesta de la Con-  
cepcion de la Madre de Dios. Se halla tam-  
bien en las leyes de los Visigodos que el rey  
Ervigio hizo una ley para obligar á los ju-  
dios á abstenerse de trabajos serviles en los  
dias de fiesta de los cristianos, y entre esas  
fiestas se encuentra la de la Concepcion de  
la Virgen. San Juan Damasceno que murió  
hácia el año de 780, hablando expresa-  
mente de la Concepcion dice, que fue *pura*  
*e inmaculada*. « Tú eres toda hermosa, ó Ma-  
ria (dice el humilde y sabio Abad de Ce-  
lles), tú eres toda hermosa en tu Concep-  
cion, pues no fuiste criada, sino para ser  
« el templo de Dios. La mancha del pecado  
« sea mortal, venial ó *original* no ha infec-  
« tado jamás tu alma. »

Hasta el Islamismo se declara á favor de  
la Concepcion inmaculada, y los comenta-

dores arábes del Alcorán han adoptado á su modo la opinion de los teólogos católicos, que se han pronunciado en pro de esta doctrina. « Todo descendiente de Adán (dice « Cottada) desde el momento en que viene « al mundo es tocado en su costado por Satanás; sin embargo es preciso exceptuar « á Jesús y á su Madre, porque Dios inter- « puso entre ellos y Satanás un velo que los « preservó del fatal contacto. »

Este encadenamiento de testimonios en favor de la inmaculada Concepcion de Maria se para de golpe en el nono, décimo, undécimo, duodécimo, y decimotercio siglos; pocos autores de nota escribian entonces en este sentido, y muchos hombres eminentes por su sabiduria y piedad escribieron en el sentido contrario. En compensacion, la fiesta de la Concepcion de la Virgen se estableció en diferentes países.

Desde el reinado de Enrique I rey de Inglaterra y duque de Normandia se celebraba esta fiesta en Ruán con solemnidades extraordinarias. « Ella fue instituida (dicen las « antiguas crónicas) con motivo de la santa « aparicion que tuvo un Abad digno de fe,

«quien se halló en los peligros del mar durante una tempestad.» Una rancia historia de las antigüedades de Ruan añade que desde el tiempo mismo de la institucion de la fiesta se fundó una Asociacion de las personas mas notables de la ciudad, que eligen todavía en cada año uno de entre ellos para ser el jefe de la Cofradia, el cual convidando á todos los oradores de todas lenguas da un premio excelente y de mucho valor á todos aquellos que con mas pompa, fidelidad y acierto habrian celebrado las alabanzas de la Virgen Maria sobre el punto de su *santa Concepcion* con himnos, odas, sonetos, baladas, canciones reales, etc. \*.

Así la Virgen llena de gracia presidía á la restauracion de la poesia, y su Concepcion immaculada suministraba piadosos temas á la patria de los trovadores.

Desde la Normandia la fiesta de la Concepcion de la Virgen pasó el mar y se estableció en aquel vasto reino entonces católico, que después!... pero entonces sus Príncipes y Magnates veneraban profundamente á *Nuestra Señora*.

Hacia el mismo tiempo, esta festividad se

establecía igualmente en el Lyones á pesar de las amonestaciones de san Bernardo que reprendía á los canónigos de Lyon el celebrar la fiesta de la Concepcion inmaculada sin haber consultado á la Silla apostólica <sup>1</sup>.

Un obispo de Paris llamado Renoul de Hombieres que murió en 1288 dejó una suma considerable para fundar el oficio de la Concepcion inmaculada de la Virgen.

En 1384 D. Juan I rey de Aragon instituyó por su real autoridad la fiesta de la Concepcion inmaculada en todas las provincias de España que habian sacudido el yugo del Islamismo; y su real decreto dice que los reyes sus predecesores, objeto de las misericordias de Maria, la habian solemnizado antes que él.

Este decreto que es un florán mas á la corona de Maria, entra demasiado naturalmente en la contextura de nuestra obra para que lo omitamos aquí.

«NOS D. Juan por la gracia de Dios rey de Aragon y de Valencia, etc. ¿Por qué algunas personas se admiran de que la bienaventurada Maria Madre de Dios haya sido concebida sin pecado original, mientras

que no dudan de que san Juan Bautista fuese santificado en el seno de su madre por el mismo Dios que descendiendo de lo alto del cielo y del trono de la santísima Trinidad se encarnó en las entrañas benditas de una virgen? ¿Qué gracias podemos pensar haya rehusado el Señor á la mujer que le dió á luz por un prodigio asombroso de su fecunda virginidad? Amando á su Madre, como la ama, ha debido favorecer con los mas poderosos privilegios su Concepcion, su nacimiento y las demás fases de su santa vida.»

«¿Para qué poner en duda la gloriosa Concepcion de una Virgen tan privilegiada y de la que nos obliga la fe católica á creer unas grandezas y maravillas que no podemos admirar bastantemente? ¿No es un objeto de admiracion mucho mayor para todos los cristianos el ver que una criatura haya engendrado á su Criador y que haya pasado á ser madre sin cesar de ser virgen? ¿Como, pues, el espíritu humano será bastante para ensaltar á esta gloriosa Virgen que el Omnipotente predestino para poseer sin la menor corrupcion las ventajas de la divina maternidad junto con la gloria de la

virginidad mas pura, y para elevarse sobre todos los Profetas, todos los Santos y todos los coros de los Angeles como su Reina? Habria faltado, pues, algun grado de pureza y de gracia á esa excelente Virgen en el primer momento de su Concepcion para poderle imputar la tacha del pecado original, Virgen á la que el Ángel del Señor enviado del cielo dijo estas palabras: «Yo te saludo, Maria, llena de gracia, el Señor es contigo, tú eres bendita entre todas las mujeres.» Callen, pues, estas personas que hablan tan desconcertadamente; y aquellos que solo pueden proponer vanos y frivolos argumentos contra la immaculada Concepcion tan privilegiada y tan pura de la santa Virgen, avergüencense de publicarlos, porque era conveniente que ella fuese dotada de una pureza tan grande, que después de la de Dios no pudiese concebirse otra semejante. También conviene verdaderamente que Aquella que tuvo por hijo al Criador y Padre de todas las cosas haya sido y sea siempre purísima, hermosísima y la mas perfecta por haber sido desde el principio y antes de todos los siglos por un decreto



eterno del Altísimo escogida entre todas las criaturas para encerrar en su seno á Aquel á quien el mundo entero y toda la inmensidad de los cielos contener no pueden. »

« Pero Nos que entre todos los reyes católicos hemos recibido de esta Madre de las misericordias tantas gracias y beneficios sin haberlos merecido, creemos firmemente que la Concepcion de esta bienaventurada Virgen, en cuyo seno dignó hacerse hombre el Hijo de Dios, ha sido totalmente santa é inmaculada. »

« Así Nos honramos con un corazón puro el misterio de la bienaventurada y feliz Concepcion de la santísima Virgen Madre de Dios; y Nos y todos los miembros de la real Casa celebramos cada año la fiesta con toda solemnidad, del mismo modo que la han celebrado nuestros excelsos predecesores, quienes establecieron una Cofradía perpetua. Por esto ordenamos que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebre todos los años perpetuamente con grande solemnidad y respeto en todos los Estados de nuestra obediencia por todos los fieles católicos tanto religiosos como seglares, pres-

biliteras y otras personas de cualquiera clase ó condicion que sean; y que en adelante no sea permitido y aun prohibimos á todos los predicadores y demás que dan lecciones públicas del Evangelio el decir, publicar, ni sostener cosa alguna que por cualquier motivo que sea pueda causar algun perjuicio ó dañar á la creencia de la pureza y santidad de esta bienaventurada Concepcion: antes al contrario mandamos que los predicadores y demás que tengan opiniones opuestas guarden exacto silencio, pues que la fe católica no nos obliga á sostener y profesar la opinion contraria; y que los demás que guarden en su corazón nuestra santa y saludable creencia la publiquen en sus discursos y demuestren con entusiasmo su devocion, celebrando con las alabanzas del Altísimo la gloria y el honor de su santa Madre, que es la Reina del cielo, la puerta del paraíso, la que cuida de nuestras almas, el puerto seguro de la salvacion y el áncora de la esperanza de los pecadores que en ella confían. Por el tenor de las presentes mandamos expresamente y á perpetuidad que si sucediere en adelante que algun

predicador ó cualquiera otro de nuestros vasallos, de cualquier estado ó condicion que sean, no observen esta ordinacion, sean desterrados de sus conventos y casas sin necesidad de otro decreto nuestro, y mientras dellendan la opinion contraria salgan como enemigos de todos nuestros dominios: queriendo tambien y ordenando, de nuestra ciencia y madura deliberacion, bajo pena de incurrir en nuestro desagrado, á todos y cada uno de nuestros oficiales presentes y futuros, que guarden y hagan guardar con gran diligencia y respeto nuestro presente edicto, luego que llegue á su noticia, y que cada uno en su distrito lo haga publicar con exactitud, solemnidad y á son de trompeta en todos los lugares acostumbrados, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia, y que la devocion de la Concepcion inmaculada de la Virgen santissima, que los cristianos conservan desde largo tiempo en sus corazones, se aumente mas y mas, y que en lo sucesivo no abran su boca las personas de opinion opuesta. En fe de lo cual mandamos expedir las presentes autorizadas con nuestro sello en Va-

lencia á 2 de febrero, día en el que celebramos la fiesta de la Purificación de la santa Virgen, el año de nuestro Señor 1384 y el octavo de nuestro reinado \*.

La doctrina de la Concepcion inmaculada habia sido eliminada de las cátedras y escuelas durante un largo espacio de tiempo, cuando muchas órdenes religiosas\*, y especialmente la de san Francisco de Asis que se consagró á ello con entusiasmo, emprendieron el reanimarla. Los Franciscanos, que fueron los primeros en profesarla públicamente por escrito y de viva voz, la apoyaron con razones tan fuertes y convincentes, que no solamente la masa de los fieles, si que tambien las corporaciones mas sabias de Europa la abrazaron con fervor. Los doctores de la Sorbona en su asamblea del mes de febrero del año 1376 declararon que ellos miraban como un punto de fe (*de fide*) la Concepcion inmaculada de la Virgen. En otro decreto esos mismos doctores siguiendo, segun dicen, los pasos de sus antepasados (*majorum nostrorum vestigia sequentes*) se obligaron con juramento á sostener esta opinion; la ley sobre esto

es terminante : « Decretamos y declaramos  
« que nadie será admitido en adelante en  
« nuestra facultad , que no preste como no-  
« sotros juramento de sostener en toda su  
« vida la doctrina de la immaculada Con-  
« cepcion. » *Statuentes ut nemo deinceps huic  
nostro collegio adscribatur nisi se hujus doctri-  
ne assertorem semper pro viribus futuram si-  
mili juramento profiteatur.* Así lo practicaron  
sucesivamente las universidades de Magnu-  
cia , de Colonia , de Valencia , de Alcalá , de  
Coimbra , de Salamanca , de Nápoles y otras  
muchas.

Los Franciscanos empezaron por su par-  
te á celebrar esta fiesta bajo el nombre de  
Concepcion *pura e immaculada* y á hacer re-  
cuerdo , en el oficio diurno , de la especial  
gracia que habia preservado á María de la  
mancha original. Y no solamente la santa  
Sede toleró esta fiesta , si que tambien la  
favoreció de un modo singular concedien-  
dola los mismos privilegios é indulgencias  
que á la fiesta del santísimo Sacramento.

En 1618 el Virrey de Nápoles , su corte y  
su ejército hicieron voto en la iglesia de  
Nuestra Señora la Mayor de creer y defen-

der la inmaculada Concepcion de la Virgen.

En 1624 el orden de los caballeros del duque de Nevers fue aprobado en Roma bajo el titulo de Caballeros de la inmaculada Concepcion de la gloriosa Virgen: *inmaculate Conceptionis gloriose Virginis*.

Varios Concilios han sido favorables a esta creencia. El de Basilea en su sesion de 21 de setiembre de 1429 asi se expresa: « Se ha promovido en este santo Concilio una cuestion difícil acerca la Concepcion de la gloriosa Virgen Maria y el principio de su santificacion, opinando unos que su alma ha sido durante algun tiempo ó á lo menos algunos instantes sujeta de hecho al pecado original, y defendiendo otros por el contrario que el amor que Dios la tuvo se extendió hasta al primer momento de su creacion: que el Altísimo que la formó por sí mismo y el Hijo que la escogió para ser su Madre sobre la tierra, la colmaron de gracias singulares y extraordinarias: y que Jesucristo la redimió de una manera superior y enteramente particular preservándola de la mancha original y santificándola desde el primer momento de su Concepcion. »

«Habiendo, pues, examinado con todo discernimiento las razones y autoridades que desde muchos años se han alegado por una y otra parte en los actos publicos de este santo Concilio; habiendo además atendido muchas otras reflexiones sobre este mismo asunto, todo bien pesado y maduramente considerado decidimos y declaramos que la doctrina que enseña que la gloriosa Virgen María Madre de Dios por un favor especial y por una gracia preveniente y operante no ha sido jamas actualmente sometida al pecado *original*, sino que ha sido siempre santa, *inmaculada* y exenta de todo pecado *original* y actual, es una doctrina piadosa, conforme al culto eclesiástico, á la fe católica, á la recta razon y á la Escritura santa; y que como tal debe ser aprobada, tenida y seguida por todos los católicos, de manera que á nadie sea permitido en lo sucesivo predicar ó enseñar lo contrario. Renovando además la institucion de la fiesta de la santa Concepcion, la cual por una antigua y loable costumbre se celebra el dia 8 de diciembre tanto en Roma como en otras iglesias, que-

remos y ordenamos que esta fiesta se celebre en igual día bajo el nombre de la Concepcion de la Virgen en todas las iglesias, monasterios y comunidades de la religion católica, y que se desahoguen en cánticos de alabanza y alegría. » El Concilio dispensa tambien muchas indulgencias á esta solemnidad.

Los Padres del Concilio de Trento han declarado formalmente que en su decreto sobre el pecado *original* no han pretendido comprender la *inmaculada* y dichosa Madre de Dios.<sup>19</sup>

Dos partidos se habian formado en la Iglesia sobre esta cuestion espinosa. Ambos contaban en sus filas doctores famosos y teólogos ilustres. Los unos creian sostener la pureza de la doctrina de la Iglesia, en perjuicio de la cual es muy fácil caer en la indiscrecion *et sapere plus quam oportet*. Los otros querian defender á todo trance las gloriosas prerogativas de la Madre de Dios.

La Corte de Roma dejó en un principio libre el campo á las disputas teológicas, y pasó maduramente en su soberana y paciente sabiduria las razones en que ambas



opiniones se apoyaban. Examinando con detencion la de los Padres y antiguos Doctores halló una multitud de probalidades en favor del noble privilegio que se disputaba á la Virgen santa y como un brillante reflejo de la tradicion apostolica. Desde entonces simpatizó con los defensores de la Concepcion sin mancha; el Papa Sixto IV confirmó esta fiesta, y Paulo V y Gregorio XV prohibieron no solamente las tesis ó conclusiones públicas, si que tambien los discursos privados y las manifestaciones reservadas contra el misterio de la inmaculada Concepcion. Pero Roma con la prudencia que caracteriza todos sus actos no quiso tampoco anatematizar la opinion contraria por respeto á grandes y santas reputaciones. Ella no ha permitido jamás que se la calificase de herética, ni de temeraria, ni de escandalosa, ni aun de errónea. Ella no podia prescribir como á artículo de fe la creencia de la inmaculada Concepcion de la Virgen, y se contentó con insinuarlo, sabiendo perfectamente que la piedad católica no necesitaba de una decision mas formal para tributar á la Madre de las mi-

sericordias , á la consoladora de los pecadores , á Aquella á quien la Iglesia nos señala como nuestra mediadora con Jesucristo todos los honores debidos á su alta dignidad.

Una voz , cuyo peso es inmenso , la grande voz de Bossuet se ha hecho oír en esta causa : el escudo de la religion se ha colocado noblemente delante la santa Virgen :  
« La opinion ( dice ) de la Concepcion inma-  
« culada tiene yo no sé qué fuerza que ar-  
« rastra á las almas piadosas. Después de los  
« artículos de fe , yo casi no veo cosas mas  
« seguras. Por esto no me admiro de que  
« esa escuela de los teólogos de Paris obli-  
« gue á todos sus hijos á defender esta doc-  
« trina. En cuanto á mi tengo una satisfac-  
« cion en seguir en el día de hoy sus inten-  
« ciones. Después de haberme criado con  
« su leche , me someto voluntariamente á  
« sus preceptos , mayormente por ser tam-  
« bien , segun me parece , la voluntad de la  
« Iglesia. Esta tiene una opinion muy favo-  
« rable de la Concepcion de Maria. No nos  
« obliga á creerla inmaculada ; pero nos da  
« á entender que esta creencia le es agra-  
« dable. Hay cosas que manda , en las que

« damos a conocer nuestra obediencia; hay  
« otras que insinúa, en las que podemos  
« manifestar nuestra aleccion. Es propio de  
« nuestra piedad, si somos verdaderos hi-  
« jos de la Iglesia, no solamente obedecer  
« á los mandatos, sino tambien inclinarnos  
« a la menor señal de la voluntad de una  
« Madre tan buena y tan santa <sup>1)</sup>. »

Desde la época en que el águila de Meaux  
formulaba así sus ideas, esta devocion ha  
ido ganando terreno todos los dias. En Es-  
paña, en que el cardenal Jimenez estable-  
ció en 1506 una Cofradia bajo el titulo de  
la *Concepcion inmaculada*, la fiesta que per-  
petúa el recuerdo de tan gloriosa preroga-  
tiva de Maria se celebra cada año con la ma-  
yor solemnidad. No hay predicador que no  
empiece su sermón sobre cualquier asunto  
con estas palabras: *Alabado sea el santísimo  
Sacramento del altar y la inmaculada Concep-  
cion de la Virgen Maria nuestra Señora con-  
cebida sin mancha de pecado original en el primer  
instante de su purísimo ser. Amen.*

Y no solamente esta doctrina ha sido re-  
cibida desde muchos siglos por la Iglesia  
española, si que tambien el pueblo de Ver-

uando é Isabel la ha adoptado tan general y profundamente, que la profesion de fe á la Concepcion sin mancha se ha hecho la frase favorita que compone el saludo nacional<sup>12</sup>. Esta creencia no está en menor recomendacion en toda la Italia, y la Francia no se queda atrás. « Es un hecho que tenemos empeño en manifestar (decia últimamente el señor Arzobispo de Paris), y cuya noticia deseamos llegue hasta los lugares mas lejanos del mundo católico: en nuestra diócesis esta devocion ha echado con el tiempo raíces profundas; y las desgracias han venido todavia á robustecerla, aumentarla y extenderla con maravilloso progreso. »

La devocion á la Concepcion immaculada se ha aclimatado, pues, en el suelo de Francia después de tantas tormentas. Nosotros podemos creer que Aquel que preservó á los Angeles del cielo de la caida de sus hermanos rebeldes ha preservado tambien á la Reina de los Angeles de la caida comun de los hombres, y que Dios dijo á Maria como Asuero á Ester: « Esta ley que concierne á todo el mundo no se hizo para tí. »

## NOTAS AL LIBRO II.

<sup>1</sup> Pág. 72. — Según san Agustín, la descendencia á que aspiraban todos los Patriarcas era Jesucristo y Jesucristo en María á la que su fecundidad podía sólo llegar. Y en efecto, dice un sabio teólogo, si la naturaleza en todos sus esfuerzos tiende á Jesucristo que es el Señor de los siglos, no es porque se libere de llegar hasta el Hijo de Dios por su sola virtud; la extensión de su poder se dedica en la humildad de María que debe engendrar el primogénito bendito, no por la virtud de sus miembros, sino por la del Altísimo.

<sup>2</sup> Pág. 72. — Esta creencia adoptada desde un principio entre los griegos fue consagrada por una fiesta que se celebraba desde el séptimo siglo.

<sup>3</sup> Pág. 72. — Santiago el Mayor y san Marcos en su liturgia.

<sup>4</sup> Pág. 76. — Comentarius de san Gerónimo sobre el salmo LXXVII: *Deduxit eos in tenebras noctis, ut hanc Virgo, quae pulchra dicitur tunc dici, quia non fuit in tenebris, sed semper in luce.*

<sup>5</sup> Pág. 76. — Es digno de observar que san Agustín defendía entonces la doctrina del pecado original contra los pelagianos.

<sup>6</sup> Pág. 79. — Arbizuendades y singularidades de la ciudad de Ruan, por N. Taillepiéd, doctor en teología.

<sup>7</sup> Pág. 80. — *Nam si sic videbitur (dice) cumtenda erat prius apostolica Sedis auctoritas, et non ita precipitanter a quo inconsulte parcerem sequenda*

*simpliciter imperito sum.* — Santo Tomás en su Suma de Teología dice igualmente, que esta fiesta ha sido tolerada, pero no aprobada por la Iglesia.

<sup>6</sup> Pág. 85. — Véase el libro de los privilegios del reino de Valencia año 1394.

<sup>7</sup> Pág. 86. — Habiendo Montfaucon que recorría la Italia hacia el año 1698 visitado en Pavia la biblioteca del caballero Beleridus, célebre por su piedad, quedó muy sorprendido al ver que esta inmensa colección de libros no se componía mas que de tratados escritos por Franciscanos en defensa de la inmaculada Concepción. Una estampa puesta al frente de uno de esos libros escrito por *Fray Alia* representaba la santa Virgen sentada sobre nubes, y abajo había una moralla flanqueada de torres, y en cada torre un Franciscano que peleaba con los adversarios de aquel misterio.

<sup>8</sup> Pág. 90. — *Declarat hanc sancta Synodus non esse intentionis suae comprehendere in hac decreto, ubi de peccato originali agitur, beatam et immaculatam Dei Genitricem.*

<sup>9</sup> Pág. 91. — Sermón sobre la Concepción.

<sup>10</sup> Pág. 94. — Al presentarse en su casa de España, las primeras palabras que pronuncia el recién llegado son estas: *Ave María purísima*, respondiéndole inmediatamente: *sin pecado concebida*. Esta práctica por desgracia ha decaído mucho.

#### ADICION DEL TRADUCTOR.

En LA RELIGION, periódico histórico, político y literario (que sale en Barcelona) tomo 4.º, pág. 338 se lee:

FIESTA DE LA CONCEPCION DE MARIA. En el últi-

ma número del año pasado 1837 ofrecimos por coincidencia el dar á su tiempo algunos datos históricos en demostracion de la antigüedad con que en España es venerada María en el misterio de su Concepcion immaculada. Nadie podia desempeñar con mayor acierto estas investigaciones que el erudito é infatigable anticuario, á cuyo compaciente generosidad deban nuestros lectores otras noticias curiosas é interesantes de nuestras antiguas glorias, y cuyo nombre hemos citado mas de una vez. A pesar de su extremada modestia le tributamos esta corta muestra de nuestro sincero reconocimiento siempre debida, y ahora con mas razón, por habernos probado con testimonios irrefragables que, *la Immaculada Concepcion de Maria es gloria no solo de la nacion española, sino que es una fiesta propia de los catalanes*<sup>1</sup>.

Los reyes de España se han distinguido siempre con singular gloria en la devocion de este misterio. D. Juan I llamó en una ley á la fiesta de la Concepcion de Maria *la fiesta de la casa Real*. El emperador Carlos V de Alemania y I de España despachó una provision exhortando á todos sus reinos de España á celebrar la fiesta de la Concepcion como en su corte se celebraba, é hizo aprobar de nuevo por Adriano VI la Cofradia de la purísima Concepcion de la presencada Virgen, que en tiempo antiguo habia instituido dicho rey D. Juan el I. Los reyes católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel la introdujeron en Granada, haciéndose en ellos vestidos de ella, de la cual se hizo tambien enfrade el emperador su nieto,

<sup>1</sup> P. Agustin Osorio es el sermón predicado en la catedral de Barcelona el 8 de diciembre de 1618.

llamándola *Cofradía de nuestra Corte*. D. Felipe IV extendió después considerablemente por todos sus reinos el culto de este misterio, y posteriormente el celebrado monarca Carlos III por concesion de Clemente XIII generalizó esta solemnidad por todo el reino y pueblo español, poniendo su reino bajo el patrocinio de María, y fundando bajo su invocacion la orden mas ilustre de España <sup>1</sup>.

El concilio cuarto de Toledo del año 633 aprueba con elogio el breviario reformado por san Isidoro arzobispo de Sevilla, en el que existe oficio de la inmaculada Concepcion de María, y en el se llama preservada de la culpa original. En este concilio asistieron los obispos de Tarragona, Ausona, Elna, Lérida, Gerona, Empurias, Tortosa, Urgel, Exara, y el vicario del obispo de Barcelona. (V. P. Aimerich). El concilio XI de Toledo de 675 hace un elogio de la doctrina de san Ildefonso, dando á entender que se confirma en ella <sup>2</sup>. Martene atribuye tambien esta festividad á san Ildefonso <sup>3</sup> citando una ley de los visigodos, que alega tambien Masdeu y Pellicciá <sup>4</sup>. Y esta misma ley fue confirmada por el concilio Toledano XII del año 681 <sup>5</sup>.

sinto. xii. Se celebraba ya esta festividad en Cataluña. Consta de un convenio entre el monasterio de Guàrdia y el de Ripoll, por el cual debia aquel pagar á este por cierto alodio una refaccion en la festividad de la Concepcion, que era ya en 8 de diciembre <sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Masdeu, tomo II y 13 de su hist. crit.

<sup>2</sup> Croisset, Año crist. dia 8 dic.

<sup>3</sup> Martene de ant. Eccl. rit. tomo 2.

<sup>4</sup> Masdeu, tomo II y 13. Pell. de Eccl. polit. tomo 2.

<sup>5</sup> Colec. de Catalani y Aguirre, tomo 1.

<sup>6</sup> Carta del Sr. D. Fr. Roque Olinillas, arch. de Ripoll.



**SIGLO XII.** En el mas moderno mártirologio de la santa iglesia de Vich, MS. del siglo XII, consta la celebracion de la fiesta en aquella época á 8 de diciembre.

**SIGLO XIV.** En 1336 se instituyó en la santa iglesia de Girona la solemnidad de la Concepcion de Maria<sup>2</sup> con oficio propio. Y esta misma solemnidad era una de las cuatro festividades de Maria que se celebraban en la capilla del real palacio de Barcelona con augusta magnificencia en 1344<sup>3</sup>.

En 1.<sup>a</sup> de marzo de 1391 estaba ya fundada la Cofradia de la casa Real en la capilla del palacio mayor de Barcelona, bajo la invocacion de la Purisima Concepcion; y el rey D. Juan concedió á todos los calindres residentes en Barcelona permiso para juntarse anualmente en el dia de su Patrona, para acordar lo mas conducente á su solemnidad<sup>4</sup>.

Los señores reyes D. Juan y D. Martin proclamaron la Concepcion de la Virgen sin mancha de culpa, y la hicieron celebrar por todos sus reinos. En este mismo siglo el célebre catalan Fr. Francisco Martí dedicó un libro á las pruebas de la immaculada Concepcion de la Virgen<sup>5</sup>.

**SIGLO XV.** En 26 de abril de 1408 el rey D. Martin, reconvyendo lo decretado por su hermano D. Juan, declara enemigos del Estado á cuantos impugnaron el misterio de la immaculada Concepcion, mandando que dentro de diez dias salgan de la poblacion donde delinquieren, y dentro de treinta de sus dominios bajo pena de muerte<sup>6</sup>. Y en Cortes generales

<sup>2</sup> Véase el Estatuto en la España antigua, tomo 44.

<sup>3</sup> Ordonnances del rey R. Pedro III.

<sup>4</sup> Archivo de Aragon. Gracia. 18. Reg. Juan.

<sup>5</sup> Jusep. Ferrer. Ascal. Memorias de script. cat.

<sup>6</sup> Arch. de Arag. Dever. 15 reg. Mart.

celebradas en Barcelona en 1426 se confirmó por constitucion municipal la pena de destierro perpetuo fulminada contra dichos impugnadores.

Salido es el decreto del concilio de Basilea del año 1430 á favor de la Concepcion inmaculada de Maria. Concurrieron á él varios prelados españoles; entre ellos los obispos de Tortosa y de Vich D. Otón de Moncada y D. Jorge de Orma, y el eclesiástico Juan de Segovia que compuso un oficio de *Inmaculata Conceptionis*<sup>12</sup>.

Kotze los muchos y merecidos elogios que se tributan á la ilustre y religiosa Barcelona en el compendio de alabanzas del libro *Cosas asombrosas*<sup>13</sup> es digno de notarse el siguiente que transcribimos literalmente: *Est laudabilis mulier quia in multis partibus orbis... non fit seu celebratur ita solemniter honorificum festum SS. Corporis D. N. Jesu-Christi sicut fit in ista urbe. Et sic est de festo Conceptionis Beate Mariæ.*

El P. M. Ribera<sup>14</sup> copia la mas esencial del decreto, que á instancia y solicitud de los Braxos expidió el rey D. Juan lugarteniente de su hermano D. Alfonso en las Cortes de Barcelona de 1426 y en el día 9 de abril mandando confesar la inmaculada Concepcion, y prohibiendo la opinion contraria: de lo cual justamente lustre que los catalanes fueron los primeros que juraron en Cortes este misterio, sobre el cual se hallan oraciones é himnos propios en los misales y brevarios de la iglesia de Vich pertenecientes al siglo xv.

En la iglesia metropolitana de Tortagosa á últi-

<sup>12</sup> Coleccion de eccl. tom. 48.

<sup>13</sup> Lib. I, cap. 119 del año 1444.

<sup>14</sup> Mil. merc. pag. 431.

mos de dicho siglo cantábase en el *Gloria* del oficio de la Concepcion, ordenado en tiempo del Papa Sixto IV: *Quoniam tu solus concetui Mariam preteruisti: tu solus Dominus Mariam fabricasti: tu solus Altissimus Mariam sublimasti. Cum Sancto Spiritu, etc.* <sup>20</sup>. ¿Qué diria en vista de esta el célebre y piadoso autor del Año cristiano, que ensalza el Cabildo de Leon de Francia porque en el *Gloria* añadia *Mariam sanctificans*?

siglo XVI. El obispo de Lérida D. Miguel Paiz, canónigo que habia sido de Barcelona su patria, arcediano de Tarragona, abad de Serrateix y obispo de Elna y Urgel, fundó en 21 de noviembre de 1529 el colegio de la Concepcion en la universidad literaria de Lérida para estudiantes del obispado de su patria y de los que habia gobernado <sup>21</sup>.

Juan Pujol presbítero natural de Mataró escribió en 1884 un librito en lengua catalana: *Canto en l'hor de la Virgen Maria*, probando por figuras y autores aprobados como no fue concebida en pecado original <sup>22</sup>.

En 1600 se imprimió en Barcelona el libro intitulado: *Tratado de la singular y purissima Concepcion de la Madre de Dios, y una exposicion sobre sus Cantares para predicadoras y devotas*, por el venerable y apostólico varon Dr. Diego Perez de Valdivia, discipulo del apóstol de Andalucía el M. Avila, que fue

<sup>20</sup> P. Mondet, Tipog. 12p. 1600. 1

<sup>21</sup> Existia esta escuela y estatutos del colegio en la biblioteca biblioteca de Carmelitas descalzas de Barcelona M. 1790.

<sup>22</sup> En las ya citadas memorias para formar un diccionario de autores catalanes del Sr. D. Felix Torres Amat se dan algunas muestras de esta poesia del mismo autor de este canto.

catadrático de Sagrada Escritura y moral en la universidad literaria de Barcelona, y murió en 1389. Dedicóle á Doña Sor Gertrudis de Rucsberrí priora de los Angeles.

siglo xvii. Una de las épocas que dan mayor gloria á la religiosidad barcelonesa es la del año 1618, en el cual celebró esta ciudad fiestas brillantes y extraordinarias en obsequio del misterio de la inmaculada Concepcion de Maria. El P. Agustin Osorio, agustiniano célebre y ornamento de su orden, testigo nada sospechoso por ser portugués, hablando de ellas en su ya citado sermón, predicado en aquel mismo año, se explica en estos términos: «Fiesta  
«propia de catalanes por muchos títulos: suya por  
«derecho hereditario; suya por testamento de sus  
«principes; suya por sus constituciones; suya por  
«ley, so pena de ser enemigos de su monarca; su-  
«ya por naturaleza; suya por inclinación. Muchas  
«fiestas ha habido en Castilla; pero no hay en el  
«mundo fiestas que se igualen con las de Cataluña.  
«¿Dónde se hallaron cinco obispos juntos con su  
«metropolitano? ¿dónde tantos tribunales de juris-  
«dicciones tan distintas? ¿tanta iluminación, tan-  
«ta música, tanto sermón, tanto concurso de gente  
«eclesiástica, noble, ciudadana y plebeja? ¿Tantos  
«jeroglíficos, epigramas, anagramas, versos, em-  
«presas, festín, baile?»

Duraron estas fiestas desde últimos de noviembre, en que la universidad literaria prestó el juramento de defender la opinion de la Inmaculada Concepcion<sup>10</sup> hasta el 16 de diciembre inclusive, en cuyo día celebró de pontifical el señor obispo / éralo Don

<sup>10</sup> Arch. de Arag. Dietari Triensi 1617. fol. 323.

Luis de Sans: en la iglesia parroquial del Pino, habiendo precedido la noche antes iluminaciones en la parroquia, y en toda la ciudad fiestas de torneo, tortija y cataferreo <sup>46</sup>.

Por estos mismos años D. Pedru de Magarola, que fue sucesivamente arcipreste de Villahertran, tesorero de Barcelona, prior de Santa Ana, y obispo de Elna, de Vich y de Lerida en donde murió en 1636, compuso un libro con el título: *Miracles de la benaventurada Concepció de la Verge Maria* <sup>47</sup>.

En 8 de febrero de 1633 resolvió la Diputación de Cataluña por unanimidad de votos y con el mayor placer tomar á la Virgen de la Concepción por Patrona, y escribir á S. S. para conseguirlo <sup>48</sup>.

Prescindiendo de los sermones que se predicaron, y de los libros que se imprimieron en Cataluña en aquella epoca, que seria largo referir, harémos mencion tan solo de la justa poética y fiestas solemnísimas y extraordinarias con que la parroquial Iglesia de Santa Maria del Mar honró en 1656 la purísima Con-

<sup>46</sup> Así literalmente se lee en el libro intitulado *Negre*, fol. 221 de la Obra de dicha parroquial Iglesia.

<sup>47</sup> Memor. de escrit. cat. — Recordamos con esta ocasión, que no solo en aquel siglo, que para algunos olera á fanatismo de la epoca, se escribió sobre milagros de Maria invocada en el misterio de su Concepcion, sino tambien que en el siglo XIX y en 1837, en la culla é ilustrada Francia se ha impreso un libro sobre los efectos milagrosos de una nueva medalla de la Concepcion, del que dimos ya noticia en la pag. 235 de nuestro tomo 3.<sup>o</sup>, probados estos milagros de curaciones y conversiones por testimonios auténticos de personas que aun viven, y de todas clases, modios, directores de establecimientos, curas parroquias, etc. de dicho curioso libro se han hecho siete ediciones, que son 125,000 ejemplares y se ha traducido en sola lengua vísaga. Todavía, pues, hay fe en Israel.

<sup>48</sup> Arch. de Arag. *Piutari de deliberacions*, fol. 187.

cepcion de Maria, cuya relacion y poemas imprimió uno de sus beneficiados <sup>12</sup>.

La Diputacion de Cataluña celebró en 22 de marzo de 1662 fiestas tambien extraordinarias, e iguales á las del día de san Jorge, en virtud del breve de S. S. Alejandro VII y órdenes del rey D. Felipe IV relativas á la declaracion de la inmaculada Concepcion de Maria santísima in primo instanti. Celebró de pontifical el señor obispo D. Ramon de Sentmanat, y predicó el P. Font de la Compania de Jesús <sup>13</sup>. En 19 de marzo anterior se habia celebrado en Vich la misma solemnísima fiesta, por igual motivo, celebranda de pontifical su ilustrado obispo D. Fr. Francisco Crespi de Valldaura, hermano del que fue enviado extraordinario á Roma para impetrar el expresado breve <sup>14</sup>.

SIGLO XVIII. Es célebre la ereccion de la universidad literaria de Cervera en 1717 bajo los auspicios y patrocinio de la inmaculada Concepcion de Maria. Desde su ereccion no han estado los ingenios mas eminentes que en ella se han distinguido de promover y ensalzar las glorias de su inmaculada Patrona así en verso como en prosa. Véanse sin el su número de producciones poéticas de los Larraz, Aymorich, Gallissá, Dorca, Riap, Miquel, Moxó, Torrens, Bios.... Sensible es que yacran esparcidas tan bellas producciones, cuya coleccion honraria á sus autores, y al que á ellas se dedicase.

Varios fueron los panegíricos, apóstenos y poesias así en latín como en romance, que se predica-

<sup>12</sup> El Dr. Francisco Madroñi y Costa, Pbro.

<sup>13</sup> Arch. de Arag. Diet. trien. 1662, fol. 138.

<sup>14</sup> Secret. cap. de Vich. lib. 7.

von é imprimieron en el siglo pasado en loor de Maria concebida sin mancha. Citaremos tan solo el panegirico del Dr. Gerónimo Gilibets publicado en 1723, la obra *Classica ad Hispania gaudia, seu orationes tres dicta ad Academiam Cervericentem*, etc. impresas en 1761, y la obra del P. Pedro Ferrusola impresa en Madrid en 1763 que es la aplicacion ó comentario de los antiguos y celebrados gozos: *Para dar luz á la inmortat*, los cuales, dice, fueron publicados un siglo antes con motivo y en aplauso de la célebre bula expedida por Alejandro VII á instancia de las Iglesias de España, y de su rey D. Felipe IV.

Breve idea del origen de la Cofradia de la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen, de los claustros de la santa iglesia de Barcelona.

La inmensa y particular proteccion que los reyes de España han dispensado siempre al misterio de la Concepcion de Maria tiene su origen en los antiguos reyes de Aragon condes de Barcelona, así como en aquellos invictos y célebres principes catalanes se hallan los primeros vástagos del árbol augusto de la dinastia reinante. No podemos omitir una gloria que por tantos títulos nos pertenece como españoles y como catalanes.

En 1323 el rey D. Pedro III llamado el Ceremonioso, siendo aun infante, heredero y gobernador de estos reinos por su augusto padre, instituyó la *Cofradia de Nuestra Santa Madre de la Casa del Señor Rey*, para los de su real familia y empleados de

palacio, cuya institucion confirmó siendo rey, y después aumentó y engrandeció su hija y sucesor Don Juan I en 1389, permitiendo ser admitidos á dicha Cofradia los magistrados, conserellers, y nobles familias de la ciudad, con facultad de que se juntasen una vez al año para el mejor culto.

Los sucesores D. Fernando, D. Alonso y Don Juan II, por hallarse ocupados en guerras exteriores, y residir fuera de Barcelona, no fueron tan asiduos en el fomento de esta corporacion respetable, en la que sin embargo se alistaron. Con todo, el hijo de este último D. Fernando el Católico, fue hermano mayor de esta Cofradia, y no se olvidó jamás de ella ni de la devocion á la Reina de los Angeles, aun en medio de sus gloriosas expediciones.

El vencedor de Granada, estando para dar el asalto, manda erigir un altar en medio del campamento, dedicado á Maria en su Concepcion. Antes de descargar el último golpe á los enemigos del nombre cristiano, hace voto de consagrar la mezquita mayor de la ciudad á Maria concebida sin mancha. Dase el asalto entre arroyos de sangre, y entra después triunfador con su esposa la inmortal Isabel á rugir los leules de su religion y de su valor. Levantase sobre los profanos techos el templo de Maria, aclamada Patrona de aquel florido reino, así como lo es ahora de toda la vasta monarquia. Así que las iglesias de aquella parte de España son en cierto modo hijas de esta regia Cofradia, por haberlas fundado un rey que aprendió en esta escuela los primeros rudimentos de su heroica devocion á tan risueño misterio.

— Trasladóse después la Cofradia desde el palacio



del rey a los claustros de la Santa Iglesia, y se llamó *Cofradía de la inmaculada Concepción de la santísima Virgen Nuestra Señora*. El rey D. Felipe V se inscribió por sí mismo en ella, y lo mismo hicieron Fernando VI, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII.

Esta real Cofradía sostuvo siempre con religioso tesón las glorias de María en su Concepción inmaculada, aun en los turbulentos disturbios que promovieron acerca de este Misterio sus acérrimos y contumaces adversarios: y la Sede apostólica prodigó los tesoros de sus gracias a esta ilustre y benemérita Corporación, en especial desde que el Emo. Sr. Cardenal de San Eusebio, como legado á látere de S. S. en los reinos de Aragon, no solo aprobó con su autoridad apostólica esta real Cofradía, sino que concedió muchas indulgencias a todos los fieles que asistiesen a la procesion que en 8 de diciembre se celebraba ya entonces en honor de este misterio.

La religiosa Barcelona acude todavia á implorar cada año las misericordias del Señor, proclamando y celebrando el misterio de su santísima Madre, y siguiendo el noble ejemplo que le han dejado sus reyes, y los vicarios de Jesucristo en la tierra.

Añádanse a las ya referidas, las siguientes noticias en mayor confirmacion de esta verdad.

Fernando IV mandó que en el juramento de graduados desde bachiller hasta doctor, en las universidades de Salamanca, Alcalá y Valencia, declarasen los graduandos explicitamente reconocer la purísima Concepción de Maria, cuya declaracion extendió Carlos III a las demás universidades del reino.

Este piadoso munera, acreditando a los desenos que le manifestaron sus reinos y súbditos reunidos

suertes, con motivo del juramento que hicieron en su advenimiento al trono de España, tomó por singular y universal Patrona de toda la monarquía á la santísima Virgen en su inmaculada Concepcion.

Al instituir la real y distinguida orden de su nombre bajo la proteccion de María, unió á ella la junta llamada de la *inmaculada Concepcion*, que habia sido instituida en el reinado de Felipe III, cuyo objeto es difundir y promover las leyes reales y pontificias que tengan relacion con el culto de tan sagrado misterio.

En cuanto á Sumos Pontífices, Sixto IV en sus constituciones expedidas en Roma en 1476 concede misas con octava y rito de fiesta de María en su Concepcion, y el concilio de Trento en su sesion v celebrada á 17 de junio de 1546, aprueba la constitucion de Sixto IV.

Paulo V en la xcvi de sus constituciones renueva lo decretado por aquel Pontífice y san Pio V.

Alejandro VII declarando antiguas la piadosa creencia de los fieles en este misterio manda celebrar en todo el orbe católico la fiesta de la inmaculada Concepcion.

Inocencio X ordena que sea fiesta de precepto, como ya lo practicaba Barcelona con voto desde 1398.

Por último, Clemente XIII por su breve de 8 de noviembre de 1770 expedido á instancia de Carlos III confirma el Patronato de la santísima Virgen en todos los dominios de España; manda que todo el clero secular y regular celebre la fiesta de la inmaculada Concepcion de María bajo el rito de doble de primera clase con octava, y conceda indulgencia plenaria y remision de todos los pecados á los fieles que

debidamente dispuestos visiten aquel día cualquier templo dedicado á Dios en honor de su santísima Madre.

Con otro breve amplia y extiende á todo el clero el oficio y misa de la Concepcion, como practicaba ya la Orden Seráfico.

Y con otro concede permisi para que en la letanía lauretana después del título *Mater intemerata*: se añada: *Mater immaculata*. Y últimamente Gregorio XVI á instancias del Cardenal arzobispo de Sevilla, ha concedido que en la misma letanía se añada: *Regina sine labe originali concepta*, y en el prefacio de su fiesta: *Et te in Conceptione immaculata*.

Por mas de cuatro siglos ha invocado Barcelona la intercesion de la Virgen purísima en su bello y dulcísimo misterio de la preservacion de la culpa original. El amor á Maria tiene en este pueblo la misma fuerza que el deber de la fe, con placer y regocijo de toda la Iglesia militante; la cual con dulces y amorosos cánticos, aplica á la divina Madre aquellas palabras puras que el místico Esposo dirige á su Esposa embelesado de su belleza celestial: *Toda hermosa eres, amiga mia, y no hay mancha en tí.* ¡ Ah! ¿qué no podrá esperar Barcelona de la proteccion de Maria?

El estruendo del cañon anuncia festivo no ya el nacimiento sino la Concepcion de la Reina soberana de los cielos, que fue exaltada aun antes de nacer, y recuerda al mismo tiempo una fiesta de familia para la nacion española. El alcázar de guerra ostenta su torre empavesada en honor de Maria concebida sin manchas. El clamoreo de las campanas reúne bajo las altas bóvedas de la majestuosa basilica á los

nietos de aquellos bravos y fervorosos catalanes que tantas veces depositaron à los piés de la excelsa Madre sus espadas y sus laureles, visitándola en el trono mismo desde donde derramó sobre Barcelona los tesoros de su intercesion poderosa en épocas terribles de calamidad. ¡Ojalá conmovida con nuestros suspiros logre del Altísimo encadenar bajo sus piés el monstruo de la discordia que nos devora, al modo que aplastó bajo sus augustas plantas el maldito reptil que introdujo en el mundo la guerra y el delito!

---

## LIBRO III.

---

### NACIMIENTO DE MARÍA.

---

Hacia el ocaso de la religion y del gobierno de los hebreos, en el tiempo señalado por los Profetas, y cuando el cetro real estaba en manos de un extranjero, segun la grande prediccion de Jacob, vivia en Nazareth, ciudad de la baja Galilea poco distante del monte Carmelo, un hombre justo llamado *Joaquin* \* de la tribu de Judá y de la descendencia de David por Natham; su mujer que, segun la opinion de san Agustin, era de la tribu sacerdotal \*, se llamaba *Ann*, nombre que en hebreo significa *graciosa* \*.

Ambos eran justos delante de Jehová y observaban sus mandamientos con un corazon perfecto \*; pero el Señor parecia haber apartado de ellos la luz de su semblante,

porque faltaba á su vida una gran bendición; hallábanse sin hijos, lo que les entristecía, porque en Israel la esterilidad era un oprobio.

Joaquín, que amaba á su esposa por su afectuosa dulzura y sus eminentes virtudes, no quiso agravar su infortunio dándole las letras de divorcio que la ley concedía entonces con tanta facilidad\*: él la conservó á su lado, y esos piadosos Consortes humildemente resignados á los divinos decretos pasaban su vida en el trabajo, la oración y la limosna.

Tantas virtudes debían recibir su recompensa; después de 20 años de esterilidad Ana concibió como por milagro y dió á luz aquella feliz criatura que fue mas perfecta, mas santa, mas agradable á los ojos del Señor que todos los escogidos juntos.

Hacia los principios del mes de Tisri\*, que es el primero del año civil de los Judíos, mientras que el humo de los holocaustos subía al cielo para la expiación de los pecados del pueblo, fue cuando nació la Virgen predestinada que debía lavar en la sangre del Cristo la culpa primitiva\*. Su

nacimiento fue sin brillantes como el de su divino Hijo; sus padres eran de la clase popular, aunque salidos de una gran serie de reyes, y llevaban según todas las apariencias una vida oscura. Esta rosa misteriosa, que san Juan vió mas tarde revestida del sol como de un ropaje luminoso, debia desplegarse á impulsos del viento abrasador de la adversidad sobre un tronco pobre y deshojado \*.

La cuna de la Reina de los Angeles no fue ni recamada de oro, ni cubierta de colchas de Egipto ricamente bordadas, ni perfumada con nardo, mirra y áloes como la de los Principes hebreos: compusieronla ramas flexibles, y unas cintas de grosero lino comprimieron los bracitos que debian después mecer con tanta dulzura al Salvador del mundo. Los hijos de los reyes, envueltos aun en sus mantillas de púrpura, ven á los Grandes del Estado encorvar sus cabezas delante de ellos y decirles: Señor. La mujer que fue la Esposa y Madre de Dios, otorgó su primera sonrisa á unas pobres mujeres del pueblo que tal vez se decian tristemente, pensando en la partija de in-

fortanio y de falta de consideracion que les habian señalado los hombres: *todavía una esclava más*. Pero la santa Madre de la Virgen instruida, según se dice, por un Angel del valor del rico presente que le hacia el cielo, dió solemnes gracias al Señor con un cántico que nos ha conservado la tradicion y que pinta enérgicamente el gozo maternal.

*Contabo laudem Domini mei, quia visitabit me et absterget à me opprobrium inimicorum meorum. Et dedit mihi fructum justitiæ multiplicem in conspectu tuo.*

*Quis annuntiabit filius Raben quod Anna lactet! Audite, audite, duodecim tribus Israel, quia Anna lactat!...*

¡O beneficio excelente, exclama san Juan Damasceno lleno de los sentimientos que deben animar á toda criatura racional con motivo del nacimiento de María: ó beneficio inexplicable, ó munificencia incomparable de nuestro Dios! toda la naturaleza se desahoga en transportes de júbilo por el nacimiento de María. Alégrense los hombres con la esperanza de ser libres de la corrupcion en la feliz época del nacimiento



de Aquella que sin mancha alguna debe engendrar al Criador del mundo.

La Iglesia que considera al nacimiento de la Virgen como un suceso que no cede en grandeza ni en importancia sino al nacimiento mismo de Jesucristo, hace resonar en este día los cristianos templos con los solemnes ecos de una alegría profunda. Así, en la fiesta que ha instituido en el 8 de setiembre á fin de celebrar su dichoso aniversario, exclama con entusiasmo: «Vuestro nacimiento, o Virgen Madre de Dios, «ha llenado de gozo al universo, porque «de Vos nació el Sol de justicia, Jesucristo «nuestro Dios, que librando al género humano de la maldición á que estaba sujeto, le colmó de bendiciones y venciendo «la muerte nos ha dado la vida eterna.»

En Israel se daba al niño el día nono de su nacimiento en una reunion de familia el nombre que debía llevar entre los hombres: la hija de Joaquin recibió de su padre el nombre de *Miriam* (Maria), el cual se traduce en siríaco por dama, señora, soberana, y que significa en hebreo *estrella del mar*.

Y seguramente, dice san Bernardo, la

Madre de Dios no podia tener un nombre mas conveniente ni que mejor explicase su alta dignidad. Maria es en efecto aquella hermosa y brillante estrella, que resplandece sobre el mar vasto y tempestuoso del mundo.

Este nombre divino encierra un encanto poderoso y de tan maravillosa dulzura que solo con pronunciarlo se enternece el corazon, solo con escribirlo se anima el estilo. El nombre de Maria, dice san Antonio de Padua, es mas dulce á los labios que un panal de miel, mas lisonjero al oido que un suave cántico, y mas delicioso al corazon que la alegría mas pura. *Nomen Virginis Mariæ mel in ore, melos in aure, jubilum in corde.*

Ochenta dias después del nacimiento de una hija la mujer hebrea se purificaba solemnemente en el templo, al que conducia á su primogénito; en conformidad á la ley de Moisés ofrecia entonces al Señor un corderito ó dos tortolillas; estas eran la santa ofrenda del pobre, y ella fue la de la esposa de Joaquin.

Pero la gratitud de la piadosa madre se

extendió á mas que al sacrificio que estaba en uso; digna émula de Ana mujer de Elcana ofreció al Señor una víctima mas pura, una paloma mas inocente que aquellas que acababan de caer palpitantes y ensangrentadas bajo el cuchillo del sacrificador: ella no tenía una corona voliva de oro purísimo para colgarla en las paredes del templo<sup>9</sup>; pero depuso á los pies del Altísimo la corona de su vejez, la niña con que había bendecido su vida, y contrajo el solemne empeño de volver su hija al templo y consagrarla al servicio del lugar santo desde que su tierna razón supiese distinguir el bien y el mal. El padre de María ratificó este voto que desde entonces fue obligatorio<sup>10</sup>.

Terminada la ceremonia, los dos esposos volvieron á emprender el camino de su país nativo, de ese país estéril en hombres grandes y del que Israel estaba muy lejos de esperar un Profeta<sup>11</sup>; y entraron en su humilde habitación abierta siempre al pobre y al extranjero. Allí fue en donde la hija de bendición, la hija de la gracia y del milagro hizo durante sus primeros años las delicias de su familia, y creció como uno

de aquellos lirios, cuya hermosura alaba Jesucristo, y que exhalan, segun dice poéticamente san Bernardo, el olor de la esperanza: *habens odorem spei*. Segun la costumbre de las mujeres de su pueblo Ana debió por si misma criar á su hija <sup>13</sup>.

La razon de Maria, como el dia de las regiones favorecidas del sol, casi no tuvo aurora y brilló desde la edad mas tierna. Su prematuro fervor y la prudencia de sus discursos en un período de la vida, en que los demás niños solo disfrutaban de una existencia puramente física, hicieron juzgar á sus padres que la hora de la separacion era llegada; y luego que Joaquin hubo ofrecido por la tercera vez al Señor las primicias de la cosecha y de los frutos de la pequeña heredad de sus padres, los dos esposos agradecidos y resignados se encaminaron hácia Jerusalem á fin de depositar en el recinto sagrado del templo el tesoro que el Santo de Israel les habia otorgado.

### NOTAS AL LIBRO III.

<sup>1</sup> Pág. 114.—Un historiador de María (el P. Cristóbal de Castro jesuita de Oña) ha investigado, según los rabíes, san Hilario y otros Santos Padres, que el padre de la Virgen tuvo dos nombres, Heli y Joaquín.—Los árabes y los musulmanes le conocen bajo el de Amram, hijo de Mateo, y le distinguen de otro Amram padre de María hermana de Moisés. (D'Herbelot, biblioteca oriental, tom. 2).

<sup>2</sup> Pág. 114.—San Agustín de *conuener* *Evangelistarum*.

<sup>3</sup> Pág. 114.—Los mahometanos herederos de las tradiciones árabes conocen á la bienaventurada madre de la santa Virgen bajo su propio nombre de Hanan, la que según ellos era hija de Nakhor y mujer de Amram. (D'Herbelot, lugar citado).

<sup>4</sup> Pág. 114.—Santa Ana y san Joaquín fueron públicamente venerados en la Iglesia desde los primeros siglos. San Juan Damasceno hace grandes elogios de sus virtudes. El emperador Justiniano I hizo construir una iglesia en Constantinopla bajo la invocación de santa Ana hacia el año 550. El cuerpo de la Santa fue llevado, según se dice, desde la Palestina á Constantinopla en 710. (Véase Godescard, tom. 6, pág. 319). Lutero era muy devoto de santa Ana antes de su herejía; y á la misma prometo abrazar el estado monástico delante del emperador de uno de sus camaradas que un rayo acosa le de matar á su vista.

<sup>5</sup> Pág. 112.—Eran los fariseos los que habían in-

traducido este abuso del divorcio tan altamente reprobado por Nuestro Señor. Ellos enseñaban que se podía repudiar á una mujer por los motivos mas fútiles; por ejemplo, por haber hecho cocer demasiado la vianda de su asno de casa, ó simplemente por no ser bastante agraciada. Así lo opinaba el famoso doctor Hillel.

\* Pág. 112. — El 8 de setiembre. — Baronio dice haber nacido María el año 733 de Roma 21 años antes de la era vulgar, el 8 de setiembre un sábado al amanecer. Le Naín de Tillemont dice que la Virgen nació el año 734, cuya opinion es la mas seguida.

\* Pág. 112. — Hé aquí lo que refieren los Jarcos con respecto al nacimiento de la santa Virgen. — La esposa de Amram dijo á Dios luego que hubo dado á luz á su hijo: Señor mío, es verdad que he parido una hija; pero ningún hombre podrá compartírsela. Yo la he llamado Miriam (María); y yo en la encomiendo á ella y á su raza futura contra Satanás que ha sido apedreado. (Surate 3, v. 36).

\* Pág. 113. — Isaías lo había vaticinado diciendo: Saldrá un renuevo del tronco de José. Porque esta palabra *tronco* en la expresion hebrea, como lo observa san Gerónimo (Isaías, cap. 11); significa un tronco sin ramas y sin hojas, para denotar, continúa este santo Doctor, que la augusta María debía nacer del linaje de David cuando esta familia hubiese perdido su esplendor y decaído enteramente de su primer estado.

\* Pág. 117. — Véase Marab., lib. 4.

\* Pág. 117. — Entre los judíos habia dos especies de votos: el primero llamado *Neder* era un voto simple, segun el cual se podia redimir lo que se habia

votado al Señor (este fue el de Ana madre de María); el segundo *Cherem* era un voto indispensablemente obligatorio, por el cual se cedían absolutamente y sin esperanza de recobro todos los derechos sobre la cosa prometida. Todo israelita podía así votar lo que le pertenecía, casas, tierras, ganados, hijos, esclavos, etc., y las cosas así votadas no podían ser ni vendidas ni rescatadas por precio alguno.

<sup>10</sup> Pág. 117. — ¿Puede salir nada bueno de Nazareth? preguntaba Nathanael á los que le hablaban de Cristo. Era porque este lugar era pequeño y despreciable, dice san Juan Crisóstomo, y no solamente este lugar sino toda la Galilea. (Sermón 9).

<sup>11</sup> Pág. 118. — En Judea las mujeres no se dispensaban con frecuencia de criar á sus hijos; no se cuentan mas que tres nodrizas en toda la Escritura: la de Rebeca, la de Milhoeth y la de Joas, y aun se debe observar que Rebeca era extranjera, y que los otros eran príncipes.

---

## LIBRO IV.

---

### LA PRESENTACION.

---

El Cison arrastraba con orgullo sus olas rojizas engrosadas por las tempestades del equinoccio <sup>1</sup>, y las verdes montañas de la Galilea empezaban á cubrirse de nieve, cuando los padres de Maria emprendieron el viaje de Jerusalem.

Ignórase el motivo que les impulsó á dejar el pais de su nacimiento durante la estación de las lluvias. Tal vez fue el deseo de asistir á las grandes solemnidades de la fiesta de la dedicacion del Templo; tal vez fijaron sencillamente su partida atendiendo á la época del servicio de Zacarias principe de los sacerdotes que habitaba en Hebron ó Ain, y á quien sus funciones sacerdotales no llamaban al templo mas que en intervalos determinados de antemano <sup>2</sup>.



Obligados los piadosos y prudentes viajeros á hacer muchos dias de marcha durante la estacion rigurosa con una niña tan tierna, no se encaminaron á la ciudad santa por la via áspera y cascajosa que pasa al través de las llanuras áridas, espumosos torrentes y quebradas profundas de las montañas de Judea y de Samaria: allí reinaba el invierno con todas sus escarchas. Ellos bajaron por las pendientes embalsamadas del Carmelo á la fértil y arenosa llanura de Saron, en que es tan suave la temperatura que los naranjos, los plátanos y las palmeras crecen al aire libre \*. Llegando por este lado entraron en Jerusalem por la puerta de Efrain, y después de haber recorrido algunas calles sinuosas y oscuras se detuvieron en la puerta oriental de la ciudad delante de una casa de modesta apariencia, que la tradicion designa como la habitacion de santa Ana †.

Luego que Maria se repuso de las fatigas del viaje, Joaquín reunió los parientes que tenia en Jerusalem, se proveyo del cordero sin mancha que debia ofrecer al Señor ‡, añadió un gomor de flor de harina, y subió

al templo, seguido de sus numerosos amigos adornados con sus trajes de fiesta.

Atravesando el patio exterior en que el extranjero debía detener sus pasos bajo pena de muerte, el séquito se aumentó con un buen número de empleados del rey, de fariseos, doctores y damas ilustres que una disposición secreta de la Providencia había reunido como por casualidad bajo el portico de Salomón \*. Sin duda quiso Dios que la dichosa Virgen, á quien había escogido desde toda la eternidad para ser la Madre de Cristo, se presentase en la casa de la oracion con el aparato conveniente á sus altos destinos. Algunos autores piadosos \*, asociando los espíritus del cielo á la festividad de la tierra, han pretendido que los invisibles custodios del templo agrupados al rededor de Maria la cubrieron con sus blancas alas, esparcieron bajo sus pies las flores olorosas del paraíso y celebraron su venida con melodiosos cánticos.

Paróse un instante la comitiva en las gradas de mármol del *cheft* \*: allí los fariseos extendieron sus *tephidim* \* y cubrieron sus frentes orgullosas con uno de los lienzos de su

*taled* de lana blanca y fina <sup>38</sup> adornado con granadas de púrpura y con cordones de color de jacinto; los valientes capitanes de Herodes se envolvieron en sus ricos mantos prendidos con negligencia con broches de oro, y las hijas de Sion se velaron mas estrechamente con los pliegues de sus velos *por respeto a los ángeles del santuario* <sup>39</sup>. La divina Niña y su brillante comitiva traspasaron en seguida la puerta de bronce que cerraba á los profanos el sagrado recinto.

En las frias regiones del Norte se necesitan vastas basílicas para ponerse al abrigo de las injurias del tiempo; por esto existen inmensas catedrales que pueden abarcar poblaciones enteras. Pero en la antigua Asia los templos casi no servian mas que para el uso de los sacerdotes; el pueblo oraba fuera. En Israel la *asamblea santa* se celebraba ordinariamente en el patio de las mujeres: llamábase así el segundo atrio, porque las mujeres hebreas, á quienes la ley antigua semejaba con dureza á los esclavos, no podian pasar mas allá. Separadas de sus hijos y de sus esposos que se mantenian en el área del patio o bajo los

arcos del peristilo durante las ceremonias del culto judaico, ellas rogaban con separacion en las galerias superiores inclinando humildemente la cabeza hacia la casa de Jehová, cuyo magnifico techo de cedro, todo erizado de agujas de oro, descubrían á cierta distancia.

La ceremonia de la presentacion tuvo lugar sin duda en el patio de las mujeres y no en el interior del santuario, en que le han colocado algunos autores. Ella empezó por un sacrificio. La puerta de Nicanor, dando vueltas silenciosas sobre sus gozoes de bronce para dejar pasar la víctima, ofreció en perspectiva el templo de Zerobabel con sus coronas votivas, sus puertas tapiadas de planchas de oro, y sus paredes construidas de piedras enormes y pulimentadas, en las que la mano de los siglos habia extendido ese tinte de boja seca que distingue los antiguos edificios del Oriente. Todo era grande y venerable en la casa de Jehová, y sin embargo á pesar de su magnificencia; cuánto habian decaido su esplendor y su santidad! Un no sé qué de defectuoso é incompleto se hacia sentir hasta

en sus ceremonias mas imponentes; sus sacerdotes no eran ya los ungidos del Señor; faltaba la consagracion á las naves del templo; el arca habia desaparecido, y con ella el *Schebiat*; las mismas piedras del Racional, este último y brillante oráculo en que Dios manifestaba sus voluntades á los Aarónitas, habian perdido su resplandar profetico y no vaticinaban ya ni la derrota ni el triunfo <sup>12</sup>. Pero un dia glorioso iba á brillar para la casa santa, y ya el Oriente empezaba á iluminarse.

Los sacerdotes y los levitas reunidos en la última grada recibieron de las manos de Joaquín la víctima de prosperidad <sup>13</sup>. Esos ministros del Dios vivo no tenian la frente ceñida con el laurel ó con el apio verde, como los sacerdotes de los ídolos: una especie de mitra redondeada de un tejido de lino muy espeso, una túnica de lino larga, blanca y sin anchura apretada por una larga cintura bordada de oro, de jacinto y de púrpura componian el traje sacerdotal que no se llevaba mas que en el templo. Después de haber echado sobre su hombro izquierdo los cabos flotantes de su ceñidor,

uno de los *Chaneos* <sup>11</sup> tomó el cordero cuya cabeza volvió hacia el norte, y le hundió en el cuello el cuchillo sagrado pronunciando una breve invocación al Dios de Jacob. La sangre que caía en un vaso de bronce quedó reservada para rociar los cuernos del altar <sup>12</sup>. Hecho esto, el sacrificador amontonó en un espacioso plato de oro las entrañas, los riñones, el hígado, la cola y demás partes crasas de la víctima que varios levitas <sup>13</sup> le presentaron sucesivamente después de haberlas lavado con todo cuidado en el salón de la fuente. El puso sobre la oblación incienso y sal; en seguida subiendo con los pies desnudos el suave tramo que conducía á la plataforma del altar de los holocaustos hizo libaciones de vino y de sangre <sup>14</sup>: arrojó á la brillante llama que ningún soplo humano había encendido, un poco de flor de harina diluida en una copa de oro con aceite de olivo el mas puro; y depuso finalmente la ofrenda pacífica sobre los ardientes leños que habían salido del grande bosque de Sichem <sup>15</sup>, y que los oficiales superiores del templo habían reconocido con cuidado y despojado de su corteza <sup>16</sup>. El

resto de la hostia, con reserva del pecho y de la espalda derecha que pertenecían á los sacerdotes, fue entregado al Esposo de santa Ana, quien dividió los pedazos entre sus inmediatos parientes en conformidad á las costumbres de su pueblo.

Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales se percibían á lo largo de los pórticos, y el sacrificio ardía aun sobre el altar de bronce, cuando un ministro del templo bajó al atrio de las mujeres para terminar la ceremonia. Ana, seguida de Joaquín y llevando á María en sus brazos y la cabeza cubierta con un velo, se adelantó hacia el ministro del Altísimo, y, si se puede dar crédito á una tradición árabe que Mahoma mismo ha consignado en el Alcoran, le presentó la joven sirvienta del Señor pronunciando con voz conmovida esas liernas palabras: *Yo tengo á ofrecer os el presente que Dios me ha hecho* <sup>10</sup>.

El sacrificador hebreo aceptó en nombre de Aquel que fecundiza el seno de las madres el precioso depósito que le confiaba la gratitud, y bendijo á los dos santos esposos, como Heli el pontífice había bendecido

en otro tiempo y en una circunstancia semejante al piadoso Elcana y á su dichosa Consorte. Extendiendo en seguida las manos sobre la asamblea que se inclinaba á su bendicion pontifical <sup>41</sup>: « Ó Israel, exclamó, dirija el Eterno hacia ti su luz, hágate prosperar en todas las cosas y concédete la paz. » Un cántico de gozo y de accion de gracias armoniosamente acompañado por las arpas sacerdotales terminó la presentacion de la santa Virgen.

Tal fue la ceremonia que tuvo lugar hacia los últimos dias de noviembre en el santo templo de Sion: los hombres que ordinariamente se paran en la superficie de las cosas no vieron mas que una tierna niña admirablemente hermosa y de maravilloso fervor que su madre consagraba al Dios que la habia concedido á sus ayunos y á sus lágrimas; pero los Ángeles del cielo que revoloteaban por encima del Santuario descubrieron en esa flaca y dulce criatura á la Virgen de Isaias, á la prometida Esposa cuyo místico himeneo habia cantado Salomon, á la Eva celestial que venia á borrar la mancha que la Eva pecadora no pudo lavar con



sus lágrimas <sup>22</sup>, á la Hija adoptiva y amada del Dios fuerte, á Aquella que Adán contempló en otro tiempo desde las excelsas alturas del paraíso, como á la única tabla de salud que le quedó en su naufragio. Pene-  
trados de júbilo al ver finalmente brillar la aurora de la redención del mundo, los coros angelicos saludaron con respeto á esa tierna planta nacida de la raíz de Jesé que iba á crecer al pié de las aras del Altísimo, como el olivo de la paz y de la renovada alianza.

¿Qué es lo que pasó entonces en el alma de Maria, en esa alma suavemente abierta por el soplo del Espíritu-santificador, en que todo era paz, amor puro y claridad? ¿Con qué sagrados vínculos se unió á Aquel que la había preferido á las vírgenes y á las reinas de tantos pueblos? Este es un secreto entre ella y Dios; pero puédesse con razon creer que jamás oblacion alguna fue mas favorablemente acogida: y san Evodio de Antioquia, san Epifanio de Salamina, san Andrés de Creta y una multitud de Padres latinos concuerdan en mirar la consagracion de la Virgen como el acto de religion

mas agradable á Dios, que el hombre hasta entonces hubiese practicado.

Ignórase el nombre del sacerdote que recibió á la santa Virgen en el número de las hijas del Señor: san German patriarca de Constantinopla y Jorge de Nicomedia se inclinán á creer que fue el padre de san Juan Bautista. Los lazos de parentesco que unían á Zacarías con la familia de Joaquín, el puesto elevado que ocupaba entonces en el sacerdocio <sup>41</sup> y la afección tierna y benévola que conserva María á él y á santa Elisabet, dan á esta opinion un alto grado de verosimilitud.

Sea lo que fuere, la bienaventurada hija de Joaquín fue admitida solemnemente en el número de las *obasas* ó tiernas vírgenes que eran educadas lejos de la vista de todos á la sombra sagrada del altar.

Que María haya pasado sus mejores años en el templo, lo prueban la tradicion apostólica, los escritos de los Padres y la opinion de la Iglesia que no acostumbra sancionar hechos dudosos <sup>42</sup>: sin embargo algunos herejes se han atrevido á tratar esta circunstancia de fabulosa, y hasta algunos

autores católicos la han considerado como un punto oscuro, oculto bajo el velo de los antiguos tiempos y que era muy difícil aclarar. Las negativas de los primeros no nos admiran; pero la circospeccion de los otros es verdaderamente extraña, porque si jamás tradicion cristiana ha tenido un carácter de autenticidad, ha sido esta. San Evodio, que ha referido el primero en una epistola intitulada *Lumen*, que Nicéforas nos ha conservado, esa particularidad gloriosa de la infancia de la santa Virgen, florecia en la epoca misma de los Apóstoles y de la Madre de Dios. El era obispo de Antioquia, ciudad de la Siria, en que habia grande afluencia de judios y cristianos, y el templo en que los nuevos fieles seguian con una veneracion profunda las huellas del Hijo de Dios y de su divina Madre subsistia aun en todo su esplendor. Esta tradicion que venia de la Iglesia de Jerusalem, iglesia que se componia, además de los discipulos de Jesucristo, de una multitud de parientes de la Virgen y de san José, fue consagrada desde un principio por un monumento religioso, prueba demostrativa á los

ojos de los mismos protestantes <sup>21</sup>; en fin, la mayor parte de los Padres <sup>22</sup>, y especialmente san Gerónimo que vivía en medio de los lugares de la redención y cuando las tradiciones estaban todavía recientes, la han referido y tenido por verdadera. Púedese, pues, colocar esta creencia tradicional en el número de los hechos históricos mejor comprobados.

---

#### NOTAS AL LIBRO IV.

<sup>1</sup> Pág. 122.— El Cison es un pequeño río que corre entre Nazareth y el monte Carmelo, insignificante y pobre durante el verano como todos los arroyos de la Palestina; toma cuerpo y volumen durante la estación de las lluvias; las tropas de Sisaca general del ejército de Jabin fueron sumergidas en ese río salido de madre, intentando pasarlo.

<sup>2</sup> Pág. 122.— Según lo establecido por David los sacerdotes judíos estaban divididos en 24 clases ó turnos, cada una de las cuales servía en el templo de Jerusalem el espacio de una semana: cada clase estaba subdividida en siete partes de las que cada una tenía un turno de dicha semana, y cada parte de esta subdivisión llenaba la parte del servicio que le tocaba en suerte. Zacarias era del turno o del servicio de Abia. (Prid., hist. de los judíos).

<sup>1</sup> Pág. 120. — Volney ha visto naranjos cargados de frutos y flores en campo libre en el mes de enero sobre las costas de la Siria. Entre nosotros, dice, ya naturaleza ha separado las estaciones con el intervalo de los meses: allí puede decirse que no lo son sino por horas; ¿se halla uno molesto en Trípoli por los calores de junio? Seis horas de marcha transportan sobre las montañas vecinas a la temperatura de marzo. Por la inverna ¿le incomoda a uno las heladas de diciembre en medio de las montañas? Una jornada de marcha vuelve a las riberas entre las flores de mayo.

<sup>2</sup> Pág. 121. — Edificóse un monasterio sobre esta casa de santa Ana; pero después se convirtió en mezquita. En tiempo de los reyes cristianos era habitado por unas religiosas. (Itiner. de Paris à Jerus., tom. 2, pág. 211).

<sup>3</sup> Pág. 122. — Las presentaciones solemnes iban acompañadas de un sacrificio; Ana madre de Samuel ofreció una al conducir a su hijo a Silo. El Padre Croiset piensa que lo hubo igualmente en la consagración de la santa Virgen; y era en sí imposible que así no fuese.

<sup>4</sup> Pág. 124. — *Primarias quoque Hierosolymitas pueri et mulieres interfecisse hunc deductioni, succedentibus unicursis angelis.* (Isid. de Thess.).

<sup>5</sup> Pág. 124. — San Andrés de Creta; Jorge de Nicomedia.

<sup>6</sup> Pág. 124. — El chel era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.

<sup>7</sup> Pág. 124. — Los *tephalim* eran unos pequeños pedruzcos de pergamino sobre los cuales se escribían con tinta hecha a propósito cuatro sentencias de la

Escritura, y los judíos los llevaban á la doblez del brazo derecho y en medio de la frente. Esas *tephó-láres* ó *phylacteres* estaban muy en uso en tiempo de Jesucristo, pues que se llevaban como señales de distinción que sirvieron sus reprensiones. (Barnes, lib. de los jud., lib. 7, cap. 37).

<sup>12</sup> Pág. 122. — Espacio de manto cuadrado que los judíos llevaban en el templo para hacer su oración; unos los rodeaban al redor del cubito, otros se cubrían la cabeza; y esta última costumbre era la más general. (Barnes, tom. 2, lib. 7).

<sup>13</sup> Pág. 123. — *Idcirco debet mulier potestatem habere supra caput propter angelos.* (Ep. i. sanct. Paul. ad corinth., xi. 10).

<sup>14</sup> Pág. 127. — Dios se servía de las piedras preciosas que el supremo sacerdote llevaba sobre el racional para presagiar la victoria, porque antes de acompañarse los tropes salía de él una luz tan viva que el pueblo cantaba con esto que su soberana Majestad estaba presente y pronta á ayudarles; pero cuando ya se comenzó á escribir esto, había ya doscientos años que el racional no echaba la refecida luz. (Flavio Josefo, antig. jud., lib. 3, cap. 8).

<sup>15</sup> Pág. 127. — Sea que se pudiese en favor á Dios ó que se le diesen gracias de haberlo alcanzado, se llamaba su sacrificio de prosperidad.

<sup>16</sup> Pág. 128. — Sacrificador ordinario. (Flavio Josefo, en la citada obra).

<sup>17</sup> Pág. 128. — A las cuatro esquinas del altar de los holocaustos, en su última punta en que se colocaban los sacerdotes cuando ofrecían sacrificios, había cuatro pequeños pilares de un solo alto, los cuales eran huecos y por allí se vaciaba una porción

de la sangre de las víctimas: estas eran las cuernas del altar de que tanta se habla en la Escritura. (Prideaux, hist. de los jud.).

<sup>13</sup> Pág. 128. — Para cada sacrificio se empleaban un gran número de sacerdotes y de levitas. Basnage asegura que el simple sacrificio de un cordero ocupaba diez y ocho sacrificadores.

<sup>14</sup> Pág. 128. — Los judíos no se servían ni del sapo de la boca ni de fuelles de ninguna especie para encender el fuego del altar: escitaban la llama derramando aceite sobre carbones ardientes. (Prid.).

<sup>15</sup> Pág. 128. — Del territorio de Naptusa se sacaba la leña para el sacrificio del templo: el país de Sichem se halla todavía muy poblado de árboles. (Correspond. de Oriente, tom. 4, pág. 106).

<sup>16</sup> Pág. 128. — Prideaux, historia de los judíos.

<sup>17</sup> Pág. 129. — Según una tradición mahometana cuando santa Ana hubo dado á luz á santa Virgen, la presentó á los sacerdotes diciéndoles estas palabras que se hallan también en el Alcorán: *Dhounon hadih ohodhiat*: es decir, he aquí la ofrenda que os hago. Hossain Vaez añade á estas palabras en su paráfrasis persiana: *Kah az ga Khodai*, lo que significa: porque es un regalo que Dios me ha hecho, y todavía más literalmente: porque de este presente Dios ha de venir. (D'Herbelot biblioteca oriental, tom. 2, pág. 626).

<sup>18</sup> Pág. 130. — Mientras que el Pontífice daba su bendición, el pueblo estaba obligado á poner las manos sobre los ojos y amañar el semblante, porque no era permitido mirar las manos del sacerdote. Los judíos imaginaban que Dios estaba detrás del Pontífice y les miraba al través de sus manos extendi-

das, y no se atrevían á levantar los ojos hácia él, porque nadie puede ver á Dios y vivir. (Barnabé, libr. 7, cap. 12).

<sup>11</sup> Pág. 131. — Para dar una idea del arrepentimiento de Eva después de su culpa, dicen los rabinos que el lago de Tiberiades se formó de sus lágrimas.

<sup>12</sup> Pág. 132. — Los judíos creían que san Juan Bautista era superior á Jesucristo porque era hijo de un gran sacerdote. (San Juan Crisóstomo, sermón 12).

<sup>13</sup> Pág. 132. — La Iglesia ha instituido en honor de la presentación de la santa Virgen una fiesta que se celebra en 21 de noviembre.

<sup>14</sup> Pág. 134. — El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en la Palestina: los cristianos, dice, fijaron por una tradición no dudosa la escena de cada suceso memorable (tom. 4, pág. 101); confesión de un peso considerable en la boca de un escritor tan instruido como el historiador inglés y de un hombre al mismo tiempo tan poco favorable á la religion. — Segun dice el señor de Chateaubriand, si hay algo probado sobre la tierra es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalem.

<sup>15</sup> Pág. 134. — San Epifanio, san Gregorio Nicens, san Grregorio Nacianceno, san German patriarca de Constantinopla, Jorge de Nicomedia, san Juan Damasceno, etc.



---

## LIBRO V.

---

### MARÍA EN EL TEMPLO.

---

Dentro del recinto fortificado del templo, sobre el sitio en que los cristianos de Jerusalén levantaron un oratorio que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron después bajo la invocación de santa María en una iglesia de dorada cúpula \* y que los valientes caballeros del *Temple* se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos, elevábase la parte del edificio religioso que estaba destinada á las vírgenes dedicadas al Señor.

Allí fue donde Zacarías condujo á su joven parienta \*.

Aunque la virginidad no fuese en Israel mas que la virtud de una época de la vida, y que debiese bien pronto ceder su lugar á las virtudes conyugales, no carecía sin em-

bargo de prerogativas y honores: Jehová se complacia en las oraciones de los niños castos, de las vírgenes puras, y fue una virgen y no una reina la que El escogió para obrar la redencion del linaje humano. Tambien, cuando los jefes de Judá desplegaban á la vista del pueblo escogido, pero con frecuencia castigado, el profetico cuadro de sus miserias ó de sus victorias, ponian siempre una virgen risueña ó llorosa que personificaba las provincias y las ciudades. En las guerras de exterminio, en que la poderosa espada de los hebreos destrozaba las mujeres, los niños y los ancianos de Moab, las vírgenes eran respetadas, y el soberano Sacrificador, á quien una ley severa prohibia tributar los deberes fúnebres al amigo que *amaba como á su alma*, y hasta al príncipe de su pueblo, podia asistir sin mancharse á los funerales de su hermana que hubiese fallecido virgen.

Las vírgenes ó *almas* figuraban en las ceremonias del culto hebreo antes que este culto tuviese un templo. Nosotros las vemos bajo la guia de Maria hermana de Moisés celebrar con danzas y cánticos de triunfo

el paso del mar Rojo \*. Esos coros danzantes de doncellas trasladados desde el Egipto al desierto se conservaron largo tiempo entre los hebreos. Las virgenes de Silo que parecen haber sido desde el tiempo de los Jueces consagradas más particularmente al servicio de Adonai que las demás doncellas de Israel, bailaban al eco de los cánticos y al sonido de las arpas á poca distancia del lugar santo, durante una fiesta del Señor, cuando fueron arrebatadas por los benjamitas: este grave suceso no hizo cesar este uso que continuó hasta la época desastrosa, en que se perdió el arca y fue destruido el primer templo.

Todas las *almas* eran probablemente admisibles á esos coros sagrados, cuando su reputacion no tenia la menor mancilla; pero distinguiese entre la multitud una porcion escogida que se agrupa al rededor del altar con mas fervor y perseverancia. Mientras que el arca del Señor estaba aun acampada bajo las tiendas, *las mujeres que celebraban y oraban á la puerta del tabernáculo* ofrecieron á Dios los espejos de bronce que habian sacado de Egipto. Eran sin duda vindas pia-

dosas que habían rehusado contraer nuevos lazos para ocuparse con mas constancia de las cosas del cielo, y virgenes dedicadas por sus padres al servicio del santuario y colocadas bajo la égida de esas mujeres justas. San Gerónimo entiende así este pasaje del Exodo.

Como el voto á ofrecimiento de los padres era ordinariamente redimible y que el rescate fijado á una módica suma \* se hacia siempre al cabo de un pequeño número de años \*. Hamábanse esos votos temporales *no prestamo hecho al Señor* \*. Yo lo he prestado al Señor, decia Ana conduciendo á Silo su pequeño Samuel : *Idcirco et ego commodavi eum Domino*.

Después del regreso de la cautividad la influencia de los persas, que desterraban las mujeres de sus solemnidades religiosas \*, pesó sobre la institucion de las *almas*, las que cesaron de formar en cierto modo un cuerpo en el Estado y de figurar ostensiblemente en las ceremonias del culto. Bajo los pontífices reyes-ellas vivian encerradas, y pasaban sus dias en un retiro tan profundo, que cuando corrieron despavo-

ridas en busca del gran sacerdote Onías en el momento en que el atentado sacrilego de Heliodoro puso en alarma á toda Jerusalén, los historiadores judíos encontraron este hecho tan extraordinario y singular, que lo consignaron en sus anales.

Habia, pues, por mas que se haya dicho, virgenes dedicadas al servicio del segundo templo en la época de la presentación de Maria; acreditanlo las instituciones de los primeros cristianos\*, y afirmanlo san Ambrosio y san Gerónimo. Pero ¿qué es lo que sucedió durante la permanencia de la Virgen en el templo? ¿Cuáles fueron en esta época interesante de su vida sus ocupaciones, sus gustos, sus inclinaciones, sus prácticas de devoción? Quedannos sobre este punto pocos documentos auténticos. Una vida tradicional de la Madre de Dios que san Epifanio (que vivia en 390) miraba ya como muy antigua, entraba sin duda en estos pormenores: pero se ha perdido. El evangelio del nacimiento de la Virgen ha sido desechado por la Iglesia, y san Gerónimo, que nos instruye de la admision de Maria entre las hijas del Señor, limita aquí sus in-

dicciones. Para llenar esta laguna de una historia que Dios parece haberse complacido en rodear de nubes, nosotros no tenemos mas que algunas líneas indecisas, algunos pasajes truncados de los Padres, con los cuales es muy difícil, aun coordinándolos con todo cuidado, formar un bosquejo satisfactorio. No importa: á semejanza del obrero indiano que va uniendo hilo á hilo un tejido cortado y que prueba con paciencia juntar otra vez los cabos, deshilitando, anudando y dejando correr la lanzadera con exquisitas precauciones por toda la extension de esa trama delicada y fácil de romper, vamos nosotros á ocuparnos de ese trabajo, y reunir los tramos dispersos del precioso tejido de la vida de la Virgen á fin de enlazar otra vez su contextura, si es posible. Con la paciencia perseverante del Banián procuraremos no presentar una tesis conjetural, pues que nos lo prohíbe nuestro profundo respeto hacia nuestro objeto, sino el dar con el auxilio de las mejores autoridades y de un largo estudio de las costumbres de los hebreos la idea mas precisa y la mas inmediata posible de la verdad de

la vida casi claustral de Maria en el templo.

Antiguas leyendas se han complacido en rodear de una multitud de prodigios la primera infancia de la Virgen: nosotros pasamos en silencio esos hechos maravillosos que no están suficientemente probados; pero debemos combatir una asercion inexacta, ó por mejor decir, inadmisible que ha sido admitida con fiadamente y sin exámen por santos personajes y escritores piadosos<sup>2</sup>. De que la Virgen haya sido la misma santidad, lo que nadie niega, se ha concluido que debió ser colocada en la parte mas santificada del templo, es decir, en el *Santo de los santos*, lo que es materialmente falso. El Santo de los santos, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos estaba cerrado á todo sacerdote hebreo, á excepcion del gran Pontífice que no penetraba en él mas que una vez al año, después de un buen número de ayunos, vigiliass y purificaciones. El no se presentaba allí sino rodeado de una espesa nube de perfumes que se interponia entre él y la Divinidad, que *ningun mortal puede ver sin morir*, dice la Escritura; en fin, no permanecia allí mas

que algunos minutos, durante los cuales el pueblo prosternado y con el rostro pegado al suelo rompía en sollozos temiendo que encontrase la muerte. El mismo sumo Sacerdote daba después un gran festín á sus amigos para congratularse con ellos de haber escapado de un peligro tan inminente <sup>15</sup>.

Juzguese, pues, según esto, si es posible que María haya sido criada en el *Santo de los santos*.

Las tradiciones locales de Jerusalem no deponen con menos fuerza que el sentido común contra esta opinión aventurada; la *Solhra*, que fue en sus principios una iglesia cristiana edificada en el lugar en que estaba el aposento de la Virgen, es una dependencia separada de la mezquita de Omar, y no está incluida en este edificio; sin embargo la mezquita de Omar está construida sobre el solar del templo.

El Padre Croisset en sus ejercicios de piedad no ha adoptado esta tradición; pero no queriendo desecharla enteramente ha ensayado una especie de conciliación. Según él la Madre de Dios no fue criada en el *Santo de los santos*; pero los sacerdotes, prenda-



dos de sus admirables virtudes le permitieron que fuese á orar allí de tiempo en tiempo. El sabio Jesuita ha olvidado muchas cosas al adoptar ese *medio término*. La primera: que la mujer entre los hebreos era un ser reputado por impuro, comparado al esclavo, y cuya oracion era apenas obligatoria<sup>21</sup>, que se la confinaba á un atrio del que no podía pasar, y que el interior del templo era un lugar que le estaba vedado, aun cuando hubiese sido profetisa ó hija de un rey. La segunda: que los sacerdotes no podian conceder á Maria un privilegio que ellos mismos no disfrutaban, y que por otra parte, segun el texto formal de la ley, hubiera sido exponerla á una muerte cierta. Finalmente, que aun prescindiendo de esos temores religiosos entre los sacerdotes de Jehová, no hubieran permitido en manera alguna que nadie penetrase en el Santo de los santos, atendida la importancia de ocultar al pueblo el conocimiento de la desaparicion del arca, desaparicion que le hubiera sumido en un profundo y fatal desaliento.

Esta segunda version, pues, ó interpretacion no es mas admisible que la primera.

La educación que Maria recibió en el templo fue tan esmerada, como lo permitian los conocimientos de la época y las costumbres de los hebreos; y consistió principalmente en las labores domésticas de que no se dispensaban la mujer y la hija de Cesar Augusto en su imperial palacio y en medio de las delicias de Roma <sup>12</sup>. Nutrida en la estricta observancia de las leyes de Moisés y conformandose á los usos de su pueblo, Maria se levantaba al canto de los pájaros en la hora en que los malos ángeles enmudecen y en que las oraciones son acogidas mas favorablemente <sup>13</sup>. Ella se vestía con extremada decencia por respeto á la gloria de Dios que lo penetra todo, y que ve las acciones del hombre, aun durante la mas oscura noche: al mismo tiempo daba gracias al Señor de haber añadido un dia á sus dias y de haberla preservado durante su sueño de las asechanzas del espíritu maligno <sup>14</sup>. Su tocador no era largo, y nada tenia de afectado: ella no llevaba ni brazaletes de perlas, ni cadenillas de oro *toruceadas de plata*, ni túnicas de púrpura, como las hijas de los principes de su raza. Un vestido de color

de jacinto con los vivos suaves y aterciopelados á semejanza de los de esa flor campestre, una túnica blanca apretada con un ceñidor unido y con cabos flotantes, un largo velo cuyos pliegues arreglados sin artificio, pero con gracia, se confundían de manera que podían cubrir pronta y completamente el semblante; por fin, un calzado correspondiente al vestido formaba el traje oriental de María <sup>15</sup>.

Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y unas piadosas matronas, que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de tan precioso depósito, se encaminaban hácia la tribuna en que las *almas* se sentaban en el puesto de honor <sup>16</sup>. El sol empezaba á dorar con sus nacientes rayos los montes lejanos de la Arabia; el águila se balanceaba en las nubes; el sacrificio humeaba sobre el altar al sonido de las trompetas sacerdotales, y María con la cabeza inclinada bajo su velo repetía con fervor las diez y ocho oraciones de Esdras <sup>17</sup>, y pedía á Dios con todo Israel el Cristo tantas veces prometido á la tierra y cuya venida era tan lenta.

« ¡Ó Dios! que vuestro nombre sea glori-  
« ficado y santificado en este mundo que Vos  
« habeis criado segun vuestra voluntad: *bo-*  
« *ned* reinar vuestro reino, que la redencion  
« florezca; y que el Mesias venga pronta-  
« mente <sup>13</sup>. »

Y el pueblo respondia en coro: *amen!*  
*amen!* Cantábanse en seguida los últimos  
versículos del bello salmo atribuido á los  
profetas Ageo y Zacarías.

« El Señor desata á los que están enca-  
« denados: el Señor ilumina á los que es-  
« tán ciegos. »

« El Señor levanta á los que están caí-  
« dos: el Señor ama á los que son justos: »

« El Señor guarda á los extranjeros: El  
« tomará bajo su proteccion al huérfano y  
« á la viuda, y destruirá los caminos de los  
« pecadores. »

« El Señor reinará en todos los siglos: tu  
« Dios, ó Sion, reinará en todos los lin-  
« jes <sup>14</sup>. »

La lectura de la *Shema* <sup>15</sup> y la bendicion  
del sacerdote que presidia la oracion pú-  
blica terminaban la ceremonia que se reno-  
vaba todos los dias por mañana y tarde <sup>16</sup>.

Después de haber cumplido este primer deber Maria y sus jóvenes compañeras volvian á sus ocupaciones habituales: unas hacian dar vueltas en sus ágiles dedos á un huso de cedro: otras matizaban la púrpura, el jacinto y el oro sobre los velos del templo que sembraban con ramilletes de flores, mientras que algunas otras inclinadas sobre un telar sidonio se aplicaban á ejecutar los variados dibujos de esos magníficos tapices que valieron los elogios de todo Israel á la mujer fuerte y que el mismo Homero ha celebrado <sup>22</sup>. La Virgen se aventajaba á todas las muchachas de su pueblo en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos enseña que ella se distinguia en el bordado y en el arte de trabajar sobre lana, lino y oro <sup>23</sup>; su habilidad sin igual en hilar el lino de Pelusa <sup>24</sup> se conserva aun tradicional en el Oriente, y los cristianos occidentales para perpetuar su memoria han dado el nombre de *lino de la Virgen* á esas randas brillantes de blancura y de un tejido casi vaporoso que se observan en el fondo de los valles durante las húmedas mañanas del otoño. Por este motivo fue

que las graves y puras esposas de los primeros fieles en el momento de doblar su cabeza al yugo del himeneo vinieron por largo tiempo á deponer sobre el altar de la Reina de los Angeles una roca ceñida de cintillas de púrpura y cargada de una lana sin mancha <sup>21</sup>.

La Iglesia de Jerusalem habia consagrado desde un principio este recuerdo colocando en el número de sus tesoros los ligeros husos de Maria <sup>22</sup>.

En medio de esta vida religiosa y ocupada la Virgen hallaba momentos para el cultivo de las ciencias, y su espíritu brillante y justo se desarrollaba rápidamente como una hermosa palmera cuyas raíces baña un torrente. San Ambrosio la atribuye una perfecta inteligencia de los libros sagrados, y san Anselmo pretende que ella poseyó á fondo la lengua de Moisés, ese antiguo hebreo del que se sirvió Josué en el valle de Ayalon para detener el astro del día y en el que Dios trazó con su dedo poderoso sobre *pedras preciosas muy solidas* <sup>23</sup> los diez preceptos del Decálogo. Sea que Maria estudiando el idioma de Ana y de Debora se ha-

ya iniciado durante sus veladas solitarias en las sublimes ideas de los profetas de Israel, sea que hubiese recibido del Espíritu santificador, que tan ricamente la habia dotado, un soplo de inspiracion poetica semejante á las brisas armoniosas que rozaban el arpa eclica de David <sup>22</sup>, lo cierto es que no se puede rehusar á la joven profetisa, que enriquecio la ley nueva con su mas bello cántico, el haber conocido las mas suaves y nobles inspiraciones del genio. A mas de ser para nosotros los cristianos un himno sagrado el *Magnificat*, seria en todos los pueblos una composicion poetica de primer orden. Ciertamente Maria juntaba á una santidad sin igual unos talentos del orden mas elevado; el arca viva que debia encerrar al Salvador del mundo nunca podia ser demasiado adornada. Cuando la luz quiere condensarse, dicen los orientales, toma un carbunclo por tabernáculo.

Un poeta decia servilmente á Augusto que el solo era la obra de muchos siglos y que desde los dias de la creacion toda la industria de la naturaleza se habia puesto en movimiento para producirle; lo que era un

hipérbole exagerado hasta la absurdidad hablando del sanguinario sobrino de Julio César, se convierte en una verdad demostrada, cuando se aplica a la Virgen. En efecto María es la obra maestra de la naturaleza, la flor de las generaciones antiguas y la maravilla de los siglos: jamás había visto la tierra, jamás verá tantas perfecciones reunidas en una simple hija de los hombres. Todo era gracia, santidad y grandeza en esta noble y feliz criatura: concebida en la amistad de Dios, santificada antes de nacer, ella ignoraba las pasiones que levantan las tempestades del alma, y las bajas inclinaciones que pupulan como reptiles en medio del ceno del corazón. Desde la grande transgresion de Eden *el hombre está inclinado al mal desde su juventud*; los mayores Santos han sido pecadores antes de ser justos, y el oro de sus virtudes no ha sido siempre exento de liga: pero la Virgen no fue jamás esclava del inferno: ella nació como la granada con su corona de reina sobre la cabeza, y su alma impelida hácia el bien por una propension irresistible nadaba en una atmósfera pura y luminosa en que nun-



ca tuvo entrada la culpa. El recuerdo de sus virtudes se conserva todavía en las naciones infieles: los persas no la llaman sino la santa, la gloriosa Maria <sup>22</sup>; los turcos juntan á su nombre el hermoso título de *Sel-dán* que quiere decir *jasta* <sup>23</sup>, y los cristianos afirman que ella sola tuvo mas mérito á los ojos de Dios que todos los Ángeles juntos.

En efecto, las obras santas de Maria se parecían á los copos de nieve que caen silenciosamente sobre la cumbre inaccesible de las altas montañas; la capa de la vigilia no cede en brillantez á la del día siguiente; la pureza se une á la pureza y la blancura á la blancura hasta haberse formado un cono resplandeciente en el que juega la luz y que obliga al hombre á bajar sus miradas como al sol. A ninguna otra criatura se le ha concedido el poder presentar al Juez soberano una vida semejante; solo Jesucristo la ha superado, pero Jesucristo era el Hijo de Dios.

Maria entró en el templo de Jerusalem como una de esas víctimas sin mancha que el Espíritu del Señor había hecho ver á Ma-

laquias, Hermosa joven, nacida de casta noble y pudiendo pretender á todos los partidos en un pueblo que colocaba con frecuencia la belleza sobre el trono <sup>21</sup>, ella se consagró al altar por medio de un voto de virginidad que balbuciaron casi al salir de la cuna sus labios infantiles, y que su corazón ratificó después con una completa renuncia á las pompas y vanidades del siglo. Por este voto hasta entonces inaudito en los anales del mundo María *traspasó la valla* que separaba la antigua ley de la ley nueva, y se sumergió tan profundamente *en el mar de las virtudes evangélicas* <sup>22</sup>, que se puede decir que habia sondeado ya casi todas sus honduras, cuando su divino Hijo vino á descubrirla á los hijos de los hombres.

Dios no muda tan de improviso sus caminos; El anuncia y prepara con mucha anticipacion los grandes sucesos que han de cambiar la faz del mundo: un precursor era preciso al Mesias, y El le halló en la persona de san Juan Bautista: era necesario un preliminar á la ley nueva, y las virtudes de María fueron al Evangelio lo que una alborada fresca y risueña es á un hermoso día.

San Epifanio citado por Niceforas nos ha dejado un bello retrato de la Virgen; este retrato trazado en el siglo cuarto sobre tradiciones ahora extinguidas, y manuscritos que ya no poseemos, es el único que nos queda.

La Virgen, según este Obispo, no era de una elevada estatura, aunque su talla fuese un poco mayor que mediana: su tez, ligeramente dorada como la de la Sulamitis por el sol de su patria, tenía el rico matiz de las espigas en sazón: sus cabellos eran rubios, sus ojos vivos, su pupila tirando un poco á color de aceituna, sus cejas perfectamente arqueadas y de un negro el mas hermoso: su nariz de una perfeccion notable era aguileña, sus labios sonroseados: el corte de su semblante hermosamente ovalado: sus manos y dedos eran largos.

Todos los Padres concuerdan á porfia en la extremada hermosura de la Virgen; san Dionisio Areopagita, cuyo testimonio es del mayor peso, pues que vió á la divina Maria, nos asegura *que era hermosa hasta á deslumbrar, y que la hubiera adorado como á una*

*diost, si no hubiese sabido que no hay mas que en solo Dios.*

Pero no era á esa reunion de perfecciones físicas á la que debía Maria el poder de su hermosura, porque esta dimanaba de un origen mas elevado. San Ambrosio lo ha comprendido perfectamente cuando ha dicho que esa brillante corteza no era mas que un velo trasparente que permitia ver todas sus virtudes, y que su alma la mas noble y pura que existió jamás después del alma de Jesucristo se manifestaba toda en su semblante. La belleza física de Maria no era otra cosa que un pequeño reflejo de sus bellezas intelectuales é inamisibles; ella era la mas hermosa de las mujeres porque era la mas casta y santa de las hijas de Eva <sup>32</sup>.

Dios ha edificado un palacio de nácar á la perla del mar verde <sup>33</sup>; pero ¿qué es la concha sin la perla? Los Padres no se han engañado; así, en lo que nos han dicho tocante á la persona de Maria han dedicado una gran parte á las bellezas morales, únicas que no sean el pasto de gusanos. Nosotros vamos á reunir las pequeñas piedras

preciosas que ellos han sembrado en sus escritos para componer un mosaico que ofrezca un segundo retrato de Aquella que fue, segun dice san Sofronio, *el jardín de delicias del Señor*.

La mayor decencia reinaba en todas las acciones de la Virgen; ella era buena, afable, compaxiva, y su limosna de muchacha caía con frecuencia sin ser vista en la cajita pegada á una de las columnas del templo en que Jesús vio después caer el óbolo de la viuda. Maria hablaba poco, siempre al caso, y jamás la mentira manchó sus labios; su voz era dulce, penetrante, y sus palabras tenían un no sé qué de unción y consuelo que derramaban la calma en el corazón. Ella era la primera en las vigiliass, la mas exacta en cumplir la ley divina, la mas profunda en humildad y la mas perfecta en todas las virtudes. Jamás se la vió encolerizada; jamás á nadie ofendió, entristeció, ni hizo burla. Era enemiga del fausto, sencilla en sus palabras y tambien en su porte; no procuraba ni hacerse ver aunque hermosa, ni engalanarse aunque jóven, ni casoberocerse aunque noble, ni enrique-

cerse aunque pobre, y ocultaba al mundo con sumo cuidado los ricos tesoros de su espíritu y de su corazón. Cerca de ella se sentía uno mas puro, mas fervoroso; porque su presencia calmosa y dulce parecia santificar todo lo que la rodeaba, y su vista despegaba el espíritu de las cosas de la tierra. Su urbanidad no era una vana fórmula compuesta de falsas palabras: era una expansion de benevolencia universal que salia del corazón. Sus miradas revelaban ya la Madre de las misericordias, la Virgen de quien se ha dicho: *Ella pediría á Dios hasta la gracia de Lucifer, si Lucifer pedía gracia.*

Los ayunos de Maria, segun dice san Ambrosio, eran frecuentes y rigurosos; esos ayunos del Oriente que intimidarian la porcion delicada de nuestra poblacion del Norte que deja la abstinencia á los ancianos, eran una privacion de todas las cosas que empezaba con el dia y no concluia hasta la noche <sup>23</sup>. Durante este tiempo Maria rehusaba todo lo que podia lisonjear sus gustos y su corazón: ella se imponia el trabajo mas duro, las obras de misericordia mas repugnantes, dormia en el suelo y no se concedia

durante esos dias de mortificacion y de lágrimas que se prolongaban á veces semanas enteras, mas que una ligera comida compuesta de pan cocido bajo la ceniza, de legumbres amargas y de un vaso de agua de la fuente de Sion <sup>10</sup>. Sus oraciones eran frecuentes, y su manera de orar tan recogida, tan atenta y tan profunda que su alma parecia derretirse en adoraciones ante el Eterno. Los bramidos de la tempestad y el estruendo del trueno que obligaba á César á esconderse bajo las bóvedas subterráneas de su palacio <sup>11</sup> no llegaban á los oidos de la tierna Virgen; completamente absorbida en sus deberes religiosos su alma se lanzaba á los piés del grande Autor del universo mas allá de los limites del mundo y de la region de las tormentas. «Nadie, dice san «Ambrosio, estuvo nunca dotado de un don «mas sublime de contemplacion; su espíritu acorde siempre con su corazon no perdía jamás de vista á *Aquel* á quien amaba «con mas ardor que todos los Serafines juntos; toda su vida no fue otra cosa que un «ejercicio continuo del amor mas puro de «su Dios; y cuando el sueño venia á cerrar

«sus párpados, su corazón velaba y oraba  
«todavía <sup>22</sup>.»

Tales fueron las virtudes, tales las ocupaciones de María en el templo, en el que brillaba entre las compañeras de su infancia como el diamante en medio de las piedras preciosas <sup>23</sup>; y ocultaba sus altas perfecciones á fuerza de candor y de modestia. Por esto los ancianos que habian encanecido en los trabajos del sacerdocio no pasaban jamás cerca de ella sin bendecirla y la consideraban como el mas bello ornamento de la santa Casa.

---

## NOTAS AL LIBRO V.

<sup>1</sup> Pág. 129. — La mezquita de Omar (el Aksa) representa para los cristianos el antiguo templo de Salomón; el Sakhra (la roca) está construido en el paraje en que vivió María desde la edad de tres años hasta sus esponsales con José.... este lugar era en dicha época una dependencia del templo de Salomón, así como ahora el Sakhra es una dependencia de la mezquita de Omar. Antes de las cruzadas el Sakhra no era mas que una capilla; los francos añadieron una iglesia que coronaron con una cúpula dorada. Cuando los vencedores derribaron la gran cruz



que brillaba sobre la cúpula de la Sakkra, los gritos de alegría de los musulmanes y los de dolor de los cristianos fueron tan grandes, que, dice un autor árabe, parecía que el mundo iba á ahogarse. (Correspon. de Oriente, tom. 3). — Según Ben Schonali excitóse en la ciudad un gran tumulto, que el mismo Saladin tuvo que apagar.

<sup>2</sup> Pág. 139. — San German afirma que fue san Zacarías quien se encargó de colocar la Virgen en el templo. Las tradiciones árabes refieren igualmente que Dios confió la guarda de la Virgen á Zacarías *Quacafalha Zacharia*. El Alcoran en el Surate que trata de la familia de Amram añade á este hecho una leyenda maravillosa recogida entre las tribus cristianas del desierto. Dice que Zacarías, que iba á visitar de tiempo en tiempo á su joven parienta, encontraba siempre á su alrededor mucha potencia de los mas hermosos frutos de la Tierra Santa impropios de la estacion; lo que le obligó á preguntar á Maria de dónde le provenian todos aquellos frutos. Respondióle Maria: *hou men and Allah iareac man iache begate Allah*: todo lo que veis viene de parte de Dios que provee á los que le place sin cuenta ni número. (D'Herbelot, biblioteca oriental, tom. 2, art. *Miriam*).

<sup>3</sup> Pág. 141. — Maria y sus jóvenes compañeras (*las almas*) cantaron cánticos en el paso del mar Rojo acompañándose con el tamboril. (R. sal. *Yarbbi*).

<sup>4</sup> Pág. 142. — Moisés lo habia fijado por una ley expresa en una suma de 50 siclos á lo mas.

<sup>5</sup> Pág. 142. — Los hijos en esta especie de esclavitud conservaban sus derechos á la herencia paterna, y podian redimirse á sí mismos si sus padres no

le hacian. (El abate Guenée). Josefo observa que los hombres y las mujeres que después de haberse consagrado voluntariamente al ministerio deseaban romper sus votos, pagaban á los sacrificadores una cierta suma, y que los que eran insolventes se ponian á la discrecion del Sacerdote. (Antig. lib. 4).

\* Pág. 142. — Véase el P. Croiset.

\* Pág. 142. — En Bombay los descendientes de los persas tienen un templo consagrado al fuego, y vienen en tropas al sitio del mismo con sus brillantes trajes blancos y sus turbantes de color para salutar al nacimiento del sol, ó ofrecer sus homenajes á sus últimos rayos, prosternándose humildemente delante de él. Sus mujeres no se muestran entonces, porque es el momento en que van á buscar el agua á los pozos. (Buckingham, cuadro de la India).

\* Pág. 143. — Se sabe que los primeros cristianos, y sobre todo los de Jerusalem que eran hebreos de origen, conservaron algunas instituciones de la antigua ley; de este número fue la de las vírgenes y viudas que se encuentran empleados en las primitivas iglesias para ejercer algunas buenas obras propias de su sexo. (Fleuri, costum. de los israel. y de los crist. pag. 113).

\* Pág. 143. — San Andrés Cretense, Jorge de Nírnmeda, el Padre Gibienf, etc.

\* Pág. 146. — Prédaut, Hasnage, hist. de los jud, t. 3, cap. 13.

\* Pág. 147. — La impureza de la mujer, segun los rabinos, data de la seducción de Eva por la serpiente, y no debe ser extirpada sino al advenimiento de su Mesias. Su oracion no es tan obligatoria como la del hombre, y ni aun está obligada á la ma-

por parte de los mandamientos imperativos. En fin los judíos dicen todavía en su oración de la mañana: *Seáis bendito, ó Señor rey del universo, por no habérmelo hecho nacer mujer*. La mujer humillada dice por su parte con una triste resolución: *Seáis bendito, ó Señor, qui me habéis hecho como habéis querido*. (Baenago, hist. de los jud., tom. 2, p. 100).

<sup>12</sup> Pág. 148. — Augusto no llevaba jamás otros vestidos que los hilados por su esposa y su hija.

<sup>13</sup> Pág. 148. — Baenago, tom. 2, p. 206.

<sup>14</sup> Pág. 148. — Baenago, lugar citado.

<sup>15</sup> Pág. 149. — Las monjas anacoretas de Génova llevaban en el siglo decimosesto el traje de la santa Virgen: esto es, blanco por debajo y azul celeste encima, á fin de que un tal habito les recordase continuamente su memoria. Los zapatos de las religiosas de coro son igualmente cubiertos de cuero azul. (Regla de las anacoretas de Génova, cap. 1.º El señor de Lamartine ha encontrado en el Oriente, en que todo parece inmóvil, el traje de María copiado en el de las mujeres de Nazareth. Ellas traen, dice el poeta viajero, una larga túnica azul celeste apretada por un ceñidor blanco cuyas puntas llegan hasta el suelo: los pliegues hinchados de una túnica blanca caen graciosamente sobre el azul. El señor de Lamartine hace subir este traje al tiempo de Abraham y de Isaac; y esta suposición nada tiene de inverosímil. Se ve que existe una diferencia bien ligera entre el traje adoptado en el siglo decimosesto sobre las tradiciones de Italia, y el que observó en las mismas lugares el viajero francés.

<sup>16</sup> Pág. 149. — Orígenes, san Basilio, san Gregorio Nicensé y san Cirilo nos han conservado una tra-

dieron que señala á las vírgenes un lugar de honor y separado en el peristilo de las mujeres.

<sup>17</sup> Pág. 149. — La parte mas solemne de las oraciones de los judios es la que llaman *Shemoneh-Eshre*, ó las diez y ocho súplicas; y pretenden que fueron compuestas y establecidas por Esdras para la grande Sinagoga. Rabbi Gamaliel añadió otra décimanona contra los cristianos un poco antes de la destruccion de Jerusalem. Las diez y ocho primeras son antiquísimas, y no se puede dudar que estuviesen en uso en tiempo de Jesucristo, y que Él no las hubiese ofrecido á Dios junto con el resto de la asamblea cuando se hallaba en la Sinagoga. Estaba ordenado á toda persona que hubiese llegado á la edad de la discrecion el ofrecer á Dios tres veces al día esas diez y nueve oraciones por la mañana, al mediodía y por la noche. (Prid., hist. de los jud.).

<sup>18</sup> Pág. 150. — Esta oracion que se llama *Kaddish* es la mas antigua de todas las que han conservado los judios; y como es leida en lengua caldea, creese que es una de las oraciones que se hicieron al regreso de Babilonia. (Basn., tom. 2, p. 344). Pridemx afirma que estaba en uso largo tiempo antes de Nuestro Señor, y que los Apóstoles la han ofrecido frecuentemente con el pueblo en las Sinagogas. Se la recitaba durante el servicio divino, y la asamblea estaba obligada á responder muchas veces: Amen.

<sup>19</sup> Pág. 150. — Leon de Módena. — Maimónides.

<sup>20</sup> Pág. 150. — Leon de Módena, cap. 11, p. 29; entiéndense por la *Schema* tres secciones diferentes del Deuteronomio y de los Números. Es una especie de profesion de fe que se recita por mañana y tarde,

y en la que se reconoce que no hay más que un Dios que ha sacado á su pueblo de la cautividad de Egipto.

<sup>11</sup> Pág. 130. — Es cierto que la santa Virgen ha debido asistir con mucha frecuencia á las oraciones públicas de la mañana y de la tarde; estas oraciones pasaban por mas eficaces que las demás; y hasta doctores hebreos hay que sostienen que Dios no escucha sino aquellas.

<sup>12</sup> Pág. 131. — Véase la Huida, libr. 8.

<sup>13</sup> Pág. 131. — En la edad media en memoria de las obras de lino de la Virgen los tejedores se habian alistado bajo la bandera de la Anunciacion; los fabricantes de brocados de oro y de telas de seda tenían por patrona á Nuestra Señora la Rica y llevaban en imagen en su bandera cargada de magníficos bordados. (Alex. Monteil, vida de los franciscos de diversos estados).

<sup>14</sup> Pág. 131. — Los vestidos que los principales sacrificadores se ponian por la mañana eran, dice la Mishnah, de lino muy fino de Pelusa ciudad de Egipto en que el lino era exquisito: *Ex pelusiaco Num componere lin.*

<sup>15</sup> Pág. 132. — Este uso subsiste todavia en algunas aldeas del norte y del poniente de la Francia.

<sup>16</sup> Pág. 132. — Estos huesos fueron enviados con el tiempo á la emperatriz Pulqueria, quien los colocó en la iglesia de los Guis en Constantinopla.

<sup>17</sup> Pág. 132. — Tradicion hebreaica. — Véase Haggage. — Segun algunos autores orientales las tablas de la ley eran de rubí rojo ó carbunclo; pero la opinion mas comun entre los árabes y los musulmanes es que eran de esmeraldas, dentro de las cuales estaban de tal modo esculpidos los caracteres que

se podían leer de todos lados. (D'Herbelot, bibliot. orient., tom. 2).

<sup>18</sup> Pág. 153. — Segun una antigua tradicion judia David tenia una arpa que sonaba durante la noche cuando sopla el viento cierto viento. Después se burla de esas cuerdas que resenan solamente con el soplo de las noches, y califica altamente esta asercion de simpleza. La invencion ó mas bien la reinvencion de las arpas cólicas, cuyos sonos mágicos encantaban los parques ingleses, ha dado la razon á los rabíes.

<sup>19</sup> Pág. 155. — D'Herbelot, bibliot. orient.

<sup>20</sup> Pág. 155. — D'Herbelot, *idem*.

<sup>21</sup> Pág. 156. — Séhese que David, Salomon y otros reyes de Judá colocaron con frecuencia en su real palacio mujeres de una condicion oscura; la célebre Solamites de Salomon era, segun se dice, una jóven labradora del pequeño pueblo de Sulam situado á poca distancia de Jerusalem. En tiempo de Maria, Herodes el Grande se habia casado con Mariana, hija de un simple sacerdote, por su hermosura.

<sup>22</sup> Pág. 156. — San Juan Crisostomo.

<sup>23</sup> Pág. 158. — No es el clima, ni los alimentos, ni los ejercicios del cuerpo lo que forma la belleza humana; es el sentimiento moral de la virtud que no puede subsistir sin la religion. La hermosura del semblante es la verdadera fisonomia del alma. (Bernardino de Saint-Pierre, estudios de la naturaleza, esp. 10.)

<sup>24</sup> Pág. 158. — Bahr-el-Akhder; uno de los nombres del golfo pérsico. (D'Herbelot).

<sup>25</sup> Pág. 160. — Los judios creian que no podia reputarse ayuno aquel en que no se hubiese puesto el sol.

\* Pág. 161. — Bainsge, libr. 7, cap. 18. — Fleuri, costumbres de los israelitas, pág. 104.

\* Pág. 161. — Augusto, según refiere Suetonio, temia los truenos y los rayos con una debilidad que apenas se perdonaria á una mujer. Al menor amago de tempestad iba á ocullarse bajo unas profundas bóvedas en que no podiesen penetrar el estruendo del trueno y el resplandor de los relámpagos.

\* Pág. 162. — San Ambrosio de Vir., libr. 2.

\* Pág. 162. — Comparacion de san Gerónimo.

---

## LIBRO VI.

---

### MARÍA HUÉRFANA.

---

Es preciso convenir, aunque sea una cosa extraña, en que la historia de la Virgen se encuentra árida en hechos y escasa de noticias; se parece á las ruinas majestuosas de una antigua ciudad del desierto. Aquí columnas gigantescas, cuya base es incontrastable como la de las montañas; allí pórticos que el árabe amigo de cuentos maravillosos celebra como á obra de los genios; mas allá templos enterrados en la arena que la imaginación puede todavía volver á construir: y después de distancia en distancia una arena desnuda y estéril que no cria una mata de yerba para el camello del beduino. En falta de los Apóstoles que ocupados al parecer totalmente de la grande imagen de Cristo pensaron poco en su familia de la



tierra, los Santos Padres nos han iniciado en las virtudes de santa Ana; nosotros hemos entrado con ellos bajo su humilde techo, hemos sido testigos de sus votos, de sus fervorosas oraciones, de los gozos de su tardía maternidad, de los desabogos de su gratitud; pero aquí el hilo de la tradición se vuelve tan frágil que se rompe sin cesar, y el resto de la vida de santa Ana es casi enteramente conjetural. Esta madre que había obtenido la Virgen de Isaias después de tantos ayunos y lágrimas, que había rodeado su infancia con tanto cariño y que la había llevado en sus brazos al Señor<sup>1</sup> y entregado llorando en su santuario, vuelve un solo instante á aparecer en la escena, pero es para morir. Sin embargo no es creíble que la esposa de Joaquín haya permanecido nueve años sin ver á su hija. Los aposentos interiores del templo, en que se educaban los niños consagrados al Dios de Israel, no podían estar cerrados para las madres; una madre tiene igualmente derechos sagrados y religiosos; todas las naciones los declaran imprescriptibles, y de otra parte la Escritura nos enseña que

Ana mujer de Elcana visitaba libremente á su hijo en Silo en los dias solemnes, y que no olvidaba jamás el llevar una túnica hilada por sus manos al jóven profeta que ella habia prestado al Señor. Ana habia tenido después del nacimiento de Samuel muchos hijos que iban creciendo á su vista como tiernos olivos y que partian con el servidor del templo su solicitud maternal; santa Ana no tenia mas que á Maria \*, y la suma de su felicidad, la esperanza de su vejez, la fuente de su alegría sobre la tierra consistian en su hija. No puede por consiguiente dudarse que en compañía de su esposo iba á verla cada vez que su piedad la llamaba al templo, y que velaba tambien á la lumbré de la lámpara doméstica ó al blanco resplandor de la luna \* para hilar las virginales ropas de Maria.

Créese que santa Ana y san Joaquin volvieron á sus hogares después de la presentación de su hija, y que allí vivieron todavia algunos años antes de establecerse definitivamente en Jerusalem. Joaquin, que no era un artesano como José, cultivaba segun todas las apariencias la pequeña heredad de

sus abuelos, y disfrutaba de aquella mediocridad feliz que han ambicionado siempre los sabios, los grandes y los poetas en sus ratos de mal humor contra la fortuna \*. Se han edificado iglesias en Séforis, Nazareth y Jerusalem en los lugares que hacian parte de su patrimonio; pero el viñedo ó los campos de sus padres debian existir en los alrededores de Séforis: hé aqui lo que le hizo volver á la baja Galilea. Joaquin era un verdadero israelita, muy adicto á la ley de Moisés: él iba al templo en todas las fiestas solemnes con su esposa y una parte de su parentela segun la costumbre de los hebreos, y es de suponer que el deseo de ver á su hija aumentaba aun su aficion por las ceremonias del culto. ¡Con qué alegría su buena y piadosa compañera tomaba su velo de viaje para ir á la ciudad santa! ¡cuán largos le parecerian esos caminos que veia serpentear á lo lejos al través de las montañas y de las llanuras! Ella salvaba con la vista y saludaba veinte veces con el pensamiento, antes de llegar á ellos en realidad, las breñas de nopales, las copas de adelfas y los grupos de carrascas ó de sicomoros que

se divisaban de distancia en distancia en su camino, porque traspasado cada uno de esos puntos, ella estaba mas cerca de su hija, de su hija, don del Señor, hija del milagro, aquella que un Angel habia proclamado la gloria de Israel! ¡Con qué dulce emocioa debia ella saludar desde el fondo del valle esa torre Antonia que se elevaba espléndida y amenazadora sobre su base de pulido mármol <sup>2</sup> para proteger la casa de oracion; y cuánto no debia conmover á esa alma tierna y santa la vista del templo que encerraba á su Dios y á su hija!

Al caer de la tarde y cuando las trompetas de los Sacerdotes llamaban al pueblo á la ceremonia <sup>3</sup> Ana se apresuraba para adorar á Dios y echar una mirada sobre su hija que muchos meses hacia no habia visto. El atrio que no tenia otra bóveda que el cielo mezclaba las deslumbradoras luces de sus candelabros <sup>4</sup> al vacilante resplandor de las estrellas. Millares de luces se cruzaban bajo los pórticos adornados con frescas guirnaldas <sup>5</sup>; y los principes de los sacerdotes atravesaban la muchedumbre con sus ricos ornamentos traídos desde las orillas de la In-

dia por las caravanas de Palmira \*. Entre tanto las consonancias aisladas de las arpas parecían acompañar el murmullo semejante al ruido de las olas \*\* que hacían al tiempo de orar una multitud de hebreos venidos de las riberas del Nilo, del Eufrates y del Tiber para doblar la rodilla ante el altar único del Dios de sus padres \*\*\*. En medio de este concurso inmenso de creyentes nacionales y extranjeros, Ana que rogaba con fervor no levantaba la cabeza sino un instante, y era cuando María y sus jóvenes compañeras pasaban vestidas de blanco y cubiertas con sus velos con lámparas en las manos á la manera de las vírgenes prudentes del Evangelio.

Terminada la fiesta, Ana después de haber bendecido y abrazado á María volvía á emprender con Joaquin el camino de las montañas; alejábase de Jerusalem á paso lento sin atreverse á volver la cabeza, y llevábase recuerdos de felicidad por todo el espacio de tiempo que iba á discurrir hasta la fiesta inmediata.

Cuando la edad y los trabajos hubieron gastado las fuerzas de Joaquin y que ya no

le fue posible cultivar por sí mismo el campo de sus padres, pensó en vivir cerca de su hija; los dos esposos dejaron para siempre la baja Galilea y vinieron á habitar en Jerusalem en un barrio inmediato al templo. Ana llegó entonces al colmo de sus deseos, porque podia servir al Señor en su santa casa, y ver con frecuencia á Maria. ¡Cuántas veces durante las hermosas noches del verano revolviendo su huso en la azoica de su habitacion no debió dejarlo escapar de sus dedos inmóviles, mientras que sus miradas de madre se fijaban intensivamente sobre el techo de oro y cedro del templo! *En donde el hombre tiene su tesoro, dice la Escritura, allí está su corazón.*

Santa Ana hubiera podido abreviar la duracion de esta separacion penosa, pues que la ley de Moisés permitia compensaciones. Sin embargo no lo quiso; su reconocimiento á Dios hablaba todavia mas alto que su ternura maternal, y cuando la voz de la religion se hacia escuchar, callaba el grito de la naturaleza.

Cerca de nueve años hacia que la Virgen vivia encerrada en el templo <sup>14</sup>, cuando la

primera nube sombría vino á ofuscar el cielo dulce y sereno de su tierna vida: su padre muy amado, Joaquín el justo, cayó gravemente enfermo, y bien presto se manifestaron los síntomas de una muerte cercana. Alarmados por su estado corrieron sus parientes y amigos, y diéronle mil testimonios de afección y simpatía, porque reinaba una grande y loable unión entre las familias de Judea. El moribundo se sonrió benignamente á sus amigos y parientes; como Jacob había sido largo tiempo viajador sobre la tierra, é importábale poco que el viento de la muerte viniese á derribar su tienda, porque mas allá de este planeta de barro veía en espíritu las regiones dichosas en que iba á descansar para siempre en el seno de Abraham.

Cuando la extenuación progresiva de sus fuerzas hizo conocer al santo viejo que su fin se acercaba, hizo en alta voz y á presencia de todos la confesión de sus pecados á la manera de los hebreos, y ofreció su muerte al soberano Juez en expiación de las faltas inherentes á nuestra naturaleza de que no se halla exento el mas justo <sup>12</sup>. Cumplido este deber, Joaquín mandó llamar á su hija

para bendecirla. Presentóse Maria <sup>12</sup>; sus fervorosas súplicas por la conservación del autor de sus días no habían sido oídas: el *Dios celoso* quería desatar poco á poco los lazos terrestres de la Esposa que había escogido para sí á fin de que no tuviese sobre la tierra mas apoyo que el suyo.

Algunos autores piadosos han creído que en el momento en que Joaquín extendió sus manos desfallecidas para bendecir á su hija, una revelación de lo alto le hizo ver de repente el glorioso destino á que el cielo llamaba á su hija; el júbilo de los escogidos se derramó en su rostro venerable, bajó los brazos, inclinó la cabeza y murió.

El aposento mortuario resonó entonces con gemidos y gritos agudos; las mujeres se golpearon el seno y se arrancaron los cabellos <sup>13</sup>; los hombres se cubrieron la cabeza con ceniza y desgarraron sus vestiduras; abrieronse todas las ventanas de la casa <sup>14</sup>, y encendióse en seguida cerca del cadáver una lámpara de bronce con varios mecheros, lámpara de difuntos que reflejaba sus lúgubres rayos sobre el semblante pálido pero sereno del hombre justo. He-



cho esto, se entregó el cuerpo á los que debían lavarle y sepultarle <sup>11</sup>.

Al día siguiente un numeroso acompañamiento, en que se distinguían algunas plañideras y tañedores de flauta <sup>12</sup>, se detuvo ante la casa del luto. Los parientes penetraron en el salan alto en que Joaquín estuvo expuesto según la costumbre, y cargaron el cuerpo sobre sus hombros. Atravesáronse las calles de Jerusalén salmediando cánticos fúnebres que se mezclaban al sonido dulce y patético de las flautas y á los lamentos ruidosos de las mujeres que lloran á los muertos. Ana y María se hallaban presentes á los funerales y caminaban con la cabeza inclinada entre las matronas de su familia que derramaban torrentes de lágrimas <sup>13</sup>.

El acompañamiento traspasó la puerta de los ganados, que llevó después entre los cristianos el nombre de puerta de la Virgen. Llegado al lugar de la sepultura, el sonido de las flautas y los lamentos de las lloronas cesaron por algun tiempo, y el que hacía de cabeza del duelo hizo esta alocucion al cadáver: « Bendito sea Dios que te  
« ha formado, alimentado, sostenido y qui-

«tado la vida. ¡Ó muertos, El sabe á que número merecedes, y El os resucitará algún día. Bendito sea aquel que quita la vida y «la restituye <sup>22</sup>!»

Púsose un pequeño saco de tierra sobre la cabeza del difunto y clavóse el ataúd; en seguida se abrió una cueva sombría llamada *la casa de los vivos* <sup>23</sup>, en que el Patriarca iba á dormir el sueño eterno aguardando los demás miembros de su familia. Entonces elevaróse de todas partes unos gritos que rompían el corazón. Ana se arrojó sobre el féretro para dar á su esposo el último adios, y fue preciso sacarla de allí desfallecida. Después de haber entregado á la tierra los santos despojos del hombre justo, se colocó en la entrada de la caverna sepulcral una piedra enorme que nadie podía quitar *bajo pena de excomunión*. Volvieron entonces á comenzar los gritos fúnebres, y los espectadores arrancando por tres diferentes veces un manojo de yerba y arrojándolo hácia la espalda, exclamaron en tono lágubre: *ellos florecerán como la yerba de los campos*! Estos ritos terminaron las exequias del descendiente de los reyes de Judá, del padre de

Maria, del abuelo de Jesucristo segun la carne <sup>22</sup>.

La santa Virgen tuvo el corazon penetrado por esta primera pena que fue el preludio de tantas otras y que puede considerarse como su aprendizaje de dolor. El infortunio le alargó la mano en el umbral de la adolescencia, y la noble niña no retrocedió en su camino; ella lloró porque su alma como la de su divino Hijo nunca fue ni seca ni insensible, pero agotó el cáliz de amargura diciendo á Dios: «¡Ó Jehová, hágase «tu voluntad!» La madre y la hija tomaron el duelo á la manera de los hebreos, vistiéndose de un camelote grosero, estrecho y sin pliegues que llamaban *calicio*; con la cabeza y piés desnudos, el semblante oculto en un lienzo de su vestido, y observando un ayuno y silencio rigurosos permanecieron sentadas en el suelo durante siete dias, llorando con sus parientes y rogando por el alma del difunto <sup>23</sup>. Cumplidos los siete dias, Ana hizo encender lámparas en la sinagoga donde pidió oraciones para su esposo, y añadió limosnas proporcionadas á su fortuna. Por su parte María ayunó cada semana en

el día en que quedó huérfana, y oró mañana y tarde por el reposo del alma de su padre. Estos ayunos y oraciones duraron el espacio de once meses <sup>22</sup>.

Este primer infortunio fue seguido de otros mas acerbo, y otro luto vino á confundirse bien pronto con el luto de Joaquín. Apenas la lámpara mortuoria se había apagado en la triste habitación de santa Ana, cuando fue preciso encenderla nuevamente; y apenas se habían secado las últimas lágrimas que la Virgen había derramado por uno de los autores de su vida, cuando tuvo que deplorar la pérdida del otro <sup>23</sup>. Una noche María acompañada de una de sus parientas bajó desde el templo á la calle estrecha y oscura en que vivía su madre. Una sola lámpara ardía en el aposento alto; á la entrada del patio había unas plañideras con el semblante de mal agüero; esas mujeres estaban sentadas en silencio y esperaban.

Santa Ana recogió sus fuerzas desfallecidas para bendecir á su hija, la recomendó patéticamente á sus parientes, pero sobre todo á Aquel que es el Padre del huérfano, y se durmió en el sueño de los justos <sup>24</sup>. Ma-

ria anegada en lágrimas se inclinó sobre el rostro helado de su madre, mezcláronse sus rubios cabellos con los blancos de la difunta, habiérase dicho que con su llanto quería revivirla; pero no hay mas que el soplo de Dios que pueda reanimar á los muertos! Después del primer desahogo de un dolor tan legítimo Maria cerró con sus manos los párpados de la Santa, y le dió un largo y triste beso, última despedida de su pueblo \*.

El dolor de la joven Virgen fue silencioso, profundo y noblemente sostenido. No teniendo sobre la tierra mas apoyo que la Providencia, refugióse en el seno de Dios, y desde allí como desde el fondo de una bahía tranquila escuchó el estruendo lejano de las tempestades del mundo y comprendió la vanidad de las cosas de la vida: la vanidad de las clases, de las grandezas, de la fortuna, de la hermosura, cosas que brillan y pasan como una burbuja de agua en el curso de un torrente de invierno que desaparece al concluir la estación. A esta época de aislamiento y de meditaciones solitarias atribuye un historiador el voto de virginidad perpetua que hizo Maria \*\*. En

efecto, en ninguna parte se encuentra que ese voto haya sido conocido de Ana y de Joaquin, y sin su consentimiento no era válido ni á los ojos de la ley civil, ni de la religiosa. Después de su muerte Maria, aunque bajo la autoridad de un tutor, debió considerarse como mas libre de disponer de si misma, y entences fue cuando escogió al Señor para ser su heredad y se consagró al servicio de su altar sin limitacion de tiempo, dice Bernardino de Busto, y con la intencion de no salir jamás del Lugar santo. A la par del jefe augusto de su linaje, la Virgen hallaba que *un día pasado en los tabernáculos del Dios de Israel valia mas que otras mil fuera*, y ella tambien hubiera preferido ser la última en el Lugar santo que la primera bajo las tiendas de Cedar.

---

## NOTAS AL LIBRO VI.

\* Pág. 171. — Ligerio, *Glorias de Maria*, dis. 3, p. 59.

\* Pág. 172. — Se ha pretendido atribuir á santa Ana otra hija del nombre de Maria nacida veinte años antes de la santa Virgen; pero esta tradicion no ha sido recibida por la Iglesia.

\* Pág. 172. — Las mujeres judías hilaban juntas durante el verano á la claridad de la luna, pues que los doctores judíos autorizaban al marido á repodiar á su mujer cuando murmuraban de él las mujeres que hilaban á la luz de la luna. (Sotah, cap. 6, pág. 159). Este uso de hilar á la claridad de la luna subsiste todavía en Cócnga, en que se encuentran muchas otras costumbres orientales.

\* Pág. 173. — Según san Gregorio Niceno el padre de la santa Virgen era un *ciudadano distinguido* de una piedad ejemplar y muy temeroso de Dios. El Padre Valverde asegura que disfrutando Ana y Joaquín de cierta abundancia daban una parte de sus economías al templo y la otra á los pobres. Véase también el Padre Ribadeneira en sus *Vidas de santos*, pág. 40.

\* Pág. 174. — La *torre Antonia* podía considerarse como la *ciudadela del templo*, y había sido en otro tiempo el palacio de los príncipes Asmoneos. El peñasco encima del cual estaba situada era inaccesible de todos lados y tenía de alto cincuenta codos. Herodes lo había hecho incrustar de mármol desde su pie hasta la cumbre, á fin de que no se pudiese subir ni bajar por él.

\* Pág. 174. — Las fiestas religiosas de los judíos han empezado siempre por la tarde.

\* Pág. 174. — Estos candelabros eran de oro y altos de cincuenta codos; el resplandor que hacían se divisaba, según dicen los rabíes con su acostumbrada exageración, desde una increíble distancia de Jerusalén; y hasta en la misma ciudad las casas quedaban tan bien iluminadas, que las cocineras podían sin el auxilio de sus lámparas limpiar los gra-

nos para la comida, (Talmud, tratado sueva, fol. 3.  
— Véase también la tercera carta de un rabino con-  
vertido por M. Deach).

<sup>6</sup> Pág. 174. — Estas guirnaldas de verdura se po-  
nían durante la fiesta de los tabernáculos. (Basna-  
ge, lib. 7, cap. 16).

<sup>7</sup> Pág. 175. — Los vestidos que los sacerdotes  
lleaban por la tarde en las fiestas solemnes venían  
de la India y costaban muy caros. (Basnage, lib. 7,  
cap. 16).

<sup>8</sup> Pág. 175. — Los judíos y los árabes ruegan en  
alta voz.

<sup>9</sup> Pág. 175. — Mientras subsistió el templo los ju-  
díos tenían á devoción particular el ir á visitarlo. En  
la ruina de Jerusalén por Tito perecieron mas de un  
millón y cien mil personas, porque se habían reunido  
para la fiesta de la Pascua cuando fue sitiada. (Bas-  
nage, lib. 7, cap. 11).

<sup>10</sup> Pág. 175. — El Padre Croiset, Ejercicios de  
piedad, tom. 18, pág. 29.

<sup>11</sup> Pág. 177. — Basnage, lib. 7, cap. 24.

<sup>12</sup> Pág. 178. — Había la costumbre que remontaba  
á los Patriarcas, de que los hijos recibiesen la ben-  
dición de sus padres moribundos. María debió con-  
formarse á esta costumbre: se retiró en el templo  
no era una clausura monástica, y san Juanquía vivía  
cofrades en Jerusalén.

<sup>13</sup> Pág. 178. — San Gerónimo observa que en su  
tiempo algunos judíos se hacían verdaderos en la  
piel, y se volvían callos arrancándose los cabellos  
que ofrecían en sacrificio al diablo.

<sup>14</sup> Pág. 178. — Los cuerpos muertos entre los ju-  
díos manchaban y hacen inmundos á los que los to-



caso. Cuando las puertas están cerradas, se mira á la casa del muerto como un sepulcro, y por consiguiente está manchada; por el contrario, cuando las puertas están abiertas se va la impureza. (Maimónides).

<sup>17</sup> Pág. 179. — Basnage, lib. 7, cap. 24.

<sup>18</sup> Pág. 179. — Jesucristo encontró unos músicos de flauta que hacían gran ruido en la puerta de un señor cuya hija resucitó. — Maimónides dice que el judío mas pobre está obligado á alquilar dos músicos de flauta y una plañidera para el entierro de su mujer, y que los ricos debían aumentar su número á proporción de sus bienes. — Véase también Fleuri, costumbres de los Israelitas, pág. 106.

<sup>19</sup> Pág. 179. — Las mujeres y los hijos asistían á los funerales de sus maridos y padres. La viuda de Naim seguía el cuerpo de su hijo. Jesús conducía el duelo de su padre; y este uso subsiste aun en Judea.

<sup>20</sup> Pág. 180. — Leon de Módena, costumbres de los judíos. — Buxtorf, Syn. heb., pág. 302.

<sup>21</sup> Pág. 180. — El sepulcro habría debido llamarse la casa de los muertos, mas por el contrario se le daba el título de casa de los vivos, para denotar que el alma inmortal vive aun después de la separacion del cuerpo; y se atribuye á los fariseos esta denominacion. (Basnage, lib. 7, cap. 24).

<sup>22</sup> Pág. 181. — Véase Fleuri, costumbres de los Israelitas. — Leon de Módena, costumbres religiosas de los judíos. — Basnage, lib. 7. — Correspondencia de Oriente, tom. 5.

<sup>23</sup> Pág. 181. — Recitábase el salmo XLIX. Véase Leon, pág. 18. — Lightfoot in Joh., pág. 1072.

<sup>24</sup> Pág. 182. — Basnage, lib. 7, pág. 182.

<sup>20</sup> Pág. 182. — Según el Padre Crociani santa Ana y san Joaquín murieron á poca distancia el uno del otro.

<sup>21</sup> Pág. 182. — Algunos historiadores religiosos afirman que la santa Virgen asistió á la muerte de su madre: lo que por otra parte es enteramente conforme á las costumbres de los hebreos.

<sup>22</sup> Pág. 183. — Este uso es muy antiguo, porque Filon refiriendo los lamentos de Jacob por la muerte imprevista de su hijo, le hace decir que no tendrá el consuelo de cerrarle los ojos y de darle el último beso. — Los hijos de los hebreos recibían las bendiciones de sus padres, cerraban sus párpados y les acompañaban al campo del reposo, para reunirlos á los huesos de sus abuelos. (Historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo, t. 2, p. 298).

<sup>23</sup> Pág. 183. — Descoñures, Vida de la santa Virgen, pág. 27.

---

## **LIBRO VII.**

---

### **MATRIMONIO DE LA VÍRGEN.**

---

Sea que Joaquin en su lecho de muerte hubiese puesto á la Virgen bajo la proteccion especial del sacerdocio, sea que los magistrados que cuidaban de los huérfanos le hubiesen nombrado tutores en la poderosa familia de Aaron á la que ella pertenecía por parte de madre, sea que la tutela de los niños dedicados al servicio del templo correspondiese de derecho á los levitas, parece cierto que después de la muerte de los piadosos autores de sus días Maria tuvo tutores de linaje sacerdotal. Si nos fuese permitido aventurar una conjetura, diríamos ser verosímil que los cuidados de esa tutela fueron particularmente confiados al piadoso esposo de Elizabet, cuya alta reputacion de virtud y su titulo de cercano pariente pare-

cian designarle para ese cargo protector. La diligencia que puso la santa Virgen en atravesar dos ó tres años mas tarde toda la Judea para ir á ofrecer sus felicitaciones á la madre de san Juan Bautista y su prolongada permanencia en las montañas de Hebron, parecen en efecto indicar unas relaciones mas intimas que las del simple parentesco. El techo que abrigó á Maria durante una visita tan larga no podia ser, segun las reglas observadas con rigor entre los hebreos, sino un techo tan sagrado como el paternal.

Sean cuales fuesen los sacerdotes á quienes se confió la tutela de la bienaventurada hija de Ana la santa, ellos cumplieron exactamente las obligaciones que les imponia ese cargo; y cuando la Virgen hubo llegado á los quince años, pensaron en darle un esposo digno de la misma. Este proyecto de himeneo llenó á Maria de una turbacion extremada; esa alma tan elevada, tan pura, tan contemplativa habia adivinado el Evangelio, y la virginidad le parecia el estado mas perfecto, mas santo y mas glorioso que una mujer pudiese abrazar. Un autor muy an-

tiguo citado por san Gregorio Niceno refiere que ella se resistió por largo tiempo y con mucha modestia al enlace que se le intimaba, y que suplicó humildemente á su familia el que consintiera que continuase en el templo una vida inocente, oculta y libre de todos lazos, excepto los del Señor. Su petición sorprendió en gran manera á todos los que disponían de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia era la esterilidad, es decir, el oprobio, estado maldecido por la ley de Moisés \*; era el celibato, es decir, la extincion total del nombre de su padre, idea casi impia entre los judíos que miraban como una insigne desgracia que su nombre no se perpetuase en Israel. En cuanto al voto de virginidad que encadenaba su vida, ella no podia apoyarse en el mismo, porque este voto no consentido quedaba nulo por la sola voluntad del consejo de familia. La mujer en todas las épocas de su vida era tratada siempre como menor hasta el establecimiento del Código inmortal que ha hecho del hombre libre, de la mujer y del esclavo un pueblo de hermanos.

Las instancias de la Virgen hallaron poca

simpatía aun entre los sacerdotes de Jehová, quienes no estaban á la altura de semejantes virtudes, y para esos hombres de ciencia y de penetración el alma santa y angelical de María era un libro cerrado con siete candados de bronce. Su pensamiento que se adelantaba á su siglo y chocaba con las antiguas preocupaciones de su nación quedó sin ser comprendido; y todo lo que ella pudo alegar para resistirse á aceptar un estado que contrariaba sus mas ardientes votos de nada le sirvió. Además, ¿cómo habria ella podido convencer, cuando el mismo Dios estaba en contra? Su matrimonio con un hombre justo que debia deponer sobre la pureza de su vida, sustraerla á las importunidades de los jóvenes hebreos que hubieran podido pretender su mano hasta en el templo \*, y protegerla, como tambien á su divino Hijo, en la hora de la adversidad, todo entraba en las miras secretas de la Providencia. Este era el único medio de ocultar el misterio de la Encarnación á las malévolas investigaciones de un mundo perverso que se hubiera prevalido del milagro para derramarse en conjeturas abominables

y que hubiera llevado tal vez el falso celo hasta á apedrear á la Madre del Mesías, como á una criatura deshonrada<sup>1</sup>; porque los hijos de los hebreos no contaron jamás la misericordia en el número de sus virtudes predilectas, y el mismo Dios les reprocha por la boca de sus Profetas *que tenían el corazón tan duro como el diamante*.

A estas razones poderosas, pero ocultas en la impenetrable noche de los consejos divinos, vino á añadirse otra tomada de la fuente de las tradiciones antediluvianas y del orgullo nacional que por sí sola hubiera dejado poca esperanza de buen éxito á la humilde oposición de la Virgen. La castidad perpetua, que los cristianos consideran como la reina de las virtudes, era casi un contrasentido entre los discípulos de Moisés que vivían desde tantos siglos en la ansiosa expectación del *rey Mesías*. Una tierna flor del tronco de Jesé, una hija de David no tenía libertad de sustraerse al yugo del himeneo; ella debía un hijo á la piedad ambiciosa de su familia que no hubiera renunciado por todos los tesoros del gran Rey á la esperanza de contar un día en el número

de los suyos al Libertador de Israel. Esta esperanza, que habia sostenido á los judíos cuando el Asirio los trasplantó á las orillas del Eufrates, se habia convertido en vivos deseos de venganza desde que los romanos dominaban en Asia. Los hebreos esperaban ver pronto el día en que las águilas huirian á la vista del estandarte de color de esmeralda \*, y en que la enseña de los Macabeos \* ondearía encima de la del Senado de Roma. Jamás habia aparecido tan cercano el cumplimiento de los oráculos mesiánicos, y el momento no era favorable para obtener la gracia que Maria imploraba.

Los tutores de la santa Virgen sin tener en cuenta sus repugnancias y solicitudes convocaron una reunion de sus inmediatos parientes, todos del linaje de David y de la tribu de Juda como ella \*, á fin de proceder á la eleccion del esposo que pretendia dársele. Entre los que podian aspirar á su mano hallábanse una multitud de jóvenes, unos hermosos y valientes, otros poseedores de feraces campos, de viñedos, ganados y bosques enteros de olivos. Los capitanes de Israel hubieran añadido al dote de Ma-



ria una parte de los despojos y esclavos tomados en los combates; los mas ricos de la tribu la hubieran cubierto de telas de la India bordadas de oro y de púrpura de Tiro dos veces teñida, mientras que los hijos del comercio, que traficaban en esmeraldas de Egipto, en turquesas de Iran y en perlas del golfo Pérsico, hubieran puesto á sus piés cadenas de piedras preciosas, manillas de mucho coste y pendientes de un valor igual al rescate de un principe; en fin, todas las magnificas y brillantes insignias de la servidumbre del sexo débil. Pero esos ilustres partidos fueron pesados en la balanza y encontrados ligeros. Despreciando las ventajas de la juventud, de la alta clase, de la fortuna y de la gloria de las armas, los sacerdotes tutores de Maria y los ancianos de su familia fijaron su eleccion en un hombre pobre, de edad avanzada <sup>1</sup>, un hombre del pueblo que habia vivido siempre sin esposa <sup>2</sup>, y que ganaba el pan con el sudor de su rostro, José, el carpintero de Nazareth.

Cuando se reflexiona acerca la rara her-

medura de María, la educacion que recibió en el templo, las grandes alianzas de su familia, su calidad de heredera que la constituía, entre los judíos que dotaban á sus mujeres y casi nada recibían de ellas <sup>19</sup>, un partido envidiable y hasta brillante, nos admiraría esta decision de familia, si los Santos Padres no nos enseñasen que José fue elegido por medio de la suerte y la manifestacion expresa de la voluntad divina <sup>20</sup>. Una tradicion antigua referida por san Gerónimo y conservada en la historia del monte Carmelo relata que los pretendientes después de haber orado á *aquel que preside á las suertes* depusieron por la noche en el templo su varilla de almendra, y que al día siguiente el ramo muerto y seco de José, hijo de Jacob, hijo de Mathan se encontró verde y florido como aquella que en otro tiempo proporcionó el sacerdocio á los Aarónidas. La misma historia pretende que á la vista de ese prodigio que destruía sus esperanzas, un joven de alto linaje, pariente de las mas poderosas familias de Judea y poseedor de una grande fortuna rompió su vara con todas

las señales de desesperacion y corrió á encerrarse en una de las grutas del Carmelo con los discípulos de Elias <sup>12</sup>.

Cuando la eleccion de los tutores fue decidida, la manifestaron á Maria, y esta jóven admirable, acostumbrada á elegantes trabajos, criada en medio de los perfumes, de cánticos melodiosos y de las magnificencias encantadoras de la Casa santa no vaciló en consagrarse á una vida oscura, á ocupaciones vulgares y á penosos trabajos con el humilde y viejo artesano que le presentaban sus parientes. Una inspiracion divina, segun se dice, le habia hecho conocer que este hombre justo no seria para ella mas que un protector, que un padre, que un guarda de su castidad <sup>13</sup>; ¿qué queria mas? el Señor la habia oído; permitiéndola el quedar fiel á los votos que habia hecho, le concedia como por añadidura el mérito de la obediencia.

El matrimonio proyectado entre José y Maria debió causar alguna sorpresa en Nazareth y en Jerusalem, porque habia poca analogia entre la edad, la fortuna y la condicion de los futuros Consortes. Se enga-

ganaría sin embargo el que creyese que esta union que parece de todo punto desproporcionada fuese mirada por la sociedad judia, acostumbrada á los hábitos sencillos y primitivos, como un casamiento designal. Sin ocupar en el Estado un puesto distinguido la profesion de artesano no era baja ni degradante en Israel <sup>15</sup>. Obsérvase en la genealogia de la tribu de Judá una familia de trabajadores de lino fino y otra de alfareros, cuya memoria es honrada; la Escritura ha hecho pasar á la posteridad los nombres de Beseléel y de Hiram, y se sabe que san Pablo educado en el estudio de las leyes y el famoso doctor Hillel se aplicaban á las artes mecánicas de la especie menos brillante, de lo que no se avergonzaban. Hay mas: todo israelita era artesano, porque cada padre de familias por alta que fuese su posicion social estaba obligado á hacer enseñar á su hijo un oficio mecánico, á menos, decia la ley, *que no quiera hacer de él un ladrón* <sup>16</sup>.

Los judíos, cuyo patrimonio estaba empeñado en manos extrañas, no tenian otra alternativa, mientras esperaban la grande época que habia de restablecer las fortunas,

que la de expatriarse ó de vivir pobremente con el trabajo de sus manos en medio de las montañas de su nacimiento. Aquellos, á quienes el amor de la patria inducía á tomar este último partido, no perdían de su dignidad y permanecían aptos á todos los empleos. Israel no tenía castas como el Egipto y la India; todo su orgullo se fundaba en su creencia religiosa y en su descendencia de los Patriarcas. « Haberse salido de Abraham » según la carne (dice el águila de Meaux) « era una distinción que naturalmente elevaba sobre todo lo demás. » En efecto, el último de los hebreos se reputaba por un príncipe en comparación de los extranjeros <sup>14</sup>.

Existían sin embargo entre los judíos, como entre los árabes, unas tribus mas ilustres y familias mas nobles las unas que las otras; la tribu de Judá que llevaba el estandarte nacional á la cabeza de los millares de Israel el día de las batallas, y de la que no debía salir el cetro hasta la venida del Mesías, había siempre tenido la preeminencia, y la familia de David era la primera y la mas honrada entre las familias de Judá. José,

pues, aunque pobre, era de linaje de David; la sangre de veinte reyes circulaba en sus venas, y Zorobabel uno de sus abuelos fue el que condujo al pueblo de Israel desde el país del destierro. Después de este tiempo la brillantez de su casa se fué gradualmente oscureciendo; su familia se confundió en el pueblo, como la de Moisés y de Samuel; pero su ilustre origen era conocido. En nuestros días los últimos Abasidas que vegetan en el fondo del Hedjaz no son por esto menos respetados como descendientes de Aaron-al-Raschid, y ninguna familia de la Arabia creería degenerar uniéndose á ellos.

La santa Hija de Joaquin no perdía por lo tanto de sus fueros, en cuanto podemos concebirla, casándose con el *Carpintero*. Pero si se considera de un punto de vista mas elevado esta union que desde luego parece tan poco adecuada, descúbrese que fue efectivamente un noble enlace. Dios no dió por esposo á la Virgen amada del cielo un hombre, cuyo mérito consistiese únicamente en sus campos, en sus viñedos y en sus sietos de oro, cosas que mudan frecuentemente de

dueño y que no están mas pegadas al rico que los vestidos de que por la noche se despoja; El le dió un hombre justo, la mas perfecta de sus obras. El Señor no se deja deslumbrar de los vanos fantasmas que arrastran al vulgo; á sus ojos todas las clases son iguales entre unas pobres criaturas que enlebrean un instante en el polvo para convertirse bien pronto en alimento de gusanos; *el hombre juzga por las apariencias, dice la Escritura, pero Jehová mira al corazón.* Si Dios escogió al humilde José para ser el esposo de la Reina de los Angeles y el padre adoptivo del Mesías, fue porque poseía unos tesoros de gracia y de santidad capaces de excitar la envidia de las celestiales Intelligencias; fue porque sus virtudes le habian hecho el primero de su nacion, y porque estaba colocado en mas alto lugar que César en el libro de la vida, esos anales heráldicos de la eternidad. La Virgen no fue confiada al mas poderoso, sino al mas digno; así el arca á que no osaban acercarse los principes y los valientes de Israel por el temor de ser heridos de muerte atraia las bendiciones del cielo sobre la casa de un

simple levita, cuyo pobre techo la abrigó.

Los desposorios de Maria se celebraron con una sencillez digna de los antiguos tiempos. José en presencia de los tutores y de algunos testigos le presentó una pequeña pieza de plata ó un anillo de oro liso, diciéndola: « Si tú consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda. » Maria aceptando el anillo quedó solemnemente comprometida, y solo una sentencia de divorcio podía desde entonces restituirle la libertad. Los escribas extendieron el contrato en términos breves y descargado de meras fórmulas <sup>17</sup>. El esposo prometía honrar á su mujer y proveerla de alimento y vestidos segun la costumbre de los maridos hebreos, y le señalaba un dote de 200 zoxes (50 escudos), dote igual para la hija de un príncipe y para la de un labrador, pero á la que era libre añadir alguna cosa á proporcion de sus bienes. Una corta bendicion en alabanza de Dios que ha instituido el matrimonio terminó la ceremonia; esta bendicion fue dada por uno de los tutores que representaba al padre de la esposa. El matrimonio, que aun no habia sido elevado por nuestro Señor á



la dignidad de *sacramento*, era entre los hebreos un acto puramente civil.

Transcurrieron algunos meses, según la costumbre, entre la ceremonia de los esponsales y la union definitiva; los parientes y los amigos de los dos esposos emplearon ese tiempo en disponerle todo para solemnizarla con brillantez. En el Oriente los matrimonios se han celebrado siempre con grande magnificencia; pero entre los hebreos que no tenían otras fiestas que las religiosas, ni conocían los combates del circo, ni las corridas de carros, ni los juegos públicos, ni las naumáquias, ni las representaciones teatrales, las solemnidades del matrimonio eran un espectáculo dado á la ciudad entera y esperado con impaciencia. Así, cuando los Profetas inspirados pintaban la desolacion de Judá, mostraban de lejos la bandera de la esclavitud ondeando sobre la mas elevada torre de Sion: «Jerusalén (exclamaban) tus calles serán silenciosas como el desierto y mudas como la servidumbre; el sonido de las flautas y de las arpas no resonará ya mas en tu devastado recinto, y el Señor hará cesar

*« los cánticos de alegría de los nuevos esposos. »*

El Evangelio hace tambien con frecuencia alusion á las fiestas nupciales que Jesucristo no ha reprobado en ninguna parte, y que santificó con su presencia.

Las bodas de la santa Virgen fueron celebradas en Jerusalem, y las personas mas calificadas de su familia se hicieron un deber de comparecer en ellas con aquel esplendor que no pertenece mas que al Oriente y que á nosotros nos parece del dominio de la magia. No convidar á todos sus parientes en una ocasion tan solemne hubiera sido hacerles un notorio agravio, ni la excusa de una pobreza absoluta habria sido admitida, porque en tal caso los demás parientes se hubieran encargado del gasto.

Aunque la santa union de José y de María nada tuviese que recordara los vanos placeres del mundo y las alegrías del siglo; aunque los dos castos esposos conociesen mejor que nadie toda su vanidad, debieron conformarse al uso y someterse por respeto á las antiguas costumbres de sus abuelos, á aquella pompa de un instante que iba á

atravesar su vida, así como un relampago atraviesa la nube.

En un hermoso día de invierno <sup>18</sup>, en el momento en que la luna nueva subía lentamente por detrás de las montañas <sup>19</sup>, vieron dirigirse hacia la habitación de Maria una larga hilera de mujeres ricamente adornadas; las antorchas de abeto resinoso que llevaban en sus manos una multitud de esclavos, hacían brillar sus cintos de oro, sus redecillas de perlas; los arcos de pedrería que adornaban sus frentes y los diamantes de sus tiaras al estilo de Persia <sup>20</sup>. Esas hijas de Sion habían conservado el uso del afeite que ya se conocía en el tiempo de Jezabel: sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la extremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosál silvestre <sup>21</sup>. Habiendo entrado en el aposento interior en que permanecía la tierna y santa Desposada en compañía de algunas piadosas matronas de su parentela, bendijeron á Dios que le daba un protector en la persona de un esposo, y la felicitaron por su matrimonio, de cuyas satisfacciones venían á participar.

María recibió sus parabienes con una humildad graciosa y una dignidad sencilla que encantaron á la reunion, porque ella poseía en supremo grado (dice san Ambrosio) el sentimiento de la oportunidad y usaba en el trato de una cortesía propia de una hija de reyes. Su traje de boda, que no podemos describir mas que de un modo conjetural, debia ser elegante y sencillo, porque ella poseía el gusto de lo bello en todas las cosas, y nadie comprendió mejor el decoro de su sexo y de su posicion. María tuvo presente en esta ocasion solemne que era la desposada con José y la hija de David; y evitando el afectar en su compostura un desaliño que hubiera disgustado á su familia y pareciéndole una falta de atencion, supo conciliar lo que debia al mundo con lo que exigía la humilde fortuna de su esposo. Su túnica semejante á la de las vírgenes de Judá en los dias festivos era probablemente de púrpura de Tiro. En memoria de los tiempos antiguos y de las costumbres patriarcales de sus mayores llevaba como Rebeca pendientes y brazaletes de oro, regalo modesto é indispensable que debió José enviar

algunos días antes de la ceremonia <sup>18</sup>, y al que los hebreos ricos añadían collares de perlas y magníficos aderezos de diamantes. En lugar de la corona de oro almenada <sup>19</sup> que llevaban las esposas de las clases opulentas, veíase colocada sobre los cabellos rubios y rizados <sup>20</sup> de la Reina de las vírgenes una sencilla guirnalda de mirto; en la primavera se le hubieran añadido rosas <sup>21</sup>; un velo de Sidón bordado de oro ó plata cubría toda su figura, y ondeaba como una nube á su alrededor <sup>22</sup>.

Un palio de una estola preciosa aguardaba fuera de la casa á la esposa futura; llevábanle cuatro jóvenes israelitas <sup>23</sup>. Maria debió colocarse en el entre dos matronas, de las cuales la una estaba á su derecha representando á santa Ana, y la otra era tal vez aquella Maria de Cleofás que su valerosa amistad condujo hasta sobre el Calvario, y que algunas veces fue considerada como hermana de Maria; tan grande era el afecto que la profesaba <sup>24</sup>. En seguida marchaba al sonido de las arpas, de las flautas y de los tambores que marcaban el compás, todo el séquito nupcial agitando en se-

ñal de alegría ramos de mirto y de palmera. El esposo con la cabeza adornaada de una corona extraña, transparente como el cristal y particular á su pueblo <sup>23</sup>, iba delante seguido de una multitud de amigos, cuyo gozo se manifestaba ya por medio de cánticos, ya por el de danzas, ya por gritos agudos y prolongados, que un viajero moderno que ha encontrado todavía esos usos en la Siria, compará á las voces estrepitosas que lanzan los segadores y vendimiadores en las colinas de Francia durante las cosechas. Las mujeres de Israel agrupadas al tránsito de los esposos arrojaban palmas bajo sus piés, y de vez en cuando detenian la Desposada para derramar sobre sus vestidos esencia de rosa <sup>24</sup>. Maria tambien debia tener su día de triunfo en Jerusalem.

Llegados á la casa nupcial, los amigos del esposo y las compañeras de la esposa exclamaron en coro:  *bendito sea el que viene!* José cubierto de su *talud* y Maria de su velo se sentaron bajo el palio al lado el uno del otro, y el esposo puso un anillo en el dedo de su compañera: *He aquí, le dijo, tó eva mi mujer segun el rito de Moises y de Israel.*

Quitóse el *taled* y cubrió con él á su esposa á fin de imitar lo que pasó en el matrimonio de Ruth, quien dijo á Booz: *Extiende un lienzo de tu capa sobre tu sirvienta* <sup>21</sup>. Un cercano pariente derramó vino en una copa, lo gustó y dio á gustar á los dos esposos bendiciendo á Dios de haber criado al hombre y á la mujer y establecido el matrimonio. Entonces arrojaron un puñado de trigo, simbolo de abundancia, y un niño rompió la copa <sup>22</sup>.

Toda la reunion que rodeaba á los esposos con hachas bendijo al Señor y pasó á la sala del festín. José y Maria se levantaron tambien; pero antes de seguir á sus convidados hubo entre ellos en presencia del cielo y de los astros que ensalzan la gloria del Altísimo algunas palabras secretamente pronunciadas <sup>23</sup>. *Tú serás como mi madre*, dijo el Patriarca á la santa Virgen, y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová. Desde entonces no fueron mas á los ojos de la ley religiosa que hermano y hermana en el matrimonio, aunque su union permaneciese íntegramente <sup>24</sup>.

Las fiestas duraron siete dias como en el

tiempo de los Patriarcas. Concluida la semana de las bodas José y María acompañados de una multitud de parientes, que formaban á su alrededor una brillante cabalgata, volvieron á tomar el camino de la Galilea. La pequeña caravana se puso en marcha al sonido de los címbalos; y no se deshizo hasta cerca de la fuente de Anathot<sup>20</sup>, en que los de Jerusalem se despidieron de los esposos con llanto en los ojos, bendiciones en la boca y una mano puesta solemnemente sobre el corazon. Los de Nazareth prosiguieron su viaje atravesando las montañas de la Samaria, en que el águila desde lo alto de su nido los miraba pasar sin cuidarse de su presencia. Sichem se ofreció en seguida á la vista de los viajeros con sus arboledas siempre verdes, sus corrientes líquidas y sus majestuosos edificios como fluctuando en medio de las enramadas. Dejaron luego atrás el monte Garizim con los costados rojizos, en donde se observaban las ruinas del templo cismático, rival vergonzoso de la Casa santa, que Juan Ircam entregó á las vengadoras llamas: después las altas cumbres del monte Hebal, y en so-



guida Sebaste que elevaba sus nuevos palacios bajo la égida de Augusto, y que Herodes se complacia servilmente en embellecer como á único altar en que pudiese sacrificar al genio de Roma.

Hacia la mitad del segundo día de marcha se divisó el monte Thabor que dibujaba su verde cabeza sobre el cielo de color de plata claro de la Galilea, y mas allá las altas cimas del Líbano que ocultaban en las nubes sus nieves y sus cedros. Desde las faldas arboladas del Hermon en que las ca-bras pacían los renuevos de los arbustos se bajó á una llanura deliciosa que se extendía como un inmenso canastillo de flores entre colinas cubiertas de carrascas, de mirtos, de viñedos y de magníficos bosques de olivos. Campos de cebada, de trigo, de trébol y de doura en todo su verdor ondeaban blandamente á impulsos de una ventolina entibiada por las cercanías de una primavera mas temprana y caliente que la de nuestras regiones septentrionales. Una luz pura y dorada acariciaba esa tierra fértil en que se desplegaba una vegetacion vigorosa; y torrentes de aguas azuladas, que bien pres-

fo debía secar el verano, deslizábanse á manera de listones de plata en ese nuevo Eden: veíanse asomar aquí y allí bajo las elevadas columnatas de palmeras opulentas poblaciones, y mas allá de distancia en distancia sobre la cresta escarpada de una roca un castillo solitario, cuyos soldados, nacionales aun y encargados de una misión protectora, no median sus sables forjados en Damasco sino con los handoleros nocturnos ó con los árabes del desierto. Ese valle rebosante en frescura y enclavado entre los sombríos bordes de altas montañas era el valle de Esdrelon, á la extremidad del cual aparecía una pequeña ciudad pintorescamente situada sobre el reverso de una colina, y que brillaba como una flor en medio de las aldeas inmediatas: esa ciudad risueña y linda era Nazareth, la ciudad nativa de la Virgen, la cuna del *Cristo* ».

Sin duda María no pudo volver á ver sin emocion el lugar en que abrió por primera vez los ojos á la luz, y cuyo recuerdo debilitado, pero no borrado, se habia reproducido en sus sueños. Ella lo habia dejado muy niña por las paredes espléndidas

del templo, y volvía allí hermosa jóven, perfecta y virgen á la vuelta como á la partida.

Los viajeros descendieron á la casa de santa Ana, habitacion antigua y misteriosa, cavada en parte en la roca, como las grutas proféticas de los antiguos tiempos <sup>27</sup>, y que bien pronto debía ser mas santa que el templo de Jerusalem, y la casa misma de Jehová: las mujeres de Nazareth saludaron con sus bendiciones la llegada de la jóven esposa que se avanzaba casta y velada como la Rebeca de Isaac; y María en medio de las felicitaciones de aquellas que la vieron nacer penetró en la pacífica habitacion paterna que parecia aun impregnada del buen olor de las virtudes de Ana y de Joaquin.

---

## NOTAS AL LIBRO VII.

<sup>27</sup> Pág. 190. — Los judíos, como tambien Celso, Porfirio y Fausto, han tomado pretexto de ese parentesco para sostener que la Virgen era de la tribu de Leví. Los doctores católicos combaten esta opinion y defienden que María era de la tribu de Judá y de la familia de David. En efecto, san Mateo nos

enseña que Jesucristo es llamado hijo de David según la carne; luego no podía ser hijo de David sino por María, pues que no tenía padre entre los hombres. Cuando se pregunta cómo es posible que María siendo de la tribu de Judá sea prima de Elisabet que era de la tribu de Leví, san Agustín responde que nada tiene de imposible el que un hombre de la tribu de Judá haya tomado mujer en la de Leví, y que la santa Virgen salida de ese matrimonio fuese parienta de Elisabet por el lado de su madre. Consta por otra parte que la prohibición de casarse con otra tribu no alcanzaba sino á las huérfanas herederas de los bienes paternos.

\* Pág. 191. — Orígenes observa que la ley imprimía en la esterilidad un sello de maldición, pues que está escrito: *El que no dejará descendencia en Israel sea maldito.*

\* Pág. 192. — San Agustín, *De sancta Virg.*, cap. 4.

\* Pág. 193. — Véase san Juan Crisóstomo, sermón 3, y el P. de Lizzy, *Vida de Jesucristo*, tom. 1, pág. 12.

\* Pág. 194. — El estandarte de Judá era verde. (Don Calmet).

\* Pág. 194. — ¿Quién de entre los dioses es semejante á ti, ó Eteron; mi camocha *baekin Jehová?*

\* Pág. 194. — Toda joven heredera de una propiedad, y no las jóvenes en general, como dice la Vulgata, estaba obligada á casarse con un hombre de su familia y de su tribu, y no con su mas cercana pariente, según ha dicho Montesquieu, á fin de que los patrimonios no pasasen de una tribu á otra.

\* Pág. 194. — San Epifanio atribuye ochenta años á José en la época de su desposorio y el Padre Pez-

ren carnal. La primera suposición no puede sostenerse, y está además en oposición con la ley de los hebreos, que prohibe la unión de un joven con un viejo en los términos mas vergonzosos. — Véase Basnage, tom. 2, lib. 7, y la historia de las instituciones de Moisés. — Ni los pontífices ni san José hubieran querido hacer una cosa tan enérgicamente reprobada por la ley. La opinión, pues, del Padre Pesson ofrece mayor verosimilitud \*.

\* Pag. 193. — Muchos Padres han creído que san José era viudo cuando se casó con la santa Virgen. El próto evangelio de Santiago y el evangelio del nacimiento de la Virgen aseguran que era viudo; san Epifanio dice que había tenido cuatro hijos y dos hijas; san Hipólito de Tebas apellida en primera mujer Salomé; Orígenes, Eusebio, san Ambrosio y otros muchos Padres han seguido la misma opinión. Esta sin embargo es la menos recibida, y se cree comúnmente que san José vivió en la virginidad. Así lo opina san Gerónimo, quien dice expresamente escribiendo contra Helvidio: « En ninguna parte se lee que haya tenido otra mujer que María: *admiramur cum lapsus non scribitur*. » San Agustín deja la cuestión indecisa; pero san Pedro Damiano afirma que toda la Iglesia cree que san José, que pasaba por el padre del Salvador, ha sido virgen como María.

+ Nunca hemos podido persuadirnos que la santa Familia, la familia modelo, sobre la que debían reinar todas las familias del mundo, fuese constituida con un matrimonio tan desigual, con el de un hombre de cincuenta años con una niña de 13 á 16. Tendría san José sobre 7 á 8 años más que María, que solo con su gran virtud podía.

(Nota de los editores.).

<sup>80</sup> Pág. 196.—En el momento del contrato la mujer no recibia de sus padres sino las cosas necesarias á su ulorno personal. El marido era quien aportaba el dote. (Instit. de Moisés, tom. 2, cap. 1).

<sup>81</sup> Pág. 196.—San Gerónimo in Dam. lib. 4, capítulo 5.—Greg. N., hom. de s. Nat.—Niceph., libro 2, cap. 7.

<sup>82</sup> Pág. 197.—Este joven que se llamaba, segun se dice, Agabus, se hizo célebre posteriormente por su santidad y se volvió cristiano. (Hist. del Car. cap. 12).

<sup>83</sup> Pág. 197.—Descostures, Vida de la santa Virgen, pág. 49.—Vida de Jesucristo por el Padre Valverde, tom. 1, pág. 72.

<sup>84</sup> Pág. 198.—Los artesanos disfrutaban todavía en la Judca de esta consideracion. En Palestina y en Siria, dice Burkardt, las corporaciones de artesanos son casi tan respetadas como lo fueron en la edad media en Francia y en Alemania. Un maestro artesano es igual en cuanto á la clase y consideracion á un comerciante de segunda clase; puede tomar una mujer en las familias respetables de la ciudad, y tiene comunmente mayor influencia en su barrio que un comerciante cuya fortuna sea triple de la suya. (Viaje á Arabia, tom. 2, pág. 139).

<sup>85</sup> Pág. 198.—Los turcos han adoptado esta ley tan prudente; entre ellos los mismos sultanes están obligados á aprender un oficio.

<sup>86</sup> Pág. 199.—Por mas que hayan perdido su nacionalidad, los judios no han perdido esta opinion que todavía conservan.

<sup>87</sup> Pág. 202.—Hé aqui el modelo literal de los contratos de matrimonio hebreos que suhe á los tiempos mas remotos, y del que tuvieron que servirse

precisamente José y María: En el año.... el día.... del mes de.... Benjamín, hijo de.... ha dicho á Raquel, hija de.... sé mi esposa según la ley de Moisés y de Israel. Yo prometo honrarte y proveer á tu mantenimiento y á tus vestidos según la costumbre de los maridos hebreos que honran á sus mujeres y las mantienen como conviene. Yo doy desde luego.... (la suma prescrita por la ley) y te prometo, á más de los alimentos, los vestidos y todo lo que te será necesario, la amistad conyugal, cosa común á todos los pueblos del mundo. Raquel ha consentido en ser la esposa de Benjamín, quien de su voluntad, para formar una viudedad conforme á sus propios bienes, añade á la suma anteriormente indicada la de.... (Instit. de Moisés).

<sup>10</sup> Pág. 205.—A la mitad del siglo décimosexto la Iglesia permitió solemnizar esta fiesta: se celebra el 23 de enero, día en que se pretende que tuvieron lugar los desposorios de María y José. La ciudad de Arras la celebra el 23 de enero y algunas iglesias de Flandes el 24 del mismo mes.

<sup>11</sup> Pág. 203.—No se escogía indiferentemente cualquiera día para celebrar los matrimonios israelitas; se esperaba de ordinario el tiempo de luna nueva, y el miércoles con preferencia á los otros días de la semana.

<sup>12</sup> Pág. 201.—Véase Isaías, cap. 3.—No se tiene en Europa una idea del lujo que en semejante ocasión se despliega en Oriente, dice Mr. de Geramb en su peregrinación á Jerusalem; el vestido nupcial de casi todas las mujeres es de terciopelo encarnado bordado de oro, al que añaden otros adornos de diamantes, perlas finas, etc. Mr. de Lamartine quedó

igualmente admirado de los trajes espléndidos y de la profusion de piedras preciosas que ostentan las mujeres de Siria en las bodas de una de sus compatriotas.—Esta magnificencia existía en el mas alto grado sin duda en tiempo de Maria, y á ella alude san Juan en su Apocalipsis: *Y yo Juan vi descender del cielo la Ciudad santa, la nueva Jerusalem que venia de Dios adornada como una esposa que se ha puesto sus mas ricos vestidos para comparecer delante de su esposo.* (Cap. XXI, 2).

<sup>91</sup> Pág. 202.—La extremidad de los dedos de las mujeres de Siria está ordinariamente teñida de rojo con el henné.

<sup>92</sup> Pág. 207.—Los cristianos de Damasco han conservado esta costumbre. Algunos dias antes de la fiesta nupcial el desposado remite á la novia un par de brazaletes de oro ó de diamantes segun la fortuna del futuro esposo, una pieza de tela bordada de oro y 166 piestras para los gastos del baño y de la comida de las bodas. (Corresp. de Orient. carta 147).

<sup>93</sup> Pág. 207.—La corona de la esposa era comunmente de oro y hecha en forma de torre como la de Cibeles; esas coronas venian ordinariamente de Persia; y fueron abolidas durante el sitio de Jerusalem por Tito en señal de luto. Algunos doctores permiten todavia por indulgencia las coronas de mirto y de rosas que llevaban las jóvenes desposadas del pueblo. (Bosnage, lib. 7, cap. 21.—Mischna, Tit. Sotah, cap. 8, sec. 4).

<sup>94</sup> Pág. 207.—Entre los hebreos nada habia ni aun en el adorno de las mujeres, que no estuviese sometido al imperio de la tradicion. Se buscaban peñideras para rizar el pelo de las novias por la razon,



decían gratuitamente los rabíes, de que el mismo Jehová ordenó en barics los cabellos de Eva cuando la unió á Adán en el paraíso. (Barnage, cap. 21, pág. 393).

<sup>11</sup> Pág. 207. — Véase Barnage.

<sup>12</sup> Pág. 207. — Estos velos nupciales bordados de oro ó de plata están todavía en uso en toda la Siria.

<sup>13</sup> Pág. 207. — El nudo nupcial de esta pompa nupcial que se remonta á los tiempos mas remotos se encuentra todavía en Egipto. Niebuhr describe así un matrimonio egipcio: « La desposada cubierta desde la cabeza á los pies marcha entre dos mujeres que la conducen bajo un palio llevado por cuatro hombres. Precédela muchos esclavos, algunos de los cuales tocan el tamboril; otros llevan « quitamoscas », otros derraman sobre ella aguas de color. Siguenla muchas mujeres y músicos montados sobre asnos: la marcha se hace de noche, y algunos esclavos la alumbran con antorchas. » (Viaje á la Arabia, tom. 1).

<sup>14</sup> Pág. 207. — Según Mr. Peignot historiador concienzudo que ha hecho sobre este punto numerosas investigaciones, esta santa mujer era la esposa de Cleofás hermano de san José, y por consiguiente cuñada de la Virgen. (Véanse investigaciones históricas sobre las personas de Jesucristo y Maria, pág. 219).

<sup>15</sup> Pág. 208. — Esta corona que encerraba, según dicen algunos autores judíos, una lección misteriosa estaba compuesta de sal y de azufre. La sal era transparente como el cristal, y se trababan en ella con el azufre varias figuras. (A Codex M. S. apud Wagenseil in Miran. — Mischna tit. Sétoth, cap. 9, s. 14).

<sup>20</sup> Pág. 208. — Esta costumbre fue tomada del Egipto como muchas otras.

<sup>21</sup> Pág. 209. — Véase Bextori.

<sup>22</sup> Pág. 209. — Basnage, lib. 7, cap. 21. — Instit. de Moisés, lib. 7, cap. 1, pág. 336.

<sup>23</sup> Pág. 209. — Santo Tomás opina que inmediatamente después de la celebración de su matrimonio fue cuando José y María hicieron de común acuerdo voto de virginidad.

<sup>24</sup> Pág. 209. — Este voto de continencia en el matrimonio, que ha sugerido tantos impíos sarcasmos á los filósofos volterrianos, no era una cosa inaudita entre los hebreos; era solamente un voto dictado por el entusiasmo y la cólera, mientras que el de los dos santos esposos lo fue por la piedad. Si un marido decía á su mujer: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar mas de sus derechos de esposo, y aun mayor razón cuando había hecho intervenir en este voto el altar de Jehová, el templo ó el sacrificio. Las mujeres hacían lo mismo algunas veces; y aunque esos votos fuesen poco aprobados, porque regularmente provenían de excesos y maldiciones, no por eso después de hechos se estaba menos obligado á cumplirlos religiosamente. (Basnage, capítulo 19, pág. 332. — Leon de Módena, cap. 4).

<sup>25</sup> Pág. 210. — Todos los parientes escoltaban á caballo á la desposada hasta la casa de su esposo, cuando este no habitaba á mucha distancia del lugar de la fiesta, y este uso subsiste aun entre los árabes. Nosotros hemos hecho separar la caravana nupcial en Anathot, pequeña ciudad á cinco leguas de Jerusalem, porque es el primer lugar de alta.

<sup>26</sup> Pág. 212. — Los filósofos del siglo último se

han esmerado mucho en desprestigiar la Palestina; la impresión que han hecho dura todavía, y el estado de pobreza y de despoblación de este país, que respira apenas bajo el yugo de los musulmanes, les ha hecho triunfar con frecuencia á los ojos de los lectores superficiales. Sin embargo no es dudoso que, á excepción de las cercanías de Jerusalén, cuya esterilidad nadie ha negado, se encuentra en este país y sobre todo en la parte que pertenecía en otro tiempo á los cananeos la tierra de promisión de Moisés. Vamos á dar dos descripciones de la Galilea escritas á diez y ocho siglos de distancia en prueba de esa proposición. « La Galilea, dice Flavio Josefo, se divide en alta y baja, la una y la otra muy fértil; el terreno es á la vez pingüe y ligero, abundante en pastos, propio á toda especie de producciones y lleno de árboles de toda clase: véase sobre todo grandes plantíos de viñedos y olivares y está regado por los torrentes que caen de las montañas y por un gran número de fuentes y arroyos que surten de agua continuamente, y que suplen la de los ríos cuando los disipan los calores del verano. La bondad del suelo es tal que convida al trabajo á los hombres menos laboriosos: por tanto todo está cultivado, y no se ve terreno alguno sin producir. Sus habitantes son robustos y guerreros; las ciudades y pueblos muchos y tan poblados, que el menor puede contar hasta quince mil almas. » (Josefo de Bello jud., lib. 3, cap. 2). « Si se quisiese dar una idea del aspecto de la Galilea, dice á su vez un viajero moderno, no sería la Francia quien ofrecería la semejanza, sino el Agro romano; al rededor de Nazareth como al rededor de Roma se ve en todo

« la misma luz, la misma configuración del terreno,  
 « la naturaleza es sencilla como el Evangelio. La  
 « Galilea es un cuadro en miniatura de la Tierra San-  
 « eta, y cuando se la ha visto bajo todos los aspectos  
 « del día y de la noche, se comprende lo que fue en  
 « el tiempo de Jesucristo. Para un artista la Galilea es  
 « un Eden; nada le falta, ni los accidentes del terreno  
 « de la Judea, ni las soledades luminosas de la Pa-  
 « lestina, ni la verdosa fecundidad de la Samaria.  
 « El Garizim y el monte de los Olivos no son mas sit-  
 « blimes que el Hermon y el Thabor, ni las playas  
 « azuladas de Ascalon mas sofocantes que las riberas  
 « perfumadas del lago de Tiberiades, en que el aire  
 « desaparece bajo la luz. El suelo galileo ofrece por  
 « todas partes monumentos de la historia y milia-  
 « res de pisadas de héroes y el sello de un Dios, y  
 « reconoce al contemplar la Galilea desde las alturas  
 « del Thabor que ella fue el país que habitó el Hom-  
 « bre-Dios... en tanto grado los recuerdos religio-  
 « sos y las maravillas de la tierra y del cielo se tuer-  
 « cían á lo infinito. » ( Véase correspond. de Orient.,  
 tom. 3 ).

<sup>22</sup> Pág. 213. — Hallanse todavía en Nazareth algu-  
 nas ruinas semejantes á la de san José; es decir, pe-  
 queñas, poco elevadas y teniendo comunicacion con  
 una gruta practicada en el costado de la montaña.  
 ( Véase De Gerardo ).

---

## LIBRO VIII.

---

### LA ANUNCIACION.

---

Fácil es imaginarse la existencia dulce y bendita que pasaron los dos esposos durante los primeros meses de su casta union; la paz de Dios reinaba en su humilde morada, y partian su vida entre el trabajo y la oracion que, santificándolo, lo hacia menos pesado. Segun una antigua costumbre que subsiste aun entre los árabes y en una gran parte del Oriente, José ejercia su profesion en un local distinto del en que vivia la Virgen \*. Su taller, en que trabajó el mismo Jesucristo, era un cuarto bajo de 10 á 12 pies de ancho y otros tantos de largo; un banco de piedra existia fuera de la casa para descansar el pasajero o viajante, á quien libraba de los rayos abrasadores del sol una especie de tendal hecho con ho-

jas de palmera \*. Allí el laborioso artesano construía arados, yugos y carros de labranza. Algunas veces hacia levantar á su vista las cabañas del valle; algunas veces su brazo todavía robusto derribaba los altos sicomoros, y los negros terebintos del monte Carmelo \*. El salario que recibía por tantas fatigas era cosa poca, y este poco lo partía con los pobres.

Por su parte su dulce y santa compañera no estaba ociosa; dotada de un espíritu ilustrado, juicioso y prudente, sin echar á menos lo pasado ni ilusionarse por lo venidero, viendo el mundo tal como es, y su situación en su verdadero estado, conformóse á ella sin esfuerzo y quiso cumplir con escrupulosa exactitud sus sagradas obligaciones. Desde el momento en que tomó posesión de la casa de su madre, se revistió de la pobreza como de un traje de honor enviado de parte de Dios, y fue lo que debía ser en la condición oscura á que la había hecho descender la Providencia, una joven y sencilla mujer del pueblo. Todos los brillantes y ligeros trabajos pertenecientes á la vida cortesana fueron olvidados y sustituidos por

los cuidados fatigosos y las ocupaciones monótonas de una familia pobre, en que la ama de casa no tiene esclavos ni criados.

Las delicadas manos de María acostumbradas á labrar tejidos de seda tejieron con hojas de palma ó cañas arrancadas de la orilla del Jordán la estera que cubria el área agreste de su habitación; su huso se cargó de un lino mas grosero; ella tuvo que moler con sus manos el grano de trigo, de cebada y otros \*, con los que amasaba en tortas redondas y delgadas la tosta y amarillenta harina. Cubierta de su blanco velo y con un antiguo cántaro sobre la cabeza \* iba por agua á una fuente poco distante \* á semejanza de las mujeres de los Patriarcas, ó á lavar sus azuladas túnicas en la corriente del arroyo, como las princesas de Homero. Jesucristo, testigo de las ocupaciones laboriosas de esta noble mujer, ha hecho algunas veces alusion á ellas en sus parábolas, y los sencillos trabajos de María están conservados en el tejido evangélico, así como una flor marina en el ámbar.

Vése en él efectivamente la mujer diligente poniendo la levadura en tres medidas

de harina <sup>7</sup>, barriendo con cuidado su habitación para encontrar una cosa perdida <sup>8</sup>, y recomponiendo económicamente sus pobres vestiduras <sup>9</sup>. Cuando Jesús busca un símil para recomendar la pureza del corazón, lo toma en el recuerdo de la pobreza de aquella, que limpia cuidadosamente *el interior y el exterior del vaso* <sup>10</sup>, y se colige que piensa en María cuando alaba la ofrenda de la viuda, *que no da del sobrante, sino de su indigencia*: así el cantor de Chio nos representa la justicia bajo los rasgos de su madre, pobre mujer del pueblo, pesando exactamente la lana que va á hilar para alimentarse ella y su hijo, y conservándose honrada y justa hácia el rico, en medio de la mas profunda miseria.

Al acercarse la noche <sup>11</sup> cuando los pájaros buscan un albergue bajo la enramada de los árboles, María colocaba encima de una mesa limpia y reluciente, obra de las manos de José, los pequeños panes de cebada u otros granos, los sabrosos dátiles, los lacticinios, las frutas y legumbres secas que constituían la frugal comida del descendiente de los príncipes de Israel. Esas



viandas sencillamente aderezadas componían el fondo del alimento de los antiguos hebreos; raza frugal que en tiempo de necesidad sabía contentarse con pan y agua <sup>10</sup>; en cuanto á la Virgen vivía con tan poco que algunos autores antiguos, amigos de lo prodigioso, han creído que era alimentada por los Angeles.

Cuando José fatigado de los trabajos del día volvía al ponerse el sol á entrar en su pequeño cuarto bajo, encontraba allí á su joven compañera que se apresuraba á presentarle una tras otra el agua tibia que le había preparado para lavarse los piés, y la fría y limpia de la fuente en un vaso puro de todo contacto inmundo <sup>11</sup> para las abluciones anteriores á la comida. Ese hombre grave y sencillo con su hermosa figura patriarcal en que no respiraba el fuego de las pasiones, esa tierna y angelical mujer toda solícita en servirle con el celo de una hija querida formaban un grupo digno de la edad de oro <sup>12</sup>.

Des meses hacia <sup>13</sup> que esos castos esposos pasaban tan dulce vida, cuando llegó la hora que el Anciano de los días había

señalado en sus divinos decretos para la encarnacion de su Cristo. El ángel Gabriel fue enviado por Dios á Galilea y apareció á la Virgen santa en el momento en que con la cabeza inclinada hácia el punto del cielo en que se hallaba el templo ofrecia al Dios de Jacob su oracion de la tarde <sup>10</sup>. El Ángel que era uno de los siete que asisten á la diestra del Altísimo se humilló ante la Virgen sin mancha, y viéndola ya sobre el trono elevado desde el cual domina á los Santos y á las sustancias angélicas <sup>11</sup>: « Yo te saludo, llena de gracia (dijo inclinando su radiosa frente), el Señor es contigo, «tú eres bendita entre todas las mujeres.»

Maria experimentó una especie de temor al aspecto del brillante mensajero que le transmitia las órdenes del Eterno. Tal vez temió como Moisés ver á Dios y morir; tal vez, como lo ha pensado san Ambrosio, su pudor virginal se alarmó á la vista de ese hijo del cielo que se introducía á la manera de los rayos del sol en la celdita solitaria, en que ningun hombre habia penetrado; tal vez fue la actitud sumisa y el magnifico elogio del Ángel los que confundieron

su humildad. Sea de esto lo que fuere, el Evangelio refiere que Maria se turbó y procuró, aunque en vano, penetrar el objeto de tan asombrosa visita y el oculto sentido de tan misteriosa salutación.

El Ángel que conoció su turbación la dijo con dulzura: «No temas, Maria, porque «has hallado gracia delante de Dios; concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien «pondrás el nombre de Jesús; él será grande y será llamado el Hijo del Altísimo. «Dios le dará el trono de su padre David; «reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.» Maria cada vez mas sorprendida y no pudiendo conciliar el título de madre con el voto de virginidad perpetua que habia hecho en la casa del Señor, dijo sencillamente al Ángel: «¿Cómo se hará esto, pues yo no conozco «varon<sup>137</sup>?—El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, respondió Gabriel: «he aquí porque el fruto santo que de tí ha «de nacer será llamado el Hijo de Dios.» Entonces, según la costumbre de los mensajeros de Jehová, quiso darle una señal

que confirmase la verdad de sus palabras :  
 « Elisabeth tu prima ha concebido un hijo  
 « en su senectud , y este es el sexto mes del  
 « preñado de la que es reputada estéril , por-  
 « que nada hay imposible á Dios. »

Maria se anonadó rindiéndose á los de-  
 cretos divinos , y contestó al nuncio cele-  
 stial con la humildad mas profunda que hubo  
 jamás : « Hé aquí la esclava del Señor , há-  
 « gase en mi segun tu palabra. » A estas  
 voces desapareció el Angel , y el Verbo se  
 hizo carne para habitar entre nosotros <sup>23</sup>.  
 Asi fue como el ángel de luz trató de nues-  
 tra salvacion con la Eva segunda , y como  
 la culpa de la Eva pecadora , que habia tra-  
 mado nuestra pérdida con el ángel de las  
 tinieblas , fue gloriosamente reparada ; de  
 este modo una simple mortal fue elevada  
 á la dignidad sin igual de *Madre de Dios*,  
 y virgen y madre al mismo tiempo reunió  
 por un nuevo portentoso los dos estados mas  
 opuestos y mas sublimes de su sexo. « No  
 « pasemos mas adelante en este misterio (di-  
 « ce san Juan Crisóstomo) , y no inquiramos  
 « como el Espíritu Santo pudo obrar esta  
 « maravilla en la Virgen ; esa generacion

«divina es un abismo tan profundo que ninguna mirada curiosa puede sondear <sup>20</sup>. »

Hemos adoptado la opinion de los doctores y teólogos que sostienen que José era legalmente el esposo de Maria en el momento de la Encarnacion; sin embargo esta opinion está controvertida, y entre los autores que pretenden que Maria no era todavía la mujer sino tan solamente la desposada de José, encontramos en primera línea al mismo san Juan Crisóstomo <sup>21</sup>. Según este santo Padre Maria habitaba no obstante en la casa de san José cuando le apareció el Ángel. «Porque (dice este ilustre orador sagrado) era antigua costumbre hacer venir las prometidas á la casa de sus esposos: lo que todavía sucede algunas veces. Se ve que los yernos de Lot habitaban en casa de su suegro con sus futuras esposas <sup>22</sup>. »

A pesar de la veneracion profunda que inspira san Juan Crisóstomo, la Iglesia no ha seguido su opinion. La cita de los yernos de Lot, con que pretende apoyarla, está por otra parte mal escogida: la Escritura no dice que viviesen con Lot, y todo induce á

creer lo contrario, pues que el Patriarca se vió obligado á *salir de su casa* en un momento de turbacion y espanto, mientras que el motin mas horroroso se propagaba sordamente en la ciudad, á fin de avisar á sus *gernos futuros* para abandonar á Sodoma. Ann suponiendo que los jóvenes prometidos de las hijas de Lot hubiesen hecho parte de la familia de este Patriarca, cuyos rebaños cubrian los montes y los valles de una provincia entera; segun las costumbres de aquel tiempo esos jóvenes no hubieran sido á las orillas del Jordan, sino lo que Jacob fue mas tarde en Mesopotamia, á saber, activos y vigilantes criados *sufriendo en las llanuras el calor del día y helados por el viento de la noche* <sup>22</sup>. En ninguna parte se lee que tuviesen á sus prometidas dentro de sus tiendas; ellas vivian bajo la égida del Patriarca de quien eran aquellos los primeros pastores: nada hay en esto que esté en contradiccion con las costumbres de la antigua Asia.

Huérfana, aislada y viviendo bajo el techo de su prometido, la santa Virgen se hubiera hallado en una situacion del todo

excepcional. Una costumbre generalmente recibida entre los hebreos podría solamente autorizar semejante suposición, y nosotros no hallamos en su código mas que una ley expresa que á ello se opone <sup>14</sup>. San Juan Crisóstomo acorde en esto con los antiguos teólogos nos enseña que Dios cubrió largo tiempo con un espesa velo la maternidad divina de María á fin de salvarla de una sospecha humillante; y un Padre añade que Jesucristo prefirió pasar á los ojos de los hombres por hijo de José el *carpintero* que establecer la verdad de su encarnación en perjuicio del honor de su Madre: lo que es imposible conciliar con lo que no podía menos de suceder en la hipótesis de simples esposales. Si José y María no hubiesen sido mas que prometidos en el momento de la encarnación del Verbo, no hubieran sido otra cosa cuatro meses mas tarde, pues que el Evangelio nos enseña que María después de la anunciación *partió en toda diligencia* para ir á encontrar á santa Elisabet, y que solamente á su regreso del viaje de Hebron que habia durado tres meses, *fue reconocido su embarazo*, frase que indica una posición vi-

sible á todo el mundo. Luego, el matrimonio de Maria no se hubiera celebrado sino cuando su maternidad hubiera sido un hecho patente, reconocido e innegable. ¿Qué es lo que hubieran pensado las dos familias? ¿Que hubiera dicho todo Nazareth acudiendo á ver la ceremonia? ¿De que murmuraciones injuriosas no hubiera sido objeto la Virgen pura en un pueblo, en que el honor de las mujeres era una cosa tan sagrada que infaliblemente habria sido vengado con el último suplicio? El nacimiento del Mesias, ese nacimiento que debia ser puro como un rocío de la aurora, segun la poetica expresion de David, ¿no hubiera sido atrevido y manchado? Los judios y sobre todo los de Nazareth que se mostraron tan hostiles á Jesucristo y que le llamaban el *hijo del Carpintero*, ¿no le hubieran echado en cara la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fue seguramente porque no hallaron motivo por este lado.

He aqui sin duda las razones que han decidido á una porción de ilustres teólogos á opinar por el matrimonio, á pesar del apoyo que el partido contrario hallaba en las



palabras de san Mateo, palabras que parecen prestarse á diferente interpretacion, pero que sin embargo no ofrecen un sentido bastante preciso para cortar la dificultad <sup>23</sup>. Por fin la disputa no ha recaído jamás sobre el punto principal; esposa ó prometida, nadie, entre los cristianos, ha sostenido nunca que la Madre de Dios no fuese la mas pura y la mas santa de las virgenes, y hasta los mismos musulmanes lo reconocen <sup>24</sup>.

---

## NOTAS AL LIBRO VIII.

<sup>1</sup> Pág. 222. — Esta casa de san José está á ciento treinta ó ciento cuarenta poses de la de santa Ana, y se designa todavía el lugar bajo el nombre de *tienda de José*. Esta tienda habia sido transformada en una iglesia bastante espaciosa; los turcos han destruido una parte de ella, pero queda una capilla en que se celebra todos los dias el santo sacrificio de la misa. (Peregrinacion á Jerusalem por el R. P. de Geromb.).

<sup>2</sup> Pág. 224. — Estas tiendas existen aun del mismo modo en todo el Levante. (Véase Buschardt, *Viaje á la Arabia*, tom. 1.).

<sup>3</sup> Pág. 224. — San Justino Mártir (*Dialog. cum Tryphone*) refiere que Jesucristo ayudaba á su padre adoptivo á hacer yugos y arrieros. San Ambrosio

(en *Lut.* lib. 3, cap. 2), asegura que san José trabajaba en cortar y pulimentar los árboles, edificar casas y hacer otras obras de este género.

\* Pág. 221. — De estos molinos de mano los había en cada familia judía y árabe, y se muestra aun en la Meca en una hermosa casa, que pasa por haber sido la de Khadyje, una profundidad en la que se dice que Fatma apellidada la brillante, hija de Mahoma y esposa de Ali, daba vueltas á su molino de mano cuando tuvo edad de hacerlo. (Véase Burckhardt *Viaje á la Arabia*). — Las mujeres de los Scheiks árabes tienen todavía á su cargo esta penosa ocupación. Bajo el reinado de los hijos de Clodoveo santa Radegunda reina de Francia molía por sus manos á imitación de la santa Virgen toda el grano que consumía durante la cuaresma. (*Le Grand d'Auzi*, historia privada de los franceses).

\* Pág. 222. — Estas urnas son unos enormes vasos de tierra de una altura desmedida. Las nazarenas las llevan sobre la cabeza, y bajo un peso tan enorme, y algunas veces un niño bajo del brazo, marchan con una ligereza que asombra. (De Geramb, tom. 2, pág. 239).

\* Pág. 223. — Esta fuente es llamada en el país *frente de María*: la tradición refiere que la divina Madre de Jesús iba habitualmente á recoger allí el agua de que necesitaba; y para convencerse de que así debía ser hasta considerar que el agua es extremadamente rara en Nazareth. El camino que conduce á esta fuente, en que la piadosa madre de Constantino había hecho construir unos hermosos pilones y receptáculos, está circuido de nopales y otros árboles frutales. (De Geramb, lugar citado).

<sup>7</sup> Pág. 226. — San Lucas, cap. xiii, 21; y san Mateo, cap. xiii, 31.

<sup>8</sup> Pág. 226. — San Lucas, cap. v, 36.

<sup>9</sup> Pág. 226. — San Lucas, cap. xv, 8.

<sup>10</sup> Pág. 229. — San Lucas, cap. xiv, 39, y san Mateo, cap. xiii, 35.

<sup>11</sup> Pág. 226. — Las gentes atareadas comían despaes de haber trabajado y bastante tarde. (Costumbres de los israelitas). — La principal comida de José y María se haría hacia las seis horas de la tarde como la francesa.

<sup>12</sup> Pág. 227. — Véase Fleuri, costumbres de los israelitas, pág. 61.

<sup>13</sup> Pág. 227. — Entre los judíos había que tomar una multitud de precauciones relativas á la pureza de los vasos con que se recogía el agua y en los cuales se preparaba la comida; no solamente se precautaba que no hubiesen pertenecido á personas extrañas, si que tambien se llevaban los escrúpulos mucho mas lejos, porque mil circunstancias los hacían inmundos. (Véase Mischna, *ordo puritatum*).

<sup>14</sup> Pág. 227. — *Non dedignabar parare et ministrare que erant necessaria Joseph*, hace decir á la Virgen un autor antiguo; y esto está en perfecta conformidad con los usos todavía existentes.

<sup>15</sup> Pág. 227. — El P. Grisset, ejercicios de piedad, tom. 1.<sup>o</sup>, pág. 68.

<sup>16</sup> Pág. 228. — Los pueblos orientales se vuelven hacia cierto punto del cielo cuando oran, lo que se llama el *shéla*. Los judíos se vuelven hacia el templo de Jerusalem; los mahometanos hacia la Meca; los sabaes hacia el mediodía y los magos hacia el oriente.

<sup>17</sup> Pág. 228. — Créese comunmente que la visita del Angel tuvo lugar á la caída del día.

<sup>18</sup> Pág. 229. — Calvino, ese orgulloso herejía que hacia quemar á Servet al mismo tiempo que predicaba la tolerancia y que desacreditaba las costumbres del clero católico bajo el peso de una sentencia que declaraba las suyas infames, se ha atrevido á calumniar á la Virgen tomando pretexto de esa respuesta para acusarla de incredulidad. San Agustín y san Teofilacto le habian respondido mucho tiempo antes. La Virgen no duda, dicen estos grandes Doctores; ella solamente desea instruirse del modo con que va á obrarse el milagro. San Juan Crisóstomo añade que esta pregunta es el efecto de una profunda y respetuosa admiración y no de una vana curiosidad.

<sup>19</sup> Pág. 230. — Este misterio se cumplió el día 25 de marzo un viernes por la tarde, según el Padre Drexelius.

<sup>20</sup> Pág. 231. — San Juan Crisóstomo, sermon 4.

<sup>21</sup> Pág. 231. — Mr. Descoutures ha colocado indebidamente á san Juan Crisóstomo en las filas opuestas; dicho escritor generalmente juicioso lo ha citado probablemente por referencia.

<sup>22</sup> Pág. 231. — San Juan Crisóstomo, sermon 4.

<sup>23</sup> Pág. 232. — Génesis, cap. xxi, 40.

<sup>24</sup> Pág. 233. — Mischna, tom. 3 de *Sponsalibus*. — Barabara, Maimónides, Surensi. Selden Uxor hebraica.

<sup>25</sup> Pág. 233. — El versículo que ha dividido á los doctores es este: *Christi autem generatio sic erat: cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph, antequam convenirent inventa est in utero habens de*

*Spiritus Sancto*. Las que se detienen en la fuerza de las palabras dicen que la Virgen no era mas que desposada ó prometida, porque el verbo griego que traduce la expresion hebrea de san Mateo quiere decir *desponsáeri*, estar prometido, y que hay otro término para significar el estar casado, así como se halla entre los latinos *desponsáeri* y *nubere*; de manera que san José no había aun conducido á su casa la santa Virgen, lo que ellos prueban por aquel pasaje del versículo 30: *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est*, que explican así: Tomad sin temor á María por vuestra esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido por obra del Espíritu Santo. Pero para traducir así sería preciso que dijese: *in conjugem tuam*. El partido contrario que se halla sostenido por Padres de la Iglesia, intérpretes respetables y casi todas las lenguas se usa para combatir á sus antagonistas del segundo capítulo de san Lucas; pues que no obstante que la Virgen estaba ya casada con san José, el Evangelista emplea un término griego que significa *estar prometido*, y dice: *ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnantem*, á fin de que se declarase con su mujer que era su desposada y estaba en cinta; y en el versículo 19 del cap. 1 de san Mateo san José es llamado *vir ejus* su marido, y no su desposado. Cuando san Mateo llama á la Virgen *sponsa desponsada*, aunque fuese ya esposa, esto no es decir que no hubiese todavía contraído matrimonio, sino solamente para mostrar, segun lo observan sus santos Padres, que ella no tenía relaciones mas intimas con su marido que si no hubiese sido mas que su desposada ó prometida.

<sup>32</sup> Pág. 938.—La puerza de la santa Virgen ha sido de tal manera reconocida por los musulmanes que Abou-Ishac embajador del Califa en la corte del emperador de los griegos, hallándose en una conferencia con el patriarca y muchos obispos sobre puntos de religión, los obispos en el calor de la disputa echaron en cara á los musulmanes muchas cosas que en otro tiempo profirieron estos mismos contra Aischad esposa y viuda de su profeta, lo que había causado disturbios y divisiones entre ellos. Abou-Ishac les respondió muy discretamente que no debia extrañarse tales diferencias, pues que entre los cristianos habían sido tan distintas las opiniones en orden á la gloriosa María madre de Jesús, que puede llamarse la mina y la fuente de toda puerza. (D'Herbelot, bibliot. orient., tom. 2, pag. 636).

---

---

## LIBRO IX.

---

### LA VISITACION.

---

Instruida María por el Ángel de la milagrosa preñez de Elisabet resolvió ir á ofrecer sus tiernas felicitaciones á su venerable parienta. No fue esto, como se han atrevido á decir algunos herejes, porque la Virgen quisiese cerciorarse con sus ojos de la realidad de un suceso que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; ella sabía que nada es imposible á Dios, y por otra parte no podía suponer que un Enviado del cielo le trajese de parte del Altísimo palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura: partió con toda diligencia, porque la caridad, según dice san Ambrosio, no admite dilaciones ni retardos, y además porque buena y benévola, como lo fue toda su vida, le tardaba el ir á llevar á unos pa-

rientes, cuya proteccion habia cubierto su infancia y que largo tiempo la habian considerado como á su propia hija, un poco de aquella santificacion y gracias celestiales que brotaban en su alma como inagotables fuentes de aguas vivas, desde que llevaba en su casto seno al Criador del universo.

Con aprobacion de san José, cuya alma sencilla pero elevada era unisona con la suya y que no tenia con ella mas que un corazon y una voluntad, Maria partió de Nazareth en la estacion de las rosas, y se dirigió hácia las montañas de Judea, en que Zacarias el Aaronita tenia su habitacion. La Escritura, que olvida los detalles y toma los sucesos por su cumbre, no dice si la Virgen fue acompañada durante este viaje, de lo que han sacado algunos autores que lo hizo sola, lo que es contrario á toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain <sup>1</sup> es de cinco dias de marcha; es preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá. Á mas, el pais está erizado de montañas, cortado por tor-



rentes y sembrado de desiertos \*. Los caminos que los romanos repararon en lo sucesivo, hundidos entonces bajo las pesadas plantas de los camellos y cubiertos de piedras resbaladizas amenazaban á cada paso al viajante con una caída fatal. Cuando venia la noche, era preciso dormir en algún parador de caravanas en que no habia otra cosa que un pequeño recinto desprovisto de viveres y amueblado con una simple estera de juncos \*, porque la hospitalidad primitiva habia marcado con sucesivas menguas las diferentes fases de la civilización entonces adelantada en los hebreos. En semejante estado de cosas ¿es presumible que un hombre lleno de días y de experiencia como José hubiese expuesto por antojo á una mujer joven, hermosa, delicada, criada lejos del mundo y confiada como la inocencia á los peligros é incomodidades de toda especie que ofrecia un viaje solitario? Esta asercion es opuesta á la historia del pueblo de Dios y á las costumbres del Asia \*; jamás una mujer judia se hubiese aventurado sin una escolta respetable á semejante distancia de su casa.

Si san José, como lo opina el Padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la Madre de Dios se reuniese á algunas de sus parientas que la piedad llamaba á la ciudad santa con sus esposos ó criados, y que desde allí prosiguiese el camino bajo una escolta segura. Así la encontramos viajando siempre en medio de los suyos, sea que vaya á Jerusalem á las grandes solemnidades, sea que siga las predicaciones de Jesús con las santas mujeres en un período mucho mas adelantado de su vida; hasta al Calvario no fué sola.

Llegada María á la ciudad sacerdotal en que vivia la familia del Levita, se hizo acompañar á la casa de Zacarias sin tomar el tiempo de descansar. Elisabet informada por una de sus sirvientas de la visita de María vino á su encuentro con grandes demostraciones de gozo.

Viéndola venir inclinóse la tierna Virgen, y poniendo la mano sobre su corazón: *la paz sea contigo*, dijo apresurándose á ser la primera en saludarla \*. Elisabet retrocedió un paso: la expresion animada y amistosa de su fisonomía habia dado lugar

á un profundo respeto; sus facciones se fueron iluminando por grados; observábase que pasaba en ella alguna cosa desacomunada y portentosa. La simple fórmula de urbanidad que la Virgen pronunció en voz baja y suave habia conmovido á su parienta. De repente el espíritu profético descendió sobre Elisabet y la hizo exclamar: «*Tú eres bendita entre todas las mujeres y el fruto de tu vientre es bendito: ¿y de dónde me viene* (añadió) *la felicidad de que la Madre de mi Señor venga á mí? porque luego que tu voz ha llegado á mis oídos, cuando me has saludado, mi hijo ha saltado de alegría en mis entrañas, y tú eres dichosa por haber creído, porque lo que te se ha dicho de parte del Señor será cumplido.*»

La respuesta de Maria fue la sublime improvisación del *Magnificat*, el primer cántico del nuevo Testamento y el mas hermoso de las santas Escrituras.

«*Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se transporta de gozo en Dios mi Salvador.*

«*Porque ha atraído á la humildad de*

«su esclava; en adelante será llamada bien-aventurada en toda la serie de los siglos.

«Porque ha hecho en mí grandes cosas  
«Aquel que es omnipotente, y cuyo nombre es santo.

«Su misericordia se extiende de edad en edad sobre los que le temen.

«Ha desplegado la fuerza de su brazo, y  
«ha disipado á los que se llenaban de orgullo en medio de su corazón.

«Ha arrojado á los grandes de su trono  
«y ha ensalzado á los humildes.

«Ha llenado de bienes á los que estaban  
«hambrientos, y ha empobrecido á los que  
«estaban ricos.

«Se ha acordado de su misericordia y ha  
«protegido á Israel su servidor.

«Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á su linaje para siempre.»

Así fue como la Virgen vió de un golpe por medio de una luz sobrenatural esas antiguas profecías y su perfecto cumplimiento; mil veces mas ilustrada ella sola y mas privilegiada que todos los Profetas juntos.  
«En esta célebre entrevista y en esta con-

«versacion admirable (dice san Ambrosio)  
«Maria y Elisabet profetizaron ambas por  
«la virtud del Espíritu Santo de que esta-  
«ban llenas y por el mérito de sus hijos.»

La Virgen permaneció tres meses en el país de los hetheos, y pasó esta larga visita á corta distancia de la ciudad de Ain, en el fondo de un sembrío y fértil valle en que Zacarías tenía su casa de campo \*. Allí fue donde la hija de David, profetisa también, y dotada de un genio igual al del ilustre jefe de su familia pudo contemplar á satisfacción el cielo estrellado, los bosques sonoros y el vasto mar que desplegaba al horizonte sus olas agitadas ó apacibles sobre las resonantes playas de la Siria. Al aspecto de esa naturaleza tan completa en sus pormenores, tan hábilmente armonizada en su conjunto, en que todo es maravilloso desde el tejido de la flor y el ala del insecto hasta esos mundos errantes que brillan en el inmenso espacio para disipar el horror y las tinieblas de las noches, la admiración profunda de la Virgen hacía las obras magnificas del Criador llegaba á veces hasta desahacerla en lágrimas.

¡Cuán grande es, pensaba la Hija de los Profetas, cuán grande es Aquel que da sus órdenes á la estrella de la mañana, que señala á la aurora el punto del cielo en que debe aparecer, que manda al trueno, y á quien el rayo sumiso dice al presentarse: héme aquí! ¡Cuán grande es! pero su bondad es igual á su poder. El es quien ha puesto la cordura en el corazon del hombre y dado el instinto á los brutos animales: El es quien provee á las necesidades incesantes de todas sus criaturas, quien da calor bajo la arena al huevo del avestruz, y vela sobre el behemoth cuando se duerme en medio de un cañaveral á la sombra de los sauces del torrente; quien prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos ponen sus gritos en el cielo y van errantes y hambrientos por el campo. Entonces á imitacion del Salmista la santa Virgen convidaba á toda la naturaleza á bendecir con ella al Criador.

En sus excursiones al través de las montañas Aquella á quien piadosos autores han dado el dulce nombre de *Margarita de la tierra* se complacia en contemplar esas sen-

cillas flores del campo, á las cuales la compara Salomon en su misterioso cántico. Un día (dicen los doctores de la Persia que nos han conservado esta tradicion) la gloriosa Virgen Maria puso su mano sobre el tallo de una flor que los árabes llaman *orthemita*, y el contacto de su mano virginal comunicó inmediatamente á la planta una suave fragancia que desde entonces ha conservado \*. La tradicion de los cristianos de Oriente designa tambien una fuente, hácia la cual dirigia algunas veces sus pasos la Madre de Jesús por gustarle mucho su eco plañidero y las aguas saltadoras. Esta fuente, llamada *ayphtha* en el tiempo de Josué, lleva ahora el nombre de *Maria* \*.

Detrás de la elegante *casa de campo* del Pontífice hebreo se extendia uno de esos jardines llamados *paraíso* entre los persas, y cuya disposicion habian tomado los cautivos de Israel del pueblo de Ciro y de Semíramis. Campeaban en él los mas bellos árboles de la Palestina, y amenizaban su sombra las mazorecas de flores arrojadas casualmente entre los claros del mismo, el dulce olor de los naranjos, y los arroyos

de agua que serpenteaban bajo los ramos pendientes de los sauces. Allí era donde los tiernos cuidados de María hacían olvidar con frecuencia á Elisabet sus temores sobre un suceso, cuya esperanza la colmaba de gozo, pero que su edad avanzada podía hacer funesto para ella. ¡Cuán religiosa y grave debía ser la conversacion de esas santas mujeres! La una jóven, sencilla é ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Señor, la otra cargada de años y enriquecida con una larga experiencia de las cosas de la vida; profundamente piadosas entrambas y objeto de las complacencias de Jehová; la una llevando en su seno por largo tiempo estéril á un hijo que debía ser *profeta y mas que profeta*, y la otra á la semilla bendita del Altísimo, el Jefe y Libertador de Israel.

En las hermosas noches del verano, cuando el pálido resplandor de la luna alumbraba las florestas, colocábase bajo una coposa higuera ó los verdes pámpanos de un anejo parral la comida de la opulenta familia: el corderillo alimentado con la yerba aromática de las montañas, el cuarto del ca-



hrito, el pescado cogido por los pescadores sidonienses, el panal de miel silvestre sacada del hueco de la vieja encina; en segoida traíanse en cestas diestramente construidas con hojas de palmera los dátiles de Jericó que figuraban en la misma mesa del César, los albaricoques de Armenia, los alfonsigos de Alepo y las sandias de Egipto. El vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo del príncipe de los sacerdotes guardaba en culas de piedra <sup>10</sup>, circulaba en ricos vasos que iban llenando los criados con alegres rostros. Maria frugal así en el seno de la abundancia como en el de la mediana se contentaba con algunas frutas, un poco de lacticiños y una taza de agua sacada de la fuente de *nephthoa*. Su templanza no era una virtud de circunstancias, sino un hábito de elección <sup>11</sup>.

Algunos autores para realzar la humildad de Maria, que no necesita de que nadie venga en su apoyo, han pretendido que ella ejercía al lado de Elisabet las funciones de criada y casi de esclava.

Esta es una pura inconsecuencia. Elisa-

bet no hubiera permitido nunca que una mujer, á quien ella misma habia proclamado la Madre de su Señor y á quien habia altamente exaltado sobre todas las hijas de Sion, se humillase así en su presencia. A la santa esposa de Zacarias no debían faltar esclavos ni criados: por confesion de los cristianos y de los árabes esa familia era distinguida, y el nacimiento ilustre de san Juan Bautista oscureció en cierto modo el de Jesucristo, nacido de padres mucho menos notables, y viviendo pobremente la vida ordinaria del pueblo <sup>13</sup>.

Los cuidados que la amable y dulce Virgen prodigaba á Elisabet nada tenían de penoso ni de servil: eran tan solo aquellas atenciones oficiosas y delicadas que hubiera tenido con su misma madre, si el cielo se la hubiese conservado; y frecuentemente sin duda ella creyó rever los autores de sus dias en la pareja afectuosa y venerable que la amaba paternalmente, y le demostraba desde la primera entrevista en que sus grandezas se revelaron de un modo tan prodigioso, un sentimiento de admiracion

mezclado de respeto que María se esforzaba humildemente en desviar, pero que disipar no podía.

Zacarías, que había dudado hasta de la palabra de un ángel, no dudó un solo instante de la pureza sin mancha de María; y, si fuese preciso dar crédito á una tradición del Oriente adoptada por graves doctores<sup>12</sup>, habría defendido algún tiempo después en el templo de Jerusalem la virginidad fecunda de María y sellado con su sangre este ajuatoso testimonio.

Fácil es comprender (dicen los Santos Padres) cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre la familia sacerdotal que tan tiernamente la había acogido. Si el Señor bendijo á Obbedon y á todo lo que le rodeaba hasta el punto de inspirar celos á un rey por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la Alianza ¿qué gracias de lo alto no debieron atraer sobre Zacarías y todos los suyos los tres meses de permanencia de Aquella, de quien el arca de la antigua ley era únicamente la figura por santa y respetable que fuese? La pureza con que vivió siempre san Juan (dice san Am-

brozio) fue un efecto de la unción y gracia derramadas en su alma por la presencia de la Virgen.

No se sabe de un modo preciso si la Madre de Dios asistió al parto de Elisabet. Orígenes, san Ambrosio y otros graves autores así antiguos como recientes se declaran por la afirmativa, y esta opinión es la mas verosímil, porque hubiera sido muy extraordinario que María después de haber pasado tan largo espacio de tiempo en casa de su parienta la dejase bruscamente en la hora del peligro y sin algun motivo razonable que justificase una marcha tan intempestiva como precipitada.

Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y san Ambrosio se apoyan principalmente en el pasaje de san Lucas que no habla del parto de Elisabet, sino después de haber regresado la Virgen á Galilea. Nos ha parecido que esto valia el trabajo de reflexionarlo bien: hemos por eso examinado escrupulosamente el Evangelio de ese Santo: su exámen minucioso nos ha convencido, salvo error, de que dicha razon no es concluyente, por-

que san Lucas tiene el método de hacer esa especie de transposiciones, de lo que podemos citar otros dos ejemplos del mismo género. Después de haber seguido la predicacion de san Juan Bautista y anunciado su prision, san Lucas habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, cuya prioridad á la prision y muerte del Precursor no es dudosa. Refiriendo la adoracion de los pastores, san Lucas se extiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su viaje á la gruta de Belen y del asombro que esa narracion causó; después de lo que, volviendo sin transicion á la escena suspendida de la adoracion de los pastores, habla de su marcha del establo de Belen. Hé aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de san Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista.

À mas del pasaje de san Lucas aléganse razones de decoro para motivar la ausencia de Maria. Dicese que las virgenes se ausentaban de esta especie de fiestas, lo que es muy regular; pero Maria á los ojos de sus parientes era casada, y lo que es mas, en cinta. Su virginidad era un secreto soyo, y

no podia entonces servirle de excusa. Con poca razon tambien, segun nuestro concepto, se trae en cuenta los hábitos retirados y solitarios de la Virgen para concluir de aqui que la sola proximidad de las fiestas que se celebraron por el nacimiento del Precursor de Jesucristo la puso en fuga como á una tierna paloma espantada; Maria pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de conveniencia que le atribuyen los Santos Padres: debió permanecer bajo el techo del Pontífice hasta que Elisabet estuviese fuera de peligro, y en seguida huyendo de la admiracion que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea después de haber abrazado y bendecido al nuevo Elias <sup>15</sup>.

Un autor religioso observa que la bienaventurada Hija de Joaquin habia ido *en toda diligencia* á visitar á su prima, pero que se volvió *lentamente*: tal vez como el pájaro de los mares tenia el presentimiento de las borrascas.

## NOTAS AL LIBRO IX.

<sup>1</sup> Pág. 242. — Zacarías habitaba en Ain ó Aen á dos leguas al sur de Jecusalea; y santa Elena hizo fabricar una iglesia en el lugar en que estuvo la casa.

<sup>2</sup> Pág. 242. — Aunque la Judea estuvo mucho más poblada que en la actualidad, quedaban sin embargo algunos distritos en tal manera áridos, que no permitian cultivo alguno: el Evangelio hace mención de desiertos por enterados de las ciudades, en que Jesucristo iba á orar.

<sup>3</sup> Pág. 243. — No existen mesones en ningún punto de la Siria ni de la Palestina, según dice Mr. de Volney, pero las ciudades y la mayor parte de los pueblos tienen un grande edificio llamado *Kerem-saray* que sirve de asilo á todos los viajeros: esos hospedajes situados siempre fuera de las poblaciones se componen de cuatro alas al rededor de un patio cuadrado que sirve de parque, pero allí no hay ni víveres ni muebles.

<sup>4</sup> Pág. 243. — Nadie viaja solo en Siria, y si solamente en tropas ó caravanas; es preciso aguardar que muchos viajeros quieran ir á un mismo punto: estas precauciones son necesarias en un país abierto á los árabes como la Siria y la Palestina. (Volney, Viaje á la Siria.).

<sup>5</sup> Pág. 244. — Esta salutación que Cristo empleó con frecuencia se usa todavía en todo el Oriente.

<sup>6</sup> Pág. 247. — Esta casa de campo estaba á una corta distancia de Ain en el fondo de un valle agradable y fértil que sirve ahora de jardín al pueblo de san Juan. Habíase construido en este paraje en los

ner de la Visitacion una iglesia, que en la actualidad no es mas que un monton de ruinas. (Viajes de Jesucristo, pág. 4).

<sup>7</sup> Pág. 240. — Esta es la planta que nosotros llamamos el *cyclamen odorifero*, ó sea, pan parrino. (D'Herbelot, Bibliot. orient., tom. 2).

<sup>8</sup> Pág. 240. — De esta fuente mana tan grande abundancia de agua como que riega y fecunda todo el valle. La tradicion refiere que Maria iba á ella algunas veces, y esta fuente que llevaba el nombre de Nephthas en tiempo de Josué lleva hoy el de *fuenta de la Virgen*.

<sup>9</sup> Pág. 240. — Los hebreos comian gustosos en los jardines bajo los árboles y emparados, porque es natural en los países cálidos buscar el aire y el fresco. (Fleuri, Costumbres de los israelitas, pág. 101).

<sup>10</sup> Pág. 251. — Los judíos establecidos en Yemen se sirven todavía de estas jarras. (Niebuhr, Viaje á la Arabia).

<sup>11</sup> Pág. 251. — Su abstinencia no parecia un ayuno, porque era mas bien una costumbre de no hacer uso de alimentos, si así puede decirse. (El Padre Valverde, Vida de Jesucristo, tom. 1, pág. 60).

<sup>12</sup> Pág. 252. — Zacarias descendia de Abdias, padre de la octava familia sacerdotal. Esas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habían fijado en Persia después del cautiverio. Elisabet descendia de Aarón y de David. (Valverde, Vida de Jesucristo, tom. 1, pág. 63). — Los judíos ponian á san Juan Bautista muy superior á Jesucristo, porque habia pasado su vida en el desierto y era hijo de un gran sacerdote. Jesucristo por el contrario nacido de una pobre mujer les parecia un hombre común. (Crisóstomo, sobre san Mateo, sermón 12).



— Los musulmanes han conservado una grande idea de san Juan Bautista, á quien llaman *Jahia ben Zakaria*, Juan hijo de Zacarias. Saadi en su *Gulistan* hace mención del sepulcro de san Juan Bautista venerado en el templo de Damasco; en él hacía sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinación. El califa Abdal Malek quiso comprar esta iglesia á los cristianos; pero habiendo rubricado estos la cantidad de cuatro mil dinares ó doblas de oro que les había ofrecido, se apoderó de la misma. (V. Herbelot, *Bibliot. orient.*, tom. 2).

<sup>14</sup> Pág. 233.—Esta tradición que se presenta apoyada con los nombres de Orígenes, san Basilio, san Gregorio Niceno y san Cirilo, refiere que habiéndose Maria, después de haber parido al Salvador, colocado en el templo al lado de las vírgenes, quisieron los sacerdotes sacarla de allí, pero que Zacarias se opuso fuertemente, sosteniendo que ella era siempre virgen, por cuyo motivo le mataron los sacerdotes.—Por impotentes que sean estos testimonios debemos convenir en que el hecho nos parece dudoso, y tenemos por mas verosímil que Zacarias padre de san Juan Bautista ha sido confundido con otro Zacarias hijo de Baranias muerto, como refiere el Evangelio, entre el templo y el altar. Sin embargo, los árabes han conservado dicha tradición, y añaden que Zacarias fue colocado en el tronco de un viejo terebinto y partido en dos junta con el árbol. (Véase V. Herbelot, tom. 2).

<sup>15</sup> Pág. 224.—El P. Valverde sigue igualmente la opinión de que la santa Virgen se dejó á sus parientes aún después de haber abrazado y bendecido al precursor del Mesías.

---

## LIBRO X.

---

### LA VIRGEN-MADRE.

---

De vuelta á Nazareth María entró otra vez sin esfuerzo en la vida del pueblo, y emprendió nuevamente las humildes ocupaciones que había tenido que suspender en la esfera mas elevada que acababa de dejar. Ella volvió á ser la joven casera, activa y diligente, que hallaba tiempo para la oración, tiempo para la lectura de los libros santos, cuya conversacion toda estaba en el cielo, y que parecia haberse aplicado aquellas hermosas y prudentes palabras del Salmista: «Todo el honor de la hija de un príncipe consiste en el interior de su casa.» Sin embargo ella iba adelantando en su preñado virginal, y José empezaba á volverse melancólico. Una incertidumbre aguda, una perplejidad dolorosa atravesaban el alma recta y grande del Pa-

triarca. Al principio no dió crédito á sus ojos, y tuvo por mejor el dudar del testimonio de sus sentidos que de la pureza de una esposa que le habia siempre parecido un prodigio de candor y de santidad. Preguntábase si era posible que una mujer tan reservada, tan honesta y tan fervorosa, una mujer cuya hermosura no revelaba sino pensamientos dignos, y cuyas acciones las mas sencillas estaban marcadas con el sello del cielo, hubiese faltado al honor y manchado el nombre y la vida del hombre que la habia recibido bajo su techo como á una cosa santa. Esto era imposible; era una sugestion del infierno, y José desechaba esta idea como una blasfemia.

Pero el estado de María se hacia cada dia mas patente: *ella fue reconocida preñada* (dice el Evangelio), lo que significa que todo Nazareth lo advirtió, y que los parientes de José ignorando el casto lazo que unia á las dos esposas le ofrecieron en la inocencia de su corazon felicitaciones crueles que debió recibir sin alteracion de su semblante y que le alumbraron de repente á la manera del rayo. ¿Qué hacer entonces!

¿Tener en su casa á una mujer adúltera? Eso era pecar contra la ley y cubrirse de infamia á sus propios ojos, porque Salomon lo habia dicho: «El que tiene consigo á una «mujer adúltera es un loco, un insensato.» ¿Repudiarla sin alegar la verdadera causa? Pero María preñada quedaba deshonrada por el solo hecho del repudio; jamás se hubiera creído que un hombre grave y temeroso de Dios, un hombre de costumbres austeras y sencillas repudiase á un mismo tiempo á la madre y al hijo sin los motivos mas imperiosos. ¿Cómo salir de ese laberinto en que el deshonor y la muerte se ofrecian á todas las salidas? José no se atrevia á fijarse en resolucion alguna, y permanecia sumergido en el mayor abatimiento.

Entonces fue cuando la Virgen debió felicitarse de haber concedido su mano al pobre artesano; con cualquiera otro esposo su muerte hubiera sido trágica y su memoria deshonrada, porque los judios llevaban al exceso el fanatismo del honor y los resentimientos de los celos, como lo prueban las historias de Dina, de Tamar y de la noble Mariana. *La pasión de los celos es dura como*

el infierno (decía Salomón que conocía bien al pueblo sometido á su cetro), y el marido no perdona en el día de su venganza. El vínculo festenal que unía á José con su joven esposa excluía á la verdad los arrebatos de la pasión y el furor de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre, y el engaño cruel del hombre que ve á su tesoro trocado en una cosa vil; quedaba, en fin, la voz imponente y severa de Jehová gritando por el órgano de su Profeta legislador: *Que la mujer adúltera muera de muerte*; y José fluctuaba incierto entre mil proyectos contrarios y hubiera dado mil vidas para que otro Daniel le hubiese dicho: *Esta mujer es inocente y puro*, pero ningún profeta se lo aseguraba, y la misma María nada le decía.

El Eterno desde lo alto de su estrellado solio dirigía una mirada complaciente sobre el hombre justo que Él había puesto á tan dura prueba, antes de elevarle al honor inaudito de ser su representante sobre la tierra; y los Angeles fijos los ojos sobre la santa casa de Nazareth esperaban con ansia el resultado de esta lucha interior, en que

la humanidad, el deber y los mas nobles sentimientos del alma estaban combatiendo. En fin, el Patriarca se detuvo en una idea tan generosa que casi le coloca al nivel de la Reina de los Angeles. El resolvió sacrificar su honor, el aprecio que le habia adquirido una vida sin mancha, los medios de existencia que le proporcionaban el pan cotidiano, y el aire de su pais nativo tan bueno para respirar cuando uno se acerca al sepulcro, para salvar la reputacion de una esposa que ni siquiera intentaba justificarse y á quien las apariencias tan cruelmente acusaban. Un solo medio habia de dejar á Maria sin perderla, porque su familia hubiera provocado explicaciones que habrian tenido un fin funesto, y ese medio era el expatriarse, el ir á morir lejos en el pais del destierro, y cargar sobre su propia cabeza todo lo odioso de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como triunfos, y dolores sufridos con paciencia que el cielo premia con tanta munificencia como al martirio; y de este número fue el oculto sacrificio del esposo de la Virgen. Para conciliar su deber y su

humanidad aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia y sin fe; él aceptó el desprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancar con su propia mano su corona de buena fama para arrojarla á los pies de Aquella á quien no quería afligir ni siquiera con una mirada, con una palabra de sospecha; tan grande era el amor de padre que la tenía!

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar la bella y noble conducta de san José. «Era preciso (dice este gran Santo), que estando próxima la gracia del Salvador apareciesen ya muchas señales de una perfección mayor que todo lo que se había creído mas perfecto sobre la tierra. Como cuando va á nacer el sol, el oriente se cubre de vivos resplandores aun antes que los primeros rayos del día hayan salido al horizonte, del mismo modo Jesucristo inmediatamente á salir del seno de la Virgen, iluminaba ya al mundo antes de nacer. Hé aquí porque aun antes de su divino nacimiento los Profetas han saltado de gozo en el seno

«de sus madres, las mujeres han profetizado, y José ha hecho muestra de una virtud sobrehumana.»

Aquí hemos seguido la opinion del Crisostomo prefiriendola á la de san Bernardo, quien supone que José penetró por si mismo el misterio de la encarnacion de Jesucristo, y que viendo á Maria en cinta no dudó, atendida la profunda veneracion que le profesaba, de que fuese la Virgen milagrosa de Isaias.

«El lo creyó (dice el apóstol de las cruzadas), y solo por un sentimiento de humildad y respeto semejante al que obligó después á san Pedro á decir: *apartaos de mí, Señor; porque soy un pecador*, san José que no era menos humilde que Pedro pensó tambien en apartarse de la Virgen, no dudando de que estuviese en cinta del Salvador de los hombres.»

Esta interpretacion muy piadosa sin duda y digna de aquel que ha sido honrado con el título de *decano capellan de Maria*, está mas en las ideas ascéticas de la edad media que en las costumbres de los antiguos hebreos, y cae ante el exámen detenido del texto. En



electo, las palabras del Evangelista son tan claras que no se necesita poco trabajo para darles otro sentido. No es aquel movimiento instintivo de temor religioso que nos hace permanecer distantes de un objeto sagrado el que sugiere a José la idea de abandonar a María, es un pensamiento de compasión y de deber; la conciencia prohíbe extender un manto de piedad sobre la falta digna de muerte de una mujer que fuese criminal; pero él es justo, bueno y compasivo, y no quiere deshonrarla.

Las palabras del Ángel no tendrían sentido ó lo tendrían falso, lo que es imposible en la hipótesis de san Bernardo. «No temas» (dice el embajador del Altísimo), guarda «á esa mujer en tu casa, porque ninguna mancha humana la ha deshonrado, pues lo que ha nacido en ella es por obra del Espíritu Santo.» ¿José protesta de su indignidad en el momento en que adquiere la certeza de que María lleva en su vientre al Autor mismo de la naturaleza? ¿Expone al Ángel sus escrúpulos que debían ser entonces mas fuertes que nunca? ¿Pide que esa copa de honor, que le presenta el celeste nuncio,

pase de él á un mortal mas digno? Nada de esto hace; las borrascas de su alma se han aplacado, y goza de aquella calma dulce y profunda que sigue á las grandes tempestades.

Objétase que los oráculos mesiánicos eran familiares á José como á todos los hebreos; que él debía saber que estaban cerca los tiempos del Mesías, y que debió conocer desde luego, atendida la santidad de Maria, que esta llevaba en su seno al Salvador del mundo. La inteligencia de las profecías que trataban del misterio de la redencion no era tan fácil de obtener como se imagina. Sea que las descripciones alegóricas del reino glorioso del *Emmanuel* de Isaias hubiesen inducido en error á la Sinagoga, sea que el espíritu codicioso de los judios no pudiese remontarse encima de la tierra y lo concretase todo á los bienes temporales, ello es que el pueblo hebreo, *este pueblo de dura cerviz*, habia entrado en un falso camino y no queria apartarse de él. El enviado de Dios, el Deseado de las naciones debia ser un legislador, un jefe guerrero, un monarca magnifico y temible como Salo-

mon; los mismos Apóstoles se equivocaron largo tiempo acerca la misión humilde y pacífica del *Rey pobre que pasaba sin hacer ruido*; se les ve lisonjearse con sueños dorados y esperanzas de reinos, aun á la vista de la ciudad delcida en que su Maestro entraba para morir. No fue sin esfuerzo que nuestro Señor les volvió al camino del espiritualismo y que rectificó sus ideas siempre dispuestas á entrar por segunda vez en el estrecho círculo de los bienes materiales y palpables en que les retenían las ilusiones ambiciosas de los doctores y fariseos tradicionales.

Si, pues, los Apóstoles, esos hombres divinos que fundaron el cristianismo, tuvieron tantos trabajos para despojarse de las preocupaciones de su infancia, siendo así que vivían en medio de los milagros y en la familiaridad del Mesías, ¿cómo José por sí mismo y sin socorro de lo alto lo hubiera hecho? El vestido grosero del artesano tenía poca analogía con la púrpura de los reyes de Judá, y lo que menos se esperaba era tener el Mesías nacido del pueblo. Por otra parte la Galilea era el último país, en que

se hubiera pensado: «Leed la Escritura (decían á los discípulos de Cristo los doctores «de la ley) y veréis que nada podemos esperar de parte de la Galilea.» En efecto, los Profetas habían designado nominativamente á Belen de Judá, Belen *la casa del pan*, como el lugar del nacimiento del Mesías, y los rabinos comentadores adelantándose á los Profetas distinguían hasta el barrio de la ciudad en que había de nacer <sup>1</sup>. José era demasiado humilde para creer que su modesto techo debiese abrigar tanta grandeza, y el silencio de María nada tampoco le permitía conjeturar.

En cuanto al proyecto de restituir la Virgen á su familia *por puro respeto*, como lo pretenden los sabios teólogos que se adhieren á la opinion de san Bernardo, hubiera sido impracticable en una nacion tan recelosa sobre todo lo que era relativo al honor de las mujeres. María era huérfana, y por consiguiente dependía de sus parientes, que no eran todos de un humor pacífico, y algunos de los cuales no habían tal vez aprobado la union de su jóven parienta con el oscuro nazareno. Es poco probable que se

hubiesen contentado con las razones de José, y que hubiesen creído sin nuevos y mejores datos que la Virgen estaba en cinta del *Rey Mesías*. Por el contrario, todo induce la presunción de que ellos hubieran hecho comparecer al esposo ante el tribunal de los ancianos para obligarle á producir las razones que motivasen su conducta; porque no se trataba solo de un simple divorcio, sino también del estado del hijo que llevaba en su vientre María, mujer joven, de sangre ilustre y mal casada en cuanto á fortuna, si contamos los once que segun san Gerónimo, se habían disputado el honor de enlazarse con la heredera de Joaquín.

De esto hubieran resultado dos hechos graves: ó bien José habria guardado silencio, y entonces se le hubiera condenado á tomar por segunda vez á su mujer con prohibicion de separarse jamás de ella, ó bien hubiera afirmado bajo de juramento que el hijo que llevaba María no era suyo, y entonces ese hijo no reconocido quedaba inhabil á todos los cargos públicos: su nacimiento manchado en su origen le prohibia la entrada de las asambleas nacionales, de

las escuelas del Estado, del templo y de las sinagogas; su posteridad heredera de su infancia no habria sido admitida á gozar de los privilegios de los hebreos hasta la décima generacion; finalmente se hubiera convertido en un *paria*, sin asilo, sin derechos, sin patria, y la sentencia que hubiese deshonrado á su madre habria tambien marcado su frente y la de sus hijos con el signo reprobador de Cain. Pero nada de esto hubiera sucedido: antes de consentir esa mancha sobre su genealogia los orgullosos descendientes de David hubieran quizá inmolado á la Virgen con sus propias manos. Tales ejemplos no son raros, y se reproducen todavia en nuestros tiempos así en la Judea como en la Arabia \*.

José era demasiado prudente y humano para colocarse en una u otra alternativa, y encontró como siempre que el partido más generoso era tambien el mejor. Resolvió, pues, dejar su pueblo y la esposa amada, aunque sospechosa, que le habia proporcionado desde su casto himeneo una vida tan dulce y feliz. Cuando se disponia á tan triste separacion y dormia de un sueño agi-

tado en su lecho solitario, apareciósele el Angel del Señor: «José, hijo de David (dijo) el nuncio celestial), no temas tener «contigo á Maria tu esposa, porque lo que «ha nacido en ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo; ella dará á luz un «hijo, á quien pondrás el nombre de *Jesús*, «porque será el Salvador de su pueblo librándole de sus pecados.»

José al despertarse adoró los caminos inescrutables de la Providencia; la revelacion del Angel habia disipado todas sus dudas, y no vió en Maria mas que á la Madre del Redentor futuro, la retuvo en su casa, y no pensó ya mas en separarse de ella.

San Juan Crisóstomo se ha preguntado, ¿por qué el Angel del Señor se apareció en sueños á José, y no manifestamente como á los pastores, á Zacarias y á la Virgen? «Es porque (dice contestándose) José tenía «mucha fe y ninguna necesidad de una mas clara revelacion. En cuanto á la Virgen, «como se le debian anunciar cosas mas grandes y mas increíbles que todo lo que se habia dicho á Zacarias, era preciso que se le anunciaran antes de su ejecucion y por

« medio de una revelacion manifiesta. Tam-  
 « bien los pastores como mas groseros te-  
 « nian necesidad de una vision muy clara.  
 « Pero José habiendo advertido ya el pre-  
 « ũado de María, *del que concibió amargos soy-*  
 « *prebas*, y hallándose dispuesto á cambiar  
 « su dolor en gozo, si alguno se anticipaba  
 « á declararle el misterio, recibió con todo  
 « su corazon la revelacion del Ángel... Esta  
 « conducta de la Providencia fue infinitamen-  
 « te sabia, porque sirvió para demostrar la  
 « excelencia de la virtud de José, y hacer  
 « la historia evangélica mas creible, repre-  
 « sentándole agitado de los mismos movi-  
 « mientos de que cualquier hombre hubiera  
 « sido susceptible en semejante lance \* »

---

## NOTAS AL LIBRO X.

\* Pág. 270. — ¿ De dónde es el Mesías? de la ciu-  
 dad real de Belen de Judá. ¿ Dónde se hallan sus pa-  
 rientes? en el barrio *Bírat-Harba* de Belen de Judá.  
 (Talmud de Jerusalem).

\* Pág. 271. — Instit. de Moisés, tom. 2, lib. 7.

\* Pág. 272. — Niebuhr refiere que en un café del  
 Yémen habiendo un árabe preguntado á uno de sus  
 compatriotas si era el padre de una jóven y hermo-



sa mujer recientemente casada en su tribu, el padre que sospechó una intención burlona en esta pregunta y que creyó comprometido el honor de su familia, se levantó iradamente, corrió á casa de su hija y sin decir una palabra le clavó un puñal en el corazón. El P. De Geramb refiere una anécdota de la misma especie, y todavía más cruel, sucedida no mucho tiempo há en Belén, y que omitimos por su atrocidad.

\* Pág. 274. — San Juan Crisóstomo, sermon 4. — Véase también el P. Valverde, Vida de Jesucristo, tom. 4, pág. 114.

---

## LIBRO XI.

---

### MARÍA EN BELEN.

---

Entre tanto el *imperio impio* <sup>1</sup> habia llevado sus águilas hasta las extremidades del globo: los romanos habian cogido al mundo oriental como en una red: el sármata temblaba á su presencia en el fondo de sus desiertos, y los pueblos mas apartados del Asia, los pacíficos chinos enviaban al César una solemne embajada para solicitar su poderosa amistad. Ya el Egipto y la Siria no eran mas que provincias romanas, la misma Judea era tributaria, y el rey de los judíos comprando á precio de oro una protección caprichosa no era otra cosa que un esclavo coronado. Los tiempos habian llegado, los oráculos mesiánicos iban á cumplirse, el poder de Roma estaba en su apogeo como lo habia vaticinado Balaan, y segun la grande profecía de Jacob el cetro

había salido de Judá, porque el fantasma de dignidad Real que dominaba todavía sobre la ciudad santa no era siquiera un fantasma nacional. Entonces fue cuando se publicó en la Judea un edicto de Cesar Augusto para hacer el empadronamiento de los pueblos sometidos á su cetro. Ese empadronamiento mucho mas completo que el que se habia verificado en el sexto consulado del sobrino de Julio Cesar <sup>1</sup> comprendia no solamente las personas, si que tambien los bienes y las diferentes cualidades de las tierras: era la base sobre la cual se queria fijar la cuota de la servidumbre <sup>2</sup>.

Los gobernadores romanos fueron los encargados de hacer ejecutar el edicto imperial cada uno en su distrito <sup>3</sup>. Sexto Saturnino gobernador de Siria empezó desde luego por la Fenicia y la Cele-Siria, comarcas ricas y populosas que exigieron un largo y minucioso trabajo. Después de haber ejecutado las órdenes de Cesar en la provincia romana como tambien en los reinos y tetrarquías que de ella dependian, al cabo de tres años desde la fecha del decreto <sup>4</sup> se llegó en fin á Belen precisamente en la época

memorable del nacimiento del Salvador. César y sus agentes eran sin saberlo los instrumentos dóciles y ciegos de la divina Providencia; y el orgullo y la codicia de los romanos servían al cumplimiento de las profecías: *los hombres se agitan y Dios los conduce.*

Parece que fieles los judíos á una costumbre antigua se hacían todavía inscribir por familias y por tribus. Habiendo David nacido en Belén, sus descendientes miraban esa pequeña ciudad como su país nativo y la cuna de su casa: allí, pues, se reunieron para dar sus nombres y el estado de sus bienes en conformidad al edicto del César.

El otoño estaba inmediato á su fin, los torrentes se despeñaban con estruendo al fondo de los valles, el viento del norte silbaba en los elevados terebintos, y un cielo cargado de pardas nubes anunciaba la vecindad de las nieves. En una mañana triste y sombría del año 748 \* de Roma vióse un nazareno muy ocupado en los preparativos de un viaje que sin duda no podía diferir, porque la ocasión parecía mal escogida y la mujer jóven que le acompañaba, y que él hacía sentar con precaucion sobre la tran-

quila y pacífica cabalgadura que todavía preferen las hijas del Oriente, estaba muy avanzada en su embarazo. De la silla del hermoso animal \* que montaba la joven galilea pendía una cesta de hojas de palmera conteniendo las provisiones del viaje: dátiles, higos y racimos secos, algunos panecillos de cebada y una vasija de tierra de Rámia para sacar agua de la fuente ó de la cisterna. Un odre de fábrica egipcia pendía del otro lado. El viajador echó sobre sus espaldas un saco que contenía algunos vestidos, ciñó sus lomos, rodeóse con su manto de piel de cabra, y tomando en una mano su palo encorvado agarró con la otra la rienda del jumento que conducía á su joven esposa. Así dejaron su pobre casa que por sí sola se guardaba, y hujaron por las calles estrechas de Nazareth en medio de los deseos de buen viaje y de feliz regreso de sus parientes y amigos que les gritaban de todas partes: *¡id en paz!*; esos viajantes que se ponían en camino en una nebulosa mañana de invierno eran los humildes descendientes de los principes de Judá, José y María, que obedientes á los órdenes de un pa-

gano y extranjero iban á inscribir sus oscuros nombres al lado de los mas ilustres del reino.

Ese viaje emprendido en una estacion rigurosa y en un país como la Palestina debió ser muy penoso para la santa Virgen en la situacion en que se hallaba; sin embargo no se quejó; esa mujer, jóven, tierna y delicada tenia un espíritu firme y animoso, una alma elevada que no se envanecía en las grandezas, sabía contenerse en la alegría y aceptaba en silencio el infortunio. ¡Noble Maria! José, que caminaba pensativo á su lado meditaba sobre los antiguos oráculos que prometian desde cuatro mil años un Salvador al mundo; dirigiéndose hacia Belen á donde le llamaba la voluntad suprema de un romano, pensaba en las palabras de Miqueas: «Y tú, Belen, llamada *Efrata*, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de ti saldrá *Aquel* que debe reinar en Israel, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad \*.» En seguida echando una ojeada sobre su pobre equipaje y su modesta compañera, cuyo traje sencillo era acomodado á su condicion,

repasaba en su espíritu los grandes oráculos de Isaías: «El se elevará delante del Señor, como un vástago que sale de una tierra seca; está sin hermosura, sin esplendor.... nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres». Y el Patriarca empezaba á comprender los designios de Dios sobre su Cristo.

Después de cinco días de una marcha penosa los viajeros distinguieron á lo lejos Belén, la ciudad de los reyes, situada sobre una eminencia en medio de risueñas colinas plantadas de viñedos, de bosques de olivos y de bosquecillos de encinas. Tropas de camellos montados por mujeres ceñidas con mantos de púrpura y la cabeza cubierta de velos blancos, *aslas* ó caballos árabes aguijoneados á rienda suelta por jóvenes jinetes levemente vestidos, grupos de ancianos sobre hermosas pollinas blancas platicando gravemente como los antiguos jueces de Israel, subían á la ciudad de David ocupada ya por una multitud de hebreos llegados los días anteriores. Fuera del recinto de la ciudad elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se desta-

caban del verde claro de los olivos que cubrían la colina: hubiérasele tomado por un grande parador de la Persia. Al través de su grande puerta veíanse ir y venir dentro de su vasto patio una multitud de esclavos y criados: era una posada. José apretando los pasos de la cabalgadura de la Virgen se dirigió por este lado, esperando llegar á tiempo de alcanzar uno de esos pequeños aposentos que pertenecían de derecho al primer llegado y que á nadie se rehusaba<sup>12</sup>; pero la posada rebosaba de mercaderes y de viajeros, no quedaba un lugar, tal vez á precio de oro hubiérase hallado alguno porque el mesonero era judío y judío de Belén; pero José carecía de oro.

Volvió melancólico el Patriarca al lado de María que le recibió con una sonrisa de resignación, y cogiendo las riendas del pobre animal, rendido de fatiga, se puso á divagar por las plazas y calles de la ciudad pequeña esperando, aunque en vano, que algun belenita caritativo les ofreciese un albergue por amor de Dios. Nadie se lo ofreció; el viento de la noche caía helado y fuerte sobre la tierna Virgen que no profería una



queja, pero que á cada paso se iba poniendo mas pálida y apenas podia sostenerse. José muy afligido continuaba sus infructuosas tentativas, y mas de una vez ¡ay! vió abrirse delante de un extranjero mas rico la puerta que bruscamente se le acababa de cerrar. Era preciso que el interés, esa pasión dominante de los hebreos, hubiese petrificado todas las almas para que la situación de María no inspirase compasión alguna á sus codiciosos compatriotas. Venia la noche: los dos esposos viéndose desechados de todo el mundo y desconfiando de lograr un asilo en la ciudad de sus mayores salieron de Belen sin saber á donde guiar sus pasos, y se avanzaron al acaso por la campiña alumbrada por la pálida claridad del crepúsculo y que resonaba con los gritos de los chacales que buscaban su presa.

A la parte de mediodía y poco lejos de la ciudad inhospitalaria abriase una oscura caverna excavada en la roca, caverna cuya entrada miraba al norte y que angostándose hacia el fondo servia de establo comun á los belenitas y algunas veces de asilo á los pastores en las noches tempestuosas. Los dos

Esposos hendirón al cielo que les habia deparado este abrigo salvaje, y Maria apoyándose sobre el brazo de José fué á sentarse sobre una roca desnuda que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí fue, sobre esa fria piedra, en el momento en que las estrellas marcaban la media noche, donde la Virgen pura é inocente dió á luz sin socorro y sin dolores á un Ser tierno, paciente, misericordioso como ella, sabio, fuerte, poderoso y eterno como Dios: el *Schilo* de Jacob, el Mesias de los oráculos, el Cristo de los cristianos, aquel que David llamaba su Señor, y que los Angeles adoran en lo mas alto de los cielos cubriéndose el rostro con sus alas. El Redentor del género humano, que ni aun tenia como Moisés una cuna de juncos, fue acostado en un pesebre sobre un puñado de paja húmeda, providencialmente olvidada por algun conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se apresuró á partir antes del alba. Dios proveyó al nacimiento de su Hijo único, como provee á los nidos de las aves del cielo.

«¡Ah Maria! (exclama san Bernardo)  
«encubra solamente el esplendor de ese  
«nuevo Sol, ceñid con pobres pañales á  
«ese Dios niño, esos pañales son nuestras  
«riquezas, los pañales de mi Salvador son  
«mas preciosas que la púrpura, y este pe-  
«sobre es mas glorioso que los tronos de  
«los reyes; la pobreza de Jesucristo es mas  
«rica que todos los tesoros.»

San Basilio descorriendo el velo con que  
Maria encubria su arrobamiento, nos la  
muestra dividida entre el amor profundo  
de madre y la adoracion estática de santa.  
«¿Cómo os debere yo llamar (exclama la  
«Hija de los Patriarcas inclinándose sobre  
«su Hijo-Dios).... un mortal?.... pero yo  
«os he concebido por operacion divina...  
«Un Dios?.... pero vos teneis cuerpo de  
«hombre! ¿debo yo acercarme á Vos con  
«el incienso u ofreceros mi leche? ¿es pre-  
«ciso que yo os prodigue los cuidados de  
«madre, ó que os sirva como vuestra es-  
«clava con la frente en el polvo?»

Asi es como la Virgen predestinada ve-  
rificando la prediccion de Isaias dió á luz  
á su Hijo primogénito, y el Vero se hizo

carne para repararlo todo y sufrirlo todo.

«Había en las cercanías unos pastores que  
«pasaban la noche en el campo velando en  
«la guarda de sus rebaños: de repente un  
«Ángel del Señor se presentó á su vista y  
«una luz divina les rodeó, lo que les llenó  
«de un temor extremado. Entonces el An-  
«gel les dijo: no temais, porque yo vengo  
«á traeros una nueva que será para todo el  
«pueblo motivo de una grande alegría, y es  
«que hoy en la ciudad de David os ha naci-  
«do un salvador que es el Cristo. Y hé aquí  
«la señal con que le hallareis: encontrareis  
«un niño envuelto en pañales y reclinado  
«en un pesebre. En el mismo instante jun-  
«tóse al Ángel un grande ejército de es-  
«píritus celestiales alabando á Dios y di-  
«ciendo: *Gloria á Dios en las alturas y paz*  
«*en la tierra á los hombres de buena volun-*  
«*tad* <sup>12</sup>.»

La vision maravillosa había desapareci-  
do, los cánticos celestiales cesado, y los  
pastores inclinados sobre sus nudosospalos  
escuchaban todavía. Cuando las brisas de  
la noche gemieron solas en el valle y no que-  
dó en el cielo un solo punto blanco y ra-

dioso que pudiese parecer un Ángel, los pastores tuvieron consejo y se dijeron el uno al otro: « *pasemos á Belén, y veamos lo que ha sucedido.* » Entonces llenando sus cestas con sencillos presentes, tales como podian proporcionarles sus cabañas <sup>12</sup>, abandonaron sus ganados á la custodia de los Ángeles de la soledad; y á la brillante claridad de las estrellas se encaminaron hácia la pequeña ciudad de David. Al pasar, un movimiento sobrenatural les hizo entrar en el pobre establo, en que el Salvador acababa de nacer: allí encontraron al Mesias reclinado en el pesebre. La Virgen inclinada sobre su recién nacido le adoraba con humildad afectuosa y profunda; mas arriba que ellos José encorbaba su cabeza de anciano ante ese Hijo adoptivo que era Dios. Un suave rayo de luna alumbraba ese grupo divino que formaba cuadro con las paredes rojizas de la cueva: fuera de ella todo dormia bajo una hermosa noche estrellada <sup>13</sup>.

*Aquí es* (se dijeron los pastores); y prosternándose con respeto delante del pesebre del Rey de los reyes ofrecieron al Dios po-

bre y nacido el obolo y los homenajes del pobre.

En seguida se pusieron á contar la aparicion de los Angeles, sus armoniosos conciertos, sus palabras de esperanza, de paz y de amor. José admiró la manifestacion divina, y Maria que escuchaba en silencio la narracion sencilla, grababa cada palabra de ella en su corazon. Llenado este deber y terminada su mision, los pastores de Judá se retiraron glorificando á Dios y esparcieron en las montañas la nueva de los prodigios de esa noche santa. Los que les escuchaban penetrados de asombro se decian mutuamente: ¿Es posible? ¿estamos pues en los tiempos de Abraham, en que los Angeles visitan á los pastores?

Fueron tal vez esas relaciones hechas al anocheecer en la orilla de los bosques ó en el fondo de los barrancos; mientras que los camellos bebian juntos en la fuente solitaria, las que indujeron á una tribu de arabes del desierto á divinizar á Maria y á su Hijo. La dulce imagen de la Virgen teniendo al Niño sobre sus rodillas fue esculpida en una de las columnas de la Caaba y puesta solem-

nemente en el número de las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias. Allí permanecía aun en tiempo de Mahoma, como lo atestiguan graves historiadores árabes <sup>17</sup>. Después del degüello de los santos inocentes esta valiente tribu se levantó en masa, arrojó un grito de venganza, y sin espantarse del número atacó al hijo de Herodes por mas que fuese vasallo y protegido de los romanos <sup>18</sup>.

Esta anécdota auténtica, tan gloriosa y tan generalmente ignorada, viene en apoyo del hecho sobrenatural referido por san Lucas, hecho que los filósofos burlones de la escuela volteriana y los adeptos mas paganos aun, si es posible, del panteísmo se han atrevido á desterrar al país de las fábulas. La devoción extravagante de esos árabes que mezclan la idolatría con el verdadero Dios antes de la predicación del Evangelio no puede referirse sino al conocimiento de los milagros de la santa noche de Navidad.

El octavo día después de su nacimiento el Hijo de Dios fue circuncidado y llamado Jesús en conformidad á la orden de su Pa-

dre celestial. Debió tener un padrino, como todos los israelitas; pero ignórase completamente á quien le tocó este honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncision, que se hacia bajo los auspicios de Elias cuya asistencia invisible <sup>14</sup> no faltaba jamás, segun decian los hebreos, ella tuvo lugar, segun san Epifanio, en la cueva misma en que nació Jesús, y san Bernardo presume con bastante verosimilitud que san José fue su ministro.

Unos hombres del pueblo, dociles al llamamiento de los Angeles, habian ido á adorar en su pobre pesebre al Dios niño y partir con él su pan negro y la leche de sus cabras; un milagro de mayor trascendencia y de mas alta fama condujo poco tiempo después á la misma cuna las primicias del gentilismo convertido. Los pastores de Judá habian tomado la iniciativa, venia el turno de los sabios y de los reyes.

Hacia el tiempo del nacimiento de Jesucristo unos Magos caldeos hábiles en estudiar el curso de los astros divisaron una estrella de primera magnitud, á la que reconocieron en su marcha extraordinaria y



otras señales no menos ciertas por la *estrella de Jacob* vaticinada largo tiempo antes por Balaan, que debía aparecer radiosa en el horizonte en la época del alumbramiento de la Virgen. Según las antiguas tradiciones de Iran recogidas por Abolfaraje, Zerdascht, el restaurador del magismo, hombre de mucha ciencia, grande astrónomo y muy versado además en la teología de los hebreos <sup>11</sup> anunció bajo los primeros sucesores de Ciro y poco tiempo después del restablecimiento del templo, que un niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, nacería de una Virgen pura é inmaculada en la region mas occidental del Asia. Añadió que una estrella desconocida en su horizonte señalaría este notable suceso, y que á su aparicion los magos deberian por sí mismos llevar presentes á este jóven Rey. Fieles y religiosos ejecutores de las voluntades de Zoroastro, tres de los mas ilustres sabios de Babilonia <sup>12</sup>, apenas hubieron observado la estrella, hicieron resonar las trompetas de la partida. Dejando detrás de ellos la ciudad de los Selencides con sus elegantes edificios de madera de palmeras <sup>13</sup>

y Babilonia en que el viento del desierto llorando sobre ruinas inmensas parecía referir á esos silenciosos restos los siniestros oráculos del hijo de Amós, salieron del país de los dátiles y tomaron el camino arenoso de la Palestina. Delante de ellos á la manera de la columna luminosa que guiaba hacia las desiertas playas del mar Rojo las turbas fugitivas de Israel, marchaba la *estrella del Mesías*. Ese nuevo astro, libre de las leyes invariables que rigen á los globos del firmamento, no tenia movimiento regular ni que le fuese propio; tan presto se avanzaba á la cabeza de la caravana siguiendo siempre una línea recta hacia el occidente, tan presto permanecía estacionario encima de las tiendas levantadas para pasar la noche, y parecía balancearse blandamente en el seno de las nubes; á la punta del día daba la señal de marcha, así como habia dado la de la detención \*.

Por fin divisáronse á lo léjos las elevadas torres de Jerusalem en medio de las cimas desnudas y silvestres de sus montañas; los camellos y demás caballerías apagaban su sed en una cisterna á la orilla del cami-

no <sup>ta</sup>, cuando los Magos despidieron un grito de sorpresa y terror: la estrella acababa de ocultarse en las inmensidades del cielo, como una criatura inteligente que descubre un cercano peligro.

Tan desorientados como los navegantes de los antiguos tiempos, cuando una barra de negras nubes les ocultaba la estrella polar, los Magos mutuamente se consultaron ¿qué significaba la repentina desaparición de su brillante conductora? ¿Habían llegado, pues, al término de su largo viaje y debían ya levantar la tienda de su morada? Era muy posible y aun probable que el Rey niño que ellos venían á adorar desde las riberas del Tigris se encontrase en Jerusalem. *El Dios del cielo*, pensaron, no prolonga inutilmente sus milagros, estos cesan cuando los agentes humanos bastan; así está en el orden. ¿Qué importa que nos haya dejado la estrella? nosotros podemos sin su auxilio hallar al que buscamos en la capital de sus Estados. Para descubrir la cuna del joven Rey Mesías bastará entrar en la primera calle que esté cubierta de verdes ramos, perfumada con esencia de rosa y

entapizada con ricas colgaduras; el sonido de las arpas de los hebreos, sus coros de danza y sus gritos de júbilo nos indicarán bastante la dirección que habremos de tomar. Entonces espoleando el paso de sus cabalgaduras atravesaron la puerta del muro protegida y dominada por una elevada torre reputada por inexpugnable, y penetraron en la antigua Sion al través de dos filas de soldados bárbaros.

El aspecto de Jerusalem era melancólico; su población ocupada y silenciosa no tenía aire de júbilo ni de fiesta, únicamente se formaban grupos de distancia en distancia para ver pasar á los viajeros que eran reconocidos por sátrapas del gran Rey por sus largos ropajes blancos apretados con magníficos cinturones, por sus *bazubands* <sup>22</sup> ó brazaletes enriquecidos con piedras preciosas, y sobre todo por la belleza varonil de sus fisonomías. Caminando los caballeros orientales ó inclinándose sobre el cuello de sus dromedarios, preguntaban á alguno de los numerosos espectadores que se apiñaban á su alrededor: *En dónde estaba el Rey de los judíos recién nacido*, cuya estrella

habian visto en Babilonia. Los de Jerusalem mirándose con sorpresa no sabian qué responder á esa pregunta.... un Rey de los judios.... ¿qué Rey? Ellos no conocian mas que á Herodes, á quien aborrecian del fondo de su alma y que no tenia ningun hijo en la cuna. Asombradas los Magos á su vez de que cada hebreo, á quien preguntaban, les manifestase su ignorancia, y no viendo por otra parte á su alrededor ninguna señal de regocijo, subieron consternados la calle populosa que conducia al antiguo palacio de David, y plantaron sus tiendas en sus patios ruinosos y sombreados.

Sin embargo, las sorprendentes palabras de los Magos habian causado en la ciudad un sordo rumor: bien presto fueron llamados al palacio por aquellos servidores officiosos, y pagados para hacerlo, que consagran su adhesion de reptiles al servicio de todos los poderes. Herodes reflexionó: su vasta frente surcada por arrugas profundas y cargada de opacas ideas se oscureció como un horizonte tempestuoso, *turbidat in se ipsum* (dice el Evangelio), y toda Jerusalem con él.

La turbacion del Rey de los judios es muy concebible y se explica por su situacion. Herodes no era ni el ungido del Señor ni el escogido del pueblo: un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del Capitolio formaba su corona tributaria, corona de siervo entretejida de espinas, y cada hoja de la cual habiasido pagada con montones de oro arrebatado á las economías del rico y á la indigencia del pobre. Aborrecido de los grandes cuyas cabezas hacia rodar á la menor sospecha, temido de sus parientes cuyos sepulcros trágicamente llenaba, en horror á los sacerdotes cuyos privilegios habia conculcado, detestado del pueblo por su religion problemática y su origen extranjero, Herodes no podia oponer mas que sus cortesanos, sus sicarios, sus artistas y la secta opulenta pero poco numerosa de los herodianos fascinados por su magnificencia, al odio activo, ardiente y abiertamente declarado del resto de la nacion. Con frecuencia el amigo del César era insultado en su misma cara por sus tercios vasallos: los fariseos, secta artificiosa y potente, le habian rehusado con befa y escarnio el ju-

ramento de fidelidad; los esenios, cuyo valor en los combates los hacia temibles, habian seguido el ejemplo de los fariseos; y los jóvenes y entusiastas discípulos de los doctores de la ley acababan de derribar en medio del día con sus hachas vengadoras el águila de oro que el Rey habia hecho colocar sobre la puerta principal del templo. Por todas partes se urdiau conspiraciones contra la vida del Príncipe, y cada vez que la noticia mentirosa de su muerte se esparcia sea por acaso ó á propósito por las provincias apartadas, el pueblo acogiendo con avidez el cebo engañador que lisonjeaba sus antipatías, se apresuraba á encender por todas partes fuegos de alegría... que Herodes apagaba con la sangre.

En medio de esos elementos de discordias civiles, cuando una calentura de insurreccion minaba sordamente al ejército y la revuelta, como un fruto maduro, parecia que convidaba la mano del sedicioso, llegan á Jerusalem unos extranjeros de alta apariencia que vinjan con todo el fausto persiano, y que preguntan sin misterio y sin rodeos por un *Rey de los judios recién*

nacido, cuya estrella han divisado. Herodes se admira, inquiere, redne sus recuerdos, vuelvenle á la memoria las predicciones funestas á su linaje que los fariseos hacen circular misteriosamente, y los oráculos de los Profetas, á los cuales no habia prestado hasta entonces mas que una atencion distraida y secundaria. Ese *Mesías* guerrero, ese Profeta descendiente de David que debe pasear desde el oriente al ocaso sus banderas victoriosas, empieza á inspirarle vagas inquietudes: no es el Dios quien hacia estremecer al viejo Rey, es el principe. Quanto mas piensa en ello, tanto mas este suceso que asombra su politica le parece corresponder á un vasto complot dirigido á elevar sobre las ruinas de su poder un poder oculo y rival. ¡Y qué! ¿El habria deramado como agua la sangre ilustre de los Macabeos sin inquietarse de si hacia latir el pecho de su esposa y de sus hijos: el habria allanado trabajosamente todas las eminencias sociales, pulverizado bajo las ruedas de hierro de su despotismo todo lo que le oponia alguna resistencia, perdido su alma, su honor, el reposo de sus noches,



en que le turbaban el sueño sus víctimas sangrientas... y esto para qué? para ¡allanar mejor el camino del trono á la familia de David! <sup>24</sup>..... Ese cetro tan caramente comprado, ese cetro humedecido todavía con la sangre de los suyos ¿no sería, pues, otra cosa que una caña estéril y maldita que el viento de la muerte rompería sobre su tumba?... ¡él habría pasado como un meteoro de una noche de tempestad sobre esta tierra, cuya antigua gloria volvería después de él a florecer con toda brillantez!... y ese pueblo que le aborrecía con un odio tan intenso y mortal que sus mismos beneficios no podían extinguirle; cómo rodearía con su amor y simpatías al vástago de sus antiguos reyes! Esa última idea caía amarga como el absintio en el corazón sombrío y desolado del anciano monarca, porque en medio de sus actos de violencia experimentaba la necesidad de ser amado, necesidad extraña ciertamente, pero muy real en esa naturaleza de excepción que parecía forjada de contrastes y que había puesto algunas nobles cualidades al servicio de la pasión mas absorbente y cruel que pueda

devastar el alma humana.... la ambicion.

Que ese niño sea principe de la tierra ó profeta de Dios (dice Herodes después de una panza) es preciso que muera... y el morirá, aunque estuviese yo seguro de extinguir con esa débil centella todas las glorias que nuestros sabios sueñan en el porvenir. ¿Qué importa que los hebreos sean esclavos y miserables después de mi muerte? Ellos han repudiado mi gloria, ajado mi nombre y renegado de mi politica..... por mas que yo haya derramado mi sangre por ellos en veinte campos de batalla, que yo los haya alimentado durante la carestia, que haya decorado su ciudad con soberbios palacios y realzado el templo de Jehová, no por eso dejo de ser á sus ojos Herodes el extranjero, Herodes el prosélito, Herodes el verdugo!... ¡y otro vendria á hacerles grandes y felices á fin de que después hollasen mi memoria! no: yo seré aborrecido, pero no eclipsado, y si la estrella de mi reinado ha sido siniestra, á lo menos será en cuanto yo pueda la última estrella de su cielo.... pero ese hijo de David no es mas que un niño que tal vez gimo aun...

¿de donde me viene, pues, esa cobarde compasion? Atalia, esa hábil mujer, no olvidó mas que un niño en la cuna en la mortandad de la familia real de Judá, ese niño le quitó el trono y la vida... yo procuraré no olvidar nada. Pero ¿dónde se oculta ese Rey de los judíos *reíca nacido* que proclaman los astros y á quien vienen á buscar estos insolentes sátrapas á la puerta misma de mi palacio?... ¿seria en efecto el *Schilo* profetizado por Jacob?... acaso son puros sueños de astrólogos... no importa: es preciso cerciorarse de ello. — Pocas horas después los doctores de la ley y los principes de los sacerdotes reunidos en junta bajo la presidencia de Herodes escuchaban una pregunta que les pareció extraña en la boca de un tal principe: *¿En qué lugar debe nacer el Mesías?*

La respuesta que no se hizo aguardar fue unánime: *en Belen de Judá*, y los ancianos de Israel deseosos de inquietar al amigo de los romanos no dejaron de añadir que tocando ya á su fin la última semana de Daniel, los tiempos del Mesías estaban cercanos. Esas indicaciones poco satisfactorias

no bastaban á Herodes que deseaba saber á donde llevar sus golpes, por lo que resolvió interrogar á los Magos y averiguar si le era posible la época precisa del nacimiento del niño calculada sobre la de la aparicion de la estrella. Demasiado hábil político para conceder á los sabios de Iran una audiencia publica que hubiera dado consistencia á un rumor que le convenia sofocar, el Rey los hizo llamar en secreto y los estrechó con preguntas sobre el tiempo en que les apareció la estrella. El se informa minuciosamente no del niño, sino de la estrella (dice san Juan Grisóstomo), á fin de guardar toda la circunspeccion posible en el lazo que queria tenderles. Instruido de lo que deseaba saber, el hombre de sangre despidió á los extranjeros con un modo afable y cortés. «Id (les dijo) á Babilen ó informaos exactamente de ese niño, » y cuando le habréis hallado, hacédmelo saber para que yo vaya tambien á adorarle. »

Los Magos empero, como todos los hombres superiores, como todos los hijos de la meditacion y de la ciencia eran buenos,

sinceros y poco inclinados á sospechar el mal. Ellos comprendian la arbitrariedad y la crueldad en un principe, pero no comprendian el engaño, porque la primera cosa que los reyes de Persia aprendian en su infancia era el decir la verdad. Dieron, pues, crédito á las falsas palabras del Idumeo, y volviendo á pasar bajo los elegantes pórticos de su palacio que competia en magnificencia con los del gran Rey, pero que carecia en medio de sus broncees y de sus arcos de la campana de oro de los *Sapliamtes* <sup>13</sup>, dejaron el *betsetha* <sup>14</sup>, hicieron doblar sus tiendas, y atravesaron por segunda vez la ciudad santa para encaminarse al lugar presunto del nacimiento del Mesias. Cuando costean las murallas enriquecidas con los trofeos del nuevo anfiteatro, cuya desacostumbrada decoracion formaba un inagotable objeto de sarcasmos por parte de los fariseos, encontraron al rey Herodes rodeado de un bosque de lanzas tracias y germanas que tomaba la direccion de Jericó <sup>15</sup>.

Los persas salieron de Jerusalem por la puerta de Damasco; en seguida tomando

la izquierda se empeñaron en profundos barrancos cortados por colinas que fue preciso trepar. Hallábanse á corta diferencia á una hora de marcha de la capital de la Judea y dejaban beber los camellos en una cisterna, cuando un punto brillante pareció á su zenit y bajó rápidamente hácia ellos como una *estrella errante*. ¡La *estrella*! nuestra *estrella*! gritaron los esclavos transportados de alegría; ¡la *estrella*! repitieron sus dueños con el mismo entusiasmo, y ciertos esta vez de haber entrado en el buen camino se volvieron á poner en marcha con un nuevo ardor.

Disponíanse á entrar en la ciudad de David, cuando la estrella inclinándose al mediodía se detuvo repentinamente encima de una cueva abandonada que tenia la apariencia de un establo rústico, y descendiendo á lo mas inferior de la atmósfera fué á colocarse, por decirlo así, sobre la cabeza del niño Dios. La vista de ese astro inmóvil, cuyos hermosos rayos caían en manga luminosa sobre esta gruta cavada en la peña, llenó á los Magos de una gran fe, y era preciso en efecto que su fe fuese

grande para reconocer al *Rey Mesias* en un niño desprovisto de todo, alojado en un lugar pobre, recostado en un pesebre, y cuya Madre, aunque hermosa y llena de gracia, era evidentemente de una condicion muy oscura.

Dios, que queria hacer avergonzar á los judios de la dureza de sus corazones oponiéndoles el celo religioso y la fe dócil de los infieles, permitió que la extraordinaria humillacion de la santa Familia no hiciese vacilar la firme creencia de los Magos.

Los adoradores del sol, los gentiles á quienes la Cruz venia á salvar como á los hijos de la promesa, penetraron en la pobre habitacion del Cristo con tanta veneracion, como en sus templos construidos sobre fuegos subterráneos donde giraban esferas estrelladas<sup>21</sup>; y siguiendo el uso de su pueblo llevaron á su frente el polvo del pobre umbral, y después de haber descalzado sus ricas sandalias adoraron al recién nacido como todo hijo del Oriente adoraba entonces á sus dioses y á sus señores. Abriendo en seguida unos cofrecitos de madera olorosa en que estaban los presentes destinados al

Mesías, sacaron oro purísimo recogido en las cercanías de Ninive la grande, y perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yémen: esos dones misteriosos nada tenían de carnal como las ofrendas de los judíos; la cuna de Aquel que venia á abolir los sacrificios de la Sinagoga no debía regarse con sangre; por esto los Magos no le inmolaron corderos sin mancha, ni blancas becerras, sino que le presentaron oro como á un príncipe de la tierra, mirra como á hombre é incienso como á Dios.

Esta fue la última escena de esplendor en que figuró la santa Virgen. El primer periodo de su vida, como un dulce sueño del Ginnistan<sup>22</sup>, habíase deslizado bajo artesonados de cedro y de oro, en medio de los perfumes sagrados, cánticos majestuosos y el sonido de las liras y de las arpas; el segundo lleno de prodigios y de misterios la había puesto en relación con los habitantes del cielo y los príncipes del Asia; el tercero iba á abrirse bajo diferentes auspicios: llegaba el turno de las persecuciones, de las angustias secretas y de inconcebibles dolores.



Sin embargo, los Magos á quienes nada detenía en Judea y les turdaba el publicar en su lejana patria el feliz éxito de su aventurada investigacion, se dispusieron á marchar de Belen. Proponianse, segun su promesa, ir á encontrar al Rey á su palacio de Jericó para decirle donde estaba el Mesias; pero un Angel del Señor les advirtió en sueños los negros designios de aquel príncipe pérfido y les intimó la orden de cambiar de camino. Los discípulos de Zoroastro dieron gracias á Aquel cuya tienda está en el sol, atribuyeron esa revelacion nocturna á su genio tutelar, y mereciendo por su grande docilidad el bien de la fe que recibieron mas tarde <sup>12</sup>, en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del Lago maldito que refleja sobre sus pesadas y estancadas aguas las sombras de las ciudades réprobas, dirigieron la cabeza de sus camellos por el lado del *Grande mar*, y se creyeron transportados á las llanuras sembradas de rosas que bañan el Eufrates y el Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Siria.

## NOTAS AL LIBRO XI.

<sup>1</sup> Pág. 276.—Bajo este nombre designaban los judíos el imperio romano.

<sup>2</sup> Pág. 277.—Augusto mandó hacer tres empadronamientos generales en todas las provincias del imperio: el primero durante su sexto consulado con Marco Agripa en el año 28 antes de la era cristiana; el segundo bajo el consulado de Cayo Mario Censorino y de Cayo Asinio Gallio el año 9 antes de la misma era, y el tercero y último bajo el consulado de Sexto Pompeyo Nepos y de Sexto Apuleyo Nepos el año 11 de dicha era. El segundo empadronamiento es el de quien habla san Lucas, y el decreto que lo ordenaba se expidió el año nono antes de la era cristiana. (Sueton. in Octav. 27.).

<sup>3</sup> Pág. 277.—Augusto hacía trabajar entonces una obra que contenía la descripción del imperio romano y de los países que tenía bajo su dependencia. Tácito, Suetonio, y Dion Casio hacen mención de aquel libro y de todas las descripciones ó mapas particulares que se levantaron en las provincias. Atendida el modo con que del mismo hablan, era preciso que fuese alguna cosa muy semejante al *Domesday-Book*.

<sup>4</sup> Pág. 277.—Tertuliano asegura que este fue el caso en que se halló con respecto á la Siria Sexto Saturnino que era su presidente.

<sup>5</sup> Pág. 277.—Los tres años que se emplearon en este empadronamiento ejecutado por el Prefecto ro-

mano no pueden ofrecer dificultad, porque ciertamente era necesario este tiempo para levantar el catastro de la Siria, de la Cele-Siria, de la Fenicia y de la Judca. Josab había empleado cerca de diez meses en hacer el simple censo de los hombres aptos para las armas en las diez tribus, y el empadronamiento mandado por Augusto á la época del nacimiento de Jesucristo presentaba muchas mas dificultades y exigia mas detalles, pues que no solo se extendia á todos los individuos, si que tambien á todas las cualidades de sus tierras. Guillermo el Conquistador que mandó ejecutar un trabajo semejante entre los ingleses, empleó seis años enteros, aunque el *Domesday-Book* no comprendió ni la Escocia, ni la Irlanda, ni el país de Gales, ni las islas Normandas.

\* Pág. 278. — Ninguna data ha sido mas controvertida que la del nacimiento de Jesucristo. Nosotros adoptamos la de los autores del *Arte de verificar las datas* que nos parece la mas fundada, y que fija la del nacimiento del Salvador en el día 25 de diciembre del año 748 de Roma, seis antes de la era vulgar. Según opina Baronio, el día del nacimiento de Nuestro Señor fue un viernes.

† Pág. 279. — Los asnos son en Palestina de una bellera notable.

\* Pág. 286. — Miqueas, cap. v, 2.

† Pág. 281. — Isaías, cap. xiv, 2.

\*\* Pág. 282. — No se encuentran en estas celditas mas que las cuatro paredes, polvo y algunas veces escorpiones. El guardián está encargado de dar la llave y una estera, el viajero tiene que proveerse de lo demás; y así debe llevar consigo su cama, su ba-

tería de cocinas y hasta sus provisiones. (Volney, *viaje á la Siria* ).

“ Pág. 286. — En una llanura muy agradable situada á un cuarto de legua al norte de la ciudad de Belen se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo de un valle el campo tan célebre en que esos pastores apacentaban sus rebaños durante la noche de Navidad. — Según opinion de autores graves tanto sagrados como profanos, la aparicion de los Angeles á los pastores no es el solo prodigio que haya señalado el nacimiento del Dios niño. Refiérese que durante esta noche santa florecieron las viñas de Engaddi; que en Roma el templo de la Paz se desplomó súbitamente, y que los oráculos de los demonios callaron para siempre. El solo nacimiento de Nuestro Señor fue una sentencia de destierro para estas divinidades paganas, á quienes habia sido permitido hasta entonces el proferir oráculos. Milton con un estro poético admirable describe así en una de sus primeras piezas de verso la fuga de esas pretendidas deidades en la noche de Navidad:

« Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningún  
« murmullo siniestro hace resonar palabras falaces  
« bajo las bóvedas de los templos. Apolo ahondo-  
« nando con un grito de desesperacion la colina de  
« Dellos no puede pronosticar lo futuro. Ningun é-  
« xista nocturno, ninguna inspiracion secreta salien-  
« do de una caverna profética se hace sentir al sacer-  
« dote de ojos espantados.

« Sobre las montañas solitarias y á lo largo de las  
« resonantes riberas no se oyen mas que llantos y  
« lamentaciones. El genio se ve forzado á alejarse,  
« suspirando, de las fuentes y de los valles que ha-

« lútahe en medio de los pálidos chopos; y las niñas despojadas de sus guirnaldas de flores gimen « á la sombra de los espesos matorrales.

« Los Lartos y las Larvas hacen oír sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos « hogares. Las urnas y los altares despiden auras « lúgubres y desoladoras que espantan á los fláminos ocupados en su servicio, y el mármol helado « parece cubrirse de sudor mientras que cada deidad abandona su sitio acostumbrado.

« Por y Hael huyen de sus opacos templos con « el dios arrojado de la Palestina. Astaruth bajo el « nombre de la luna, reina y madre del cielo al mismo tiempo, ya no brilla mas cercada del santo resplandor de las antorchas. El Hammon de la Libia « oculta sus cuernos, y las hijas de Tiro lloran en « vano su Thammar herido.

« El sombrío Molok se escapa dejando en la sombra á su ídolo reducido á negros carbones: en vano « el ruido de los instrumentos y de la danza llama al « rey feroz cerca de un horno ardiente. Los dioses « del Nilo de la raza de los brutos se alejan también « rápidamente, y el perro Anubis sigue á Isis y á « Osiris. »

<sup>11</sup> Pág. 287.— Chi le portava candidi agnellini:

Chi latte, chi formaggio, el ch'una pelle:

E lei (la Virgen) di tutto un poco ne accettava,

E del restante gli ringraziava.

(Cant. ital.).

<sup>12</sup> Pág. 287. — Los persas llaman la noche de Navidad *achet jaldai*, noche clara y luminosa, á causa de la aparición de los Angeles. (D'Herbelot, *bibliot. orient.*, tom. 2, pag. 294).

<sup>10</sup> Pág. 287. — El Arrabi alega el testimonio oficial de muchas personas respetables para probar un hecho muy singular del que no creo se haya hecho mención hasta este momento; y consiste en que la figura de la Virgen María con el niño Jasn (*Jesus*) sobre sus rodillas, estaba esculpida como una divinidad sobre una de las columnas mas inmediatas de la puerta de la Casba. (Burckhardt, *Viaje á la Arabia*, tom. 1, pág. 221).

<sup>11</sup> Pág. 289. — Esta particularidad, que comprueba la relacion del historiador árabe, se encuentra consignada en los Toldos, libro judío muy antiguo, y escrito en un espíritu de odio furioso contra el cristianismo. Por él se ve que Herodes el Grande y su hijo tuvieron que sostener una guerra contra una tribu del desierto que adoraba á la imagen de *Jesus* y de *María su Madre*. Esta tribu intentó aliarse con algunas ciudades de la Palestina y especialmente con la de Hai. Luego, ya que los judíos mismos colocan este suceso durante la vida de Herodes, es preciso que haya sido motivado por el degüello de los santos Inocentes, pues que el anciano rey no sobrevivió mas que un año al nacimiento del Salvador.

<sup>12</sup> Pág. 290. — Basnage, lib. 7, cap. 10.

<sup>13</sup> Pág. 291. — Algunos lo hacen discípulo de Jeremías, pero las épocas no concuerdan, y es mucho mas probable que lo fue de Daniel.

<sup>14</sup> Pág. 291. — No se está precisamente de acuerdo acerca el país de los Magos; unos los hacen venir del fondo de la Arabia feliz, otros de las Indias, lo que es nada probable. Los mejores autores les dan la Persia por patria, y esta opinion nos ha parecido la mas verdadera. Los nombres de Gaspar, Melchor

y Baltasar que se dan á los Magos son babilónicos. En efecto Babilonia, y después de su ruina Seleucia situada á una corta distancia, fueron la morada de los mas célebres astrónomos de la antigüedad. Además, esas ciudades están al oriente de Jerusalem, y se puede en veinte dias de marcha transportarse desde las orillas del Eufrates hasta Belen. Orígenes que era un sabio y muy instruido asegura que los Magos se ocupaban de astrología. Drexelius se burla de Orígenes con este motivo, lo que prueba que estaba poco versado en la historia del antiguo Oriente en que todo astrónomo era astrólogo. — D'Herbelot, cuyo nombre hace autoridad cuando se trata del Oriente, afirma tambien que los Magos vinieron de la Persia.

<sup>10</sup> Pág. 281. — Estrabon, lib. 17.

<sup>11</sup> Pág. 282. — Véase san Juan Crisóstomo, sermon 6 sobre san Mateo. — Calcidio, filósofo pagano que vivia hacia el fin del siglo tercero, hace mencion de esta estrella y de los sabios del Oriente que ella guió á la cuna de Cristo. Hé aqui lo que dice san Agustin el águila de los Doctores: « Aquel cuya muerte debia sacudir el antiguo sol hizo como parecer en su nacimiento una nueva estrella. ¿Cuál era, pues, esa estrella que jamás habia aparecido en medio de los astros, y que después nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era este un lenguaje magnífico del cielo para contar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Virgen? »

<sup>12</sup> Pág. 293. — Esta cisterna ó pozo situado en el camino de Jerusalem lleva todavia el nombre de *cisterna de los tres Reyes ó de la estrella*, en memoria de este suceso. (Viajes de Jesucristo).

<sup>22</sup> Pág. 204. — Brazaletes antiguos adornados de diamantes y de perlas que los Sátrapas de la familia real llevaban encima del codo; el rey de Persia y sus hijos llevan todavía los *boxubenda*. (Véase Marier, viaje a Persia y Armenia.).

<sup>23</sup> Pág. 208. — Algunos se han reído de los temores que causaba á Herodes un vástago de la familia de David; sin embargo no fue Herodes el único que persiguió á esta noble familia en odio de sus antiguos derechos y de sus gloriosas esperanzas. Eusebio, según el testimonio de Hegesipo, refiere que después de la conquista de Jerusalem Vespasiano ordenó buscar y destruir la posteridad de David: bajo el imperio de Trajano la persecución duraba aun. Finalmente Domiciano se hizo candorir á Roma dos vástagos de esa raza ilustre que descendían del apóstol san Judas. El Emperador después de haberles interrogado, sabiendo que solo poseían 20 fanegas de tierra que cultivaban con sus propias manos les permitió volver á su patria, tranquilizada su ambición por su pobreza.

<sup>24</sup> Pág. 303. — Los reyes de Persia administraban la justicia de un modo enteramente patriarcal. Ellos tenían encima de su cabeza una campana de oro, y á esta campana estaba atada una cadena cuyo extremo pendía en la parte exterior de las paredes del palacio: cada vez que sonaba la campana, los oficiales del príncipe salían de sus habitaciones é introducían delante del *Gran Rey* á los suplicantes que pedían justicia al mismo príncipe, y este se la administraba inmediatamente y con equidad. (Antar, trad.).

<sup>25</sup> Pág. 303. — El barrio llamado *Betesda* ó la ciudad nueva, que Herodes había reunido á Jerusalem,



estaba situado al norte del templo, y comprendía la piscina inferior, la piscina probética y el palacio de Herodes.

<sup>10</sup> Pág. 303. — Nosotros hemos seguido á los autores que pretenden que Herodes pasó á Jericó, donde estuvo algun tiempo enfermo, en el momento en que los Magos se dirigieron hácia Belén: esto concuerda de todo punto con lo que refiere el Evangelio; porque si Herodes se hubiese hallado en Jerusalén al tiempo del regreso de los Persas, estos le hubieran visto probablemente antes del aviso del Ángel, que no les comunicó los proyectos del rey hasta la primera noche de viaje. La enfermedad de Herodes dexándole su atención de los Magos y del Niño dejó á aquellos la libertad de volver pacíficamente á su patria, y á la santa Familia el tiempo de emprender otra vez el camino de Nazareth.

<sup>11</sup> Pág. 305. — Estas esferas compuestas de círculos de oro agujerados como las de nuestras esferas armilares dan rápidas vueltas cuando nace el sol. Véase todavía en Oulam en donde los quibros tienen un templo. (Rabbi Benjamín.).

<sup>12</sup> Pág. 306. — Existió, según dicen los magos, al pié del monte Cáucaso y en las orillas del mar Caspio una raza de criaturas llamadas dives y peris: los dives eran unos gigantes y los peris unos sabios pacíficos; unos y otros salieron de las manos del Eterno largo tiempo antes que el hombre que reina actualmente sobre la tierra; los dives han gobernado el mundo durante siete mil años, y los peris que les sucedieron, han ejercido el mismo poder durante dos mil años. Los árabes les dan el nombre común de quibos. El país habitado por los peris estaba siem-

do, según los magos, bajo el mas hermoso cielo del mundo, se llamaba el *Gimistán*, y era la habitación de las hadas. Esos poderosos seres mandaban á la naturaleza, disponían de los elementos y creaban todo lo que podía complacerles. Las hadas debían sin duda amar á los diamantes, pues que estaba enteramente construida de ellos la ciudad capital del *Gimistán*. De un golpe de varilla los diamantes, los rubies, el oro, los mármoles, los cristales preciosos se cortaban y elevaban en pórticos; las aguas mas cristalinas corrían por entre yerbas siempre frescas, y bajo sombreros siempre verdes.

<sup>20</sup> Pág. 307.— Los Magos recibieron el bautismo de manos de santo Tomás: créese que sufrieron el martirio en la India donde predicaban el Evangelio.

---

## LIBRO XII.

---

### LA PURIFICACION.

---

Cuarenta dias después del nacimiento del Salvador la Virgen se dirigió á Jerosalen para obedecer al precepto del Levítico que prescribía la purificación de las madres y el rescate de los primogénitos. Sin duda esta ley no obligaba á María, porque ¿qué había de comun entre la mancha y la casta Esposa del Espíritu Santo? Pero María á pesar de su sublime inteligencia no discutía las leyes de Moisés, sino que las observaba. Bien lejos de manifestar al mundo el prodigio asombroso de su maternidad virginal, ella le cubrió con un triple velo, y quiso confundirse humildemente entre la multitud: ella se acordó de sus deberes como hija de Sion y descuidó para llenarlos sus prerogativas de Madre celestial; *Mariam*

*supra legem fecerat gratia* (dice san Agustín),  
*sub lege fecit humilitas.*

En el momento en que José y María penetraban en el sagrado recinto con los ciclos de plata del rescate y las palomas del sacrificio, un santo viejo llamado *Simón* á quien se habia revelado por disposicion divina que no moriria sin que antes hubiese visto al Cristo del Señor, entró en el atrio por un movimiento del espíritu de Dios. A la vista de la santa Familia el pecho del hombre justo se sintió inspirado; y adivinando al rey Mesías bajo los pobres pañales del hijo del pueblo, le tomó de los brazos de su Madre, le levantó á la altura de su rostro, y se puso á contemplarle con el mayor pasmo, mientras que lágrimas de gozo rodaban sobre sus venerables mejillas. «Ahora es cuando, ó Señor (exclamó el piadoso anciano levantando sus ojos humedecidos al cielo) ahora es cuando vos dejaréis morir en paz á vuestro servidor segun vuestra palabra, pues que mis ojos han visto al Salvador que Vos nos habeis dado, y á quien destináis para estar expuesto á la vista de todos los pueblos, como

«la luz de las naciones y la gloria de Israel.» Acabando estas palabras Simeon bendijo solemnemente á los dos esposos, y dirigiéndose en seguida á María, después de un silencio triste y grave añadió, que este niño nacido para la pérdida y salvacion de muchos seria objeto de la perversidad de los hombres, y que el dolor traspasaria el alma de su Madre como la punta acerada de un cuchillo.

A esa luz inesperada que arrojaba una sombría claridad sobre el gran destino del Cristo reveláronse de repente á la santa Virgen las ignominias, los tormentos y las agonias de la Cruz. Las aciagas palabras de Simeon hicieron encorvar su cabeza como un viento de tempestad, y su corazón en que pasaba una escena muda de martirio experimentó una cosa semejante al contacto de un hierro incandecente que se hundiera lentamente en carne viva y chorreante \*. Pero María sabía aceptar sin quejarse todo lo que le venia de Dios; sus labios pálidos se arriaron á ese cáliz de absintio y de hiel: ella lo agotó hasta las heces, y dijo en seguida con dulzura y devorando sus lágrimas: Se-

*Por, hágase vuestra voluntad.* « Si ella hubiese  
« podido (dice san Buenaventura) , hubiera  
« aceptado para sí misma los tormentos y la  
« muerte de Cristo; pero para obedecer a  
« Dios le hizo la grande ofrenda de la vida  
« de su adorado Hijo, dominando, si bien  
« con un profundo dolor, la extremada ter-  
« nura con que le amaba ». En este ins-  
tante compareció una profetisa llamada Ana  
hija de Fanneel de la tribu de Aser: esta cas-  
ta viuda estaba confianamente en el templo  
sirviendo á Dios noche y día en el ayuno y  
en la oracion. A la vista del divino Niño se  
puso en altas voces á alabar al Señor y á  
hablar de él á todos los que esperaban la  
redencion de Israel.

« No solamente (dice con este motivo san  
« Ambrosio) los Ángeles, las Profetas y los  
« pastores publican el nacimiento del Sal-  
« vador, si que tambien los justos y los an-  
« cianos de Israel hacen brillar esta ver-  
« dad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos an-  
« torizan esa creencia confirmada con tan-  
« tos milagros. Una Virgen concibe, una  
« mujer estéril pare, un mudo habla, Eli-  
« sabet profetiza, el Mago adora, un niño

«encerrado en las entrañas de su madre  
«hacer sentir su alegría, una viuda confiesa  
«ese suceso maravilloso, y el justo lo es-  
«pera.»

Como el último patio del templo estaba prohibido á María, y como el Niño por razón de su sexo debía allí ser ofrecido al Señor, José le llevó á la sala de los primogénitos preguntándose á sí mismo si las escenas que acababan de suceder á la entrada de Jesús en la santa Casa se renovarían en el atrio de los pontífices hebreos. Pero nada descubrió al niño Dios en esa parte privilegiada del templo, todo quedó en frío silencio bajo los naciescentes rayos del *mucho Sol de justicia*. Un sacrificador desconocido á José recibió con distracción de las manos callosas del hombre del pueblo á quien miraba como *bayura del mundo* las tímidas aves prescritas por la ley, y ni siquiera se dignó honrar á Cristo con una mirada. El amor del oro, esa vergonzosa idolatría que esconde entre sombras su culto ignorado cuando le queda todavía algún resto de pudor para avergonzarse de él, el amor del oro había cambiado en dura piedra el co-

razón estrecho, egoísta y lleno de pasiones \* de la mayor parte de los príncipes de la Sinagoga: dejando el monopolio de las virtudes y de las privaciones á los simples levitas \*, ellos pasaban cerca del indigente que yacía sobre sus umbrales de mármol, y del viajero mortalmente herido en el camino de la montaña desviando la cabera con indiferencia; en el fondo ellos no amaban á Dios ni á los hombres. Y hé aquí lo que nuestro Señor, que instituyó un sacerdocio todo de caridad, les reprocha con una santa y punzante ironía en la sublime parábola del Samaritano. Así como lo había anunciado Malaquías, *Dios maldecía sus bendiciones* y apartaba sus miradas de su templo, que bien pronto iba á entregar al hierro y fuego de los romanos.

La presencia del Mesías que abrasaba el corazón de los discípulos de Emaús, aun antes que hubiesen reconocido á su Maestro en la fracción del pan, deslizóse sobre el alma de los Aarónitas como el rayo de la primavera se desliza sobre las eternas nieves del Ararat. Este momento solemne que suspendía en torno del trono de Dios



los cánticos sagrados y fijaba las miradas de la Milicia celestial sobre un solo punto del universo, este momento vaticinado por Ageo en que la gloria del segundo templo ofuscaba la del primero, pasó desapercibido por delante de los ojos oscurecidos de los sacerdotes y de los doctores: ninguno reconoció *la ofrenda pura y nunca manchada* que había profetizado Malaquías. El deseado de las naciones, Aquel cuyos ángeles habían preparado el camino, el gran Redentor tan prometido y esperado estaba allí corporalmente, en su santa Casa, y nadie pensaba en recibirlo con palmas gritando sobre las murallas almenadas del templo y sobre los techos de Jerusalem: *¡hosanna al hijo de David!* Preciso era á esos hombres un Dios sometido á sus miras privadas, un Dios esclavo del Sanedrín<sup>1</sup>, un Dios cubierto con los despojos teñidos en la sangre de Alejandro!

Y el niño Dios, que había reconocido al atravesar Jerusalem los sitios de la redención, contaba en silencio sus verdugos en esa multitud grave y dorada; en medio de los coros de música que cantaban sobre el

arpa himnos de alabanza al Eterno, el Cristo distinguía las voces orgullosas y perversas que mas tarde debían gritar violentamente: *¡crucifícale, crucifícale!*

¡Raza de Aarón! ¿dónde existes tú ahora? el soplo vengador del Crucificado te ha esparcido como una ligera paja en todas las direcciones del globo; absorbida en esas masas que tú despreciabas, ya no te conocen los compañeros de destierro! Pero entonces poco cuidadosa del porvenir que se iba oscureciendo sobre sus cabezas, los sacrificadores hebreos ofrecían al Dios, que los desechaba, las víctimas escogidas de los grandes y del pueblo. Uno de ellos tomó las palomas de José, subió la gradería suave del altar de los holocaustos, y ofreció al Señor este sencillo y pobre sacrificio.

«Después que José y María hubieron cumplido lo que estaba ordenado por la ley del Señor (dice san Lucas), se volvieron á Galilea, á Nazareth su ciudad\*»

## NOTAS AL LIBRO XII.

<sup>1</sup> Pág. 318. — Los árabes dan á Simeon el título de *Siddiq*, el que verifica, á causa de que dió testimonio de la venida del verdadero Mesías en la persona de Jesús hijo de María, que todos los musulmanes están obligados á recibir como tal. (D'Hérbelot, biblioteca oriental, tom. 3, pág. 266).

<sup>2</sup> Pág. 319. — Reina mía, dice á este propósito san Anselmo, yo no puedo creer que Vos hubiéseris podido vivir un solo instante con semejante dolor, si Dios que da la vida no os hubiese confortado.

<sup>3</sup> Pág. 320. — San Buenaventura, part. 1, dist. 48, 9, 2.

<sup>4</sup> Pág. 321. — Frid., hist. de los jud.

<sup>5</sup> Pág. 322. — Los doctores judíos tenían entonces y aun conservan una máxima que horroriza: ellos enseñan que aquel que no alimenta su odio y no se venga es indigno del título de rabino. (Beaupo, libro 6, pág. 262).

<sup>6</sup> Pág. 322. — El lujo y la avaricia de los príncipes de los sacerdotes de Jerusalem eran increíbles. Los pontífices enviaban por los campos á arrchatar los diezmos en las haciendas y se los apropiaban; lo que reducía á los simples sacerdotes á vivir de nuecos y de legos. A la primera queja los desgraciados levitas acusados de revuelta y de insubordinacion eran entregados á los romanos: el gobernador Félix echó una vez cuarenta en la cárcel para complacer á los príncipes de la Sinagoga. (Véase Josefo, anti-

güedades judaicas, lib. 1, y Bossage, lib. 1, cap. 4, pág. 123).

<sup>1</sup> Pág. 323. — Bossage, lib. 6, cap. 25.

<sup>2</sup> Pág. 324. — Hemos seguido la narracion de san Lucas, á san Juan Crisóstomo y otros autores haciendo marchar la santa Familia para Nazareth despues de la purificacion. Este es el único medio de concordar á san Mateo que no habla de los maravillosos sucesos de la presentacion al templo con san Lucas que nada dice sobre el degüello de los Inocentes y de la huida á Egipto. «¿Qué dirémos nosotros para conciliar esos dos Evangelistas, dice san Juan Crisóstomo, sino es que el regreso á Nazareth precedió á la huida á Egipto? Porque Dios no mandó á José y á Maria el huir á Egipto antes de la purificacion, á fin de que la ley en nada fuese violada. Pero llenado este deber, ellos volvieron espontáneamente á Nazareth donde recibieron la orden de huir á Egipto.»

---

## LIBRO XIII.

---

### LA HUIDA Á EGIPTO.

---

Apenas José y María hubieron regresado á la baja Galilea, se vieron obligados á emprender un lejano y peligroso viaje, cuyo término era el país del destierro. Una noche el Ángel del Señor apareció en sueños á José: «Levántate, le dijo, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto y permanece allí hasta tanto que yo te avise sobre tu vuelta, porque Herodes va en busca del Niño con intencion de matarle.» Á estas palabras José todo azorado se levanta, adora al Señor y corre á despertar á María que dormia el sueño dulce y tranquilo de los Ángeles cerca de la cuna de su Hijo. La tierna Madre comprende bien pronto la necesidad de tan acelerada como oculta huida. Ella arroja sobre su Hijo una mirada llena de angustia, reúne corriendo algunas

provisiones, algunos pañales y vestidos de que tenían necesidad durante su fuga; después de lo que precedida de José y llevando á Jesús en sus brazos se aleja de la ciudad natal en que todo reposa á la luz de los astros nocturnos.

Las profecias de Simeon se habian verificado bien presto: nacido apenas, la persecucion de un tirano venia á buscar á Jesús en su misma cuna, y su Madre tan pura, tan jóven y tan santa se veia obligada á huir durante la noche, como si fuese criminal, en compañía de un hombre de cabellos blancos que podia solamente oponer la paciencia y el ruego á la lanza del árabe emboscado en los desfiladeros de las montañas ó á la persecucion homicida de los soldados de Herodes. Parecia que Dios mismo abandonaba á su suerte á esta santa Familia, porque intimando á José la orden de la marcha el Ángel no les prometió protegerlos durante el viaje. El esposo de la Virgen comprendió que no habiendo llegado todavía el momento solemne de la manifestacion de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Herodes por medios sa-

cados de la simple prudencia humana. A José, pues, quedaba todo el cuidado y todo el honor de esta peligrosa empresa; á él, pobre y oscuro viejo, el cargo de derrocar los planes, de burlar las tramas, de engañar la sospechosa vigilancia de un tirano receloso, hábil y servido por sus emisarios como un despota del Oriente. ¿Qué será de ellos y qué partido tomar si se hacia algun fatal encuentro en el camino de Jerusalem? La pronta marcha de los Magos habia despertado las sospechas de Herodes, sospechas que se justificaron con las palabras de Ana y de Simeon; las investigaciones ocultas, las sordas pesquisas emperaban ya, y nadie podia decir donde se detendria el principe sanguinario que derramaba el oro con profusion en las manos enrojecidas del asesino. Cuanto mas José ahondaba su pensamiento, mas presentia alguna medida horrible, cuyo vago terror le helaba la sangre en las venas. Por su parte Maria pálida y silenciosa como la muerte pasaba sus timidas miradas por las hondonadas de los valles, las espesuras de los bosques ó lo largo de las sinuosidades solitarias de la vere-

da peñascosa y difícil que José había escogido como la mas segura y apartada de las habitaciones de los hombres. La luna alumbraba con sus rayos suaves y aterciopelados esa marcha silenciosa que una hermosa noche oriental ocultaba bajo sus velos de azul.

«Erase todavía en la estacion de invierno» (dice san Buenaventura); y al atravesar la Palestina la santa Familia debió «escoger los caminos mas ásperos y solitarios. ¿Dónde se habrá alojado durante «las noches? ¿qué lugar habrá podido escoger durante el día para reponerse un «poco de las fatigas del viaje? ¿dónde habrá «tomado la frugal comida que debia sostener sus fuerzas?»

La tradicion calla sobre una gran parte de ese interesante y peligroso itinerario. Sin duda los santos Viajeros hicieron marchas largas y penosas á través de las montañas aprovechando las primeras horas del día y aguardando tambien con frecuencia para partir la salida de la luna. Mientras que atravesaron la Galilea, las grutas profundas que hay en ella llenas de sinuosidades



desconocidas, en que es muy fácil ocultarse á todas las miradas, les ofrecieron un lugar de reposo y abrigo, pero tambien esas cuevas con sus huecos ó cavernas tenian sus peligros, porque bandas numerosas de ladrones, que largo tiempo tuvieron ocupadas todas las fuercas del reino y á quienes la enfermedad de Herodes animaba á comparecer de nuevo \*, las escogian ó preferian para sus plazas de seguridad: el temor de penetrar sin saberlo en una de esas guaridas de asesinos debió mas de una vez hacer vacilar á José en la entrada protectora de esas retiradas cavernas.

En fin, después de mil peligros, mil incomodidades de toda especie la santa Familia habrá llegado á las cercanias de Jerusalem. Aquí multiplicáronse las precauciones y las inquietudes en razon de la inminencia del riesgo; los fugitivos no se atrevian á acercarse á las ciudades, ni aun á las poblaciones mas numerosas, en que una nube de espías y delatores tenian la vista fija sobre los forasteros; ellos seguian la direccion de los arroyos, ocultábanse en caminos ignorados ó bajo las húmedas en-

ramadas de los bosques, no atreviéndose á separarse para renovar sus provisiones agotadas, y sufriendo á un tiempo, miedo, frío y hambre; ellos habian pasado mas allá de Anathot y se dirigian por el lado de Rámila á fin de hajar á las llanuras de la Siria; con el afán de sustraerse á una peligrosa vecindad habian aprovechado algunas horas de la noche, cuando vieron desembocar de una oscura barranca unos hombres armados que les impidieron el paso. El que parecia ser jefe de esa tropa de bandidos se avanzó del grupo hostil para reconocer á los viajeros. José y María se habian detenido mirándose con inquietud, Jesús dormia. El salteador que venia para tomar sangre ó oro arrojó una mirada de asombro sobre ese viejo sin armas muy semejante á un patriarca de los antiguos tiempos, sobre esa mujer cubierta de un velo que parecia querer ocultar su hijo en su corazon, tanto era lo que le apretaba contra su pecho con afán el mas doloroso. Ellos son pobres (dijose el bandido á si mismo) y viajan de noche como unos fugitivos!... tal vez tenia tambien un hijo en la cuna; tal vez la atmós-

lera de dulzura y misericordia que rodeaba á Jesús y á María obró sobre esa alma feroz. El hajo la punta de su lanza y tendiendo á José una mano amiga le ofreció hospedaje para la noche en su fortaleza suspendida al ángulo de una roca, como el nido de una ave de rapiña. Este ofrecimiento hecho con franqueza fue aceptado con una santa confianza, y el techo del bandido fue en esta ocasion hospitalario como la tienda del árabe \*.

El dia siguiente hácia la mitad de él la santa Familia se detuvo en medio de un inmenso bosque de palmeras, nopales é higueras silvestres que se extiende á corta distancia de Rámila : un entapizado de siempre vivas, de narcisos y de anémonas recibió al Soberano del cielo y de la tierra; los calores del verano reinaban en la llanura, y el gorjeo de los pájaros, el perfume de las plantas, la espesa sombra de las higueras y el ruido lejano de una fuente adormecieron á Crisio. Después de un breve alto cuyos momentos fueron contados, los Viajeros se pusieron en marcha. Ignórase el motivo que les determinó á dirigirse sobre Belca;

la tradicion ha conservado el recuerdo de su tránsito y los cristianos han elevado un altar en la gruta, en que María se ocultó con su Hijo \* mientras que José subia á la ciudad, ya sea para informarse de la marcha de una caravana, ya sea para trocar por un camello indispensable en el desierto la lenta cabalgadura. Sea cual fuere el motivo que condujo á José y Maria al mismo cráter del volcan, no es dudoso que solo se detuvieron pocas horas y que se dirigieron con toda diligencia á una ciudad marítima de los filisteos para unirse á la primera caravana, cuyo destino fuese el Egipto.

Si se consultan los eruditos calculos de los cronologistas que no admiten intervalo en este largo viaje, los santos Esposos debieron encontrar una caravana que estaba de partida en las costas de la Siria. Esto es tanto mas verosímil, cuanto que se estaba cerca del equinoccio de primavera, y cada uno queria anticiparse á la estacion en que el *Simoon* ejerce su imperio en el desierto y vuelve su mar de arena tan pérvida como las mismas olas †. A excepcion de la inquietud mortal por la encarnizada persecu-

cion de Herodes, la segunda parte del viaje de la santa Familia no cedió á la primera ni en fatigas, ni en padecimientos, ni tampoco en inseguridad. Partiendo de Gaza, cuyas torres medio arruinadas resonaban por el estruendo de las olas, los Viajeros no vieron delante de sí mas que inmensas soladuras de arena de un aspecto desolador y de un desabrigo horroroso que abría á surcos el viento alhasador del desierto, y sobre las cuales se desplomaba un cielo de fuego. Nada de vegetacion sino es algunos secos matorrales que crecian de trecho en trecho sobre montecillos aislados; nada de agua, si no es el manantial salobre en que la Virgen y José cansados, pobres y á quienes nada protegía, no podian apagar su sed sino después que los ricos mercaderes, sus esclavos y camellos la habian casi agotado, y que de esa agua turbia y reducida apenas quedaba con que llenar el hueco de la mano. Cuanto mas se alejaban de las fronteras de la Siria, mas se hacia sentir la sed y mas raras eran las fuentes. A veces distinguíase á lo lejos en medio de una llanura sin limites un grande lago azul y claro co-

mo el lago de Tiberiades; reflejábase el cielo en sus aguas transparentes, en que se veía la imágen de una palmera solitaria; un grito de alegría marcaba ese descubrimiento, apresurábase el paso de los camellos, y Maria levantaba su cabeza desflorida como una rosa de Saron á la proximidad de la lluvia. Tocábase ya ese lago bendito, en el que con la imaginacion apagaban todos la sed; pero ¡oh miseria! un demonio burlon se llevaba el lago algunas leguas mas lejos, y no dejaba en su lugar mas que una arena inflamada \*.

Al acercarse la noche hacia alto la caravana, descargábanse los camellos que eran atados en círculo á unas estacas fijadas muy hondo en la arena, y cada mercader despues de haber tomado su comida de dátiles y leche se entregaba al sueño bajo su tienda de fieltro esperando la salida de la luna. Los esclavos y los viajeros pobres, entre los cuales estaban el Hijo de Dios, su divina Madre y José, sentábanse sobre una estera de juncos extendida en el suelo sin otra techumbre que el firmamento, y recibían sobre sus miembros lánguidos por el

calor y reventados de fatiga el soplo helado de la noche \*. Resonaba con frecuencia un grito de alarma; eran los árabes del desierto que caracoleaban al rededor de la caravana entregada al sueño al resplandor equivoco y vacilante de las estrellas. Una nube de flechas anunciaba su partida acompañada por los gritos de dolor de los heridos. Entonces la tierna Virgen, que de su mismo cuerpo habia hecho un baluarte á su adorado Hijo, levantaba hácia al cielo sus ojos llenos de lágrimas y su frente pálida por el terror: ¡harto sabía ella que su Jesús podia morir como el último de los hijos de los hombres!

Cuando la luna derramaba su blanca luz sobre ese desierto sin sombra y sin ruido, en que las brisas de la soledad no encontraban un solo tallo de yerba para formar un suspiro, doblábanse las tiendas; el jefe de la caravana consultaba la estrella del polo, y la penosa marcha volvía á empezar con todas las incomodidades, sufrimientos y sustos experimentados y previstos desde la vigilia.

Finalmente llegase á los confines de esa

region de prestigios y de silencio; el Egipto, esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrias ofreciose á la vista de los Viajeros con sus obeliscos de granito color de rosa, sus templos con cúpulas de pulido acero <sup>16</sup>, sus colosales pirámides, sus pueblos parecidos á islas y su río providencial arlado de cañas y cubierto de barquichuelos. Ese país parecia mas rico, mas poblado, mas comerciante que la Judea, ¡pero era el país del destierro! ¡del otro lado del desierto se hallaba la patria! el corazón de los desterrados de Israel se habia quedado en ella.

Después de un viaje de ciento cuarenta leguas <sup>17</sup> los fugitivos llegaron á Heliópolis, la ciudad natal de Moisés <sup>18</sup>, en que su pueblo habia fundado una colonia. En esta ciudad elevábase el templo de Jehová que Ontas habia hecho construir sobre el plan de la santa Casa; los adornos de ese templo egipcio igualaban casi los del otro; solamente en señal de inferioridad una maciza lámpara de oro suspendida en la bóveda reemplazaba el famoso candelero de siete brazos de Jerusalem. A la puerta de la ciu-



dad, cuya poblacion se componia en gran parte de egipcios y de árabes idólatras, habia un árbol majestuoso del género de los *mimosa* ó sensitiva, al cual tributaban una especie de culto los árabes del Yemen establecidos en las orillas del Nilo<sup>12</sup>. Al acercarse la santa Familia el árbol idolo bajó lenta y graciosamente sus sombrías ramas como para ofrecer el *salem* al joven Dueño de la naturaleza que Maria llevaba en sus brazos<sup>13</sup>. Y si se debe creer á Paladio y á un gran número de piadosos escritores, en el momento en que los divinos Viajeros pasaban bajo los arcos de granito de la puerta principal de Heliópolis, todos los ídolos del templo vecino cayeron de rostro contra la tierra<sup>14</sup>.

José y Maria no hicieron mas que atravesar la ciudad del Sol, y se dirigieron á Matarieh, hermoso pueblo sembrado de sicomoros, en que se encuentra la única fuente de agua dulce que haya en Egipto; allí en una habitacion semejante á una colmena de abejas, en que hacian su nido las palomas, la Familia refugiada respiró en paz lejos de Herodes que hacia ejecutar en-

tonces en un parasismo de rabia el degüello de los santos Inocentes <sup>14</sup>.

Segun una multitud de autores graves y respetables autoridades <sup>15</sup>, que tienen á su favor la tradicion y la verosimilitud, la santa Familia estuvo siete años en Egipto, donde se hallan todavia vestigios de su permanencia. La fuente en que Maria iba á lavar los pañales del Niño <sup>16</sup>, el otero cubierto de zarzales en que los ponía á secar al sol, el sicomoro á cuya sombra gustaba la amable Virgen sentarse con su Hijo sobre sus rodillas <sup>17</sup>, alli existen todavia hace diez y ocho siglos; los peregrinos de Europa y de Asia saben su camino, y los descendientes de los Faraones se complacen en enseñarlo. A cada lugar está pegada, como el musgo á las húmedas paredes de una ruina religiosa, alguna leyenda o inscripcion sencilla de los antiguos tiempos <sup>18</sup>.

Maria en Nazareth habia llevado una vida humilde y laboriosa; pero no habia padecido ni las vigiliás, ni el temor horrible, ni las duras y terribles privaciones que arrastra consigo la indigencia; en Heliópolis pasó por el crisol de la pobreza y experi-

mentó la miseria bajo todos sus aspectos. El oro de los Persas estaba agotado<sup>21</sup>; fue preciso crearse recursos, cosa difícil léjos de su patria y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias que miraba con desprecio á los extranjeros. El hijo de David y de Zorobabel se hizo simple jornalero, y la Hija de los reyes trabajaba una parte de las noches para suplir al corto é insuficiente salario de su Esposo. Como eran pobres (observa san Basilio), es evidente que debieron entregarse á penosos trabajos para procurarse lo necesario.... ¿Pero este necesario lo tenían siempre? Con frecuencia (dice Landolfo de Sajonia) el niño Jesús acosado por el hambre pidió pan á su Madre que no podía darle otra cosa que sus lágrimas!...

El Ángel del Señor vino por fin á poner término á unas angustias sufridas con tanta paciencia y valor. José fue avisado en sueños de la muerte de Herodes. « Levántate » (dice el Ángel), toma al Niño y á su Madre, y vuelve al país de Israel, porque « los que buscaban al Niño para quitarle la vida ya no existen. »

José levantándose tomó al Niño y á la Madre, y púsose en camino para regresar al país de Israel.

« Pero habiendo sabido que Arquelaos reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo recelo de ir allí; y habiendo recibido, mientras que dormía, un aviso del cielo, se retiró á la Galilea. »

Así fue cumplido el oráculo del Señor. *Ex Agypto vocavi filium meum*, yo he llamado á mi Hijo de la tierra de Egipto \*\*.

## NOTAS AL LIBRO XIII.

<sup>1</sup> Pág. 330. — Hacia la mitad del febrero, estación aun fría en las montañas del interior en que la temperatura, segun Mr. de Volney, es muy semejante á la nuestra; las llanuras de la Siria por el contrario sufrían ya los calores del verano. (Véase la nota 3 del libro IV).

<sup>2</sup> Pág. 330. — San Buenaventura, *De vita Christi*.

<sup>3</sup> Pág. 331. — Esas bandas armadas, fuertes á veces de dos ó tres mil hombres, eran mandadas por jefes experimentados que dieron mucho que hacer á Herodes y á los romanos. Algunos tenían un objeto político y hacían una especie de guerra de partidarios; otras no eran mas que una reunion de asesinos que llevaban unos largos pañales ocultos bajo sus vestidos, y mataban á aquellos de quienes que-

rian desbaratas hasta en las calles de Jerusalem. (Jusefu, de bello Jud., l. 21.)

\* Pág. 331. — El sitio en que la tradición local ha colocado esta escena y en el que se ven todavía las ruinas de la fortaleza del bandido, continúa en tener muy mala fama. Durante las cruzadas los franceses á quienes era familiar dicha tradición habían transformado al jefe de bandidos en un señor feudal: es raro sin embargo, dice el Padre Nau con una seriedad admirable, que un señor de guerra se convierta en ladrón de caminos reales: los cruzados entendían mejor la historia que el Padre Nau. Hase añadido á esta leyenda, que parece auténtica, un cuento que nosotros no garantizamos, pretendiendo que el bandido hospitalario era el buen Ladrón en propia persona.

\* Pág. 331. — Es un paraje sumísimo en que la tradición coloca uno de los altos ó períodos de la santa Familia: véase en él todavía las ruinas de un monasterio. (Biner, de Paris á Jerus., tom. 3).

\* Pág. 332. — Esta gruta se llama la gruta de leche de la Virgen, porque se cree que algunas gotas de leche de la Madre de Dios cayeron sobre la peña mirrosina daba de mamar al niño Jesús.

† Pág. 334. — Los árabes llaman al viento ráfido del desierto Simoun ó veneno: púdiere compararse su impresión á la que se recibe de la boca de un horno ardiente en el momento de anear el pan. Esos vientos soplan con mayor frecuencia durante los cincuenta días que rodean á los equinoccios. (Valney, viaje á Siria.).

\* Pág. 336. — Este es el fenómeno conocido bajo el nombre de miraje ó reverbero. Durante la espe-

dición que hicieron los franceses en Egipto en 1797 los soldados recorriendo los áridos desiertos de este país abrasado, devorados por la sed eran con frecuencia engañados por esa cruel ilusión. Todas las objetos que sobresalían de la tierra y se ofrecían á sus ojos en medio de esos mares de arena les parecían rodeados de agua: así un montecillo que descubrían de lejos les parecía que se elevaba en medio de un lago. Percibiendo de necesidad corrían allí, pero llegados al mismo lugar reconocían su error: el lago había huido y se mostraba mas lejos á sus ávidas miradas. (Fellens, del *mirage*, art. 6).

<sup>20</sup> Pág. 337.— Aunque los días sean ardentísimos en el desierto en esta estación, las noches son muy frías. (Vol. — Sav.).

<sup>21</sup> Pág. 338.— Encima de la cúpula del santuario del templo principal de Heliópolis observábase un inmenso espejo de acero bruñido que reflejaba los rayos de la luz celeste. Otra semejante existía en la mas alta del faro de Alejandria, y la imagen de los navíos se reproducía en él mucho tiempo antes de que apareciesen en el horizonte. (Corresp. de Oriente, tom. 3. — Cartas de Savary).

<sup>22</sup> Pág. 338.— Véase Barad, tomo 1, cap. 8.— El autor de los Viajes de Jesuérsto no cuenta mas que cien leguas; pero tal vez omite los rodeos de los caminos.

<sup>23</sup> Pág. 338.— *Moses, ut accepit á grandioribus natu ægyptiis, Heliopolitana erat.* (Josef., lib. 2 contra Appionem).

<sup>24</sup> Pág. 339.— Los árabes que habían gradualmente olvidado al Dios de Abraham adoraban entonces una multitud de ídolos mas extravagantes los unos

que los árabes. La palmera, dice Arraki, era adorada por la tribu de Khazna, y los Beni-Thakil veneraban una cruz; un grande árbol llamado *notarouat* era adorado por los Kotrisc, etc. Los persas calificaban desdenosamente á los árabes con el título de adoradores de las piedras.

<sup>15</sup> Pág. 338.— Debemos á Sozomeno esta particularidad, que es preciso tener algun valor para reprobársela en este siglo baston, y que sin embargo apenas puede llamarse un milagro. Es cierto que existe en la Arabia un árbol del género de las sensitivas y mimosas que abaja sus ramas al acercársele un hombre. Niebuhr, que no es sospechoso de credulidad, ha hallado este árbol en el Yémen, y los árabes que le dan el nombre de árbol hospitalario le tienen en tanta veneracion que no permiten arrancar una sola hoja. Si esta mimosa por un fenómeno natural abaja sus ramos á la cercanía del hombre, con mayor razon debió abajarlos á la cercanía del Hijo de Dios.

<sup>16</sup> Pág. 339.— Paladio no es el único que refiere ese milagro: lo atestiguan igualmente Doroteo mártir, Sozomeno, san Anselmo, san Buenaventura, Lira, Dionisio Cartujano, Testado, Ludolfo, Barradio, etc.

<sup>17</sup> Pág. 340.— Este hecho evangélico se comprueba no solamente por nuestros Libros sagrados, si que tambien por el testimonio de los judíos y los paganos. (Macrobio, lib. 11, cap. 4 de los Saturnales. — Orígenes contra Celso, lib. 11, cap. 18. — Toldeo, Hndr., p. 12, 14, 20). — Véase tambien la erudita historia del nuevo Testamento por el abate James.

<sup>18</sup> Pág. 340.— Vid. Trumbel. in VII. Dris. Jo-

charism in dis. ad Hist. Eccl. — Ansel. Cantual. — Euseb. — Santo Tomás.

\* Pág. 340. — Esta fuente se llama todavía *fuenta de María*: una antigua tradición refiere que la santa Virgen bañaba en ella al niño Jesús. Desde los primeros tiempos del cristianismo los fieles edificaron en este lugar una iglesia; mas adelante los musulmanes construyeron una mezquita, y los discípulos de ambas creencias iban á pedir á la *fuenta de María* la curacion de sus males. La fuente todavía existe: las peregrinaciones continúan; pero no queda ningún vestigio ni de la iglesia ni de la mezquita. (Savary, tom. 1, pág. 122. — Corresp. de Orient. tom. 6, pág. 3).

\* Pág. 340. — No lejos de la fuente se me hizo entrar en un cercado plantado de árboles: un musulmán que nos conducía nos hizo detener delante de un sicómoro y nos dijo: « Hé aquí el árbol de Jesús » y de María. » Vansleb, cura de Fontainebleau, refiere que el antiguo sicómoro había caído de yerex en el año 1036; los Padres Franciscanos del Cairo conservaban piadosamente en su sacristía los últimos restos de ese árbol: ya no quedaba en el jardín mas que un tronco, del que provino sin duda el árbol que hemos visto. El general Kleber después de su victoria de Heliópolis quiso visitar como peregrino el árbol de la santa Familia, y escribió en nombre en la corteza de una de sus ramas; pero este nombre ha desaparecido después borrado por el tiempo ó por una mano envidiosa. (Correspondencia de Oriente, tom. 6, carta 141).

\* Pág. 340. — Hé aquí una de esas leyendas traída de los países de ultramar por uno de los antiguos



barones franceses, el señor de Englure: el autor de esta obra la traslada con toda la gracia nativa del tiempo antiguo que no es posible conservar en la traducción; pero procuráremos imitar toda su sencillez: «Cuando Nuestra Señora Madre de Dios hubo pasado el desierto y llegó á este lugar, pasó á «Nuestro Señor en tierra y se fue á buscar agua por «el campo, pero no pudo hallarla: volviéndose muy «triste á su querido Hijo que yacía tendido sobre «la arena, el cual hirió con los talones el suelo, y «salió inmediatamente una fuente de agua muy buena y dulce, de lo que quedó muy alegre Nuestra «Señora, y dió gracias á su amado Hijo, á quien «recostó otra vez y lavó sus pañales en el agua de «dicha fuente, y después los extendió por encima «de tierra á fin de enjugarlos, y del agua que destilaba al tiempo de enjugarse, por cada gota nacía «un arbolillo, cuyos arbolillos producen el bálsamo, etc.»

<sup>24</sup> Pág. 341.—El Padre Gibéul opina que los Magos no ofrecieron al Mesías mas que una pequeña cantidad de oro, y compara esta ofrenda á la que los vasallos hacían á sus señores con el fin de reconocer su soberanía, y no para enriquecerlos. Esta observación es juiciosa.

<sup>25</sup> Pág. 342.—Obras, cap. xi, l. —San Mateo, cap. ii, 12.

---

## LIBRO XIV.

---

### LA VUELTA DE EGIPTO.

---

¡Ah! ¡Cuán triste es el destierro, y cuán dulce respirar el aire del país nativo! El pan del extranjero, así como el del malvado, *deja arenilla en la boca* y amargura en el corazón; sus arroyos no refieren los juegos de nuestra infancia, falta una nota melodiosa al canto de sus pájaros, sus paisajes están destituidos de aquel atractivo suave y encantador que tienen los sitios de la patria!...

¡Cuál debió ser la alegría de los dos santos Esposos al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía de conjunto y variedad de aspectos contrastaban de un modo tan feliz y chocante con la esplendorosa monotonía del Egipto! Aquí una población agresiva y osada, de talante marcial, trato franco, culto grave y puro; allí esclavos divididos

en castas, habituados al robo, mezclando á su culto insensato prácticas infames, y esforzándose en elevar templos al buey Apis, al cocodrilo y á la cebolla albarrana! Era preciso ser profundamente religiosos como José y María, era preciso amar á su país como le amaban entonces los hijos de Abraham para comprender las piadosas y profundas impresiones que hizo en los dos Esposos galileos el aspecto de la tierra de Jehová y de su hermosa ciudad de Nazareth elevándose al extremo de su estrecho y aseo- no valle con la gracia natural de una flor campesina \*.

Después de una ausencia tan larga la santa Familia volvió á entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones del pueblo y de las preguntas atropelladas de sus parientes que todos á competencia la obsequiaron. Pero la desolacion y los amargos recuerdos se hicieron bien pronto lugar á través de toda esa alegría. La casa abandonada de la pobre Familia era apenas habitable; el techo medio arruinado y roto en algunos puntos se habia cubierto á trechos de altas yerbas, y habia dejado penetrar li-

bremento en lo interior el viento del invierno y las lluvias deshechas de los equinoccios<sup>1</sup>: el aposento bajo era frío, húmedo y verdoso; unas palomas silvestres hacían sus nidos en la celdita misteriosa y santificada en que el Yvase se hizo carne; las zarzas extendían por el pequeño patio sus gualdas morenas y espinosas; todo finalmente en esta antigua casa enrojecida ya por los años había tomado aquel aspecto ruinoso que se advierte en los edificios abandonados como el sello de la ausencia de su dueño. Fue preciso ocuparse de esas urgentes reparaciones; fue preciso reemplazar los enseres y muebles inservibles ó desaparecidos; fue preciso desempeñar tal vez un empréstito contraído en Egipto para la vuelta. Sin duda entonces se vendieron hasta el jubileo los campos que formaban la herencia paterna. De todo lo que poseían José y María antes de su largo viaje no les quedó otra cosa que la casa arruinada de Nazareth, el taller de José y sus brazos. Pero Jesús estaba allí; joven aun, Jesús tomó el hacha y siguió á su anciano padre por los pueblos en que se les ofrecía ocupación<sup>2</sup>; el trabajo

proporcionado á su edad y fuerzas nunca faltó á su Madre. El bienestar habia desaparecido por largo tiempo ; pero á fuerza de privaciones, de vigiliass y esfuerzos se proveyó á las urgencias de primera necesidad. Jesus, Maria y José se entregaron á duros trabajos, y estos nobles corazones, que podian mandar á legiones de Angeles, nunca pidieron á Dios otra cosa que el pan cotidiano.

La vida interior de esa bienaventurada Familia, que ha sido intitulada *la Trinidad de la tierra*, no ha llegado al conocimiento de los hombres; es el arroyuelo que se pierde entre las yerbas, ó el *Santo de los santos* con su nube de incienso y su doble velo. Sin embargo estudiando minuciosamente y examinando uno por uno y bajo todos sus aspectos los hechos evangélicos, lo que se sabe hace adivinar hasta cierto punto lo que se ignora, y la vida pública de Jesucristo arroja algunos brillantes reflejos sobre su vida oculta y sobre la de la santa Virgen. Vamos á ensayar el llenar este vacío con toda la reserva y aplicacion concienzuda que exige una materia tan grave.

Jesus, que era el Señor y la fuente de todas las ciencias, no tenía la menor necesidad de la enseñanza humana; pero como le placia ocultar sus resplandecientes luces bajo su corteza terrestre y mostrarse en todo semejante á los demás hombres, no desdiseñó en su primera infancia las lecciones de su piadosa Madre \*. Créese en efecto generalmente que la primera educacion de Jesucristo fue obra de María, y algunos teólogos pretenden que El no recibió jamás otra. Los judios, que no siguen esta opinion, sostienen por el contrario que un rabino célebre † que enseñaba entonces en Nazareth continuó lo que la santa Virgen habia empezado. Pero la educacion de Jesus, á pesar de lo que afirman los judios, no fue la obra de los rabinos: sábase que no era zelador ni tradicionalista, y que desaprobaba altamente las miras estrechas del egoismo y las argucias que formaban el espíritu degenerado de la Sinagoga. San Juan por otra parte resuelve la cuestion diciendo en su Evangelio que los judios miraban á Jesus como á un joven sin estudios \*. El que venia á cambiar las creencias de todo el mun-

do nada tenía que aprender de los hombres, y no podía ser mas que su propia obra; era un vástago vigoroso, respirando el aire libre por todos los poros, y no recibiendo otra humedad que la del rocío del cielo. El Cristo se elevó solo á la manera de los cedros, no tomando su gracia y majestad sino de la naturaleza. En efecto, la naturaleza era su libro, y allí fue donde bebió siempre su moral persuasiva y sus sublimes parábolas.

Jesús estaba dotado de una alma elevada y meditabunda que tenía necesidad de un dilatado espacio para desarrollarse; constreñido durante el día á un trabajo manual que absorbía todos sus instantes, se desquitaba por la noche de sus oscuras fatigas, y se convertía en legislador y profeta á la presencia del cielo estrellado. De pié sobre la azotea elevada, desde donde se descubrían las montañas y los extensos bosques de la tierra de Canaan, derramaba su alma delante del Autor de la naturaleza, de quien era el Enviado, el Hijo y el igual: esas conversaciones solitarias con Dios en el silencio de la noche, del desierto y del pensa-

miento fueron una de las costumbres de Jesucristo, de la que se hallan muchos ejemplos en el Evangelio. El Hombre-modelo, el Varón encarnado quería sin duda enseñar á los suyos á separar el oro puro de la oracion de la liga monstruosa de la ostentacion y de la hipocresía que con tanta habilidad salian mezclar los fariseos de su tiempo.

La Virgen, que nunca fue ni importuna ni exigente, no se oponia de modo alguno á ese aislamiento que entraba en los hábitos de su Hijo: ella sabia que Jesús echaba entonces la sonda al fondo del abismo inconmensurable que se entreabria bajo los piés de la raza humana, y que la redencion del mundo seria el fruto de esas meditaciones silenciosas: respetando el trabajo de ese espíritu sublime que se replegaba en sí mismo, y llevando sus miradas hácia el porvenir de gloria que á cada instante se acercaba, María veía ya el cielo abierto, la muerte vencida y al Mesias reuniendo todos los pueblos de la tierra al rededor de su estandarte.... pero de repente la profecía del Anciano del templo se presentaba lúgubre co-



mo un ataud al cabo de esa perspectiva encantadora; un estremecimiento involuntario corría por las venas de la pobre Madre, y su corazón, en que tenía tanta parte el amor de Jesús, se deshacía en pesares infinitos. Gritábase una voz secreta: ¡es necesaria una expiación por medio de sangre; es preciso que muera el Cristo! Entonces dejando el humilde trabajo á que la obligaba su indigencia, la Hija de David iba á buscar á su Hijo: ella tenía necesidad de verle, de asegurarse con un abrazo maternal que él estaba todavía allí, que vivía aun!

A su vista Jesús bajaba hacia la tierra sus ojos pensativos clavados en los astros: su tierna frente, arrugada por una idea vasta como el mundo, se convertía en la frente lisa y tersa del niño. María entonces, ocultando en el pecho sus siniestros temores, prescribía el reposo después de la larga vigilia; era preciso reparar sus fuerzas para el día siguiente, el curso sería fatigoso y duro el trabajo.... el Hijo de Dios seguía en silencio á su Madre mortal, porque la amaba y *le estaba sujeto*.

San Bernardo no admira menos la digni-

dad de la santa Virgen que la sumision de  
Nuestro Señor. «Este Dios (dice el Apóstol  
«de las cruzadas), este Dios, á quien es-  
«tán sometidos los Angeles, á quien obe-  
«decen los Principados y Potestades, esta-  
«ba sujeto á María. Admirad la que mas  
«queráis de esas dos cosas: ó la asombro-  
«sa humildad del Hijo, ó la eminente dig-  
«nidad de la Madre; en cuanto á mí, una  
«y otra me asombran y son á mis ojos gran-  
«des portentos. Que un Dios obedezca á  
«una mujer, es una humildad sin ejemplo:  
«que una mujer mande á un Dios, es un  
«grado de gloria que no tiene igual.»

Un incidente extraordinario que apesará  
el alma de la santa Virgen señaló la entra-  
da de Jesus en la adolescencia. José y Ma-  
ria religiosos observadores de la ley de sus  
padres se dirigian regularmente cada año  
á Jerusalem en la época del tiempo pascual.  
Este viaje que habian hecho furtivamente  
y confundidos entre la multitud, mientras  
que el hijo del enemigo de Dios habia ocu-  
pado el trono de los Macabeos, se habia he-  
cho mas fácil desde el destierro de Arque-  
lao y la ocupacion de los romanos. Cuando

Cristo hubo llegado á los doce años, sus padres libres de inquietud por parte de Herodes le llevaron consigo á Jerusalem. Partiose en tropel de Nazareth; pero después en el camino los peregrinos hebreos se fraccionaron en pequeñas partidas segun la edad, el sexo y las relaciones de familia y de amistad \*.

Al rededor de la Virgen estaba Maria de Cleofás hermana de José; otra Maria designada en el Evangelio bajo el nombre de *alfa-tera Maria*; Salomé mujer de Zebedeo, venida de Betsaida con sus hijos y su esposo; Juana mujer de Chus y una multitud de nazarenos de su vecindario y parentesco. José la seguía á alguna distancia discurriendo gravemente con Zebedeo el pescador y los socios de su tribu. Jesús marchaba en medio de los jóvenes galileos que el Evangelio, segun el espíritu de la lengua hebrea, ha llamado sus *hermanos* y que eran sus inmediatos parientes.

Entre ese grupo de jóvenes que iba delante de los demás, distinguianse los hijos del Zebedeo: Jaime impetuoso como el lago de Tiberiades en un día de tempestad;

Juan, mas joven aun que Jesús, y cuya dulce fisonomía puesta al lado de su hermano parecia personificar el cordero de Isaias viviendo en paz con el leon del Jordan. Al lado de los pescadores de Betsaida, que Jesús denominó mas adelante con el renombre de *hoanerjes* (hijos del trueno), estaban los cuatro hijos de Alfeo; Jaime, que fue obispo de Jerusalem, joven austero y grave, de larga cabellera, semblante pálido, aspecto frio y mortificado. Egreído por haberse consagrado al nazareato dábale tal vez con aquel que solo consideraba como á hijo del *Carpintero* un tono de superioridad desagradable. Descubrianse en su carácter las virtudes é imperfecciones propias del país: una firmeza incontrastable, unas inclinaciones rectas y religiosas, pero tambien un desprecio grande de todo lo que no era salido de Abraham y una alta opinion de si mismo. Judas, Simon y José, los otros hijos de Alfeo, eran jóvenes de ademan tosco, sencillo y adusto, llegados ya á la adolescencia, y que consideraban al Hijo de la humilde Maria por su inferior en todo, cosa de que se ve en el Evangelio que

tuvieron algun trabajo en deshabituarse".  
¿Y Jesus? Jesus nada afectaba, ni la devocion, ni la austeridad, ni la prudencia, ni la sabiduria, porque poseia la plenitud de todas esas cosas, y ordinariamente solo se afecta lo que no se tiene.

Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos de color de bronce antiguo, separados en su frente morena y cayendo con gracia sobre sus hombros, se le hubiera tomado por David en el momento en que el profeta Samuel le vió venir pequeño, limado y en traje de simple pastor para recibir la uncion santa. Habia sin embargo en los ojos garzos y sombríos de Jesucristo <sup>10</sup> alguna cosa mas que en el ojo lleno de poesia y de inspiracion de su grande abuelo: descubriase un no sé qué de penetrante y de divino, que profundizaba en el pensamiento y sondeaba los pliegues intimos del alma; pero Jesús templaba entonces el resplandor y viveza de sus miradas, como Moisés su frente radiosa cuando salia del tabernáculo. Él marchaba conversando prudentemente, bien que acomodando sus discursos á su edad, con

sus jóvenes parientes según la carne, de quienes quería hacer sus apóstoles; descubría bajo su grosera corteza el peso y el valor de esos diamantes sin pulir que debían brillar después con una luz tan viva; y amables en su porvenir. Su esperanza no quedó burlada: estos hombres que tenían como el resto de la nación sus sueños de oro y de poder en orden al Mesías, se despojaron á su voz de todas las preocupaciones nacionales y religiosas para adoptar una doctrina calumniada, cuyos principios y promesas, semejantes á las maldiciones de la antigua ley, no hablaban de otra cosa que de sufrir tormentos y persecuciones. Ellos se estrecharon con él por medio de unas cadenas tan fuertes, que ni los principes de la tierra, ni el frío, ni la desnudez, ni el hambre, ni la espada pudieron separarlos de su amor: ellos marcharon por su camino, hollando animosamente las espinas que el mundo sembraba bajo sus plantas, y dejándose tratar como la escoria del género humano. Ellos no se avergonzaron ni del hijo del hombre, ni de su Evangelio, ni de la *locura de su cruz*! ¿Por qué lo hubieran hecho? Los

impostores son los que deben avergonzarse, y los Apóstoles no predicaron jamás sino conforme á sus íntimas convicciones: estos corazones rectos y sencillos dieron á su testimonio todo lo que podía hacerle creíble y sagrado entre los hombres; lo abandonaron todo, lo sufrieron todo, todo lo perdonaron; y sellaron con su sangre el Evangelio de su divino Maestro <sup>11</sup>.

Pero en la época de que hablamos esas virtudes heroicas no estaban todavía en flor, y esos juvenes galileos se hallaban muy distantes de pensar que un día darian su vida para sostener la divinidad de su compañero de viaje.

Al cabo de cuatro jornadas, los peregrinos llegaron á la Ciudad santa, á la que aflua un ímense concurso de judios extranjeros. La familia de José y de María se reunió para comer el cordero pascual que los sacerdotes cuidaron de inmolar, entre las dos vigiliass <sup>12</sup>, en el patio del templo con la añadidura de los panes ácimos, de las lechugas amargas, y de todo lo que constituia esta antigua ceremonia.

Finidos los dias de la fiesta, los parien-

tes de Jesucristo se reunieron para emprender otra vez el camino de su provincia; pero como se volvian en el mismo orden con que habian venido, los dos Esposos no advirtieron desde luego la ausencia de Jesús. Maria le creyó con José, ó con los dos Jaimés; José por su parte le creyó con sus jóvenes deudos ó con María.

Al anocheecer reuniéronse los diversos grupos, y la santa Virgen buscó, pero en vano, á Jesús entre la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada: nadie sabia lo que se habia hecho el Salvador. Inexplicable fue el dolor de los dos santos Esposos. ¡El depósito del cielo, el Enviado de Dios! se exclamaba tristemente José: ¡mi Hijo! decía la pobre Madre con sollozos en la garganta: ellos lo buscaron durante la noche, lo buscaron durante el día preguntando por El en los caminos, llamándole por los bosques, fijando sus miradas en los precipicios, temiendo tan presto por su vida como por su libertad, y no sabiendo qué hacerse si se habia perdido. Entraron otra vez en Jerusalem, corrieron á las casas de sus amigos, y fatiga-



dos de recorrer los diferentes barrios de la gran Ciudad, penetraron finalmente en el templo. Bajo el pórtico en que se reunían los doctores de la ley habia un niño que tenía encantados á los ancianos de Israel con la profundidad de sus discursos y observaciones y la exactitud de sus respuestas á las preguntas y cuestiones mas difíciles: habíase formado un círculo á su rededor, y cada uno se maravillaba de su sabiduría precoz y prodigiosa. Es un Daniel, ó un Ángel, exclamaban á pocos pasos de la Virgen desconsolada. Es Jesús, dijo la jóven Madre, adelantándose por el lado en que estaban los doctores. Entonces acercándose al Mesías con la expresion de una extremada ternura, teñida para decirlo así de los últimos reflejos del pesar: «Hijo mio (le dice con dulzura) ¿por qué has obrado así con nosotros? ¡hé aquí á tu Padre y á mi que te buscamos sumergidos en la mayor aflicción!»

El niño habia desaparecido delante de el Dios; la respuesta fue seca y misteriosa: «¿Por qué me buscábais? ¿no sabiais que es preciso que yo me ocupe de lo que con-

«cierne al servicio de mi Padre?» Ambos Esposos guardaron silencio y no comprendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesias.

Jesús se levantó, y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumision á su voluntad borró bien pronto esa ligera nube. «Pues su Madre conservaba en su corazon todas estas cosas. Y Jesús crecia en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.»

---

#### NOTAS AL LIBRO XIV.

<sup>1</sup> Pág. 348. — Segun el doctor Clarke la palabra *Nazareth* significa en hebreo una *flor*.

<sup>2</sup> Pág. 350. — El tiempo de las lluvias en la Judéa es el de los equinoccios, y sobre todo el del equinoccio de otoño; y es tambien la estacion de las tempestades, que regularmente van acompañadas de ráfagas violentas ó de granizo. (Volney, viaje á Siria).

<sup>3</sup> Pág. 350. — San Justino mártir en el diálogo (*con Tréphane*) refiere que Jesucristo ayudaba á su padre putativo á fabricar coyundas y carros; y hasta Godescruola (tom. II, pág. 436, *Vida de la santa Virgen*) dice: «Un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavia las coyundas que el Salvador había fabricado con sus manos.»

<sup>4</sup> Pág. 352. — Segun el Padre Gibieuf en su libro de las *Grandezas de la Virgen*, aprobado por la fa-

cultad de teología de París y por muchos obispos de Francia, Jesús recibió las instrucciones de su Madre en los primeros años de su infancia: « Ella le « hablaba de Dios, dice este erudito y piadoso teólogo, como se habla á los niños: le habla de amor « y de adorar á Dios; le dice que es su Dios y su Padre, y sus palabras entran poco á poco en su alma « por el conducto de los sentidos que se abren y se « facilitan diuturnamente. Y cuando Él empieza á ser « algo mas robusto y que su lengua empieza á desenvolverse, Ella le canta y le hace aprender los himnos que la piedad de la ley había destinado á las « alabanzas de Dios... ; *Ó santa y feliz escuela*, exclama, *en que María enseña y Jesús aprende!* » (De la vida y grandezas de la Virgen, tomo 2, capítulo 18, p. 366 y 367).

\* Pág. 362. — Los judíos le dan por preceptor á José hijo de Perachá que habla estudiado con Akiva. Sin embargo, esta asercion es completamente incorrecta, porque Akiva aunque muy célebre entre los judíos, no vivió sino bajo el imperio de Adriano, mas de cien años después de la muerte de Herodes y de Jesucristo.

\* Pág. 363. — Los judíos decían: ¿cómo ese hombre que no ha estudiado sabe las santas Escrituras? (San Juan, cap. vii, 12).

\* Pág. 363. — Tertuliano dice en el tercer siglo que María ganaba su vida trabajando; y Celso en el segundo reprochaba á los cristianos que María era una mujer que se había mantenido con el trabajo de sus manos.

\* Pág. 367. — San Epifanio y san Bernardo nos enseñan que en estos viajes los hombres iban por

grupos separados de las mujeres, y que hallándose san José y la santa Virgen el uno en un grupo y el otro en otro, esto fue causa de que no se inquietaron al principio de la desaparición de Jesús, y no repararon en ella hasta la noche en la ocasión de reunirse todos los viajeros. — Véase también Aélredo abad de Rievchi: *Serm. seu tractatus de Jesu duodecim-Dominica infra octav. Epiphan.*

<sup>8</sup> Pág. 339. — Véase san Juan Crisóstomo, *serm.* 44.

<sup>9</sup> Pág. 339. — Véase Nicéforo, *hist. eccl.*, t. 1, pág. 123. — Su retrato de Nuestro Señor, trasado según la tradición, es el mas auténtico que nos haya quedado. — El reverendo Mr. Walsh, autor de un libro muy reciente consagrado á los monumentos raros ó inéditos de la primera edad del cristianismo, acaba de llamar la atención sobre una medalla muy curiosa conocida ya hacia el siglo XV. La faz representa la cabeza de Nuestro Señor vista de perfil, los cabellos están partidos á la manera de los nazarenos, achataados hasta las orejas y undulantes sobre las espaldas; la barba espesa, poco larga, pero hendida; el semblante hermoso, como también el busto, sobre el cual cae la túnica en pliegues agraciados.

<sup>10</sup> Pág. 341. — Pascal ha dicho: «Yo creo de muy buena gana las historias, cuyos testigos se dejan degollar.»

<sup>11</sup> Pág. 361. — Es decir, desde mediodía ó una hora hasta la puesta del sol. (Basnage, t. 8, lib. 7, cap. 11).

---

## **LIBRO XV.**

### **MARÍA**

#### **EN LAS PREDICACIONES DE JESÚS.**

---

Dos mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos genios de nuestra época; el uno mas allá y el otro mas acá de la Cruz. El mundo primitivo, llegado á la decrepitud al tiempo de la mision regeneradora de Jesucristo, presentaba un espectáculo el mas extravagante, porque lo buclesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, después de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la eucina \*; el indio divinizaba el Ganges é inmolaba víctimas humanas á Sactís diosa de la muerte \*; el egipcio tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas bulbosas \*; las po-

blaciones desconocidas de la jóven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las sonoras cataratas<sup>2</sup>; finalmente los griegos y los romanos, segun su propia confesion, llenaban sus templos de demonios<sup>3</sup>; y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que abundaban en hombres de un mérito superior habian divinizado el vicio en sus formas mas vergonzosas, y poblado su Olimpo de ladrones, de adúlteros y de homicidas.

Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupcion descendiendo como un vasto rio de lo alto de las siete colinas imperiales inundaba todas las provincias. La Judea que no se habia librado tampoco del contagio del vicio, se iba depravando con una asombrosa rapidéz; su religion ya no consistia en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, y las ilusiones de sus rabinos eran anunciadas en la cátedra de Moisés<sup>4</sup>.

¿Qué habia de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia *Razon*, esa reina de las inteligencias, que toma su

estrecho horizonte por los límites del universo, y pone á los dioses sobre el lecho de Procrusto? ¿dónde estaba su imperio? ¿dónde había plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus haluartes? Si ella podía sin auxilio extraño reconquistar el terreno que había perdido, por qué no lo hizo?... pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente á contenerlo se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía lloraba sobre los restos exánimes del cuerpo social, cuya caída no pudo prevenir; sobrevino el cristianismo que dijo al cadáver: *¡levántate y marcha!*.... y sucedió según su palabra.

A contar desde este día, una raza nueva curada de todos sus males, lavada de todas sus manchas en la Piscina santa se agrupó en torno de la Cruz que el Hijo de María había enarbolado sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta revelacion gloriosa, que colocó la caridad sobre el trono dándole por acompañamiento todas las virtudes, este suceso

para siempre memorable que cambió la faz del mundo y cuyo eco se hará sentir hasta la consumacion de los siglos, tuvo á Nazareth por punto de partida. Del hueco de ese peñasco sin nombre fluyó el humilde cristianismo, « manantial oscuro, gota de agua » desconocida, en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed; que un rayo « del sol habría podido secar, y que en el « día de hoy semejante al grande Océano de « los espíritus ha llenado todos los abismos « de la sabiduría humana, y bañado con sus « aguas inagotables lo pasado, lo presente « y lo venidero ». »

Nada se sabe acerca de los medios que prepararon este grande hecho que domina tan altamente la historia de los tiempos modernos. Desde su manifestación en el templo, el Hijo de Dios vivió oculto y meditando en la compañía de su padre adoptivo y de su Madre. Esta época, perdida para el mundo, fue sin duda aquella en que la Virgen pasó sus días mas tranquilos: no es esta la mas feliz cuando la vida del hombre pasa con estruendo como un arroyo de invierno, sino cuando se parece á una cor-



riente de agua que se dealiza en plateados hilos por entre la yerba de las praderías. Maria privada de todos los goces del lujo y hasta de las comodidades del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, viéndole á todas horas, ofreciéndose á él como las primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la mas humilde y la mas dócil de sus discípulos, y sometiendo su razon perfeccionada ante la razon superior y la divinidad de su Hijo, Maria debió ser entonces una madre feliz! Si alguna vez, mientras que Jesús le descubría el sentido mas profundo de las profecias, encontraba algun pasaje que hablase de tormentos venideros, una parda nube se extendia sobre la casta frente de la Virgen; bien pronto, empero, su dulce y agraciado semblante volvía á serenarse un poco: la tempestad resonaba todavía lejos, y su barquilla estaba amarrada en una bahia tranquila. Su Hijo estaba allí, y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¡Cuánto se afanaba para servir á su Hijo! ¡Con qué placer velaba noches enteras

en hilar, en tejer sus tónicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, esa ropa sin costura, obra maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde!.....; ah! pero entonces, *el Señor no habia consagrado aun su Cristo sino con aceite de gozo. Compañera del esposo, la Virgen prudente del Evangelio dejaba que el día siguiente se promeyese á si mismo, «y la pax de Dios superior á toda otra idea guardaba su corazon y su espíritu.»*

Jesús poseia todos los tesoros de la prudencia y de la sabiduria; la plenitud de la divinidad residia corporalmente en él; era el esplendor y la gloria de su Padre celestial, pero en cuanto á hombre debió alguna cosa á Maria; ella fue la que le inició desde su mas tierna infancia en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y á sus gustos sencillos y poéticos. Esa dulzura paciente é inalterable, que supo unir á la firmeza de legislador y de profeta, esa compasion misericordiosa que templaba la indignacion del Dios irritado y constituia al Hombre-modelo, al justo completo, al sosten y apoyo del hombre pecador, esa ternura tan expresiva y halagüeña hácia los ni-

ños que se complacía en acariciar y bendecir durante su misión divina, mil rasgos imperceptibles, mil reflejos medio absorbidos en las inmensas masas de luz que componen la vida mortal de Jesucristo, llevan el sello de María; así el cielo se embalsama con júbilo con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

No puede dudarse que Jesucristo correspondería con una ternura viva y profunda al extremado amor de su Madre. De ella había recibido como hombre el primero de los bienes, la existencia; y la sangre que corría por sus venas, la sangre que debía ofrecer en oblation sobre la cruz para lavar los pecados del mundo era un don de María y solo de María. Todas las santas afecciones que el Señor de la naturaleza pone en el alma de los hijos de los hombres hacia aquellos que les han dado el ser, Jesús las concentraba en la sola persona de la Virgen, y el no pertenecía á la tierra sino por esta mujer, á quien amaba como hijo y como Dios, lo que lleva consigo lo infinito. Esta fue la sola vez en que la Divinidad, que confiere todos los bienes y de nadie los re-

cibe, se vió precisada (por decirlo así) á practicar con su criatura la virtud de los corazones grandes, la gratitud; y la de Jesús para María se aumento con todos los sacrificios, privaciones y trabajos que esta santa y noble mujer se habia impuesto por el amor de su Hijo. Si vemos, pues, en el Evangelio que Jesucristo haya algunas veces hablado á su divina Madre menos como su Hijo que como su Señor, no era esto de su parte falta de afeccion ni indiferencia, sino que se aislaba de cuanto le rodeaba en la tierra para mejor glorificar á su Padre, cuyos intereses debieron siempre marchar en primera linea, y ante cuya grandera todo desaparecia en el espíritu de Jesús. La Virgen conocia harto bien la mision sagrada de su Hijo para perturbarse con sus palabras alguna vez severas. Ella esperaba que el legislador hiciese lugar al jóven galileo á quien habia alimentado con su leche, y jamás la transformacion tardó en venir: la naturaleza humana concedia bien pronto lo que la divina habia rehusado.

En el momento en que Jesús cumplia 29 años el ángel de la muerte vino á diez-

mar la santa Familia; José, este patriarca de costumbres antiguas, cuya fe sumisa y la sencillez de corazón recordaban á Abraham y la época de la tienda; José, que el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *jefe*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su Hijo adoptivo y su casta Esposa. Lloráronle Jesús y María é hicieron al rededor de sus fríos despojos una triste vigilia de difuntos; el viento de media noche se mezcló solo á los lamentos de la familia pobre; los Nababes de la Galilea morían con mas fausto, aunque no tuviesen mas allá de la tumba las magnificas esperanzas del *Carpintero* de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios se puso á la cabeza de este sencillo duelo. ¿Qué emperador obtuvo jamás tales exequias?

En fin llegó el tiempo de predicar el Evangelio, y Aquel que Dios destinó desde toda la eternidad á ser su pontífice y su apóstol dejó á Nazareth para encaminarse á las ori-

llas del Jordán en que bautizaba Juan. Entre la Virgen y su Hijo debió tener lugar una sensible y solemne despedida. La vida pública de Jesús iba á empezar; solo, pobre, salido del pueblo, sin otros recursos que su valor, su paciencia y el don de milagros que jamás empleó para su uso personal, iba á atacar un orden de cosas *no bastante fuerte para resistirle, pero lo bastante para hacerle morir* \*.

La Virgen no pudo evitar un movimiento de espanto viendo á Jesús lanzarse sobre la mar borrascosa del mundo judaico en que habian naufragado tantos y tan ilustres profetas. Ella conocia el orgullo invencible de los fariseos, el fanatismo mezquino y rencoroso de la sinagoga, los caprichos sanguinarios de Herodes Antipas: conocia tambien los oráculos mesiánicos que hablaban de tormentos y de ignominia!... La Hija de los reyes de Judá que no era de un linaje débil y que sabia que su Hijo era Dios, no por eso dejó de tener su alma dilacerada por esta primera separacion que le parecia el preludio y la imagen de una separacion todavia mas cruel. Ella dejó partir á Jesús arran-

cándosele el corazón, y cuando el ruido de sus pasos se fué gradualmente debilitando á medida que se alejaba, cuando se encontró sola, completamente sola en esa casa en que habia pasado tantas horas y tan dulces entre su Hijo y su esposo, se cubrió la cabeza con su velo y quedó muda y pensativa como la estatua del Dolor sobre la piedra de un mausoleo.

Prolongóse la ausencia de Jesucristo: la Virgen supo que se habia internado en las altas y estériles montañas inmediatas á Jericó para prepararse á la grande obra de la salvacion del mundo con el ayuno, la meditacion y el ruego. ¡Cuánto debió padecer al pensar que Jesús iba errante por una region silvestre y desolada en que el águila encuentra apenas una mata de musgo para su nido, en que los senderos carren entre precipicios cuya profundidad ocasiona vahidos, y en que todo es piedra y fuego! ¡Qué angustia cuando la tempestad bramaba á lo lejos! ¡Dónde estaba Jesús, qué hacia solo y sin abrigo en la montaña? ¡Ningun medio de salvarse si le resbalaba el pie á la orilla de un abismo, ningun socorro si durante

este ayuno tan completo, tan largo y tan desproporcionado á las fuerzas de la naturaleza caía de flaqueza en el camino! Esos cuarenta dias fueron para Maria cuarenta siglos; la inquietud maternal hace de cada minuto pasado de este modo una eternidad. Pero Jesús volvió á Nazareth con sus discipulos, y su presencia hizo renacer la calma en el corazon afligido de su Madre.

Celebráronse entonces unas bodas en Caná de Galilea: los esposos, que eran parientes de la santa Virgen <sup>19</sup>, la convidaron é igualmente á Jesús y sus discipulos; todos aceptaron la invitacion cordial, y Maria siempre buena y obsequiosa se anticipó para ayudar á los preparativos del festin, en que las costumbres del pais exigian cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunion era numerosa y la familia pobre, el esposo habia calculado mal, y los pellejos del vino estaban casi agotados, cuando Nuestro Señor que queria elevar el matrimonio al rango de las cosas santas purificándolo con su presencia, entró en la sala del banquete seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Natanael, cuatro jóvenes pescadores, en



quienes habia inspirado la confianza de su mision y de su genio. El vino faltó absolutamente á la mitad de la comida, y habiéndola Maria observado la primera en vista de una seña de apuro de los esposos, volvió la cabeza hácia Jesús que estaba colocado á su lado y le dijo con santa y caritativa intencion: «¿no tienen vino!»

Jesús le respondió en voz baja y acentuada: «mujer, ¿qué hay de comun entre «Vos y yo? mi hora no ha llegado aun<sup>11</sup>.»

La Virgen que queria excusar á sus parientes una humillacion que les hubiera cubierto de vergüenza no se tuvo por desairada; ella juzgó que si no habia llegado aun la hora de la manifestacion, la adelantaria Jesús por consideracion suya á pesar de la austeridad de sus palabras, y con aquella fe que sacaría los montes de sus quicios, dijo con suavidad á los criados: «haced todo «lo que os diga.» Habia allí seis grandes cántaras de piedra que servian para las purificaciones; por mandato de Jesús llenáronlas hasta el borde del agua para de una fuente vecina, y esta agua se convirtió en vino delicioso.

Así fue como la santa Virgen logro las primicias de los milagros de su divino Hijo, y su intercesion misericordiosa hizo ahlandar los decretos de Dios.

El milagro del Caná fue bien pronto seguido de muchos otros que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial mision del Salvador. A su voz las tormentas se aplacaban; las enfermedades humanas desaparecian; los demonios eran arrojados á su oscuro reino; los cadáveres salian del sepulcro, y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas se aliviaban y calmaban todos los dolores del alma y del cuerpo <sup>12</sup>. Venian á él de Sidon, de Tiro, de la Idumea y de la Arabia, y multitud de pueblo agrupándose á su paso besaba la orla de sus vestidos, y le pedian con toda humildad la salud y la vida (cosas que solo un Dios podia conceder) con la fe suficiente para lograr la curacion.

Maria, á quien Nuestro Señor no habia juzgado aun conveniente asociar á su vida penosa y errante, escuchaba esas relaciones extraordinarias con una alegria turbada y una admiracion inquieta. Sus alarmas eran

fundadas, porque si el pueblo seguía al Mesías colmándole de bendiciones, los fariseos, los escribas y los príncipes de la Sinagoga comenzaban á escandalizarse en gran manera de la conducta del Hijo de Dios. El perdonaba los pecados, ¡qué blasfemia! El consolaba y convertía á los pecadores, ¡qué hajeza! El curaba los enfermos el día del sábado, ¡qué impiedad tan grande y notoria! Su doctrina se deslizaba de sus labios como un benéfico rocío, y no como una lluvia de tempestad; luego, ¡no se semejaba en nada á los antiguos profetas! El predicaba la humildad, el perdón de las injurias, la pobreza voluntaria, la limosna hecha por amor de Dios y sin saberlo los hombres, la caridad universal... todo esto era muy nuevo, y por lo tanto muy peligroso, decían los maestros de la Sinagoga. El no podía combatir la hipocresía sin chocar con los fariseos, clamar contra la avaricia y la usura sin indisponerse con los doctores de la ley; por otra parte los saduceos no podían sufrir que predicase la vida eterna. Esos hombres divididos en miras, en creencias, en intereses políticos daban tregua á sus sordas antipa-

tías en odio del *Galileo*; levantábanse con la intencion de dañarle y se reunian contra él para perderle; cada palabra era un lazo, cada sonrisa una traicion, y cada elogio una insultante befa. Tratábanle unos sin consideracion alguna de impostor, de hereje, y de *samaritano*; otros insinuaban con astucia que era loco; mas la cohorte mas compacta componiase de aquellos envidiosos de baja ralea, incapaces de hacer nada bueno y hermoso, pero ardientes para denigrar y dañar, que despedazan todas las glorias, y cuyos ojos amigos de las tinieblas pestañearian de horror al escaso resplandor de una luciérnaga oculta en una mata: aquellos, fastidiados de las alabanzas que el pueblo rendia á Jesús y no pudiendo negar sus milagros, se los disputaban para atribuirlos á Satanás: si arroja los demonios, decian, es por medio de Beelzebub principe de los demonios. *In Beelzebub princeps demoniorum ejicit demonia* <sup>12</sup>. Esos vagos rumores espantaban á María, y el siniestro modo de pensar de los que la rodeaban no era muy propio para tranquilizarla. De todas las ciudades de la Galilea, Nazareth era la mas incrédola y

endurecida á la palabra santa, y de todas las familias de Nazareth la de Jesucristo era la menos dispuesta al parecer para aceptarlo por *Rey Mesías*. Como el divino alumbramiento de la Virgen no habia sido jamás revelado á sus parientes, y los milagros que habian acompañado la infancia del Señor habian acontecido en regiones distantes, ellos no veian en el hijo creído de José mas que un jóven israelita sin instruccion, educado entre ellos, alimentado como ellos, alojado con mas pobreza, vestido con mas sencillez, y viviendo diariamente con el producto de un trabajo penoso que no le ponía en relacion sino con las clases inferiores. El Cristo que queria ennoblecer la pobreza tomándola en herencia, sufrió las consecuencias de la posicion poco favorable que El mismo se habia escogido. «*Sus hermanas*» (dice san Juan) no creian en él<sup>14</sup>.» La fama de los milagros que acompañaban la predicacion del Evangelio asombró á esos tercios nazarenos sin poder convencerlos. Sabiendo que Jesús era saludado por toda la Galilea con el título peligroso de *Hijo de David* y que turbas de dos ó tres mil personas se

apiñaban á su alrededor para oírle, temieron que esas reuniones numerosas no causasen recelos á Herodes Antipas, y que los descendientes de los reyes de Judá no fuesen inquietados por causa del jóven Profeta. Preocupados de esta idea dijeron públicamente que Jesús era un insensato, y juraron que le conducirían á Nazareth con buena escolta. Ocultando cuidadosamente á María este complot de familia, se la llevaron con ellos á Cafarnaúm á fin de autorizarse con su nombre para llegar mas fácilmente hasta Jesús <sup>12</sup>.

El Mesías enseñaba en la Sinagoga en medio de una multitud de oyentes atentos y respetuosos, cuando llegaron los nazarenos. Desplegando con fausto una autoridad que no temieron abultar á los ojos de la muchedumbre, como lo observa san Juan Crisóstomo, hicieron saber deliberadamente al Salvador que sus hermanos y su Madre estaban fuera y que pedían por él. Pero Jesús leyendo en el pensamiento secreto de sus parientes segun la carne y aprovechando esta circunstancia para ensanchar los estrechos limites de la antigua ley adoptando

solennemente y sin acepción de personas toda la grande familia humana, hizo aquella respuesta admirable al indiscreto mensaje de sus parientes: «¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?» En seguida dirigiendo sus miradas sobre sus numerosos discípulos: «Mi Madre y mis hermanos (exclamó) son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y que la practican.» Después de esta reprensión severa que los hijos de Alfeo pudieron oír, el Hijo de Dios salió inmediatamente (dice san Juan Crisóstomo) *para tributar á su Madre todo el honor que el decoro exigía.*

Luego que hubo saludado á María y deteniéndose algun tiempo con ella á la orilla del mar, el Salvador subió á un barquichuelo desde donde se puso á enseñar al pueblo. La Virgen confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchó en religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos asombrados por la elocuencia irresistible y la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos, si era verdaderamente el hijo de María; experimentaban el género de fasci-

nacion que se apodera de la serpiente de los desiertos de América cuando oye en el fondo de los bosques una suave música que la atrae. Ellos habian venido con la presteza del miedo, con la facundia del egoismo, con la arrogancia de la superioridad para apartar á Jesucristo de su mision, expuesta y peligrosa; y flaqueaban á su simple mirada hasta el punto de no atreverse á abrir la boca en su presencia. Esto es lo que indica claramente el texto de san Marcos, quien después de habernos iniciado en sus intenciones hostiles, en ninguna parte da á entender que se atreviesen solamente á hablar á nuestro Señor.

Algun tiempo después Jesús volvió á Nazareth. Grande fue el gozo de la santa Virgen. Ver á su Hijo; sentarse sobre la misma estera en que él lo hacía durante su infancia; comer el pan que habia cortado bendiciéndole; conducirle ocultamente cerca de la cama de algun pobre enfermo á quien volvía la salud encargándole el secreto; ver poderoso en obras y en palabras al que por espacio de tanto tiempo habia sido el hombre del silencio y del trabajo...



¡ah! estas eran demasiadas felicidades en la copa de su existencia: el Señor quiso mezclar en ella una gota de hiel. El día del sábado el Hijo y la Madre se fueron juntos a la Sinagoga; un gran concurso de pueblo se había allí reunido para ver y oír á Jesús; pero el apresuramiento de los nazarenos no tenía aquel carácter de confianza y de atención respetuosa que Jesucristo había encontrado tan frecuentemente en otras partes. Allí estaban escandalizados de antemano de lo que iba á decir y hacer el Hijo del hombre, y admirablemente dispuestos á arrojarse la piedra si la ocacion se presentase.

Hay países decididamente hostiles á todo lo que les honra, hasta que la yerba de los sepulcros crezca sobre la tumba de todo lo que es objeto de su envidia.

Sin embargo, uno de los ancianos presentó al Salvador de los hombres el libro del profeta Isaías, y Jesús desplegando el pergamino leyó este pasaje con una gracia sencilla y una dignidad maravillosa: «El espíritu del Señor ha descansado en mí, por esto me ha consagrado con su unción; él me ha enviado para predicar el Evan-

«gelio á los pobres, para curar á los que  
«tienen el corazón destrozado, para anun-  
«ciar á los cautivos su libertad y á los cie-  
«gos el recobro de la vista; para poner en  
«libertad á los que padecen en cadenas,  
«para publicar el año favorable del Señor.»

Habiendo cerrado el libro, le volvió al ministro y se sentó; todo el mundo en la Sinagoga tenía los ojos fijos sobre El. Entonces el Hombre-Dios, hablando con aquella elocuencia viva y natural que impresionaba tan fuertemente á sus oyentes, hizo la aplicación á sí mismo de los oráculos mesiánicos, y enseñó no como un discípulo de la Sinagoga, sino como maestro de la Sinagoga misma. Un sordo rumor circuló entre la asamblea; unos se maravillaban de la fuerza y de la gracia de sus discursos; otros fieles á su sistema de denigración despreciadora decían en alta voz: *¿no es este el hijo de José?* Y Jesús penetrando sus pensamientos y leyendo como en un libro en esos corazones falsos y envidiosos, les arrojó esas palabras tan verdaderas que se han hecho proverbiales: «Ningun profeta es honrado en su patria.» Como El sabía

que tenían intención de pedirle prodigios semejantes á aquellos que había presenciado la ciudad de Cafarnaüm, lea dijo claramente que su incredulidad los había hecho indignos de ellos, y que para obtener milagros es preciso solicitarlos con fe: en seguida haciendo alusion á la propagacion de su Evangelio y á aquel olivo silvestre ingerto en el antiguo tronco de la Sinagoga: «Yo os digo en verdad que había muchas  
«viudas en Israel en tiempo de Elias, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de  
«tres años y seis meses, y hubo una hor-  
«rrosa hambre en toda la tierra, y sin em-  
«bargo Elias no fue enviado á casa de nin-  
«guna de ellas, sino á la de una mujer de  
«Sarepta en el país de los Sidonios. Ha-  
«bía tambien muchos leprosos en Israel en  
«tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo  
«ninguno de ellos fue curado, y si solamen-  
«te Naaman que era de Siria.»

Estas últimas palabras cayeron sobre la asamblea como una antorcha inflamada sobre un rastrojo; heridos en su orgullo nacional, en sus odios hereditarios, en sus esperanzas tradicionales, todos los de la Si-

nagoga llenáronse de increíble furor. *Levantáronse en tumulto, echaron á Jesús fuera de la ciudad, y le llevaron hácia la cima de la montaña en que estaba edificada á fin de precipitarle.*

Sentada la Virgen en medio de las mujeres del pueblo en una tribuna enrejada habia observado con una ansiedad mezclada de temor los progresos crecientes de la tempestad. Leyendo los siniestros proyectos de los nazarenos en su vista alterada y en sus gestos furiosos, no titubeó en arrostrar el peligro para abrirse un camino hasta su Hijo. Pero sus fuerzas engañaron su valor. Allí era de ver como corrían esos judíos que tuvieron siempre los pies ligeros para deramar la sangre; y María temblando como la hoja de un árbol, pudiendo apenas sostenerse, marchaba de lejos tras ellos como en un sueño. Ella ve á Jesús en la cumbre de la roca escarpada que domina un horroroso precipicio, ella oye desde lejos los gritos de muerte; flaquean sus rodillas, extiéndose una nube sobre sus ojos, espira su voz en medio de un doloroso gemido, y cae privada de sentido sobre la colina <sup>20</sup>.

Entre tanto los lobos encarnizados en la persecucion del Cordero habian sido burlados en sus designios; la hora del sacrificio no habia sonado aun para el Hijo del hombre, y su sangre pertenecia á sus superiores: llenando de ceguera á esa horda homicida Jesús pasó en medio de sus enemigos sin ser de ellos conocido, y tomó el camino de Cafarnaúm á donde fueron á reunirse con él su Madre, María Cleofás y los hijos de Alfeo.

Entonces fue cuando la santa Virgen después de haber sido bautizada por el mismo Jesús en las orillas del Jordan, como nos lo enseña Entimio <sup>17</sup>, dejó sus costumbres solitarias para seguir á su Hijo en sus viajes. Ella le habia piadosamente servido durante treinta años en país extranjero y en el de sus abuelos; ella habia trabajado para Él, llorado sobre Él, sufrido por Él, y le habia adorado sin faltar un día por la mañana y por la noche en su cuna, cuando exhalaba aun tiernos vapores, como nos lo afirma Alberto el Grande: era, pues, natural que, arrojándose ahora á su suerte perseguida, abandonase el pacífico techo que

le había visto nacer para marchar tras sus benditos pasos, mientras que evangelizaba á los hebreos.

En medio de las agitaciones de una vida llena de turbacion y de alarmas, la Virgen fue admirable como siempre; amando á Jesús mas que madre alguna amó nunca á su hijo, y pudiendo sola llevar ese amor extremado hasta los últimos límites de la adoracion, jamás le impuso su presencia para ocupar en provecho de su ternura maternal los momentos cortos y preciosos de la misión del Salvador; jamás le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus previsiones siniestras, ni de sus necesidades personales. María no era solamente una paloma santa que se esconde en el hueco de una peña, una virgen pura destinada á alimentar con su leche y á mecer en sus brazos un huésped celestial; era una mujer fuerte que el Señor se complacía en colocar á la vez en todas las situaciones de la vida á fin de dejar á las hijas de Eva un ejemplo que seguir y un modelo que imitar.

No hubiera sido conveniente que la Madre de Dios siguiese sola á Jesús y á sus

Apóstoles al través de la Judea. También María de Cleofás, madre de Jaime, de Simón, de José y de Judas vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*; Salomé madre de los hijos del Zebedeo á quienes prefería el Salvador; Susana esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas galileas ricas pero que se habían hecho pobres por Jesucristo, componían el séquito de María. Una de ellas, judía joven, rica, noble y de una brillante hermosura, era la mas tiernamente obsequiosa al lado de la divina Madre de su Señor; esta mujer, cuyo corazón ardiente pero agitado de tormentas como las olas del mar Egeo, había alimentado mil impuras llamas á la faz del mundo, y arrostrado la opinion pública con burla y desprecio, había venido sumisa y penitente á doblar su altiva cabeza bajo los piés de Jesucristo y pedir al que confesaba por su Dios la curacion de los males de su alma. El casto amor del Señor había absorbido todos los vanos amores y todas las aficiones mundanas de la joven dama de Magdalen; ella había pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y de pedrería, vendido su palacio si-

tuado entre las adelfas que circuyen el hermoso mar de Galilea; y al presente sin otro adorno que un pobre sayal y su magnífica cabellera negra con la que había enjugado los piés del Señor, la jóven patricia, rica por sus limosnas, ataviada con sus nuevas virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno misericordioso y puro de Maria. La Virgen inmaculada había recibido en sus brazos y acogido en su pecho á la grande pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil y por largo tiempo inculto las flores que se desarrollan para el cielo.

Después de muchos padecimientos y sus-  
tos largos de referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad funesta, en seguida de Jesucristo para celebrar la última pascua que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en tropas al encuentro del Hijo de David que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban los jóvenes príncipes de su linaje, y recibiendo con benignidad los sencillos obsequios que le ofrecia espontáneamente esa multitud deseosa de ver á su Profeta, porque Jesucristo



to no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecieron sus criaturas; por pequeñas que fuesen esas muestras de afección y de agradecimiento, eran recibidas con una bondad divina desde el momento en que salían del corazón.

Magdalena contemplando á la vez á su Señor y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hosanna*, lloraba tiernamente bajo su velo. Maria tambien tenia los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el nordeste, con direccion al *Calvario*.

---

## NOTAS AL LIBRO XV.

<sup>1</sup> Pág. 367. — Los galos paganos del sexto y séptimo siglo divinizaban á las encinas, encendian antorchas delante de ellas, y las invocaban como si hubiesen podido virles; las piedras enormes vecinas de esos árboles participaban del honor que se les rendia. (Hist. ecles. de Bretaña, tom. 4, siglo séptimo. — Capitad. Caroli Magni, lib. 4, tit. 64).

<sup>2</sup> Pág. 367. — Véase *Cuadro de la India* por Buckingham].

<sup>3</sup> Pág. 367. — Bien conocido es el sarcasmo de Ju-

venal: *O sanctas gentes, quibus hæc satentur in hortis numina?* (Sálira 12, verso 10).

<sup>5</sup> Pág. 368. — Véase Garcil, lib. 1, cap. 9 y 12.

<sup>6</sup> Pág. 368. — Purfiro, que conocía muy bien los resortes del politeísmo, confiesa que los demonios eran el objeto del culto de los gentiles. «Hay, dice, «espíritus impuros, engañadores, malvados, que «quieren pasar por dioses y hacerse adorar de los «hombres. Es preciso aplacarlos, de miedo que no «nos dañen. Los unos alegres y divertidos se dejan «ganar con espectáculos y juegos; el humor som- «no de los otros quiere el olor de grasa, y se com- «place en los sacrificios de sangre.»

<sup>7</sup> Pág. 368. — Es una máxima entre los judíos que la alianza se hizo con ellos sobre el monte Sinaí, no bajo el pie de la ley escrita sino de la oral. Ellos aniquilan la primera para ensalzar á la otra, y al fin de cuentas reducen toda la religion á la tradición. Esta corrupción había llegado ya á tal punto entre los judíos en la época de Nuestro Señor, que él les reprocha en san Marcos que han aniquilado la palabra de Dios con sus tradiciones. Pero es mucho peor en el día, porque ellos equiparan el texto sagrado al agua y la Mishna ó el Talmud al mejor vino; y añaden que la ley escrita es sal, pero el Talmud es pimienta y canela, etc.

<sup>8</sup> Pág. 370. — Mr. de Lamartine, *Vieje á Oriente*.

<sup>9</sup> Pág. 372. — «Nel vestire il Verbo d'un'oma carne non gli diede ella (la Vergine) punto o di povertà, o di santità, o di giustizia che egli già da se solo non possedesse; ma gli diè molto bensì di «misericordia.» (Il P. Paolo Segneri, il Magnifico spiegato).

\* Pág. 370. — Mr. de Lamartine, *Viaje a Oriente*.

\* Pág. 378. — La tradición oriental que los mahometanos han recibido de los cristianos, es que san Juan el Evangelista era el esposo de las bodas del Caná, y que después de haber visto el milagro que Jesucristo había hecho, dejó inmediatamente su esposa para seguirle. (D'Herbelot, *bibliot. orient.*, tom. 2). — Baronio, tom. 1, pág. 106, y Mald. *de Joan.*, adoptan esta opinión, de que no salimos garantidos.

\* Pág. 379. — La respuesta de Nuestro Señor á su santa Madre debió ser en nuestra opinión, un aporreo; lo que se comprende por el tenor de la narración evangélica. Parece en efecto imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta enigmática á su Madre: los convidados que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para María. Obsérvese que los criados al oír lo que testifica la santa Virgen ignoran la negativa aparente del Salvador.

\* Pág. 388. — Un poeta musulmán ha descrito en versos elegantes aquel imperio que Jesucristo ejercía sobre los miedos del alma: he aquí en traducción hecha por D'Herbelot:

« El corazón del hombre afligido saca todo su consuelo de vuestras palabras;

« El alma resucita su vida y su vigor oyendo solamente pronunciar vuestro nombre.

« Si jamás el espíritu del hombre puede elevarse á la contemplación de los misterios de la divinidad,

« De Vos es de quien saca sus luces para consolarlos, y sois Vos quien le dáis del atractivo de que se halla penetrado. »

Un cristiano no podría expresarse con mas energía, observa el sabio orientalista.

<sup>12</sup> Pág. 382. — El Meihurei Manevi hablando del odio impotente y envidioso de los judios contra Jesucristo, expresa su opinion en estos términos sobre esos ataques tan comunes contra todo lo que obtiene un buen éxito, ataques que en último análisis no dañan sino á sus autores. — « La luna despiden su luz y el perro ladra, dice el autor persa, pero los ladridos del perro no impiden á la luna su resplandor. Arrójense también basuras en el agua corriente de un río, y estas basuras sobrenadan en la superficie del agua sin que puedan ni detenerla ni ensuciarla. El Mesías por un lado resucita á los muertos, y por otro ved á los judios consumidos de envidia, que se muerden los dedos y se arroucan la barba. » ( Hussein-Yaz. — D'Herbelot ).

<sup>13</sup> Pág. 383. — San Juan, cap. vii, 3.

<sup>14</sup> Pág. 384. — San Marcos, cap. iii, 21, 23, 32, 33, 34, 35.

<sup>15</sup> Pág. 390. — « Entre la montaña escarpada en que los judios habían formado el proyecto de precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth descúbrese á mitad del camino, dice el P. de Geramh, « las ruinas de un monasterio habitado en otro tiempo por unos religiosos, y las de una iglesia muy hermosa edificada por santa Elena y dedicada á la santa Virgen bajo el título de Nuestra Señora del Tremor, ó sea, del temblor. Segun algunos autores, María se hallaba ya en este lugar cuando los judios conducian á su Hijo hácia la cumbre de la montaña para precipitarle. Segun otros, á la primera noticia de los homicidas proyectos de res-

« hombres furiosos ella corrió allí apresuradamente,  
« pero llegó ya demasiado tarde; sobrecogida de es-  
« panto no pudo pasar mas adelante. »

17. Pág. 391. — Segun este escritor, Nuestro Señor  
no bautizó mas que á la santa Virgen y á san Pedro,

---

## LIBRO XVI.

---

### MARÍA EN EL CALVARIO.

---

Las palmas que los hijos de los hebreos habian arrojado bajo los pasos de Jesucristo cubrian todavia con sus verdes hojas el áspero camino de Betania; el eco del valle de los cedros <sup>3</sup> repetia aun los lejanos sonidos de los gritos de triunfo y de júbilo con que la hija de Sion habia saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fue profundamente conmovida por un nuevo suceso de una grande y triste importancia.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y los fariseos acababan de apoderarse á precio de oro y merced á una traicion doméstica de un *gran Culpable* que ponía, segun decian, en peligro el Culto y el Estado. Preciso era que ese hombre fuese efectivamente muy peligroso, porque esos venerables personajes se habian impuesto

un ayuno extraordinario para apoderarse de él<sup>3</sup>; y los fariseos, después de haber hecho á son de trompeta algunas pomposas limosnas por la ciudad, habían ido á dar gracias de tan importante captura á Aquel que ha dicho en términos formales: «Yo aborrezco al impío que derrama la sangre inocente.» Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos ocupaban los primeros empleos y honores, á excepcion del presidente romano que hacia pesar sobre ellos su autoridad, y á quien aborrecian secreta pero violentamente. Eran ellos unos judios concienzudos que no se atrevian á maldecir á su Padre sino absteniéndose religiosamente de hacer intervenir el nombre bendito en sus filiales maldiciones; hombres escrupulosos que habrian dejado perecer á su prójimo en el fondo de un pozo en dia de sábado; hombres honrados que no robaban sino á los incircuncisos; en fin, hombres puros que se hubieran guardado muy bien de entrar en el pretorio de un gobernador idólatra en la vigilia de una fiesta, y que le arrancaban una sentencia inícuca tomando mil precauciones minuciosas

para no mancharse con el contacto de su toga romana. Preciso era que el *Criminal* cuyo suplicio reclamaban alta y sediciosamente fuese el enemigo declarado de Dios y de los hombres; porque ellos se habian humillado hasta á seducir al pueblo á quien miraban comunmente con el mayor desprecio, y á los soldados romanos que tenian en horror, para que su odio fuese mejor servido. Para librar mas presto al pais de ese *gran Culpable*, habian violado con audacia las leyes y las costumbres de Israel, se habian constituido ellos mismos los acusadores, los examinadores, y los jueces del supuesto reo, y hasta se hubieran hecho sus verdugos, si no hubiesen preferido hacerle sufrir un suplicio infame, nuevamente introducido entre ellos y reservado á los mayores delincuentes, á fin de imprimir á su memoria una mancha de lodo y quitarle al mismo tiempo el honor y la vida.

Gracias á sus instigaciones, nunca hijo de hombre fue tratado con una crueldad mas ingeniosa y con mas fria barbarie: el insulto y la violencia no pueden ir mas allá de lo que se hizo sufrir á ese reo, que se



parecia á una víctima preparada para el sacrificio y que no oponia mas que el silencio á todas esas vilezas. Hundiósele en la cabeza una corona de espinas, cada punta de las cuales le hizo una profunda é insupportable herida; después de haberle reducido á la desnudez de los esclavos echáronle sobre las espaldas un harapo de púrpura, pusieronle en la mano una caña por cetro, y saludaron con amargos sarcasmos y genuflexiones irrisorias esa fantasma (según ellos) de dignidad Real. Todo su cuerpo destilando sangre por el azotamiento reciente no era otra cosa que una dilatada llaga, y sobre su dulce y pacientísimo semblante, manchado con asquerosas salivas, fijábanse aquí y allí gotas de negra sangre que caia de su herida fronte, y á la que no podian llegar sus manos encadenadas!..... Los principes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos contemplaban esta escena con íntima satisfaccion; esos hombres venerables trataban la compasion de bajaeria de alma \*. Pero ¿quién era, pues, ese desgraciado expuesto á semejantes tormentos? ¿Era tal vez un incendiario sorprendido al

tiempo de echar una tea encendida en medio del santuario, un bandido arrancado de noche de su caverna de las montañas, un sedicioso predicando la rebelion al través del Asia, y sublevando los pueblos contra el César?

No era, no, ni un bandido ni un sedicioso; sus crímenes eran mas feos, mas patentes, mas imperdonables: El habia querido hacer de los hombres un pueblo de hermanos y llamarles todos á una gloria inmortal; habia impuesto grandes virtudes de que El mismo diera ejemplo, y habia llenado la Judea de sus beneficios. Ese acusado, contra el cual tantas pasiones perversas se habian desencadenando, era el descendiente de David y de Salomon, el triunfador de la vigilia, *Jesús* el gran profeta galileo, que habia atravesado la ovacion popular para subir al Gólgota.

Cuando los pontífices y los fariseos hubieron degradado bastante á Jesús á los ojos del pueblo para destruir la idea de su divinidad, viendo que les apremiaba la cercanía del sábado, tomaron su victima que el pretor romano les entregó con repugnan-

cia; y después de haber cargado con el peso enorme de la cruz sus espaldas chorreantes y despedazadas, apresuraron con el asta de sus lanzas la marcha dolorosa y tardia hacia el Calvario á donde iban á crucificarle.

Oleadas de espectadores llenaban las calles y obstruían las plazas públicas; unos manifestaban altamente una alegría feroz, y clamaban anatema contra el Hijo de Dios; otros se compadecían de la suerte del jóven profeta que no había hecho sino bien á los hombres, y que los hombres habían abandonado y vendido. Pero esas muestras de estéril simpatía despuntaban apenas; los buenos lloraban ocultamente: aquellos que Él había alimentado con cinco panes en el desierto; los que había curado; los que había amado, estaban allí confundidos entre la multitud, y ninguna voz se alzaba protestando contra su suplicio. Aquel de sus apóstoles que mas le amaba, le había renegado cobardemente; los demás, á excepción de uno solo, habían huido.

Al tiempo de bajar penosamente por la larga calle que conduce á la Puerta *judiciaria*, una mujer penetró por medio de la multi-

tud; esa mujer notablemente hermosa y llevando en su dulce y suave fisonomía el tipo de la honestidad, parecía absorbida toda en un inexplicable dolor. Ella padecía tanto, estaba tan pálida; sus ojos que habían derramado ya sus últimas lágrimas dejaban caer una mirada tan amortecida, tan santamente triste sobre las llagas atroces del Salvador, que viéndola las mujeres de Jerusalén se pusieron á llorar diciéndose en voz baja: *¡pobre Madre!* ella se deslizó á través del pueblo, que se apartaba por un instinto de compasión y de simpatía para franquearle paso. Algunos fariseos de corazón empedernido arrojaban á Jesús, bañado en sudor y espirante bajo la cruz, expresiones las mas insultantes; Ella no las oyó: los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo le dirigieron gestos amenazadores; Ella no los vió: pero cuando un grupo de lanzas, la punta dirigida contra su pecho, se interpuso entre Ella y Jesús, salió de sus ojos fijos y desencajados un relámpago que reveló la sangre de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó una tal expresión de grandeza dolorosa y de frío desprecio de la muerte, que

los soldados venridos bajaron lentamente sus armas delante de la heroica y santa mujer. Por feroces que les hubiese hecho la vida de los campamentos, ellos se acordaron de sus madres.

María dirigió sus trémulos pasos hacia el Salvador; ella fijó sus miradas llenas de angustia sobre esa forma humillada que se arrastraba sangrienta y casi desnuda bajo una pesada carga, sobre ese rostro imponente, misericordioso y dulce que antes hubiera temido manchar rozándolo con sus castos labios, y que ahora hinchado, amoratado, cubierto de inmundicias y de sangre casi nada retenia de la imagen del Criador. María pasó tristemente su mano sobre su frente como para asegurarse de que no era el juguete de un alucinamiento horrible: ningún gemido alivió su corazón oprimido, ningún gesto de desesperación inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir, y en efecto hubiera muerto mil veces durante esta solemne y destrozadora pausa, si Aquel que mide el viento á la lana de la oveja no la hubiese sostenido con el poder de la divi-

nidad, Jesús observó bien pronto á algunos pasos esa figura muda é inmóvil; inclinándose delante de ella su frente encorvada bajo el peso de la cruz, pronunció el nombre de *Madre* ! Á esta palabra, que resonaba como una campana funebre á los oídos de la santa Virgen, un dolor agudo le traspasó el corazón, viósele vacilar, palidecerse; y en seguida doblándose sobre sí misma cayó de todo su peso sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en que Jesús al pasar había dejado huellas sangrientas !...

Un joven galileo con rostro sombrío y abatido, una joven mujer anegada en lágrimas, se abrieron paso hasta María; gracias á sus cuidados la Virgen de los dolores recobró el uso de sus sentidos y el conocimiento de aquel martirio físico y moral, que por ningún otro fue igualado, según el sentir de los Santos Padres. Sin duda Juan y Magdalena, que la amaban y veneraban como á su Madre, pusieronlo todo en obra para arrancarla á la escena de sangre y de muerte que se preparaba sobre el Gólgota; pero sus instancias fueron inútiles, y levantándose con esfuerzo María se puso á trepar ha-

jo un sol ardiente la pendiente mas escarpada del Calvario... era el camino mas corto y el que habian hecho seguir á Jesus \*.

Ellos habian llegado al término doloroso de esa triste peregrinacion, y pisaban el suelo fatal y sagrado en que el Cordero de Dios iba á satisfacer á la justicia del cielo irritado, colocándose en lugar de todas las victimas y cargando con todas nuestras miserias. Allí iba á ofrecerse el gran sacrificio, cuya eficacia se remonta por una parte hasta la culpa original y se extiende por otra en la noche de las cosas futuras hasta la consumacion de los siglos. Esa pequeña esplanada peñascosa era el altar renovado, desde el cual debia la sangre de Cristo correr á torrentes para lavar los pecados del mundo y destruir para siempre el decreto de muerte y de perdicion que nos entregaba al nacer á los ángeles del abismo. Pero ¿qué se habia hecho la victima santa? ¿Dónde la ocultaban sus verdugos á las afligidos ojos de su Madre? Maria extendió sus inquietas miradas sobre la montaña descarnada; ella vió al pueblo en expectacion, las cruces colocadas en el suelo, y unos operarios que

abrian con indiferencia los profundos hoyos que debían recibir los tres instrumentos del suplicio.... y Jesús, ¿dónde estaba?

El pareció; pero ¡en qué estado! despojado de sus últimas vestiduras, sin un harapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorreantes, El, tan casto y tan puro! Sus verdugos arrastrándole con ignominia lo expusieron así por algun rato á la burla del pueblo; en seguida el Juxto se tendió sobre la cruz, ese lecho de honor que le ofrecia por precio de su amor inmenso la gratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado atroz á la vista de los que le amaban; lleváronse á Maria á algunos pasos de allí, en una especie de cueva natural en que permaneció de pié, blanca y fria como el mármol\*. Percibiase á la parte de afuera un murmullo semejante al de las abejas de Engaddi cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas; á veces elevábase de repente en medio de ese sordo ruido una tempestad de rechillas, de gritos, de burlas y de espantosos estallidos de risa: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces;



pero el de los hebreos se excedió en esta ocasión.

En un intervalo de profundo silencio, causado sin duda por alguna nueva barbarie que cautivaba la atención de la multitud, oyóse un golpe de martillo, un golpe sordo como que caía sobre la madera y las carnes despedazadas. Magdalena estremecida apretó su pecho contra el de María, y el discípulo amado de Jesús se arrimó instintivamente á las paredes de la cueva. Un segundo golpe mas sordo, mas sofocado y mas siniestro aun se volvió á oír, y fue seguido de otros dos ó tres que caían á intervalos iguales, y todo quedó concluido! Mirad como le clavaban en la cruz, hizo observar á sus camaradas un soldado romano. Juan y Magdalena lanzáronse mutuamente una mirada de desolación: ellos experimentaban una sensación semejante á la que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes es imposible socorrer llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas; pero María!... un sudor frío cubría su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba

sus miembros, ella tambien pobre y flaca mujer acababa de ser crucificada: porque jamás confesor extendido en el potro, jamás mártir alguno en medio de las llamas sufrió en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos!

Bien pronto se percibió el rozamiento agudo de las cuerdas sobre las poleas; la cruz se levantaba lentamente en los aires, y el Hijo del hombre con el rostro vuelto hacia las regiones del Occidente, que aguardaban la luz desde tanto tiempo, fue enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles: así estaba escrito. Entonces el pueblo réprobo alzó un ronco y dilatado rugido de alegría: «¡Salud al Rey de los judios! si Dios le ama, que le libre! si tú eres hijo de Dios, Nazareno, baja de la cruz!» y el ladron crucificado á su izquierda le maldecía tambien entre los resuellos de la agonía. Jesús sosteniendo con una dignidad calmosa y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ninguna queja, ningun reproche se le escapaba en medio

del suplicio infame que padecía á la vista de un pueblo entero; Él lanzaba sobre ese pueblo alucinado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban; *¡o Padre mío, decía con voz moribunda, Padre mío, perdona ellos porque no saben lo que se hacen!*

«Y sin embargo han transcurrido diez y ocho siglos, y el Padre no les ha perdonado aun, y ellos arrastran su suplicio por toda la tierra, y en toda la tierra el esclavo se ve obligado á bajarse para verlos.»

La Virgen habia dejado el asilo momentáneo en que se habia refugiado, y caminaba con la cabeza baja hácia el lugar del suplicio. A algunos pasos del árbol de infamia unos groseros soldados echaban suertes sobre la túnica inconsútil que ella habia hilado y tejido con sus manos<sup>8</sup>; y se repartían con algazara las vestiduras sagradas que habian obrado tantas maravillas. Una ligera convulsion alteró el semblante de María; ella se acordó del tiempo en que, rica solamente del amor de Jesús pero exenta de inquietudes cercanas, trabajaba por las noches á su lado en la textura de esa túnica

de fiesta, y ese pensamiento fue para ella como el puñal que se revuelve lentamente en la herida; porque el relámpago, que le ofrecia en lo pasado la imagen de sus dias de felicidad, no hizo mas que engrosar las tinieblas de su miseria. Ella levantó los ojos al cielo para buscar allí como siempre la fuerza de padecer, y su mirada se cruzó con la del Dios crucificado: á esa vista de sangre sus piés lánguidos se fijaron en el suelo; ella quedó muda y como petrificada de un horror tan grande, de un estremecimiento tan atroz que todo lo que habia sufrido hasta entonces no le pareció mas que un sueño triste, una vision espantosa, pero casi desvanecida; todo se absorbía en la cruz \*.

Jesús, dejando caer sobre la Virgen santa una mirada dulce y misteriosa, pareció decirle como en la vigilia á sus Apóstoles: ¡ó Madre, la hora ha llegado!

¿Qué hora?

La hora mas memorable y fecunda en acontecimientos extraordinarios, que hubiese presenciado el sol desde la creacion del mundo; la hora en que el Hijo de Dios iba á triunfar del mundo, de la muerte, del

infierno y de la misma justicia divina; la hora del cumplimiento de los oráculos, de la abolición de los sacrificios, de la rehabilitación de la mujer, de la libertad del esclavo y de nuestra redención eterna. Y la Virgen creyó que veía pasar delante de sus ojos á los Patriarcas, los Reyes justos, los Profetas inspirados de Dios, que se inclinaban delante del Cristo como las haces de los hijos de Jacob delante de la luz maravillosa de José. Ella creyó ver á Moisés y á Aaron poniendo al pie del nuevo árbol de vida el Arca de alianza, el Efod, el Racional, la plancha de oro y el ramo de almendra, símbolos del sacerdocio hebreo, cuya misión iba á concluir; en seguida á David poniendo también su arpa profética al lado de la espada de Finees, del cuchillo sagrado de Abraham y de la serpiente de bronce. Los sacerdotes y las víctimas, los ritos y las ordenaciones, los tipos y los símbolos agrupados al rededor de la Cruz esperaban allí su consumación, y el libro de los siete sellos de bronce se había abierto á los pies del gran Pontífice, según el orden de Melquisedec, que reemplazaba á los Aaronitas. El

mundo antiguo, retirándose como las olas que se repliegan lentamente sobre sí mismas, cedió el lugar á otras imágenes. Maria creyó ver entonces á todas las naciones de la tierra aguardando al pié de la Cruz para recibir el Evangelio. La Etiopia y las islas extendían las manos hácia el Mesías, el desierto que comenzaba á regocijarse *florecía como la rosa*; el conocimiento de Dios llenaba la tierra, como las grandes aguas cubren el lecho de arena del Océano, y mil voces parecían repetir en mil idiomas bárbaros: *¡el Cristo ha vencido, bendito sea!*

La noble y generosa Mujer dando tregua á los agudos dolores que la destrozaban unióse simpáticamente al triunfo de la ley de gracia y á la grande regeneracion social; pero la vision de gloria no tarda á desvanecerse, y el dolor entre otra vez por todos los poros: á la par de Raquel Maria lloraba sobre su primogénito, y desechaba todo consuelo.

Entre tanto la naturaleza entera estaba sufriendo y parecía participar del luto de Maria. El dia se apagaba por grados, y su luz decreciente coloreaba con tinta lugubre

ese grande y estéril paisaje tan bien apropiado al crimen de que era teatro. A cada momento espesábanse las tinieblas; caía el rocío por la repentina interrupción del calor; las águilas arrojando agudos gritos volaban á sus asilos nocturnos; los chacales aullaban á las orillas del Cedron, y el Calvario tan triste ya por sí mismo tomaba el aspecto de un gran catafalco de negro mármol; el pueblo fuertemente impresionado por este extraordinario suceso empezaba á guardar el silencio del miedo, y solamente algunas voces aisladas y altaneras, las voces de los fariseos y de los jefes de la Sinagoga continuaban en maldecir á Jesucristo.

Bien pronto, al través de los opacos velos que encubrían la faz del firmamento, parecieron las estrellas como antorchas funerales que arden al rededor de un feretro, derramando sobre el teatro del deicidio una claridad espantosa y verdusca que daba á las masas de espectadores curiosamente agrupados en las vertientes de la montaña el aspecto de una asamblea de demonios y espectros. Ellos se miraron y palidecieron; en vano los escribas y los fariseos barto avan-

zados en el mar del crimen para atreverse á volver á la orilla, se esforzaban en atribuir este prodigio á causas naturales; cuanto mas se prolongaba la ausencia de la luz, menos concluyentes parecían sus razones. Los ancianos sacudiendo sus calvas cabezas afirmaban no haber visto jamás un eclipse semejante, y los sabios versados en las ciencias de los caldeos sostenían por su parte que ningún eclipse era ni previsto ni posible en la posición en que se hallaba la luna <sup>19</sup>.

En medio de la consternación general Jesús se ocupaba de los amigos fieles que se habían reunido en torno de su cruz á la hora de las ignominias. Conmovido del valor de Juan y de la tristeza profunda que ese joven y amante discípulo no procuraba ocultar, quiso dejarle una prenda de su afección divina. No podía legarle una porción de sus bienes terrenos *quien no tenía una piedra en que reclinar su cabeza*, y que iba á recibir la limosna de un sepulcro: no le quedaba en el mundo otra cosa que su Madre! su Madre que no le había dejado nada, y cuyas miradas eficaces clavadas en las suyas parecían decirle: «Vos lo sois



« todo para mí, Vos sois mi padre, mi madre, mi esposo, mi hijo, mi Dios, mi vida, mi tesoro; perdiéndoos yo lo pierdo todo, » y ya no tengo mas ni padre, ni esposo, ni hijo.... *nunc arbor patre, viduor sponso, desolor prole, omnia perdo* <sup>11</sup>; » El la legó solemnemente á su discípulo querido, como arras de los bienes celestiales que le reservaba en el reino de su Padre. Sabiendo hasta qué punto era amado de esas dos almas santas, El previó con su bondad adorable el aislamiento horroroso en que su muerte iba á dejarlos, y quiso fortificar esas dos hiedras sin apoyo, entlazando sus ramos separados.

Por esta disposición que añadía un nuevo y apreciable interés á su vida, debió comprender la Virgen que no le estaba concedido el seguir su Hijo á la tumba y que no había llegado al término de su peregrinación sobre la tierra. Ella se resignó á los decretos divinos por amor hácia nosotros, á quienes adoptaba en la persona del santo Apostol. El sacrificio de María igualó casi entonces, humanamente hablando, al de Jesucristo: El consentía voluntariamente en morir por nosotros, ella en vivir!... eran

dos corazones fuertes, abrazados de amor á los hombres, y que solos se comprendían bien; porque sus ideas no eran las nuestras, y el oro de sus virtudes era sin mezcla alguna.

El modo con que Jesús legó Maria al joven pescador de Betsáida, fue digno y sencillo, como todos los actos de su vida mortal: «Mujer, (dijo) hé aquí á tu hijo:» y al discípulo amado, «hé aquí á tu madre.»

Si Él no empleó hablando á Maria una locucion mas tierna, es porque conocia el poder del nombre que juzgó conveniente omitir, y no queria abrir de nuevo y reventar unas llagas tan vivas ya y tan profundas.

«Después de esto Jesús, juzgando que «todas las cosas estaban cumplidas, y á fin «de que se cumpliese tambien una palabra «de la Escritura dijo: *Sed tengo!*»

«Y como hubiese allí un vaso lleno de «vinagre, los soldados empaparon una esponja y rodeándola de hisopo se la ofrecieron á la boca.»

¡ Infames hasta al fin!

Jesús, habiendo gustado el vinagre, di-

ja: *Todo está cumplido*; y en seguida queriendo probar al mundo que moria no por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad exhaló un grande grito, bajó la cabeza y espiró....

En este momento los idolos del paganismo vacilaron sobre sus pedestales de mármol; la estrella de Moisés, que no habia brillado sino en un punto del globo y que no debia brillar mas que un cierto espacio de tiempo, descendió al horizonte de los valles, y el Sol del Evangelio destinado á iluminar al mundo desde un polo al otro y á dorar tanto como el universo, amaneció radiante por la parte de la aurora. Pero Dios era deador de algunos prodigios á la dignidad despreciada de su Hijo, y las señales de la ira del cielo no se hicieron esperar. A las tinieblas sobrenaturales que empezaban á disiparse sucedieron los sacudimientos espantosos de un terremoto que derribó veinte ciudades en Asia <sup>12</sup>: al mismo tiempo rasgóse el velo del templo, partieronse las peñas <sup>13</sup>, y muchos cuerpos de santos que dormian el sueño de la muerte resucitaron y aparecieron en la santa Ciu-

dad, causando un nuevo espanto en la poblacion consternada.

Entonces fue cuando se oíó una reaccion portentosa en favor de Jesús; el Centurion y sus soldados, que habian presidido la ejecucion, exclamaron todos á una voz, que el Profeta nazareno era ciertamente mas que un hombre; y aquella turba inmensa de pueblo que habia prodigado á Jesucristo agonizante las injurias, las burlas y los sarcasmos, bajó de la montaña golpeándose los pechos, y repitiendo aterrorizada: *¡Este era verdaderamente el Hijo de Dios! verè filius Dei erat iste!* En medio de los gritos de espanto del pueblo que huia sin saber á donde, y mientras que el Gólgota abria con furor sus costados de rocas y temblaba sobre sus antiguos cimientos, vióse, á la pálida y moribunda luz que alumbraba esta escena de horror, una mujer en pie y completamente inmóvil en medio de las convulsiones y ruinas de la naturaleza.

Esa mujer aislada parecia inaccesible al espanto general; con las manos unidas en la actitud del ruego estaba absorta en la

contemplacion dolorosa del Profeta crucificado.

Y las mujeres de Jerusalem se pusieron nuevamente á verter el mas acerbo llanto, clamando con el acento de la mayor compasion : ¡ pobre Madre !

---

## NOTAS AL LIBRO XVI.

\* Pág. 400. — Antiguo nombre del valle de Josafat.

\* Pág. 401. — Hallase esta anécdota en el *Toldos*, publicada por Huldric, pág. 30 y 90.

\* Pág. 402. — Mr. Salvador, autor de las *Instituciones de Moisés*, quisiera disculpar á sus cuerreligionarios, atribuyendo á los soldados romanos los ultrajes monditos que Jesús recibió en el pectorio; pero es evidente que los romanos no obraban en esto sino por las instigaciones de los enemigos de Jesucristo. Hé aquí sobre este punto la opinion de san Juan Crisostomo : « Los judíos son quienes condenan á Jesús á la muerte, aunque se cubren con el nombre de Pilatos. Ellos quieren que su sangre caiga sobre sí y sobre sus hijos. Ellos solos son los que le insultan, que le atan, que le conducen á Pilatos, y que le hacen tratar tan cruelmente por los soldados. Nada de esto había mandado Pilatos. » (Sermon 77, sobre san Mateo).

\* Pág. 408. — La tradicion, apoyada en la autoridad de san Bonifacio y de san Anselmo, refiere que

Jesús está salido a su Madre con estas palabras: *Salue, Mater*. Como se encuentra á la santa Virgen al pié de la cruz, esa tradicion de los Padres nada tiene de improbable. « La fe no se apura á esas tradiciones, dice Mr. de Chateaubriand: ellas nos enseñan hasta qué punto la maravillosa y sublime historia de la Pasion está grabada en la memoria de esos hombres. Diez y ocho siglos han transcurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una Madre que viene á llorar sobre su Hijo. » — Construyóse en memoria del desmayo de la santa Virgen una iglesia, que fue consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Espanto: allí fue, dice el Padre de Geramb, donde María rechazada por los soldados encontró á su Hijo arrojando el leño ignominioso, sobre el cual iba á morir.

\* Pág. 409. — Este camino que conducía en otro tiempo al Calvario, y por donde pasó el Salvador, ya no existe: hallase cubierto de casas, en medio de las cuales se ve una gruesa columna que muere la vista estacion; el fanatismo turco se ha complacido en hacer desagradable su proximidad, aumentado inmundicias y obscenidades, á fin de alejar á los cristianos. (De Geramb, tom. I, pág. 383).

\* Pág. 410. — Cerca del paraje en que la mano de las verdugos echó á Nuestra Señora á la cruz, yase una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fue donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del sacrificio de su Hijo. (De Geramb, tom. I, pág. 381).

\* Pág. 411. — Mr. de La Mennais.

\* Pág. 413. — Refiere una antigua tradicion que la

santa Virgen había tejido con sus propias manos la túnica de su Hijo.

<sup>1</sup> Pág. 441. — Los Padres y los grandes Doctores de la Iglesia consideran á los padecimientos de la Virgen en el Calvario por muy superiores á los de todos los Mártires: *Virgo voluit etas Martyres tantum accedit quantum sol ad reliqua nostra*, dice san Basilio; y san Anselmo añade: *Quidquid crudelitatis inflatum est corporibus Martyrum, leve fuit aut parvis nihil comparatione tue passionis*. (De exen. Virg., cap. 5).

<sup>2</sup> Pág. 448. — Plinio refiere que en la olimpiada 202, correspondiente al año 21 de nuestra era, hubo el mayor eclipse de sol que se haya visto jamás, y que á la luz del mediodía se descubrían las estrellas en el cielo; pero habiendo demostrado la astronomía que en aquel año no hubo ningún eclipse, parece es reconocer que la causa de semejante maldita ocurrencia fué toda sobrenatural. « Roselly de Lorgues: *Créto devant el siglo*, pág. 307. — « Nosotros observamos, dice san Dionisio Areopagita (que en aquel momento estaba en Heliópolis), que la luna vino impensadamente á interponerse entre el sol y la tierra, aunque el tiempo de esta conjunción no estuviese en el orden natural de las leyes á que los astros están sometidos, etc. » (Epístola 7 á Policarpo).

<sup>3</sup> Pág. 449. — *Falta en el original la nota que corresponde á esta sucesión*. (El Trad.).

<sup>4</sup> Pág. 421. — Plinio y Estrabon hablan de este terremoto, el cual fué tan vehemente, segun dicen estos dos autores, que se hizo sentir hasta en Italia.

<sup>5</sup> Pág. 421. — Adilano refiere que un viejo tu-

gles que era deista, visitando á Jerusalem procuraba volver en ridiculo las explicaciones que dan los católicos acerca los santos Lugares; pero la vista de la hendidura de las rocas le demostró después de haberla examinado con cuidado: yo empiezo á ser cristiano, dijo á un amigo que le acompañaba. Y continuó: Yo he hecho un largo estudio de la física y de las matemáticas, y estoy seguro que las roturas de esas peñas no han podido ser efecto de un terremoto ordinario y natural; semejante trastorno hubiera en verdad separado las diversas capas de que la masa se compone; pero lo hubiera hecho siguiendo las venas que las distinguen y rompiendo sus enlaces por los parajes mas débiles. Así lo he observado en las rocas levantadas por los terremotos, y la razón nada nos enseña que se oponga á esta observacion; pero aquí todo es al revés: la peña está hendida transversalmente, y la rotura cruza las venas de un modo extraño y sobrenatural. Yo veo, pues, de un modo claro y demostrativo que este es puro efecto de un milagro, que ni el arte ni la naturaleza podian producir. Hé aquí porque, añadió, yo doy gracias á Dios de haberme conducido aquí para contemplar este monumento de su maravilloso poder: monumento que tanto contribuye á demostrar la divinidad de Jesucristo. (De la Religion cristiana, traduccion del ingles, segunda edicion, tom. 2, pág. 126).



---

## LIBRO XVII.

---

### MUERTE DE MARÍA.

---

Volvia la calma á renacer, y las señales de la ira celeste habian cesado de asombrar á los judios que acababan de derramar la sangre del Salvador. Como todos los animales feroces, los verdugos de Jesucristo se habian despojado momentáneamente de su instinto salvaje en la hora del peligro; espantados al principio de lo mismo que habian hecho, temieron que las rocas conmovidas del Calvario no les cogiesen en su caída y que la tierra no les hiciese descender vivos á las oscuras profundidades del *sheol*; pero sus remordimientos se desvanecieron con sus temores y entraron otra vez gradualmente en su naturaleza rencorosa y maligna al ver serenarse el cielo.

No pudiendo negar los prodigios que un pueblo inmenso habia visto con sus propios

ojos y que atestiguaban los lados entrecabiertos de las montañas, las tumbas apenas cerradas y el velo del templo hecho pedazos, ellos los atribuyeron á la magia y sostuvieron que ese Jesus, que aplacaba con una señal los vientos y las olas, no era mas que un hijo de Belial que habia fascinado al pueblo y mandado á los elementos, gracias al nombre del Dios de Israel, que por sorpresa habia arrebatado del santuario \*. El pueblo se dejó engañar por esa mentira ridícula que sus jefes dieron por alimento á su curiosidad; porque no hay absurdo calumnioso que no encuentre oídos crédulos para acogerlo, y lenguas dóciles para referirlo. Entre tanto una guardia vigilante, escogida entre los satélites del gran Sacerdote, velaba armada al rededor del sepulcro; porque Jesús habia anunciado que resucitaria glorioso al tercero día, y los principes de la Sinagoga afectaban temer que sus discípulos no le arrebatasen durante la noche.

El día tercero empexaba á despuntar, y el oriente se coloreaba apenas; cuando algunas mujeres de Galilea llevando goma de

cedro, mirra, cinamomo y otras sustancias aromáticas para embalsamar á Jesús á la manera de los reyes de Judá \*, comparecieron sobre la montaña del suplicio; encaminándose pensativas hácia el jardín en que estaba el sepulcro de Cristo: según la tradición, Maria se hallaba entre estas santas mujeres. Su semblante abatido se semejaba á una hermosa ruina ajada por el viento tempestuoso de la adversidad; pero sus miradas no expresaban solamente el dolor, si que también la esperanza. Jerusalén, la deicida, dormía envuelta entre las nieblas de la mañana; las flores entrecubrian sus corolas cargadas de rocío; los pajarillos cantaban suavemente, meciéndose en los húmedos ramos de las higueras silvestres; la naturaleza parecía rejuvenecida, y el paisaje austero de esta región desolada tomaba una expresión de placer que no había tenido jamás hasta entonces, y que parecía anunciar un misterio cuyo secreto guardar quería.

De repente, en medio de esa risueña escena un temblor se hace sentir: la piedra que cierra el sepulcro rueda sobre sí mis-

ma como empujada por un robusto brazo : los guardias caen semimuertos el rostra contra el suelo , y las mujeres que no dejaron á Jesús en la cruz palidecen ahora y retroceden , temiendo que van á renovarse los prodigios espantosos que acompañaron la muerte del Hijo del hombre.

Pero un Ángel , cuyas vestiduras igualaban en blancura á la nieve de las montañas y cuyo agraciado semblante brillaba como una centella , se sienta encima de la piedra del sepulcro y tranquiliza á las siervas de Jesucristo : « No temais (les dice con voz apacible) , yo sé que buscáis á Jesús que ha sido crucificado ; no está aquí ; ha resucitado como lo había dicho , venid y ved el lugar en que colocaron al Señor. » Mientras que las piadosas galileas penetraban temblando en el sepulcro y se maravillaban á la vista del sudario y de las fajas perfumadas de mirra que habían quedado en sus bordes , Maria inmóvil de alegría y de pasmo se había apoyado en un antiguo olivo á alguna distancia. Un joven vestido á la usanza del pueblo hablaba con ella en voz baja : este joven era el *primogénito de*

entre los muertos, el glorioso vencedor del infierno, Jesucristo \*. Nadie ha sabido lo que pasó en esa entrevista solemne; pero puede creerse que María, cuya alma fuerte había experimentado un dolor sobrehumano, probó entonces un grado de júbilo que nosotros no podríamos soportar sin morir.

Nuestro Señor durante los cuarenta días que siguieron á su resurrección se hizo ver con frecuencia por los Apóstoles y conversó con ellos de las cosas concernientes al reino de Dios y de la regeneración que iba á obrarse entre los hombres por medio del bautismo. Autores piadosos han pretendido que la Virgen fue la mas favorecida en esas apariciones consoladoras, y que en ellas participó de antemano de la felicidad de los escogidos; las aguas amargas de su aflicción cambiáronse en manantiales de gracia, y el Salvador *la alimentó con el maná oculto que reserva á los que guardan la paciencia ordenada por su palabra.*

Finalmente llegó la hora en que los decretos divinos llamaban á Jesucristo al cielo; cumplida estaba su misión redentora, y los Apóstoles á quienes su resurrección ha-

hía convencido plenamente de su divinidad habian recibido de Él las instrucciones necesarias para convertir las naciones á su admirable Evangelio.

Hacia la mitad del cuadragésimo día salió con ellos de Jerusalem y se dirigió hacia las alturas de Betania. Esta direccion no se tomó casualmente: allí estaba ese monte coronado de olivos, en que el Salvador apartándose de la multitud habia orado con frecuencia á su Padre mientras los astros brillaban en el firmamento; allí estaba tambien ese jardin famoso, en que su alma luchando contra las primeras embestidas de la agonía habia permanecido triste hasta la muerte, en que halló el cáliz amargo y apartó su cabeza; donde ocultó en el polvo, que iban bien pronto á pisar los pies de sus asesinos, su noble frente cubierta de un sudor de sangre. Justo era que su gloria empezase en los mismos lugares en que habian principiado sus generosos sufrimientos, y que esos campos, esos bosques, esas soledades sombrías que habian sido tan frecuentemente testigos de sus meditaciones y de sus ruegos, recibiesen tambien la mar-

ra de los últimos pasos que hizo antes de subir al cielo.

Llegado á la cima de la alta montaña, desde la cual se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encajonadas del Jordán y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador se detuvo en un espacio libre á corta distancia de un bosque de olivos que fue cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalem. Allí, después de haber fijado sus últimas miradas sobre su Madre, sus Apóstoles y los ciento y veinte discípulos que debían dar testimonio del asombroso prodigio de esa hora solemne, *levantó las manos al cielo, los bendijo, y bendiciéndolos se separó de ellos*, y fue arrebatado por los aires. Este último acto del Salvador selló dignamente su misión divina: durante su vida *pasaba haciendo bien*; en la cruz rogó por sus verdugos, y subió al cielo bendiciendo á los humildes amigos que dejaba en la tierra. Y como tuviese aun las manos extendidas sobre sus discípulos prosternados, le vieron entrar en una blanca nube que le ocultó á sus ojos.

La Ascension de nuestro Señor nada tu-

vo de aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos en los antiguos tiempos. La ley de Moisés habia sido proclamada al sonido de las trompetas, entre el estruendo de los truenos y al resplandor temible de los relámpagos. Elías fue arrebatado hasta el cielo en un carro de fuego; pero el Salvador del mundo lo fue suavemente en medio de una ligera nube con aquella especie de majestad serena y apacible que conviene al genio del Evangelio y a' sensible carácter de su Autor.

Y los Angeles, esas espíritus benévolos que se regocijan de la felicidad de los hombres, figuraron tambien en esta última escena que desenlazaba el gran drama de la redencion. Sus cánticos divinos habian anunciado á los pastores el nacimiento del Rey Mesías; su voz habia proclamado su resurreccion de entre los muertos; convenia, pues, que sus palabras viniesen á confirmar su Ascension gloriosa.

Hallándose los discípulos atentos en mirar á Jesús como subia al cielo, dos jóvenes vestidos de blanco se les presentaron de repente diciéndoles: « Varones de Galí-



«lea, ¿por qué os entretenéis en mirar al  
«cielo? ese Jesús, que al separarse de vo-  
«sotros se ha elevado por los aires, vol-  
«verá del mismo modo que le habeis visto  
«subir.»

Los Apostoles y discípulos bajaron sus  
ojos deslumbrados á la voz de los Ángeles;  
¿pero la Virgen los bajó? ¿Fuele rehusa-  
do el ver á su divino Hijo tomar majestuosa-  
mente su asiento á la derecha de Jehová  
en la luz inaccesible de los santos? ¿Fue  
realmente menos favorecida que san Este-  
ban y el discípulo amado? Esto no es pre-  
sumible. Aquella que moralmente se habia  
crocificado con Jesús en el Calvario, me-  
recia ser glorificada con El; este era su de-  
recho, y ¿cuán caro lo habia adquirido! Si,  
María debió dirigir su mirada mortal á esa  
region pacífica y bienaventurada, cuyo in-  
greso acababa Jesús de abrirnos con su  
sangre y en que esjuga El mismo las lá-  
grimas de los justos \*; en seguida las puer-  
tas de perlas de la Jerusalem celestial \* vol-  
viéronse á cerrar lentamente sobre el Dios  
vencedor; y María separada por poco tiem-  
po del Hijo que adoraba, se encontró sola

sobre la tierra como una enredadera arrancada de raíz.

Diez días después la encontramos otra vez orando en el Cenáculo en donde recibió al Espíritu Santo junto con los Apóstoles.

Maria fue la columna luminosa que guió los primeros pasos de la naciente Iglesia. A ella fue á quien los Apóstoles ofrecieron en homenaje las numerosas espigas que arrancaban al campo estéril de la Sinagoga para entrojarlas en los graneros del Padre de familias. Ella aceptaba ese tributo en nombre de su Hijo con una humildad llena de gracia, y se la veía continuamente rodeada de pobres, de infelices y de pecadores; porque amó siempre con amor de predilección aquellos á quienes podía hacer bien. Los Evangelistas venían á pedirle la-ces; los Apóstoles unción, valor y constancia; los afligidos consuelos espirituales; los nuevamente convertidos la fuerza de llevar su cruz á imitación de Jesucristo y de abandonarlo todo para seguirle: todos la dejaban colmándola de bendiciones. El *Sol de justicia* se había puesto al horizonte

sangriento del Gólgota; pero la *Estrella de los mares* reflejaba todavía sus mas suaves rayos sobre el mundo renovado, y derramaba sus benignas influencias sobre la cuna del cristianismo.

La santa Virgen permaneció en Jerusalen hasta tanto que la terrible persecucion que estalló contra los cristianos en el año 44 de Jesucristo la obligó á salir de allí con los Apostoles. Su hijo adoptivo la condujo entonces á Efeso, á donde Magdalena quiso seguirla. Esos nobles corazones se habian enlazado al pié de la cruz con cadenas de diamante que solo la muerte pudo romper y que se han vuelto á añudar en el cielo.

Ninguna noticia nos ha quedado de la permanencia de Maria en Éfeso, y esta falta se explica fácilmente por las circunstancias de aquella época. Después de la resurreccion del Salvador los Apóstoles únicamente ocupados de la propagacion de la fe pusieron en la clase de las cosas secundarias todo lo que no entraña de un modo directo y notorio en un interés que absorbía todos los demás. Llenos de su alta mision, consagrados enteramente á la salvacion de las

almas, se olvidaron á sí mismas tan profundamente que apenas nos han dejado un pequeño número de documentos incompletos acerca los trabajos evangélicos que trocaron la faz del mundo; de manera que su historia se parece á un epitafio sublime, pero casi borrado, que no tiene principio ni fin. Que la Madre de Jesús haya seguido la suerte de los Apóstoles, es fácil concebirlo. Habiendo pasado los últimos años de su vida lejos de Jerusalem en un país extranjero, en que su permanencia no se señaló con ningún hecho notable, no ofrecen otra cosa que una superficie plana que no ha dejado vestigio durable en la memoria fugitiva de los hombres; sin embargo el estado floreciente de la iglesia de Efeso y los elogios que san Pablo tributa á su piedad, indican bastantemente los cuidados saludables de la Virgen y las bendiciones divinas que la acompañaban á donde iba. *La rosa de Jesé* dejó un poco de sus perfumes en el aire, y este vestigio por leve que sea es una revelacion preciosa de su pasaje.

Las costas del Asia menor sembradas de ciudades opulentas, ricas de una vegetacion

admirable y bañadas de un mar atravesado en todas direcciones por una multitud de buques hubieran parecido á unos desterrados vulgares una esplendida indemnización por las altas y estériles montañas de la Palestina: dudoso es que así lo haya juzgado la Virgen de Nazareth: los pasos del Hombre-Dios no habían santificado esa tierra encantadora, y los sepuleros de sus padres no existían allí.

¡Cuántas veces, sentadas bajo la sombra de un plátano á la orilla de ese hermoso mar Icario, cuyas olas mueren á los piés de los arrayones sobre una estrecha faja de arena, Maria y Magdalena siguiendo con la vista una galera griega que dirigia su proa hacia la Siria excitaron los recuerdos de su pais nativo! Volvian entonces á su memoria las nieves immaculadas del Líbano, los cumbreros azulados del Carmelo, las aguas movedizas del lago de Tiberiades: los sitios de la patria ausente embellecidos por la distancia pasaron sucesivamente por su imaginacion, y les parecian mil veces preferibles á esa blanda y risueña Jonia, que era en efecto con respecto á la tierra de Je-

heva lo que la lira de Anacreonte es al de la arpa de David.

Durante su permanencia en Éfeso fue cuando María perdió la fiel compañera que á imitación de Rut había abandonado á su país y su pueblo para seguirla mas allá de los mares; Magdalena murió, y María la lloró como Jesús había llorado á Lázaro \*.

De todos sus lazos de afección y de parentesco nada mas le quedaba á la Virgen que san Juan, el bueno y amable discípulo, á quien su Hijo moribundo la había encomendado: ella le siguió, segun se cree, en sus viajes, y fue sin duda en sus conversaciones con la Reina de los Profetas donde san Juan perfeccionó la ciencia maravillosa que en su Evangelio despliega. Ayudado de las luces de aquella que los Padres han comparado al candelero de oro de siete brazos, el jóven pescador de Betsáida penetró mas adelante que nadie en el misterio incomprensible de la esencia increada del Verbo, y su pensamiento se elevó con un vuelo tan atrevido hácia las alturas místicas del cielo, que á su lado los

demás Evangelistas por perfectos é inspirados que sean rozan con la tierra \*.

Entre tanto los sembradores de Jesucristo habian sembrado el buen grano de la palabra santa en todos los puntos del mundo romano: la cosecha evangélica estaba en todo su verdor, y los obreros del Padre de familias trabajaban con ardor en el campo sagrado. Maria juzgó que su misión sobre la tierra estaba cumplida, y que la Iglesia podia en adelante sostenerse con sus propias fuerzas. Entonces como una segadora fatigada que busca la sombra y el descanso en medio del dia, ella empezó á suspirar por las hermosas sombras del árbol de la vida que crece cerca el trono del Señor y por las aguas vivas y santificantes que le riegan \*. Aquel que sondea los mas ocultos pliegues del alma sorprendió este deseo en el corazon de su Madre, y el Ángel que se mantiene á su derecha vino á participar á la futura Reina del cielo que su Hijo la habia oído \*.

Antes de dejar para siempre este mundo perecedero, en que se habia considerado constantemente como una extranjera, Ma-

ria quiso visitar otra vez los sitios de la redencion ; y san Juan , para quien sus menores deseos habian sido preceptos , hizo inmediatamente sus preparativos de marcha para conducirla á su patria.

Los viajeros hebreos se embarcaron , no en Esmirna que entonces no era mas que una pequeña villa desde que la arruinaron los de Lidia , sino probablemente en Mileto , cuyo puerto famoso era el punto de reunion general de las galeras de Europa y de Asia , que navegaban por aquellas aguas. Durante su travesia por los mares de la Grecia , la Virgen y el Evangelista reconocieron á su paso la isla de Chio , cuyo pueblo , que poseyó por largo tiempo el imperio del mar , introdujo la odiosa costumbre de comprar esclavos , costumbre que el Evangelio iba á abolir lentamente ; en seguida Lesbos , la patria de los poetas liricos , en que los himnos á la Virgen purisima debian suceder á las odas abrasadoras de Safo y á los cantos mas vigorosos de Alceo. Al ver redondearse en las nubes la cúpula del templo de Esculapio que atraia á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros , la Madre del Sal-



vador de los hombres se acordó de que su divino Hijo era el solo que había tenido sobre la tierra el poder de decir á las penas físicas y morales, *aplacados*; y á la muerte: *multa tu pena* <sup>12</sup>. Delos, la cuna de Apolo, Rodas, la de Júpiter, surgieron á su vez del medio de las aguas con sus montañas esmaltadas de verde y sus antiguos templos poblados de dioses, á quienes debia bien presto desterrar á los infiernos el Dios crucificado sobre el Gólgota. A alguna distancia de Chipre divisóse en la region de las nubes un punto negro que se delineaba sobre el azul aterciopelado del cielo: era la montaña en que el profeta Elias había levantado en los antiguos tiempos un altar á la futura Madre de Cristo, y en que sus discípulos estaban próximos á ponerse bajo su proteccion y socorro. El dia siguiente la galera entraba á fuerza de remos en un puerto de la Siria, Sidon acaso cuyas relaciones mercantiles eran muy frecuentes con la Palestina, segun nos refieren los sagrados libros. Llegando á Jerusalem, retiróse la Virgen á la montaña de Sion, á una corta distancia del palacio arruinado de los

principes de su linaje, y en la casa que habia sido santificada por el descenso del Espíritu Santo. San Juan la dejó para ir á participar á Santiago, primer obispo de Jerusalem, y á los fieles que componian su Iglesia ya numerosa, que la Madre de Jesús volvía entre ellos para morir.

Era el día, y había llegado la hora. Los santos de Jerusalem vieron otra vez á la Hija de David siempre pobre, siempre humilde, siempre hermosa; porque se hubiera dicho que esta admirable y santa criatura se libraba de la acción destructora del tiempo, y que predestinada desde su nacimiento á una completa y gloriosa inmortalidad nada en ella debía perecer <sup>13</sup>. Grave, pues, pero no enferma, Maria recibió á los Apóstoles y discípulos recostada en un pequeño lecho de pobre apariencia, acomodado á su traje de mujer del pueblo que nunca había dejado. Brillaba en su aspecto, lleno de nobleza y de modestia, alguna cosa tan majestuosa y patética que toda la asamblea se deshizo en lágrimas. Solo Maria permaneció en calma en este vasto y elevado salón, en que se habían agolpado una multitud de anti-

gos discípulos y de nuevos cristianos, igualmente desearos de contemplarla.

Éra ya de noche, y unas lámparas con varios mecheros suspendidas del techo con cadenillas de bronce arrojaban aquí y allí manojos de rayos de color rojizo sobre la reunión silenciosa que parecía con ello recibir un nuevo grado de solemnidad. Los Apóstoles vivamente conmovidos estaban de pie en torno del lecho fúnebre. San Pedro, que tanto había amado al Hijo de Dios durante su vida, contemplaba a la Virgen con un sentimiento de dolor, y su mirada eficaz parecía decir al Obispo de Jerusalén: ¡cuánto se asemeja a Jesucristo! En efecto la semejanza era admirable <sup>12</sup>; y la actitud inclinada de María, que recordaba la del Salvador durante la cena, acababa de completarla. Santiago, que había recibido de los mismos judíos el renombre de justo y que sabía dominar sus emociones, devoraba las lágrimas que se amasaban lentamente al borde de sus párpados. El Príncipe de los Apóstoles, hombre de franqueza y de primer movimiento, hallábase profundamente conmovido y no lo encubría; san

Juan tenia envuelto el rostro con un lienzo de su manto griego ; pero sus sollozos lo descubrian. No habia en toda la asamblea un corazon que no estuviese parido de dolor , ni un ojo del que no manasen lágrimas. Despues de haberse recogido un momento Maria fijo sus miradas sobre esos fieles servidores que estaban todos unidos en el amor de Jesucristo , y que debian probarlo de alli á algun tiempo en medio de los tormentos ; empezó á hablarles , y su voz llena de melodia tomó una expresion tan tierna , tan hondamente afectuosa , y á la vez tan consoladora , que todos los dolores se cabalaron por algun tiempo. Ella les dijo que la afeccion filial que le demostraban le hacia solamente echar á menos la vida : que habia deseado con ardor ese dia que iba á reunirse á su Hijo por toda la eternidad , y que bendecia á Dios de haber abreviado el tiempo de su triste peregrinacion. Despues de haberles prometido que les seria siempre favorable , y que no olvidaria jamás en medio de los gozes celestiales que ella habia sido tambien una hija de los hombres , les mostró la tierra , vista desde las alturas del

cielo, y se elevó gradualmente á consideraciones tan elevadas y á reflexiones tan sublimes que cada uno olvidaba en medio de su asombro qué el cisne cantaba para morir. Pero aproximábase la hora fatal: María extendió sus manos protectoras sobre los hijos que iban á quedar huérfanos, y alzando sus bellos ojos hácia los astros que brillaban en el firmamento con una majestad serena, vió el cielo abierto y al Hijo del hombre que bajaba sobre una nube luminosa para recibirla en los confines de la eternidad <sup>12</sup>. Á esa vista un color sonrosado se esparció por su semblante, sus ojos pintaron todo lo que el amor maternal, el júbilo llevado hasta el arrebolamiento y la adoración infinita pueden expresar, y su alma dejando sin esfuerzo su cubierta mortal cayó dulcemente en el seno de Dios <sup>13</sup>.

María no existía, pero su semblante que había tomado la imágen de un sueño tranquilo se presentaba tan hermoso á la vista, que se hubiera dicho que la muerte vacilaba en plantar su bandera sobre ese trofeo que solo un día podía conservar.

Encendiore la lámpara de los difuntos,

abrióronse todas las ventanas, y los ambientes del verano penetraron en el aposento con los pálidos rayos de las estrellas. Dícese que una luz maravillosa llenó la cámara mortuoria en el momento en que María acababa de exhalar el último suspiro; era sin duda la gloria de Dios que rodeaba el alma purísima de la Virgen predestinada. Luego que no fue dudosa la muerte de María, no se oyeron al principio mas que lloros y profundos gemidos: en seguida elevarónse cánticos fúnebres en medio del silencio de la noche; los Ángeles los acompañaron con sus sistros de oro <sup>12</sup>; y los ecos del palacio arruinado de David los repitieron tristemente á los sepulcros de los reyes de Judá.

El día siguiente los fieles llevaron con santa profusion los aromas mas preciosos y las telas mas finas para sepultar á la Reina de las vírgenes. Fue embalsamada, segun los usos de su pueblo; pero sus benditos restos exhalaban un olor mas suave que las cintas perfumadas que los ceñían. Terminados los preparativos del duelo, colocóse á la Madre de Dios en un lecho por-

tañil, lleno de sustancias aromáticas <sup>12</sup>; cubriéndola con un velo suntuoso, y los Apóstoles reclamarón el honor de llevarla sobre sus hombros hasta el huerto de Getsemani <sup>13</sup>. Los cristianos de Jerosalen, llevando antorchas encendidas y cantando himnos y salmos, siguieron con airo triste y abatido los funerales de María <sup>14</sup>.

Llegado al lugar de la sepultura, paróse el lúgubre acompañamiento. Gracias á los cuidados de las santas mujeres de Jerosalen, el sepulcro se había despojado de su aspecto sombrío, y la cueva funeraria no presentaba á la vista mas que una cuna de flores <sup>15</sup>. Los Apóstoles depositaron en ella con todo cuidado el cuerpo de Maria derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas. De todos los panegíricos que se pronunciaron en esta ocasion el de Hieroteo fue el mas notable. San Dionisio Areopagita, que refiere esta escena como testigo ocular, dice que alabando á la Virgen el orador estaba como fuera de si mismo <sup>16</sup>.

Durante tres dias los Apóstoles y los fieles velaron y oraron cerca del sepulcro, en que los conciertos sagrados de los Angeles

parecian encantar el último aseo de María <sup>20</sup>.

Un Apóstol, que volvía de un país lejano y que no se había hallado presente en la muerte de la Virgen, llegó en este intermedio á Getsemani: era Tomás, aquel que había puesto su mano en las llagas de su Maestro resucitado. Corría para echar una última mirada sobre los fríos despojos de la mujer privilegiada que había llevado en sus castas entrañas al dueño soberano de la naturaleza. Vencidos por sus instancias y sus lágrimas, quitaron los Apóstoles el trozo de piedra que cerraba la entrada del sepulcro; pero no encontraron más que las flores apenas marchitas, sobre las cuales había descansado el cuerpo de María, y su blanco sudario de precioso lino de Egipto, que exhalaba un olor celestial. El cuerpo purísimo de la Virgen inmaculada no debía ser presa de los gusanos de la tumba; durante su vida la tierra y el cielo habían tenido parte en la formación de esta noble criatura; después de su muerte el cielo lo había tomado y glorificado todo <sup>21</sup>.



## NOTAS AL LIBRO XVII.

<sup>1</sup> Pág. 127. — Véase *Itinage*, lib. 6, cap. 27 y 28.

<sup>2</sup> Pág. 129. — Es el oro que se trataba de un uero mudo de entalsamar á Jesús, pues que Nicodemo le había ya envuelto con fajas de mirra.

<sup>3</sup> Pág. 131. — San Ambrosio, que vivía en el cuarto siglo, dice que la santa Virgen fue la primera que tuvo la dicha de ver á Jesucristo resucitado; y el poeta Sedulio, que floreció poco después de san Ambrosio, consiguió igualmente esta tradición en sus versos. Ambos hablan de ella como de una creencia generalmente recibida entre los cristianos. Los historiadores árabes han considerado igualmente la misma tradición: Ismael, hijo de Ali, dice que Jesús bajó del cielo para consolar á su Madre María que le lloraba. Hase elevado un altar en el sitio en que ocurrió esa patética entrevista.

<sup>4</sup> Pág. 132. — Véase el Apocalipsis, cap. XII, 4.

<sup>5</sup> Pág. 132. — *Ibidem*, cap. XII, 27.

<sup>6</sup> Pág. 133. — Léase en algunos autores griegos del siglo séptimo y siguientes, que después de la ascension de Jesucristo santa María Magdalena acompañó á la santa Virgen y á san Juan á Efeso, y que en esta ciudad murió y fue enterrada. Esa es también la opinion de Modesto patriarca de Jerusalén que floreció en 390, de san Gregorio de Tours y de san Guillelmo. Este último en la relación de su viaje á Jerusalén dice que vió en Efeso el sepulcro de santa Magdalena. El emperador Leon el Filósofo hizo transportar los reliquias de la Santa de Efeso

á Constantinopla, y las depositó en la iglesia de San Lázaro hacia el año 800. — Otra tradición, defendida por sabios no menos apreciables, pretende que santa Magdalena concluyó sus días en la Provenza; nosotros hemos adoptado la opinión contraria, porque nos ha parecido mas verosímil; pero sin decidir la cuestión.

<sup>7</sup> Pág. 441. — El abad Ruperto en el libro I sobre el *Cántico de los canticos*, afirma que la santa Virgen supla con sus lacer las que el Espíritu Santo, inspirado con medida á los discípulos, no les había manifestado; y todos los santos Padres convienen en que por la santa Virgen salía san Lucas algunas circunstancias maravillosas y particulares de la infancia de Jesucristo.

<sup>8</sup> Pág. 441. — Apocalipsis, cap. xiii, v. 2.

<sup>9</sup> Pág. 441. — La tradición refiere que la santa Virgen recibió la noticia de su muerte por el ministerio de un Ángel que le predijo el día y la hora. (Necélore, lib. 2, cap. 21, y otros autores).

<sup>10</sup> Pág. 442. — Los sacerdotes de Mahoma han conservado tradicionalmente la memoria de los milagros de Jesucristo. Ellos pretenden que el apóstol de Nuestro Señor, al que llaman *had Mexid*, el apóstol del México, no solamente resucitaba los muertos, si que también podía dar la vida á las cosas inanimadas. (D'Herbelot, bibíot. orient., tom. 1, p. 302).

<sup>11</sup> Pág. 442. — San Dionisio, testigo ocular de la muerte de la santa Virgen, afirma que en esta época adelantada de su vida era todavía de una belleza admirable.

<sup>12</sup> Pág. 443. — Jesucristo inclinaba un poco la cabeza, lo que la hacia perder algo de su talla. En seme-

blante se parecia mucho al de su Madre, sobre todo en la parte inferior. [Niechro, hist. ecles., tom. 1, pág. 122].

<sup>10</sup> Pág. 447. — San Juan Damasceno.

<sup>11</sup> Pág. 447. — Algunos Padres antiguos, y entre otros san Epifanio, parecen dudar si la Madre de Dios murió verdaderamente, ó si ha permanecido inmortal, habiendo sido elevada en cuerpo y alma al cielo; pero el sentir de la Iglesia es que la santa Virgen falleció realmente, segun la condicion de la carne, y así lo dice claramente en la oracion de la misa en el dia de la Asuncion. — La santa Virgen murió en la noche noturno al 12 de agosto. La data de su muerte es muy incierta. Ensebio la fija en el año 48 de nuestra era; segun esto Maria habria vivido sesenta y ocho años. Pero Niechro, libro II, cap. 21, dice formalmente que ella terminó su vida en el año 2.<sup>o</sup> del reinado de Claudio, es decir, en el año 798 de Roma ó 43 de la era vulgar. Entonces suponiendo que la santa Virgen tuviese diez y seis años cuando el Salvador vino al mundo, habria vivido sesenta y un años; pero Hipólito de Tebas asegura en su crónicas que la santa Virgen pasó de edad de diez y seis años, y murió once años después de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de verificar las dudas*, la Virgen habria fallecido á la edad de sesenta y seis años.

<sup>12</sup> Pág. 448. — Toda la milicia celestial, dice san Gerónimo, vino al encuentro de la Madre de Dios en el momento en que espiró, cantando himnos y cánticos que llevan nombres de toda la reunion: *Militem celorum cum suis agnibus fecit obsequium venisse funtibus Dei cum laudibus et canticis, tumque in-*

*gentil lumine circum fulsare et usque ad lunam produci.*

<sup>19</sup> Pág. 449. — Los féretros entre los judíos del tiempo de María eran una especie de lecho rostralado de manera que se pudiese llevar fácilmente el cadáver; y ese lecho se llenaba de sustancias aromáticas. Josefo, haciendo la descripción del enterrero de Herodes el Grande, dice que su féretro estaba adornado de piedras preciosas; que su cuerpo descansaba bajo un manto de púrpura; que llevaba la diadema y la corona sobre la cabeza, y que toda su familia seguía detrás de él. Estos mismos honores fúnebres fueron tributados á María con grande magnificencia: su cuerpo fue rodeado de perfumes preciosos, envuelto en telas magníficas, y colocado sobre un féretro que los mismos Apóstoles llevaron sobre sus hombros. (Metafrasto y otros autores).

<sup>20</sup> Pág. 449. — Gregorio Turonense, sermón 1.º y 2.º de la Asunción. — Damiano y otros.

<sup>21</sup> Pág. 449. — Véase el Padre Grobset, pág. 442.

<sup>22</sup> Pág. 449. — Gregorio Turonense, y otros.

<sup>23</sup> Pág. 449. — Libro de los nombres divinos, n. 3.

<sup>24</sup> Pág. 449. — Jeronim patristica de Jerusalén, que vivió en el siglo quinto, escribiendo al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, dice que los Apóstoles relevándose unos á otros pasaban el día y la noche con los fieles junto al sepulcro de María, mezclando sus voces y sus cánticos con los de los Angeles, que durante tres días no cesaron de hacer oír la mas celestial melodía.

<sup>25</sup> Pág. 450. — Una observacion muy juiciosa al Godescardo tiene en apoyo de la Asunción, y consiste en que así los latinos ni los mismos griegos,

« tan amigos de novedades y tan fáciles de persuadir en materia de reliquias, de reliquias y de le-  
« gentas; en una palabra, ningún pueblo, ninguna  
« ciudad, ninguna iglesia se ha atrevido jamás de po-  
« nese los despojos mortales de la santa Virgen, ni  
« parte alguna de su cuerpo. Así, sin prescribir la  
« creencia de la Asunción corporal de María al cie-  
« lo, la Iglesia da á entender bastanteamente la opi-  
« nion á que se inclina. » (Ginescardo, tom. 14, pa-  
« gina 447 ). — Una hermosa iglesia ha sido construida  
sobre el sepulcro de la santa Virgen, al que se ba-  
ja por una escalera muy espaciosa que tiene unos  
cientos de escalones. El sepulcro está en la parte  
occidental de la cruz de la iglesia. Hacia la mitad de  
esta se halla á un lado el sepulcro de san José y al  
otro los de san Joaquín y santa Ana. Este hermoso  
monumento está entre las manos de los cismáticos  
que lo han usurpado á los latinos. (Anales de la Pro-  
pagación de la Fe, tom. 28, pág. 219).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Pág.
Avenencia de la primera edición publicada en 1812.	4
Prologo de la segunda edición.	30
LIBRO I. Esperacion universal de la Virgen y del Mesias.	31
Notas al libro I.	38
LIBRO II. La Concepcion Inmaculada.	73
Notas al libro II.	95
LIBRO III. Nacimiento de Maria.	111
Notas al libro III.	119
LIBRO IV. La Presentacion.	121
Notas al libro IV.	125
LIBRO V. Maria en el templo.	139
Notas al libro V.	151
LIBRO VI. Maria huérfana.	179
Notas al libro VI.	181
LIBRO VII. Matrimonio de la Virgen.	189
Notas al libro VII.	191
LIBRO VIII. La Anunciacion.	222
Notas al libro VIII.	228
LIBRO IX. La Visitacion.	241
Notas al libro IX.	255
LIBRO X. La Virgen-Madre.	256
Notas al libro X.	271
LIBRO XI. Maria en Bero.	276
Notas al libro XI.	288
LIBRO XII. La Purificacion.	317
Notas al libro XII.	325
LIBRO XIII. La huida a Egipto.	337
Notas al libro XIII.	342
LIBRO XIV. La vuelta de Egipto.	348
Notas al libro XIV.	354
LIBRO XV. Maria en las profeciones de Josu.	365
Notas al libro XV.	367
LIBRO XVI. Maria en el Calvario.	398
Notas al libro XVI.	427
LIBRO XVII. Muerte de Maria.	475
Notas al libro XVII.	481









